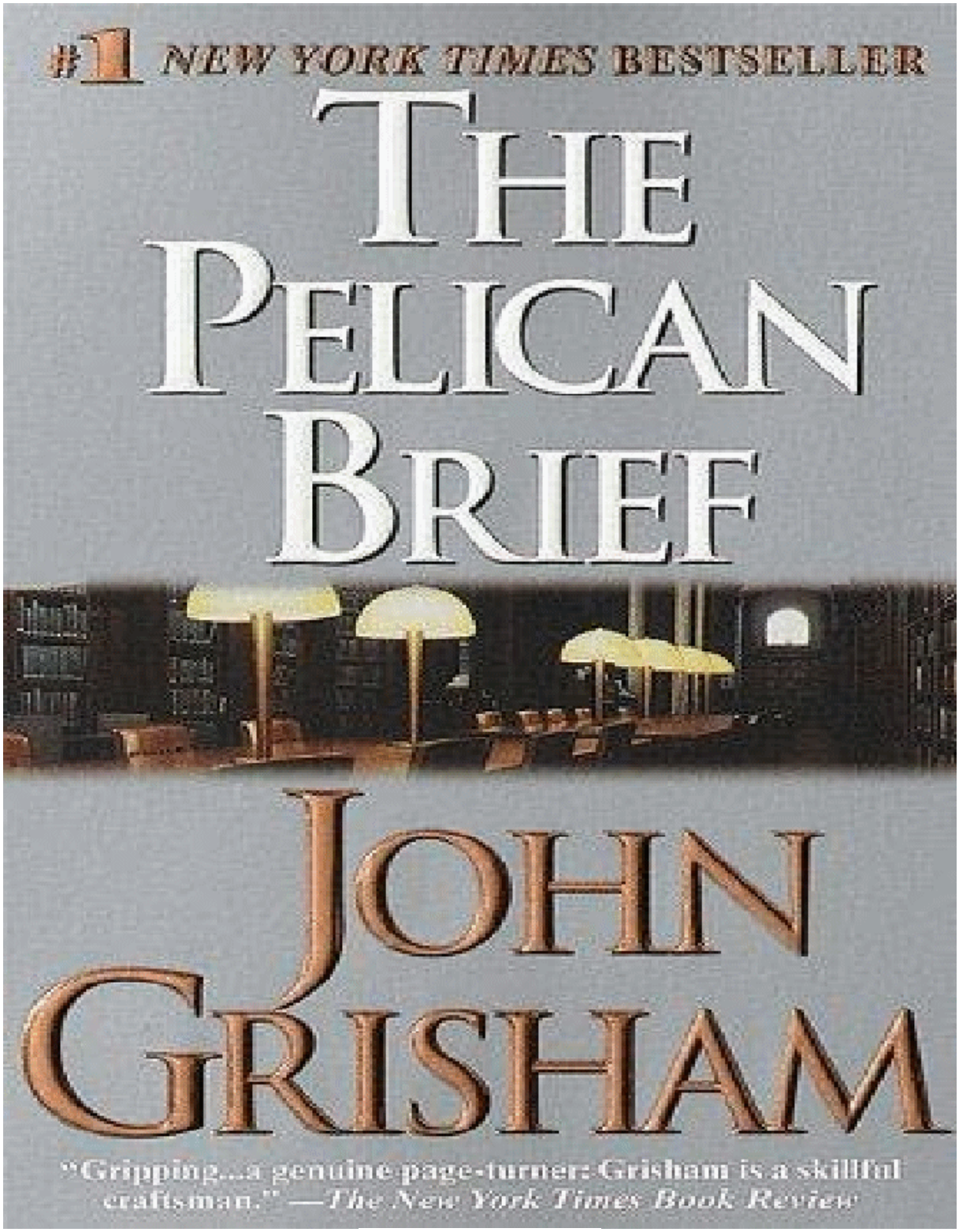
EL INFORME PELÍCANO

JOHN GRISHAM



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

DEDICATORIA

A mi junta de lectores: Renée, mi esposa y editoraextraoficial; mis hermanas, Beth Bryant y WendyGrisham; mi suegra, Lib Jones, y mi amigo y compañero de conspiración, Bill Ballard

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a mi agente literario, Jay Garon, que hace cinco años descubrió mi primera novela y la paseó por Nueva York, hasta que alguien dijo sí.

Muchas gracias a David Gernert, mi editor, con quien comparto además una buena amistad y un entusiasmo por el puritanismo del béisbol, a Steve Rubin, Ellen Archer y al resto de la familia de Doubleday, y a Jackie Cantor, mi editora en Dell.

Muchas gracias a quienes me han escrito. He procurado contestar todas las cartas, pero si he olvidado una o dos, os ruego que me perdonéis.

Mi especial agradecimiento a Raymond Brown, auténtico caballero y excelente abogado de Pascagoula, Mississippi,, que me sacó de un aprieto; a Chris Sharlton, compañero de facultad que conoce los callejones de Nueva Orleans; a Murray Avernt, amigo de Oxford y de Ole Miss que reside ahora en Washington; a Greg Block del Washington *Post;* y, por supuesto, a Richard y a su equipo en Square Books.

UNO

Parecía incapaz de crear tal caos, pero gran parte de lo que presenciaba en la calle era culpa suya. Y le parecía bien. Tenía noventa y un años, estaba paralizado en una silla de ruedas y conectado a una bombona de oxígeno. Hacía siete años, su segundo síncope había estado a punto de acabar con él, pero Abraham Rosenberg seguía vivo y, a pesar de los tubos en su nariz, tenía más influencia legal que los otros ocho. Era el único personaje legendario que quedaba en el tribunal y el hecho de que todavía respirara irritaba a la mayoría de la muchedumbre en la calle.

Estaba sentado en una pequeña silla de ruedas, en un despacho del piso principal del edificio del Tribunal Supremo. Tocaba con los pies el borde de la ventana y hacía un esfuerzo para inclinarse hacia delante, conforme aumentaba el ruido. Odiaba a los policías, pero el tupido y ordenado cordón policial le resultaba en cierto modo tranquilizante. Se mantenían enhiestos e inmóviles, ante un populacho de por lo menos cincuenta mil que pedía sangre.

–¡La mayor aglomeración nunca vista! –chilló Rosenberg junto a la ventana.

Estaba casi sordo. Jason Kline, su primer secretario, estaba de pie a su espalda. Era el primer lunes de octubre, día de la inauguración del nuevo período judicial, y consagrado por tradición a la celebración de la Primera Enmienda. Una celebración gloriosa. Rosenberg estaba emocionado. Para él la libertad de expresión significaba libertad de rebelión.

–¿Están ahí los indios? –preguntó levantando la voz.

–¡Sí! –respondió Jason Kline junto a su oreja derecha.

–¿Con maquillaje bélico?

–¡Sí! Vestidos para entrar en batalla.

–¿Bailan?

–¡Sí!

Indios, negros, blancos, castaños, mujeres, homosexuales, amantes de los árboles, cristianos, defensores del aborto, arios, nazis, ateos, cazadores, amantes de los animales, defensores de la supremacía blanca, defensores de la supremacía negra, anticontribuyentes, leñadores, agricultores: un enorme océano de protesta. Y la policía antidisturbios, porra negra en mano.

–¡Los indios deberían admirarme!

–Estoy seguro de que lo hacen –asintió Kline con una sonrisa, al frágil hombrecillo de puños cerrados.

Su ideología era sencilla: el gobierno por encima de los negocios, el individuo por encima del gobierno, el medio ambiente por encima de todo lo demás. Y en cuanto a los indios, entregarles todo lo que quisieran.

Los chillidos, las oraciones, los cantos, los cánticos y el griterío aumentaron de volumen, y los policías antidisturbios se acercaron aun más unos a otros. La manifestación era mayor y más vociferante que en los últimos años. Había aumentado la tensión. La violencia se había convertido en algo común. Habían estallado bombas en clínicas abortistas. Algunos médicos habían sido atacados y apaleados. Uno había sido asesinado en Pensacola: atado y amordazado en posición fetal y abrasado con ácido. Todas las semanas tenían lugar luchas callejeras. Activistas homosexuales habían profanado iglesias y atacado sacerdotes. Los partidarios de la supremacía blanca operaban al amparo de una docena de conocidas y sombrías organizaciones paramilitares, y atacaban cada vez con mayor descaro a los negros, hispanos y asiáticos. El odio era ahora el pasatiempo predilecto en Norteamérica.

Y el Tribunal, evidentemente, era un objetivo fácil. Las amenazas graves contra los jueces se habían multiplicado por diez desde mil novecientos noventa. La fuerza policial asignada al Tribunal Supremo se había triplicado en tamaño. Cada juez disponía de por lo menos dos

agentes del FBI para su protección, y otros cincuenta agentes se dedicaban a investigar amenazas.

–Me odian, ¿no es cierto? –preguntó en voz alta, sin dejar de mirar por la ventana.

–Sí, algunos –respondió Kline con una sonrisa.

A Rosenberg le complacía. Sonrió y respiró hondo. El ochenta por ciento de las amenazas de muerte iban dirigidas contra él.

–¿Distingue alguna de esas pancartas? –preguntó, puesto que era casi ciego.

–Unas cuantas.

–¿Qué dicen?

–Lo de siempre. Muera Rosenberg. Fuera Rosenberg. Corten el oxígeno.

–Hace un montón de años que llevan esas malditas pancartas. ¿Por qué no consiguen otras nuevas?

El secretario no respondió. Abe debía haberse jubilado hacía muchos años, pero esperaría a que tuvieran que sacarlo en camilla. Sus tres secretarios se ocupaban de la mayor parte de la investigación, pero insistía en escribir sus propios informes. Lo hacía con un rotulador de punta gruesa, con grandes letras sobre un cuaderno blanco, como en el parvulario cuando se aprende a escribir. La operación era lenta, pero con un cargo vitalicio, ¿a quién le importa el tiempo? Los secretarios verificaban sus informes, pero raramente encontraban error alguno.

–Deberíamos entregar Runyan a los indios –rió Rosenberg.

El presidente del Tribunal Supremo era John Runyan, un duro conservador nombrado por los republicanos y odiado por los indios, así como por la mayoría de las demás minorías. De los nueve jueces, siete habían sido nombrados por presidentes republicanos. Hacía quince años que Rosenberg esperaba la llegada de un demócrata a la Casa Blanca. Quería, necesitaba, jubilarse, pero no soportaba la idea de que un derechista como Runyan ocupara su preciado cargo.

Estaba dispuesto a esperar. Permanecería aquí, en su silla de ruedas y respirando oxígeno, para proteger a los indios, los negros,.las mujeres, los pobres, los minusválidos y el medio ambiente, hasta cumplir los ciento cinco años. Y nadie en el mundo podía impedírselo, a no ser que le asesinaran. Lo cual tampoco sería una mala idea.

La cabeza del gran hombre asintió y se movió, hasta descansar en su hombro. Se había quedado nuevamente dormido. Kline se retiró sigilosamente, para regresar a su investigación en la biblioteca. Volvería dentro de media hora, para comprobar el oxígeno y administrarle a Abe sus píldoras.

El despacho del presidente del Tribunal está en el piso principal y está más ornamentado que los otros ocho. La antesala se utiliza para pequeñas recepciones y reuniones formales, y el despacho interior es donde el presidente trabaja.

La puerta del despacho estaba cerrada, y en su interior se encontraban el presidente, sus tres secretarios, el capitán de la policía del Tribunal Supremo, tres agentes del FBI y K. O. Lewis, subdirector del FBI. El ambiente era formal y se hacía un serio esfuerzo para ignorar el ruido de la calle. No era fácil. Lewis y el presidente hablaban de la última serie de amenazas de asesinato y todos los demás se limitaban a escuchar. Los secretarios tomaban notas.

En los últimos sesenta días, el Bureau había registrado más de doscientas amenazas; todo un récord. Había la colección habitual de amenazas de bomba, pero algunas mencionaban nombres, casos y temas específicos.

Runyan no se molestaba en ocultar su angustia. Con un informe confidencial del FBI en las manos, leyó los nombres de individuos y grupos sospechosos: el Klan, los arios, los nazis,

los palestinos, los separatistas negros, los defensores de la vida, los hómofóbicos. Incluso el IRA. Todos, al parecer, a excepción de los rotarianos y de los Boy Scouts. Un grupo del Oriente medio con apoyo iraní había prometido sangre en territorio norteamericano para vengar la muerte de dos ministros de Justicia en Teherán. No había absolutamente ninguna prueba que vinculara los asesinatos con una nueva organización terrorista norteamericana, conocida como ejército clandestino, que había saltado últimamente a la fama por el asesinato de un juez en Texas con un coche bomba. No se había efectuado ninguna detención, pero el ejército clandestino se había atribuido la responsabilidad del hecho. Era también el principal sospechoso de una docena de bombas contra las dependencias del ACLU, pero actuaba sin dejar huellas.

–¿Y esos terroristas portorriqueños? –preguntó Runyan, sin levantar la mirada.

–Son de poca monta. No nos preocupan –respondió tranquilamente K. O. Lewis–. Hace veinte años que se limitan a amenazar.

–Puede que hayan decidido pasar del dicho al hecho. El ambiente es propicio, ¿no le parece?

–Olvide a los portorriqueños, presidente. Sólo amenazan porque también lo hacen todos los demás.

A Runyan le gustaba que le llamaran presidente. No presidente del Tribunal, ni señor presidente del Tribunal, sino simplemente presidente.

–Muy gracioso –dijo el presidente, sin sonreír–. Muy gracioso. Sería lamentable no haber incluido a todos los grupos –agregó, después de arrojar el informe sobre la mesa y frotarse las sienes con los ojos cerrados–. Hablemos de seguridad.

K. O. Lewis colocó la copia de su informe sobre la mesa del presidente.

–El director opina que deberíamos asignar cuatro agentes a cada juez, por lo menos durante los próximos noventa días. Utilizaremos limusinas con escolta para los desplazamientos, con el apoyo de la policía del Tribunal Supremo, que además se ocupará de la seguridad de este edificio.

–¿Y los viajes?

–Es preferible evitarlos, por lo menos por ahora. El director cree que los jueces deberían permanecer en Washington hasta fin de año.

–¿Está usted loco? ¿Se ha vuelto loco el director? Si les comunico esto a mis colegas, saldrán todos esta noche y no dejarán de viajar durante un mes. Esto es absurdo –exclamó Runyan mientras miraba con ceño a sus secretarios, que movían asqueados la cabeza–. Auténticamente absurdo.

Lewis no se inmutó. Su reacción era previsible.

–Como usted diga. No era más que una sugerencia.

–Una sugerencia estúpida.

–El director no contaba con su cooperación en este tema. Sin embargo, espera que se le notifiquen con antelación sus planes de viaje, para que podamos tomar las medidas de seguridad oportunas.

–¿Quiere decir que pretenden escoltar a los jueces, cada vez que uno de ellos abandone la ciudad?

–Sí, presidente. Ésa es nuestra intención.

–No funcionará. Esa gente no está acostumbrada a tener niñera.

–Por supuesto, señor, pero tampoco están acostumbrados a ser acechados. Lo único que pretendemos es protegerle a usted y a sus ilustrísimos colegas. Claro que nadie dice que debamos intervenir. Si mal no recuerdo, señor, fue usted quien nos llamó. Si lo desea podemos retirarnos.

Runyan se balanceó en su silla, cogió un sujetapapeles que tenía sobre la mesa y empezó a enderezarlo, procurando convertir sus curvas en una línea perfectamente recta.

–¿Qué medidas hay que tomar aquí?

–Este edificio no nos preocupa, presidente –suspiró Lewis casi sonriente–. Aquí es fácil tomar medidas de seguridad y no esperamos ningún problema.

–¿Entonces dónde?

–Ahí fuera, en cualquier lugar –respondió Lewis, al tiempo que movía la cabeza en dirección a la ventana–. Las calles están llenas de maniáticos, locos y fanáticos.

–Y todos nos odian.

–Evidentemente. Oiga, presidente, nos preocupa muchísimo el juez Rosenberg. Todavía no permite que nuestros agentes entren en su casa; les obliga a pasar la noche entera en el coche. Llega a permitir que su agente predilecto del Tribunal Supremo, Ferguson si mal no recuerdo, se instale junto a la puerta posterior de la casa, pero sólo desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana. Nadie entra en la casa, a excepción del juez Rosenberg y su enfermero. El edificio no es seguro.

Runyan se limpió las uñas con el sujetapapeles y sonrió ligeramente para sí. La muerte de Rosenberg, independientemente de sus circunstancias, sería un alivio. Más que eso, sería una ocasión gloriosa. El presidente tendría que vestirse de luto y pronunciar un encomio, pero a puerta cerrada lo celebraría con sus secretarios. Le encantaba la idea.

–¿Qué sugiere? –preguntó.

–¿Puede hablar con él?

–Lo he intentado. Le he explicado que probablemente es el hombre más odiado de Norteamérica, que millones de personas le maldicen todos los días, que mucha gente querría verle muerto, que él solo recibe una cantidad cuatro veces superior de cartas insultantes que todos los demás jueces juntos, y que es una víctima potencial de un asesinato perfecto y fácil.

–¿Y bien?

–Me respondió que le besara el culo y se quedó dormido.

Los secretarios soltaron unas carcajadas y, al comprender que el humor estaba permitido, los agentes del FBI también se rieron.

–¿Entonces qué hacemos? –preguntó Lewis con toda seriedad.

–Protéjanle lo mejor que puedan, redacten su informe y no se preocupen. No le teme a nada, ni siquiera a la muerte, y si a él no le importa, ¿por qué debería preocuparles a ustedes?

–El director está nervioso y, por consiguiente, también lo estoy yo. Es muy sencillo, presidente. Si alguno de ustedes sufre un percance, el Bureau se ve comprometido.

El presidente se meció en su sillón. El bullicio de la calle era enervante. La reunión se había prolongado ya demasiado.

–Olvide a Rosenberg. Puede que muera mientras duerme. Estoy más preocupado por Jensen.

–Jensen es un problema –dijo Lewis, mientras hojeaba unos documentos.

–Sé que es un problema –declaró lentamente Runyán–. Es un embarazo. Ahora se cree liberal. La mitad de las veces vota lo mismo que Rosenberg. El mes próximo será partidario de la supremacía blanca y defenderá la segregación de las escuelas. A continuación se enamorará de los indios y querrá darles Montana. Es como tener que vérselas con un niño retrasado.

–¿Sabe que recibe tratamiento por depresión?

–Lo sé, lo sé. Me lo ha contado. Soy como un padre simbólico para él. ¿Qué medicamento toma?

–Prozac.

–¿Qué se sabe de aquella monitora de aeróbic con la que tenía relaciones? –preguntó el presidente, mientras se hurgaba las uñas–. ¿Todavía sale con ella?

–Parece que no, presidente. Creo que no le interesan las mujeres –respondió Lewis en un tono afectado.

Sabía más. Miró a uno de sus agentes y confirmó la sabrosa indiscreción, de la que Runyan hizo caso omiso. No le interesaba.

–¿Coopera?

–Claro que no. En muchos sentidos es peor que Rosenberg. Permite que le acompañemos a su bloque de pisos y nos obliga a permanecer toda la noche en el aparcamiento. No olvide que vive en el séptimo piso. Ni siquiera permite que nos instalemos en el pasillo. Dice que podría molestar a los vecinos. De modo que nos quedamos en el coche. Hay diez formas distintas de entrar y salir del edificio, de modo que es imposible protegerle. Le gusta jugar con nosotros al escondite. Siempre se escabulle y nunca sabemos si está o no en el edificio. Por lo menos sabemos que Rosenberg pasa la noche en su casa. Jensen es imposible.

–Magnífico. Si ustedes son incapaces de seguirle, ¿cómo se las arreglaría un asesino?

A Lewis no se le había ocurrido y no le vio la gracia.

–El director. está muy preocupado por la seguridad del juez Jensen.

–No recibe muchas amenazas.

–Es el número seis de la lista, con sólo unas pocas menos que usted, su señoría.

–De modo que yo soy el número cinco.

–Efectivamente. Detrás del juez Manning. Que dicho sea de paso, coopera plenamente.

–Tiene miedo hasta de su sombra –dijo el presidente.

–Lo siento. No debí haber dicho eso –agregó después de titubear unos instantes.

–A decir verdad –prosiguió Lewis, haciendo caso omiso del comentario–, la cooperación es bastante buena, a excepción de Rosenberg y Jensen. El juez Stone protesta muchísimo, pero nos escucha.

–No se lo tome a pecho, protesta con todo el mundo. ¿Dónde supone que va Jensen cuando se escabulle?

–No tenemos ni idea –respondió Lewis, al tiempo que miraba a uno de sus agentes.

Gran cantidad de la muchedumbre formó de pronto un coro incontrolado, al que parecieron unirse el resto de los presentes en la calle. El presidente no pudo ignorarlo. Las ventanas vibraban. Se puso de pie y clausuró la reunión.

El despacho del juez Glenn Jensen estaba en el segundo piso, alejado de la calle y del ruido. Era una sala espaciosa y, no obstante, la más pequeña de las nueve. Jensen era el más joven y tenía suerte de tener un despacho. Cuando hacía seis años se le había nombrado a los cuarenta y dos años, se le suponía un exegeta de la Constitución de ideas profundamente conservadoras, como las de quien le propuso para el cargo. Su confirmación por parte del Senado había sido muy controvertida. En temas delicados se mostraba indeciso y recibía ataques de ambos bandos. Los republicanos estaban avergonzados. Los demócratas olían sangre. El presidente ejerció toda la influencia de la que fue capaz y se le confirmó en el cargo, gracias a un voto sumamente indeciso.

Pero lo consiguió, para el resto de su vida. En seis años, no había complacido a nadie. Profundamente afectado por las audiencias de su confirmación, juró que la compasión regiría sus actos. Esto había enojado a los republicanos. Se sintieron traicionados, especialmente cuando el nuevo juez descubrió una pasión latente por los derechos de los delincuentes. Con escasa base ideológica, abandonó inmediatamente la derecha, se trasladó al centro y a continuación a la izquierda. Pero cuando los eruditos profesores empezaron a rascarse la barbilla,

Jensen volvió a la derecha para unirse al juez Sloan, en uno de sus virulentos ataques contra las mujeres. A Jensen no le gustaba el sexo femenino. Era neutral en cuanto a la religión, escéptico respecto a la libertad de expresión, simpatizaba con quienes protestaban contra los impuestos, sentía indiferencia para con los indios, temía a los negros, era duro con los pornógrafos, blando con los delincuentes y bastante persistente como protector del medio ambiente. Y para mayor desesperación de los republicanos, que habían derramado sangre para lograr su nombramiento, Jensen había manifestado una perturbadora simpatía por los derechos de los homosexuales.

A petición suya, se le había asignado un escabroso caso conocido como caso Dumond. Ronald Dumond había vivido ocho años con un amante masculino. Formaban una pareja feliz, completamente entregados el uno al otro y satisfechos de compartir las experiencias de la vida. Intentaron casarse, pero las leyes de Ohio no permitían dicha unión. Entonces el amante contrajo el SIDA y tuvo una muerte horrible. Ronald sabía exactamente cómo disponer de su cadáver, pero intervino la familia del amante y le excluyó del funeral y del entierro. Aturdido, Ronald entabló juicio con la familia, por daños emocionales y psicológicos. El caso había circulado por los tribunales inferiores a lo largo de seis años, y ahora se encontraba de pronto sobre la mesa de Jensen.

El tema en cuestión era el de los derechos de los «esposos» homosexuales. Dumond se había convertido en una consigna para los activistas homosexuales. Su mera mención había bastado para provocar peleas callejeras.

Y el caso estaba en manos de Jensen. La puerta de su despacho estaba cerrada. Jensen y sus tres secretarios estaban sentados alrededor de la mesa de conferencias. Después de dos horas dedicadas al caso Dumond, no habían llegado a ninguna parte. Estaban cansados de discutir. Uno de los secretarios, un liberal de Cornell, proponía un pronunciamiento amplio que otorgara plenos derechos a los miembros de las parejas homosexuales. Jensen también lo deseaba, pero no estaba dispuesto a admitirlo. Los otros dos secretarios eran escépticos. Sabían, al igual que Jensen, que una mayoría de cinco era imposible.

Decidieron hablar de otros temas.

–El presidente ha manifestado su descontento respecto a usted, Glenn –dijo el secretario de Duke.

En el despacho le llamaban por su nombre de pila; el título de «su señoría» resultaba demasiado engorroso.

–¿Debería sorprenderme? –exclamó Glenn, al tiempo que se frotaba los ojos.

–Uno de sus secretarios me ha comunicado que el presidente y el FBI están preocupados por su seguridad. Dice que usted no coopera y que el presidente está bastante perturbado. Quiere que usted lo sepa.

Todo se comunicaba a través de la red de secretarios, absolutamente todo.

–Se supone que debe estar preocupado. En eso consiste su trabajo.

–Quiere asignarle otros dos federales como guardaespaldas y desean tener acceso a su casa. Además, el FBI quiere llevarle de casa al trabajo y del trabajo a casa. También se proponen limitar sus desplazamientos.

–Ya me lo han dicho otras veces.

–Sí, lo sabemos. Pero el secretario del presidente dice que el presidente quiere que insistamos en que coopere con el FBI, para que puedan salvarle la vida.

–Comprendo.

–De modo que nos limitamos a insistir.

–Gracias. Respóndale al secretario del presidente que no sólo han insistido, sino que se han ensañado conmigo, y que agradezco su insistencia y su preocupación, pero que me ha entrado por una oreja y salido por la otra. Dígales que Glenn se considera ya mayorcito.

–Por supuesto, Glenn. ¿Pero no tiene usted miedo?

–En absoluto.

DOS

Thomas Callahan era uno de los profesores más populares de Tulane, primordialmente porque se negaba a dar clases antes de las once de la mañana. Bebía mucho, al igual que la mayoría de sus alumnos, y necesitaba las primeras horas de la mañana para dormir, antes de resucitar. Asistir a clase a las nueve o las diez de la mañana era una abominación. También era popular por su aspecto despreocupado: vaqueros descoloridos, chaquetas de mezclilla con los codos desgastados, sin calcetines y sin corbata. El aspecto elegante de un intelectual liberal. Tenía cuarenta y cinco años, pero con su cabello oscuro y gafas de concha podría pasar por treinta y cinco, aunque le importaba un comino la edad que aparentara. Se afeitaba una vez por semana, cuando empezaba a escocerle la cara, y cuando hacía frío, cosa poco corriente en Nueva Orleans, se dejaba crecer la barba. Tenía un historial de relaciones íntimas con sus alumnas.

También era popular porque enseñaba Derecho constitucional, la menos popular de las asignaturas, pero obligatoria, que gracias a su auténtica genialidad y desparpajo convertía en un tema interesante. Era el único en Tulane capaz de lograrlo. A decir verdad, nadie se lo proponía y los estudiantes peleaban para asistir a las clases de Derecho constitucional de Callahan, a las once de la mañana, tres veces por semana.

Ochenta estudiantes sentados en seis hileras de pupitres elevados susurraban, mientras Callahan se limpiaba las gafas de pie frente a su escritorio. Eran exactamente las once y cinco, en su opinión todavía demasiado temprano.

–¿Quién comprende el disenso de Rosenberg en Nash contra Nueva Jersey?

Todas las cabezas se agacharon y el silencio llenó la sala. Debía de tener una fuerte resaca. Sus ojos estaban irritados. Cuando empezaba con Rosenberg, la clase solía ser dura. No salió ningún voluntario. ¿Nash? Callahan paseó lenta y metódicamente la mirada por la sala, a la espera. El silencio era sepulcral.

Se oyó un fuerte ruido de la manecilla de la puerta, que rompió la tensión. Una atractiva joven con vaqueros descoloridos y jersey de algodón irrumpió elegantemente en la sala, avanzó como si flotara junto a la pared hasta la tercera fila, se introdujo hábilmente en la misma y tomó asiento. Los muchachos de la cuarta fila la contemplaban con admiración. Los de la quinta estiraban el cuello para no perderse el espectáculo. A lo largo de dos duros años, uno de los escasos placeres de la facultad de derecho había consistido en admirarla, cuando alegraba las salas y los pasillos con sus largas piernas y holgados suéters. Sabían que allí se ocultaba un cuerpo fabuloso, pero que a ella no le apetecía exhibir. Se portaba como una más de la pandilla y vestía vaqueros, camisas de franela, viejos suéters, o pantalón deportivo holgado, como era habitual en la facultad. Qué no habrían dado por verla con una minifalda de cuero negro.

Le brindó una breve sonrisa al muchacho sentado junto a ella y, momentáneamente, todo el mundo olvidó a Callahan y su pregunta sobre Nash. Su cabellera pelirroja oscura le llegaba hasta los hombros. Era una de esas chicas espectaculares, con una sonrisa y cabellera perfectas, de la que todo el mundo se enamoraba por lo menos dos veces en el instituto. Y, con toda probabilidad, por lo menos una en la facultad.

Callahan no le prestó atención alguna. De haber sido una estudiante de primer curso y asustada de su profesor, probablemente le habría chillado varias veces «¡no se puede llegar tarde al juzgado!», como solían repetir incesantemente los profesores de derecho.

Pero Callahan no estaba de humor para chillar, ni Darby Shaw le temía, y momentáneamente se preguntó si alguien sabía que se acostaban juntos. Probablemente no. Ella había insistido en mantenerlo en el más absoluto secreto.

–¿Ha leído alguien el disenso de Rosenberg en Nash contra Nueva Jersey?

De pronto el profesor se había convertido nuevamente en el centro de atención y el silencio era absoluto. Levantar la mano podía significar un interrogatorio de media hora. No había voluntarios. Los fumadores de la última fila encendieron sus cigarrillos. La mayoría de los asistentes hacían garabatos en sus cuadernos. Todas las cabezas estaban agachadas. Habría sido demasiado evidente y arriesgado abrir el libro de casos y encontrarse con Nash; era demasiado tarde para eso. Cualquier movimiento podía llamar la atención. Alguien estaba a punto de ser crucificado.

Nash no estaba en el libro de casos. Era uno de los numerosos casos secundarios que Callahan había mencionado apresuradamente la semana anterior y que ahora quería saber si alguien lo había leído. Solía hacerlo con frecuencia. Basaba su examen de fin de curso en mil doscientos casos, mil de los cuales no figuraban en el libro de casos. El examen era un hueso, pero él era encantador, muy generoso con las notas, y había que ser muy zoquete para no aprobar el curso.

Sin embargo, en estos momentos su encanto brillaba por su ausencia. Paseó la mirada por la sala. Había llegado el momento de encontrar una víctima.

–¿Qué opina usted, señor Sallinger? ¿Puede explicarnos el disenso de Rosenberg?

–No señor –respondió inmediatamente Sallinger, desde la cuarta fila.

–Comprendo. ¿Podría eso ser debido a que usted no ha leído el disenso de Rosenberg?

–Podría. Sí señor.

Callahan le miró fijamente. La irritación de sus ojos hacía que su soberbia fuera aun más amenazante, aunque sólo Sallinger era consciente de ello, porque todos los demás tenían la mirada fija en sus cuadernos.

–¿Y por qué no?

–Porque procuro no leer los disensos. En particular los de Rosenberg.

Sallinger cometía una soberana estupidez al optar por la lucha, especialmente desprovisto de munición.

¿Tiene algo contra Rosenberg, señor Sallinger?

Callahan reverenciaba a Rosenberg. Le adoraba. Leía libros sobre él y sus opiniones. Lo estudiaba. Incluso había comido con él en una ocasión.

–Claro que no, señor –respondió Sallinger nervioso. Pero no me gustan los disensos.

A pesar de que había cierto humor en las respuestas de Sallinger, no provocó una sola sonrisa. Más tarde, con un vaso de cerveza en la mano, él y sus compañeros se reirían a carcajadas al contar una y otra vez su aversión por los disensos, especialmente los de Rosenberg. Pero no ahora.

–Comprendo. ¿Lee usted las opiniones mayoritarias?

Titubeo. El conato de discusión de Sallinger estaba a punto de causar humillación.

–Sí señor. Muchísimas.

–Magnífico. En tal caso, tenga la bondad de hablarnos de la opinión mayoritaria en el caso de Nash contra Nueva Jersey.

Sallinger nunca había oído hablar de Nash, pero ahora ya no lo olvidaría en su vida profesional.

–No recuerdo haberla leído.

–De modo, señor Sallinger, que usted no lee los disensos y ahora descubrimos que tampoco presta atención a las opiniones mayoritarias. ¿Qué lee usted, señor Sallinger, novelas, la prensa sensacionalista?

Se oyó una risa sumamente discreta de más allá de la cuarta fila, procedente de unos estudiantes que se sentían obligados a reírse, pero que no deseaban llamar la atención.

Sallinger, ruborizado, se limitaba a mirar fijamente a Callahan.

–¿Por qué no ha leído el caso, señor Sallinger? –preguntó Callahan.

–No lo sé. Supongo que se me ha pasado inadvertido.

–No me sorprende –respondió Callaban de buen talante–. Lo mencioné la semana pasada. El miércoles para ser exactos. Formará parte del examen de fin de curso. No comprendo por qué ignora un caso incluido en el programa –dijo Callahan mientras paseaba lentamente frente a su escritorio, con la mirada fija en sus alumnos–. ¿Se ha molestado alguien en leerlo?

Silencio. Callahan bajó la mirada y dejó que el silencio impregnara la sala. Todas las cabezas estaban agachadas, las plumas y los lápices paralizados. El humo emanaba de la última fila.

Por último, lentamente, en la cuarta silla de la tercera fila, Darby Shaw levantó discretamente la mano y en la clase se oyó un suspiro colectivo de alivio. Una vez más les había socorrido. Era, en cierto modo, lo que se esperaba de ella. Con el número dos de su promoción y a poca distancia del primero, era capaz de recitar los hechos, las pruebas, los recursos, los disensos y las opiniones mayoritarias de casi todos los casos mencionados por Callahan. No se perdía ningún detalle. Aquella encantadora muchacha se había licenciado con matrícula de honor en biología, ahora se disponía a hacerlo en derecho, y a continuación ganarse cómodamente la vida, persiguiendo ante los tribunales a las empresas químicas que destruyen el medio ambiente.

Callahan fingió sentirse frustrado al mirarla. Hacía tres horas que ella había abandonado la casa del profesor, después de una larga noche de vino y leyes. Pero no le había hablado de Nash.

–Caramba, caramba, señorita Shaw. ¿Por qué está Rosenberg molesto?

–Cree que el estatuto de Nueva Jersey viola la Segunda Enmienda –respondió, sin mirar al profesor.

–Muy bien. Y para que se entere el resto de la clase, ¿qué prohibe dicho estatuto?

–Las metralletas semiautomáticas, entre otras cosas.

–Maravilloso. Y por pura curiosidad, ¿qué tenía el señor Nash en su posesión, en el momento de su detención?

–Un rifle de asalto AK 47.

–¿Y qué le ocurrió?

–Fue declarado culpable, condenado a tres años y presentó recurso de apelación –respondió, conocedora de los detalles.

–¿Cuál era la ocupación del señor Nash?

–No quedó muy claro en el juicio, pero se mencionó una acusación adicional por tráfico de drogas. No tenía antecedentes en el momento de su detención.

–De modo que se trataba de un narcotraficante con un AK 47. Pero cuenta con la amistad de Rosenberg, ¿no es cierto?

–Desde luego –respondió, mirándole ahora a los ojos.

La tensión había desaparecido. La mayoría de las miradas estaban clavadas en el profesor, conforme caminaba lentamente por el aula en busca de otra víctima. Con frecuencia Darby dominaba la clase, pero Callaban aspiraba a una mayor participación.

–¿A qué creen que se debe la simpatía de Rosenberg? –preguntó en general.

–Siente debilidad por los narcotraficantes –respondió Sallinger dolido, pero intentando recuperarse.

Callahan, para quien los debates tenían una enorme importancia, sonrió a su víctima como si le alegrara su regreso a la arena.

–¿Usted cree, señor Sallinger?

–Desde luego. Rosenberg siente gran admiración por los camellos, los que abusan sexualmente de los menores, los traficantes de armas y los terroristas. Para él son como hijos débiles y maltratados a los que debe proteger –respondió Sallinger, con la aparente indignación de un hombre de bien.

–Y en su erudita opinión, señor Sallinger, ¿qué habría que hacer con esas personas?

–Muy sencillo. Someterlas a un juicio imparcial, con un buen abogado, seguido de una apelación rápida e imparcial, y del castigo adecuado si son culpables.

Sallinger estaba peligrosamente cerca de parecer un derechista defensor de la ley y el orden, pecado capital entre los estudiantes de derecho de Tulane.

–Por favor, prosiga –dijo Callahan, después de cruzarse de brazos.

Sallinger intuyó que se metía en una trampa, pero siguió adelante. No tenía nada que perder.

–Bueno, hemos leído un caso tras otro en los que Rosenberg intenta redactar de nuevo la Constitución, a fin de excluir pruebas y permitir que un acusado evidentemente culpable salga en libertad. Es casi nauseabundo. Cree que todas las cárceles son crueles e inadecuadas, y que de acuerdo con la Octava Enmienda, todos los presos deberían ser puestos en libertad. Afortunadamente, ahora forma parte de una minoría, una decreciente minoría.

–Parece ser que le gusta dirigir al Tribunal, ¿no es cierto, señor Sallinger? –sonrió Callahan con el entrecejo fruncido.

–No le quepa la menor duda.

–¿Es usted uno de esos norteamericanos normales, patrióticos, iracundos y sin convicciones específicas, a quienes les gustaría que ese viejo cabrón muriera mientras duerme?

Se oyeron unas cuantas carcajadas en el aula. Ahora era menos peligroso reírse.

–Eso no se lo desearía a nadie –respondió Sallinger casi avergonzado, demasiado astuto para ser sincero.

–Gracias, señor Sallinger –dijo Callahan, después de empezar de nuevo a pasear–. Siempre me gusta oír sus comentarios. Como de costumbre, nos ha brindado la visión profana de la ley.

Se oyeron ahora muchas carcajadas y Sallinger se dejó caer en su silla, intensamente ruborizado.

–Si no les importa –dijo Callahan sin sonreír–, me gustaría elevar el nivel intelectual de este debate. Señorita Shaw, ¿por qué simpatiza Rosenberg con Nash?

–La Segunda Enmienda garantiza el derecho a poseer y llevar armas. Para el juez Rosenberg, su significado es literal y absoluto. Nada debería estar prohibido. Si Nash desea poseer un AK 47, una granada o un bazooka, el estado de Nueva Jersey no puede dictar una ley que se lo impida.

–¿Está de acuerdo con él?

–No, ni soy la única. Fue una decisión de ocho contra uno. Nadie le apoyó.

–¿Cuáles son las razones de los otros ocho?

–Son perfectamente evidentes. Los estados tienen razones muy poderosas para prohibir la venta y posesión de cierto tipo de armas. Los intereses del estado de Nueva Jersey superan a

los derechos del señor Nash según la Segunda Enmienda. La sociedad no puede permitir que sus miembros posean armas de gran, sofisticación.

Callahan la observaba atentamente. Las estudiantes atractivas eran poco frecuentes en la facultad de Derecho de Tulane, pero cuando aparecía alguna actuaba con rapidez. A lo largo de los últimos ocho años había tenido bastante éxito. En general le había sido fácil. Las mujeres llegaban a la facultad de Derecho liberadas y disponibles. El caso de Darby había sido distinto. La vio por primera vez en la biblioteca durante el segundo semestre de su primer curso y tardó un mes en conseguir que saliera a cenar con él.

–¿Quién redactó la opinión mayoritaria? –preguntó Callahan.

–Runyan.

–¿Y está usted de acuerdo con él?

–Sí. A decir verdad, es un caso sencillo.

–¿Entonces qué le ocurrió a Rosenberg?

–Creo que odia a los demás jueces.

–¿De modo que disiente por el mero placer de hacerlo?

–A menudo creo que sí. Sus opiniones son cada vez más difíciles de defender. Tomemos el caso de Nash. Para un liberal como Rosenberg, el tema del control armamentista es sencillo. Debió haber redactado la opinión mayoritaria, y hace diez años lo habría hecho. En el caso de Fordice contra Oregon, de mil novecientos setenta y siete, optó por una interpretación mucho más limitada de la Segunda Enmienda. Sus incoherencias son casi embarazosas.

–¿Sugiere usted que el juez Rosenberg ha entrado en la senectud? –preguntó Callahan, que había olvidado el caso de Fordice.

–Está como un cencerro y usted lo sabe –se apresuró a declarar Sallinger, como un púgil que se lanza al cuadrilátero para el último ataque–. Sus opiniones no tienen defensa.

–No siempre, señor Sallinger, pero por lo menos sigue ahí.

–Está su cuerpo, pero su mente ha fallecido.

–Todavía respira, señor Sallinger.

–Sí, con un pulmón artificial. Han de introducirle el oxígeno por la nariz.

–Pero aún cuenta, señor Sallinger. Es el último de los grandes activistas jurídicos y todavía respira.

–Tal vez debería llamar para comprobarlo.

Las palabras de Sallinger se perdieron en la lejanía. Ya había dicho bastante. No, había hablado demasiado. Agachó la cabeza, bajo la mirada fija del profesor. Se acurrucó sobre el cuaderno y empezó a preguntarse por qué había hablado tanto.

Después de dominarlo con la mirada, Callahan empezó a pasear de nuevo. Tenía realmente una resaca terrible.

TRES

Por lo menos tenía el aspecto de un viejo agricultor, con su sombrero de paja, mono limpio de peto, camisa caqui bien planchada y botas. Mascaba tabaco y escupía al agua oscura bajo el embarcadero. Mascaba como un agricultor. Su camioneta, aunque de un modelo reciente, se veía debidamente usada y polvorienta. Llevaba matrícula de Carolina del Norte y estaba aparcada a cien metros en la arena, al otro extremo del embarcadero.

Era la medianoche del lunes, el primer lunes de octubre, y durante los próximos treinta minutos esperaría en la fresca oscuridad del desierto embarcadero, mascando meditabundo y apoyado en la balaustrada mientras contemplaba fijamente el mar. Sabía que estaría solo. Así

estaba previsto. El embarcadero a aquella hora estaba siempre desierto. De vez en cuando se avistaba el destello de los faros de un coche en la orilla, pero los vehículos nunca se detenían a aquellas horas.

Contemplaba las luces rojas y azules del estrecho, lejos de la orilla. Consultó su reloj sin mover la cabeza. Las nubes eran bajas y espesas, y sería difícil verlo hasta que llegara casi al embarcadero. Así estaba previsto.

La camioneta no era de Carolina del Norte, ni tampoco el agricultor. La matrícula había sido robada de un camión de desguace cerca de Durham. La camioneta había sido robada en Baton Rouge. El agricultor era de origen desconocido y no se ensuciaba las manos. Era un profesional y dejaba para otros las pequeñas alevosías.

Al cabo de veinte minutos, un objeto oscuro se acercó flotando al embarcadero. Crecía el ronroneo amortiguado y silencioso de un motor. El objeto se convirtió en una pequeña embarcación, con una oculta silueta agachada que manipulaba el motor. El agricultor no movió un dedo. Paró el ronroneo y la negra balsa neumática se detuvo en las aguas tranquilas, a diez metros del embarcadero. No había ningún faro en la orilla.

El agricultor se llevó meticulosamente un cigarrillo a la boca, lo encendió, dio dos caladas y a continuación lo arrojó en dirección a la balsa.

–¿Qué clase de cigarrillo? –preguntó el individuo de la embarcación, que distinguía la silueta del agricultor en la balaustrada, pero no su rostro.

–Lucky Strike –respondió el agricultor.

Parecía un juego estúpido. ¿Cuántas balsas negras neumáticas podían llegar navegando por el Atlántico, para acercarse precisamente a aquel viejo embarcadero, a aquella hora específica? Estúpido, pero de suma importancia.

–¿Luke? –preguntó la voz de la embarcación.

–Sam –respondió el agricultor.

Su nombre era Khamel, no Sam, pero Sam serviría durante los próximos cinco minutos hasta que Khamel atracara la balsa.

Khamel no respondió, no se esperaba que lo hiciera, se limitó a poner en marcha el motor y acercar la balsa a lo largo del embarcadero hasta la playa. Luke la siguió andando. Se reunieron junto a la camioneta sin darse la mano. Khamel colocó su bolsa deportiva Adidas entre ambos sobre el asiento delantero y la camioneta se alejó por la orilla.

Luke conducía, Khamel fumaba y ambos se ignoraban perfectamente entre sí. No se atrevían a mirarse a los ojos. Con su frondosa barba, gafas oscuras y jersey negro, el rostro de Khamel era siniestro, pero imposible de identificar. Luke no quería verlo. Parte de su misión, además de recoger a aquel desconocido procedente del mar, consistía en no mirarle. En realidad era fácil. Se buscaba aquel rostro en nueve países.

Al cruzar el puente de Manteo, Luke encendió otro Lucky Strike y decidió que ya se habían visto antes. Su encuentro había sido breve y preciso en el aeropuerto de Roma, hacía cinco o seis años, si mal no recordaba. No había habido presentaciones. Había tenido lugar en una sala de espera. Luke, que en aquella ocasión vestía un impecable traje de ejecutivo norteamericano, había dejado un maletín de piel de anguila junto al lavabo donde se enjuagaba lentamente las manos, y de pronto había desaparecido. Al mirar de reojo por el espejo, había visto a aquel individuo, ese tal Khamel, ahora estaba seguro de ello. Al cabo de treinta minutos, el maletín había hecho explosión entre las piernas del embajador británico en Nigeria.

En los protegidos susurros de su hermandad invisible, Luke había oído hablar a menudo de Khamel, individuo de muchos nombres, rostros y lenguas, que actuaba con rapidez y sin dejar huellas, asesino meticuloso que deambulaba por todo el mundo sin que nunca se le encontrara. Mientras surcaban la oscuridad hacia el norte, Luke se acomodó en su asiento, con el ala de su sombrero casi sobre la nariz y, las manos relajadas al volante, intentando recordar lo

que le habían contado sobre su pasajero. Asombrosas hazañas de terror. Lo del embajador británico. La emboscada de diecisiete soldados israelíes en la Orilla Oeste en mil novecientos noventa, atribuida a Khamel. Único sospechoso del coche bomba en el que había fallecido un acaudalado banquero alemán, junto con su familia, en mil novecientos ochenta y cinco. Se rumoreaba que sus honorarios por aquel trabajo habían sido tres millones al contado. La mayoría de los expertos de los servicios secretos le creían responsable de haber planeado el atentado contra el papa de mil novecientos ochenta y uno. Aunque, por otra parte, se le atribuían casi todos los actos terroristas y asesinatos no resueltos. Era fácil culpar a Khamel, porque nadie estaba seguro de que existiera.

Luke estaba emocionado. Khamel estaba a punto de actuar en territorio norteamericano. Luke desconocía los objetivos, pero se estaba a punto de derramar la sangre de alguien importante.

Al alba, la camioneta robada se detuvo en la esquina de las calles treinta y uno y M de Georgetown. Khamel cogió su bolsa deportiva sin decir palabra y echó a andar por la acera.

Caminó varias manzanas hacia el este hasta el hotel Four Seasons, compró el Post en el vestíbulo y cogió tranquilamente el ascensor hasta el séptimo piso. A las siete y cuarto en punto, llamó a la puerta del fondo del pasillo.

–¿Sí? –respondió una voz nerviosa desde el interior.

–Estoy buscando al señor Sneller –dijo pausadamente Khamel, con un perfecto acento norteamericano, mientras colocaba el pulgar sobre la mirilla.

–¿El señor Sneller?

–Sí. Edwin F. Sneller.

La manecilla no giró, ni hizo ruido alguno, ni se abrió la puerta. Transcurridos unos segundos, salió un sobre blanco por debajo de la puerta, que Khamel recogió.

–De acuerdo –dijo lo suficientemente alto, para que Sneller o quien fuera le oyera.

–Es la habitación contigua –dijo Sneller–. Esperaré su llamada.

Parecía la voz de un norteamericano que, al contrario de Luke, nunca había visto a Khamel ni, a decir verdad, deseaba hacerlo. Ahora Luke le había visto dos veces y tenía suerte de seguir vivo.

En la habitación de Khamel había dos camas y una mesilla cerca de la ventana. Por las persianas, completamente cerradas, no se filtraba un solo rayo de luz. Dejó la bolsa sobre una de las camas, junto a dos gruesos maletines. Se acercó a la ventana, echó una ojeada y luego descolgó el teléfono.

–Soy yo –le dijo a Sneller–. Háble me del coche.

–Está aparcado en la calle. Un Ford completamente blanco, con matrícula de Connecticut. Las llaves están sobre la mesa –respondió lentamente Sneller.

–¿Robado?

–Por supuesto, pero tratado. Está limpio.

–Lo dejaré en Dulles poco después de la medianoche. Quiero que se destruya, ¿de acuerdo? –dijo en un impecable inglés.

–Sí, ésas son mis instrucciones –respondió Sneller, atento y eficaz.

–No olvide que es muy importante. Me propongo dejar el arma en el coche. Las armas dejan balas y la gente ve los coches, de modo que es importante destruir completamente el coche y todo su contenido. ¿Comprendido?

–Ésas son mis instrucciones –repitió Sneller.

No le gustaba que le sermonearan. No era ningún novato en el campo del asesinato.

–Los cuatro millones se recibieron hace una semana, debo puntualizar que con un día de retraso –dijo Khamel, sentado al borde de la cama–. Ahora estoy en Washington y quiero otros tres.

–Se hará la transferencia antes del mediodía. Tal como está acordado.

–Sí, pero me preocupa el acuerdo. No olvidemos que la transferencia anterior se hizo con un día de retraso.

Esto enojó a Sneller y puesto que el asesino estaba en la habitación contigua, donde de momento permanecería, podía permitirse exteriorizar su irritación. .

–La culpa fue del banco, no nuestra.

–De acuerdo –respondió Khamel enojado–. Quiero que usted y su banco manden esos tres millones por transferencia telegráfica a la cuenta de Zurich, en el momento en que abran en Nueva York. Es decir, dentro de unas dos horas. Lo comprobaré.

–De acuerdo.

–Entendido. Y no quiero ningún problema cuando el trabajo esté realizado. Estaré en París al cabo de veinticuatro horas y de allí me dirigiré a Zurich. Quiero que todo el dinero me esté esperando cuando llegue.

–Allí estará, si se termina el trabajo.

–El trabajo se terminará, señor Sneller, a medianoche –sonrió Khamel para sí–. En el supuesto, claro está, de que su información sea correcta.

–Hasta estos momentos lo es. Y hoy no se espera ningún cambio. Nuestro personal está en la calle. Los dos maletines contienen todo lo que nos pidió: mapas, horarios, herramientas y demás artículos.

Khamel contempló los maletines que tenía delante y se frotó los ojos con la mano derecha.

–Tengo que dormir un rato –susurró–. No he pegado ojo en veinticuatro horas.

Sneller no supo qué responder. Disponían de mucho tiempo y si a Khamel le apetecía dormir, no tenía por qué no hacerlo. Le pagaban un total de diez millones.

–¿Le apetece algo de comer? –preguntó torpemente Sneller.

–No. Llámeme dentro de tres horas. Exactamente a las diez y media –respondió antes de colgar el teléfono y tumbarse sobre la cama.

Las calles estaban tranquilas y silenciosas, en el segundo día del período de sesiones de otoño. Los jueces pasaron el día en el estrado, escuchando los complejos argumentos y aburridos casos de un abogado tras otro. Rosenberg durmió durante la mayor parte del tiempo. Resucitó brevemente cuando el fiscal general de Texas argumentaba que debería administrársele algún medicamento a cierto recluso condenado a muerte, a fin de que estuviera lúcido cuando se le administrara la inyección letal. ¿Cómo se le puede ejecutar si está mentalmente enajenado?, preguntó Rosenberg con incredulidad. Por la sencilla razón de que su enfermedad puede controlarse con medicamentos, respondió el fiscal general de Texas. Se trataba, por consiguiente, de administrarle una pequeña inyección para que estuviera lúcido, seguida de otra para acabar con su vida. Podía ser todo muy nítido y constitucional. Rosenberg profirió unas cuantas quejas y objeciones, hasta que se le acabó el conato de energía. Su pequeña silla de ruedas era mucho más baja que los tronos de los demás jueces.

Su aspecto inspiraba compasión. En otra época había sido un tigre, capaz de intimidar despiadadamente y confundir a los más astutos abogados. Pero ya no era el caso. Empezó a susurrar y sus palabras se perdieron en la lejanía. El fiscal general le sonrió burlonamente y prosiguió.

Durante la última vista oral del día, un aburrido caso de antisegregación de Virginia, Rosenberg empezó a roncar. El presidente Runyan miró fijamente a lo largo del estrado y Jason Kline, primer secretario de Rosenberg, se dio por aludido. Retiró lentamente la silla de ruedas del estrado, salió de la sala y empujó a su jefe con rapidez por el vestíbulo posterior.

El juez recuperó el conocimiento en su despacho, tomó sus píldoras y les comunicó a sus subordinados que deseaba regresar a su casa. Kline se lo comunicó al FBI y al cabo de unos momentos subían a Rosenberg a su furgoneta, aparcada en el sótano. Dos agentes del FBI vigilaban. Un enfermero llamado Frederic fijó la silla de ruedas en su posición y el sargento Ferguson, de la policía del Tribunal Supremo, se colocó al volante de la furgoneta. El juez no permitía que se le acercara ningún agente del FBI. Podían considerarse afortunados de que se les permitiera seguir su coche y vigilar su casa desde la calle. No confiaba en los policías, ni mucho menos en los agentes del FBI. No necesitaba que le protegieran.

Al llegar a Volta Street, en Georgetown, la furgoneta se detuvo y retrocedió por un pequeño camino privado. Frederic, el enfermero, y Ferguson, el policía, le introdujeron cuidadosamente en la casa, mientras los agentes vigilaban desde su Dodge Aries negro oficial aparcado en la calle. El jardín frontal era diminuto y el coche se encontraba a pocos metros de la puerta principal de la casa. Eran casi las cuatro de la tarde.

Al cabo de pocos minutos, Ferguson se vio obligado a abandonar la casa, e intercambió unas palabras con los agentes. Después de mucho discutir, hacía una semana que Rosenberg había accedido a que Ferguson inspeccionara discretamente todas las habitaciones, cuando regresaban a su casa por la tarde. A continuación Ferguson debía retirarse, pero podía regresar a las diez de la noche y sentarse junto a la puerta trasera, hasta las seis en punto de la mañana. Sólo a Ferguson le estaba permitido hacerlo y estaba harto de trabajar tantas horas.

–Todo correcto –les comunicó a los agentes–. Supongo que regresaré a las diez.

¿Todavía está vivo? –preguntó, como de costumbre, uno de los agentes.

–Me temo que sí –respondió Ferguson con aspecto cansado, mientras se dirigía a la furgoneta.

Frederic era fofo y débil, pero no se necesitaba fuerza para ocuparse de su paciente: Después de arreglar los cojines, lo levantó de la silla de ruedas para colocarlo cuidadosamente sobre el sofá, donde permanecería inmóvil durante las próximas dos horas, mientras dormitaba y veía la CNN. Frederic se preparó un bocadillo de jamón, se sirvió un plato de galletas y hojeó el National Enquirer en la mesa de la cocina. Rosenberg susurró algo en voz alta y cambió de canal con el control remoto.

A las siete en punto, Frederic colocó la cena especial para pacientes cardíacos sobre la mesa, que consistía en caldo de pollo, patatas hervidas y cebollas asadas, y acercó a su jefe en la silla de ruedas. Insistía en comer solo y no era agradable ver cómo lo hacía. Frederic miraba la televisión. Después se ocuparía de limpiarlo todo.

A las nueve había tomado su baño y estaba debidamente arropado en la cama, con su camisón. Dormía en una cama estrecha, reclinable, de color verde pálido como las de los hospitales militares, con un colchón duro, controles automáticos y barandillas, que Rosenberg insistía en que no se levantaran. Estaba situada en una habitación contigua a la cocina, que había utilizado durante treinta años como estudio, hasta su primer ataque. La sala parecía ahora la de un hospital, un olor a desinfectante y la presencia amenazante de la muerte. Junto a la cama había una enorme mesa, con una lámpara de hospital y por lo menos veinte frascos de medicamentos. La estancia estaba repleta de nítidos montones de gruesos textos jurídicos. El enfermero, desde una vieja silla situada cerca de la mesa, empezaba a leer un sumario. Como todas las noches, leería hasta oír sus ronquidos. Leía con lentitud, a voces, mientras Rosenberg permanecía rígido, inmóvil, pero atento. El sumario correspondía a un caso en el que redactaría la opinión mayoritaria. Durante un rato, absorbía todas y cada una de las palabras.

Después de una hora de leer a voces, Frederic estaba cansado y el juez empezaba a quedarse dormido. Levantó ligeramente la mano y cerró los ojos. Con uno de los botones de la cama, bajó las luces. La habitación estaba casi a oscuras. Frederic dio una sacudida. Dejó el sumario en el suelo y cerró los ojos. Rosenberg roncaba.

No por mucho tiempo.

Poco después de las diez, cuando la casa estaba oscura y silenciosa, se entreabrió la puerta de un armario de una habitación del primer piso y Khamel salió sigilosamente del mismo. Sus muñequeras, gorra de nilón y pantalón corto deportivo eran de color azul marino. Su camisa era de manga larga, y sus calcetines y zapatillas eran de color blanco con borde azul. Una coordinación cromática perfecta. Khamel el corredor. Iba perfectamente afeitado y su cortísimo cabello era ahora rubio, casi blanco.

La habitación estaba a oscuras, al igual que el vestíbulo. Los peldaños crujieron ligeramente bajo sus zapatillas. Media metro setenta y siete, y pesaba menos de setenta y ocho kilos, todo músculo. Se conservaba fuerte y ágil, para que sus movimientos fueran rápidos y silenciosos. La escalera desembocaba en un vestíbulo, cerca de la puerta principal. Sabía que había dos agentes en un coche aparcado junto a la acera, que probablemente no vigilaban la casa. Sabía que Ferguson había llegado hacía siete minutos. Oía los ronquidos procedentes de la habitación posterior. Mientras esperaba en el armario, había pensado en actuar antes de que llegara Ferguson, para no tener que matarle. El hecho en sí no le preocupaba, pero supondría la presencia de otro cadáver. Sin embargo supuso, erróneamente, que con toda probabilidad Ferguson hablaría con el enfermero al entrar de servicio. En tal caso, el policía descubriría el asesinato y él perdería unas horas. Por consiguiente decidió esperar.

Cruzó el vestíbulo sin hacer ningún ruido. En la cocina, una pequeña luz del extractor iluminaba la superficie y creaba cierto peligro. Khamel se lamentó de no haber comprobado la bombilla y haberla aflojado. Esos pequeños errores eran imperdonables. Se agachó bajo una ventana que daba al jardín posterior. No pudo ver a Ferguson, aunque sabía que tenía sesenta y un años, medía metro ochenta y ocho, tenía cataratas, y era incapaz de darle a un elefante con su Magnum 357.

Ambos roncaban. Khamel sonrió al agacharse junto a la puerta, para desenfundar rápidamente la automática del calibre veintidós y el silenciador de la faja de su cintura. Después de atornillar el tubo de diez centímetros al cañón del arma, entró agachado en la habitación. El enfermero estaba tumbado sobre su asiento, con los pies al aire, los brazos colgando y la boca abierta. Khamel acercó el extremo del silenciador a dos centímetros de su sien derecha y disparó tres veces. Temblaron sus manos, sus pies se agitaron, pero los ojos permanecieron cerrados. Khamel se acercó rápidamente a la pálida y arrugada cabeza del juez Abraham Rosenberg y efectuó otros tres disparos.

En la habitación no había ninguna ventana. Durante un minuto, observó los cuerpos y escuchó. Los talones del enfermero dieron unas cuantas sacudidas, pero por fin se detuvieron. Los cuerpos permanecían inmóviles.

Quería matar a Ferguson en el interior de la casa. Eran las diez y once minutos, hora probable en la que algún vecino podía salir a dar una última vuelta con el perro antes de acostarse. Avanzó sigilosamente por la oscuridad hasta la puerta trasera, desde donde vio que el policía paseaba tranquilamente junto a la verja de madera, a siete metros de distancia. Instintivamente, Khamel abrió la puerta trasera, encendió la luz del jardín y exclamó en voz alta:

–Ferguson.

Dejó la puerta abierta y se ocultó en un rincón oscuro junto al refrigerador. Ferguson cruzó obedientemente el pequeño jardín y entró en la cocina. No tenía nada de inusual. A menudo Frederic le llamaba cuando su señoría se quedaba dormido, para tomar un café y jugar a los naipes.

En esta ocasión no había café, ni le esperaba Frederic. Khamel le disparó tres balas en la nuca y se desplomó sobre la mesa de la cocina.

Apagó la luz del jardín y retiró el silenciador de la pistola. No volvería a necesitarlo. Lo guardó de nuevo en la faja, junto con la pistola, y miró por la ventana frontal. La luz interior del coche estaba encendida y los agentes leían. Pasó por encima del cuerpo de Ferguson, cerró la puerta posterior y se perdió en la oscuridad del pequeño jardín. Saltó un par de verjas sin hacer ningún ruido, llegó a la calle y echó a correr. Khamel el Corredor.

Glenn Jensen estaba sentado a solas en el oscuro primer piso del cine Montrose, contemplando los cuerpos activos y desnudos de los jóvenes de la pantalla. Tenía en las manos un gran recipiente de palomitas de maíz y estaba plenamente concentrado en la película. Su atuendo era bastante convencional: jersey azul marino, pantalón deportivo y mocasines. Unas grandes gafas de sol ocultaban sus ojos y un sombrero de fieltro le cubría la cabeza. Dios le había concedido una cara que se olvidaba con facilidad y, cuando la disimulaba, nadie podía reconocerla. Especialmente en el primer piso casi vacío de un cine pornográfico homosexual a medianoche. No llevaba ningún pendiente, pañuelo estampado, cadena de oro, ni joya alguna, indicativos de que buscara un compañero. Quería pasar inadvertido.

A decir verdad, jugar al escondite con el FBI y con el resto del mundo se había convertido en un reto para él. Aquella noche se habían situado debidamente en el aparcamiento adjunto a su edificio. Había otra pareja aparcada cerca de la terraza posterior. Al cabo de cuatro horas y media, disfrazado, había descendido tranquilamente al aparcamiento subterráneo y salido en el coche de un amigo. El edificio tenía demasiadas entradas y salidas para que los pobres federales pudieran controlar sus movimientos. Hasta cierto punto cooperaba, pero quería vivir su vida. Si los federales no lograban encontrarle, ¿cómo se las arreglaría un asesino?

El primer piso del cine estaba dividido en tres secciones de seis filas cada una. Estaba muy oscuro; la única luz era la del potente rayo azul del proyector. En los pasillos laterales había montones de butacas rotas y mesillas plegables. Las cortinas de terciopelo de los costados estaban rasgadas y deterioradas. Era un magnífico lugar donde ocultarse.

Al principio le preocupaba ser descubierto. En los primeros meses de su confirmación en el cargo estaba aterrorizado. No podía comer palomitas de maíz, ni disfrutar en modo alguno de las películas. Pero se convenció a sí mismo de que si era descubierto o reconocido, o de algún modo terrible expuesto, se limitaría a alegar que estaba investigando para un caso de obscenidad pendiente. Siempre había alguno en los archivos y puede que de algún modo pareciera plausible. Después de repetirse insistentemente que el pretexto funcionaría, creció su audacia. Sin embargo, en una noche de mil novecientos noventa, un cine se incendió y fallecieron cuatro personas. Sus nombres aparecieron en los periódicos, en grandes titulares. Se dio la casualidad de que el juez Glenn Jensen estaba en los servicios cuando oyó los gritos y olió el humo.

Corrió a la calle y desapareció. Los cadáveres se encontraron en el primer piso. Conocía a uno de ellos. Dejó de ir al cine durante dos meses, pero después volvió. Se dijo a sí mismo que su investigación no había concluido.

Además, ¿qué importaba que le descubrieran? Su cargo era vitalicio. Los electores no podían despedirle.

Le gustaba el Montrose porque los martes había sesión continua toda la noche y siempre había poca gente. Le gustaban las palomitas de maíz y la cerveza de barril costaba cincuenta centavos.

Había dos ancianos en la sección central que no dejaban de manosearse. De vez en cuando Jensen les echaba una ojeada, pero se concentraba en la película. Le pareció que era triste llegar a los setenta años, con la perspectiva cercana de la muerte, procurando eludir el SIDA, y verse obligado a buscar la felicidad en las sucias butacas de un cine pornográfico.

No tardó en llegar un cuarto espectador que, después de echarle una mirada a Jensen y a los dos hombres abrazados, se dirigió silenciosamente a la parte superior de la sección central, con su cerveza de barril y una bolsa de palomitas de maíz. Tenía el proyector directamente a su espalda. Tres filas más adelante, a su derecha, se encontraba el juez. Delante de él, los canosos amantes se besaban, susurraban y se reían, ajenos al mundo exterior.

Su atuendo era apropiado: vaqueros ceñidos, camisa negra de seda, pendiente, gafas de concha y el cabello y bigote impecables, de un marica. Khamel el Homosexual.

Esperó unos minutos antes de acercarse al pasillo de la derecha. Nadie se percató de ello. ¿A quién podía importarle dónde se sentara?

A las doce y veinte, los ancianos se habían cansado. Se levantaron cogidos del brazo y salieron de puntillas, entre risas y susurros. Jensen no les dirigió la mirada. Estaba concentrado en la película, en la que tenía lugar una gran orgía en un yate, en pleno huracán. Khamel se deslizó como un gato por el pasillo, para colocarse tres butacas a la espalda del juez. Tomó un sorbo de cerveza. Estaban solos. Al cabo de un minuto, avanzó otra butaca. Jensen estaba a dos metros y medio.

Conforme aumentaba la fuerza del huracán, también lo hacía la orgía. Los aullidos del viento y los gritos de los festejantes eran ensordecedores. Khamel dejó la cerveza y la bolsa de palomitas de maíz en el suelo, y sacó un metro de cuerda dé nilón amarillo que llevaba en la cintura. Se enrolló rápidamente los extremos en las manos y pasó a la próxima fila. Su presa jadeaba. Le temblaban las palomitas de maíz.

El ataque fue rápido y brutal. Khamel le colocó la cuerda bajo la laringe y la estrujó con violencia. Tiró de la cuerda hacia abajo, doblándole la cabeza sobre el respaldo del asiento. Quedó inmediatamente desnucado. Hizo girar la cuerda y la ató en la nuca. Introdujo una varilla de acero de quince centímetros en el nudo y la hizo girar hasta que la cuerda segó la carne y empezó a sangrar. En diez segundos todo había terminado.

De pronto había amainado el huracán y empezó otra orgía para celebrarlo. Jensen se desplomó en su asiento. Las palomitas de maíz se habían desparramado sobre sus zapatos. Khamel no era de los que admiran su obra. Abandonó el auditorio, pasó tranquilamente entre las estanterías de revistas y artilugios del vestíbulo, y salió a la calle.

Condujo su genérico Ford blanco con matrícula de Connecticut hasta el aeropuerto de Dulles, se cambió de ropa en los servicios y esperó su vuelo a París.

CUATRO

La primera dama se encontraba en la costa oeste, para asistir a una serie de desayunos de cinco mil dólares el plato, en los que los ricos y ostentosos derrochaban a gusto su dinero, a cambio de huevos fríos, champán barato, y la oportunidad de ser vistos y tal vez fotografiados junto a la comúnmente conocida como reina. Por consiguiente, el presidente dormía solo cuando sonó el teléfono. Según la venerable tradición de los presidentes norteamericanos, en otra época había pensado en tener una amante. Sin embargo, en la actualidad eso parecía muy antirrepublicano. Además, estaba viejo y cansado. A menudo dormía solo, incluso cuando la reina estaba en la Casa Blanca.

Dormía profundamente. El teléfono sonó dos veces antes de que lo oyera. Levantó el auricular y consultó el reloj. Las cuatro y media de la madrugada. Escuchó, se incorporó de un brinco y al cabo de ocho minutos estaba en el despacho ovalado. Sin ducharse ni ponerse la corbata. Miraba fijamente a Fletcher Coal, jefe del gabinete, correctamente sentado tras su escritorio.

Coal sonreía. Su impecable dentadura y su calva brillaban. Con sólo treinta y siete años, era el joven prodigio que cuatro años antes había rescatado una desastrosa campaña, para co-

locar a su jefe en la Casa Blanca. Era un manipulador insidioso y despiadado colaborador que se había abierto paso con uñas y dientes hasta ocupar el segundo cargo de mayor responsabilidad. Muchos le consideraban el auténtico jefe. La mera mención de su nombre bastaba para que cundiera el pánico entre sus subordinados.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó lentamente el presidente.

Coal paseaba frente al escritorio.

–No se sabe gran cosa –respondió–. Están ambos muertos. Dos agentes del FBI han encontrado a Rosenberg aproximadamente a la una. Muerto en la cama. Su enfermero y un policía del Tribunal Supremo también han sido asesinados. Los tres con balazos en la cabeza. Un trabajo muy limpio. Cuando el FBI y la policía de Washington estaban investigando, han recibido una llamada para comunicarles que había aparecido el cadáver de Jensen en un club de maricas. Lo han encontrado hace un par de horas. Voyles me ha llamado a las cuatro y yo le he llamado a usted. Él y Gminski llegarán de un momento a otro.

¿Gminski?

–Conviene incluir a la CIA, por lo menos inicialmente.

–Rosenberg ha muerto –dijo el presidente, al tiempo que se desperezaba con las manos en la nuca.

–Sí, efectivamente. Sugiero que se dirija a la nación dentro de un par de horas. Mabry está preparando un borrador. Yo lo terminaré. Esperemos a que amanezca, por lo menos hasta las siete. De lo contrario será demasiado temprano y perderemos mucha audiencia.

–La prensa...

–Sí. Ya lo saben. Han filmado a los camilleros, cuando entraban con Jensen en el depósito de cadáveres.

–No sabía que fuera homosexual.

–Ahora no cabe la menor duda de ello. Es la crisis perfecta, señor presidente. Piénselo. No la hemos creado nosotros. No es culpa nuestra. Nadie puede responsabilizarnos de la misma. Y la conmoción hará que la nación reaccione con cierto grado de solidaridad. Es el momento de agruparse alrededor del líder. Es fantástico. Ningún inconveniente.

El presidente sorbía una taza de café y contemplaba los documentos sobre su escritorio.

–Y esto me permitirá reestructurar el Tribunal.

–Ésta es la mejor parte. Será su legado. He llamado ya a Duval, de Justicia, para ordenarle que se pusiera en contacto con Horton y empezaran a redactar una lista preliminar de candidatos. Horton hizo un discurso anoche en Omaha, pero su avión ha emprendido ya el camino de regreso. Sugiero que nos reunamos con él más tarde, por la mañana.

El presidente asintió, para dar como de costumbre el visto bueno a las sugerencias de Coal. Dejaba que fuera él quien elaborara los detalles. Nunca le habían interesado los aspectos minuciosos de las cosas.

–¿Algún sospechoso?

–Todavía no. A decir verdad, no lo sé. Le he dicho a Voyles que usted esperaría un informe a su llegada.

–Tenía entendido que el FBI se ocupaba de la protección del Tribunal Supremo.

–Exactamente –sonrió Coal, antes de soltar una carcajada–. Voyles es quien tiene la cara manchada de huevo. A decir verdad, es bastante embarazoso.

–Magnífico. Quiero que Voyles cargue con parte de la culpa. Cuide de la prensa. Deseo verle humillado. Entonces puede que logremos librarnos de él.

A Coal le encantaba la idea. Dejó de pasear para tomar una nota en su cuaderno. Un guardia de seguridad llamó a la puerta antes de abrirla. Los directores Voyles y Gminski entraron juntos en el despacho. El ambiente adoptó inmediatamente un tono sombrío, cuando los cua-

tro se dieron la mano. Los dos recién llegados se sentaron frente a la mesa del presidente, mientras Coal se colocaba como de costumbre cerca de la ventana, junto al presidente. Odiaba a Voyles y a Gminski, y el sentimiento era mutuo. No le importaba el rencor. Contaba con la confianza del presidente y eso era lo que importaba. Durante unos minutos guardaría silencio. Era importante permitirle al presidente que cogiera la batuta, en presencia de otras personas.

–Lamento mucho que estén aquí, pero agradezco que hayan venido –dijo el presidente–. ¿Qué ha ocurrido? –agregó, mientras sus visitantes asentían sobriamente en reconocimiento de su evidente mentira.

Voyles habló con rapidez y sin rodeos. Describió la situación en la casa de Rosenberg, cuando se descubrieron los cadáveres. Todas las noches a la una de la madrugada, el sargento Ferguson se ponía rutinariamente en contacto con los agentes aparcados en la calle. Cuando no apareció, fueron a investigar. Los asesinatos eran muy limpios y profesionales. Describió lo que sabía acerca de Jensen. Cuello partido. Estrangulado. Encontrado por otro personaje en el primer piso del cine. Evidentemente, nadie había visto nada. Voyles no era tan arisco y descortés como de costumbre. Era un día sombrío para el Bureau y presentía la tormenta que se avecinaba. Sin embargo, había sobrevivido a cinco presidentes y sin duda lograría tomarle la delantera a aquel imbécil.

–Ambos incidentes están evidentemente relacionados –dijo el presidente, con la mirada fija en Voyles.

–Tal vez. Ciertamente eso parece, pero...

–Vamos, director. En doscientos veinte años han sido asesinados cuatro presidentes, dos o tres candidatos, unos cuantos líderes de los derechos civiles, un par de gobernadores, pero nunca un juez del Tribunal Supremo. Y ahora, en una sola noche, en menos de dos horas, son dos los asesinados. ¿Y usted no está convencido de que estén relacionados?

–No he dicho eso. Debe de haber un vínculo en algún lugar. El caso es que los métodos han sido muy distintos. Y muy profesionales. Recuerde que hemos recibido millares de amenazas contra el Tribunal Supremo.

–Bien. ¿Quiénes son los sospechosos?

F. Denton Voyles miró fijamente al presidente; nadie se atrevía a interrogarle.

–Es demasiado pronto para sospechosos. Todavía acumulamos pruebas.

–¿Cómo ha entrado el asesino en casa de Rosenberg?

–Nadie lo sabe. Comprenda que nosotros no le hemos visto entrar. Evidentemente llevaba rato en la casa, con toda probabilidad escondido en el ático o en algún armario. No hemos tenido oportunidad de comprobarlo, Rosenberg no nos permitía entrar en su casa. Ferguson hacía una inspección rutinaria de la casa todas las tardes, cuando el juez regresaba del trabajo. Todavía es pronto, pero no hemos encontrado ninguna huella del asesino. Ninguna, a excepción de los tres cadáveres. Esta tarde tendremos los informes de balística y de las autopsias.

–Quiero verlos tan pronto como los reciba.

–Sí, señor presidente.

–También quiero una lista de sospechosos a las cinco de esta tarde. ¿Comprendido?

–Desde luego, señor presidente.

–Además, quiero un informe de sus medidas de seguridad y del aspecto en el que han fracasado.

–Supone usted que han fracasado.

–Han muerto dos jueces, que gozaban ambos de la protección del FBI. Creo que el pueblo norteamericano merece conocer lo ocurrido, director. Sí, las medidas de seguridad han fracasado.

–¿El informe es para usted, o para el pueblo norteamericano?

–Para mí.

–¿Y a continuación usted convocará una conferencia de prensa y se lo comunicará al pueblo?

–¿Tiene miedo del escrutinio, director?

–En absoluto. Rosenberg y Jensen están muertos porque se negaron a cooperar con nosotros. Eran perfectamente conscientes del peligro, pero no les importaba. Los otros siete cooperan y siguen vivos.

–De momento. Mejor será que lo compruebe. Caen como moscas –sonrió el presidente, mirando a Coal.

Coal disimuló una risita, miró a Voyles casi con desprecio y decidió que había llegado el momento de hablar.

–Director, ¿sabía usted que Jensen frecuentara ese tipo de lugares?

–Era un adulto con un cargo vitalicio. Si hubiera decidido bailar desnudo sobre la mesa, no habríamos podido impedírselo.

–Por supuesto –dijo atentamente Coal–. Pero no ha respondido a mi pregunta.

–Sí –respondió Voyles, después de respirar hondo y desviar la mirada–. Sospechábamos que era homosexual y sabíamos que le gustaban cierta clase de cines. No estamos autorizados, señor Coal, ni sentimos ningún deseo de divulgar este tipo de información.

–Quiero los informes esta tarde –dijo el presidente.

Voyles escuchaba, con la mirada fija en la ventana, pero sin responder.

–Bob, quiero que me responda sin tapujos –le dijo entonces el presidente a Robert Gminski, director de la CIA.

–Sí señor. ¿De qué se trata? –respondió Gminski, con el entrecejo fruncido.

–Quiero saber si estos asesinatos están de algún modo relacionados con alguna agencia, operación, grupo, o lo que sea, del gobierno de Estados Unidos.

–¡Por Dios, señor presidente! ¡No hablará en serio! Esto es absurdo.

Gminski parecía horrorizado, pero el presidente, Coal, e incluso Voyles, sabían que hoy en día todo era posible con la CIA.

–Hablo muy en serio, Bob.

–Yo también. Y le aseguro que no hemos tenido nada que ver con el asunto. Me horroriza que haya podido siquiera pensarlo. ¡Es absurdo!

–Cerciórese, Bob. Quiero estar absolutamente seguro. Rosenberg no creía en la seguridad nacional. Tenía muchos enemigos en los servicios secretos. Compruébelo, ¿de acuerdo?

–De acuerdo, de acuerdo.

–Y quiero un informe a las cinco de esta tarde.

–Bien. De acuerdo. Pero es una pérdida de tiempo. Fletcher Coal se acercó al escritorio, junto al presidente.

–Sugiero, caballeros, que nos reunamos aquí a las cinco de esta tarde. ¿Les parece bien?

Ambos asintieron antes de levantarse y Coal les acompañó a la puerta, sin decir palabra.

–Lo ha manejado usted muy bien –le dijo al presidente,

después de cerrar la puerta–. Voyles es consciente de su vulnerabilidad. Huelo a sangre. Empezaremos a presionarlo a través de la prensa.

–Rosenberg está muerto –repitió para sí el presidente–. No puedo creerlo.

–Tengo una idea para la televisión –declaró Coal mientras paseaba de nuevo; controlaba perfectamente la situación–. Debemos aprovecharnos de la conmoción del suceso. Usted debe parecer cansado, como si hubiera pasado la noche en vela dirigiendo la crisis. ¿De acuerdo?

Toda la nación le verá, pendiente de que facilite detalles de lo ocurrido y ofrezca garantías de seguridad. Creo que debería vestir algo cómodo y hogareño. Traje y corbata a las siete de la mañana puede parecer excesivamente estudiado. Es preferible algo más relajado.

–¿Un albornoz? –preguntó el presidente, que escuchaba con gran atención.

–Sería exagerado. ¿Qué le parece un pantalón y chaqueta de lana? Sin corbata. Camisa blanca. En cierto modo con aspecto de abuelo.

–¿Pretende que me dirija a la nación en este momento de crisis con un jersey?

–Sí. Me gusta la idea. Un jersey abierto de color castaño, con una camisa blanca.

–No estoy seguro.

–La imagen es buena. Escúcheme, jefe, las elecciones tendrán lugar dentro de un año, a partir del próximo mes. Ésta es nuestra primera crisis en noventa días y es una crisis maravillosa. La gente debe verle con algo distinto, especialmente a las siete de la mañana. Debe tener un aspecto relajado, hogareño, pero firme. Ganará cinco puntos, tal vez diez, en el índice de popularidad. Confíe en mí, jefe.

–No me gustan los jerseys.

–Confíe en mí.

–No estoy seguro.

CINCO

Darby Shaw despertó a primera hora de la madrugada, con un poco de resaca. Después de quince meses en la facultad de derecho, su mente se negaba a descansar más de seis horas. A menudo se levantaba antes del alba, razón por la cual no dormía a gusto con Callahan. El sexo era maravilloso, pero el resto de la noche se convertía en una lucha por sábanas y almohadas.

Ella se dedicaba a contemplar el techo y, ocasionalmente, a escuchar los ronquidos de su compañero, en su coma inducido por el whisky. Las sábanas parecían tenazas alrededor de sus rodillas. A pesar de no tener con qué cubrirse, no tenía frío. El mes de octubre en Nueva Orleans es todavía húmedo y caluroso. El aire pesado y bochornoso se elevaba de Dauphine Street, invadía el pequeño balcón y penetraba por la vidriera. Con el mismo llegaban los primeros destellos del alba. Darby se acercó al balcón, con el albornoz de terciopelo de su compañero. Salía el sol, pero Dauphine Street seguía a oscuras. El alba pasaba desapercibida en el barrio francés. Tenía la boca seca.

Darby bajó a la cocina y preparó una cafetera de café francés con achicoria. Las cifras azules del microondas indicaban que eran las seis menos diez. Para una persona que bebía poco, la vida con Callahan era una lucha constante. Su límite eran tres vasos de vino. No tenía el título de abogado ni trabajo, y no podía permitirse emborracharse todas las noches y dormir por la mañana. Además, pesaba cincuenta kilos y estaba decidida a no aumentar de peso. Él no tenía límite.

Después de tomarse tres vasos de agua helada, sirvió una buena taza de café con achicoria. Encendió las luces al subir por la escalera y volvió a meterse en la cama. Pulsó el control remoto de la televisión y, de pronto, ahí estaba el presidente detrás de su escritorio, con un aspecto un tanto curioso sin corbata y con un jersey castaño. Era un informativo especial de la NBC.

–¡Thomas! –exclamó, al tiempo que le sacudía el hombro. No reaccionó.

–¡Thomas! ¡Despierta!

Pulsó otro botón y subió el volumen. El presidente dijo buenos días.

–¡Thomas! –repitió, después de acercarse al televisor.

Callahan dio una patada a las sábanas, se incorporó, se frotó los ojos, e intentó enfocar la mirada. Ella le ofreció la taza de café.

Las noticias del presidente eran trágicas. Tenía los ojos cansados y el aspecto triste, pero su aterciopelada voz de barítono inspiraba confianza. Tenía notas, pero no las utilizaba. Con la mirada fija en la cámara, le contaba al pueblo norteamericano los trágicos sucesos de la noche anterior.

–Maldita sea –susurró Callahan.

Después de dar a conocer las muertes, el presidente pronunció un elocuente panegírico dedicado a Abraham Rosenberg, a quien describió como ejemplar y legendario. Tuvo que hacer un esfuerzo, pero mantuvo una expresión sobria al alabar la distinguida carrera de uno de los hombres más odiados en Norteamérica.

Callahan estaba encandilado ante el receptor. Darby no se perdía palabra.

–Muy conmovedor –declaró Darby, paralizada al borde de la cama.

Según la información que le había facilitado el FBI y la CIA, explicaba el presidente, ambas muertes parecían estar relacionadas. Había ordenado una investigación amplia e inmediata, y los responsables responderían de sus actos ante los tribunales.

Callahan se incorporó y se cubrió con las sábanas. Después de parpadear, se pasó los dedos por su despeinada cabellera.

–¿Rosenberg? ¿Asesinado? –susurró, sin dejar de mirar fijamente la pantalla.

Había desaparecido inmediatamente la niebla de su mente y el dolor estaba presente, pero no lo percibía.

–Fíjate en el jersey –dijo Darby mientras tomaba un sorbo de café y contemplaba aquel rostro anaranjado cubierto de maquillaje, con su cabellera plateada impecablemente peinada.

Era un hombre sumamente apuesto y con una voz muy confortante; de ahí su enorme éxito político. Se agrupaban los surcos de su frente y ahora era aun mayor su tristeza, al hablar de su íntimo amigo, el juez Glenn Jensen.

–El cine Montrose, a medianoche –repitió Callahan.

–¿Dónde está? –preguntó Darby.

–No estoy seguro –respondió Callahan, que había terminado sus estudios de Derecho en Georgetown–. Pero creo que se encuentra en el barrio homosexual.

–¿Era marica?

–Evidentemente. Había oído rumores.

Estaban ambos sentados al borde de la cama, con las sábanas sobre las rodillas. El presidente ordenaba una semana de luto nacional, con banderas a media asta. Al día siguiente permanecerían cerradas las dependencias federales. Todavía no se habían ultimado los detalles de los funerales. Habló otros pocos minutos, todavía muy apenado, incluso trastornado, con gran compasión, pero claramente como presidente y en control de la situación. Se despidió con su tradicional sonrisa de abuelo, llena de confianza y sabiduría.

Apareció un corresponsal de la NBC en los jardines de la Casa Blanca, que llenó los espacios en blanco. La policía guardaba silencio, pero parecía que de momento no había pistas ni sospechosos. Efectivamente, ambos jueces estaban bajo protección del FBI, que de momento no hacía ningún comentario. Sí, el Montrose era un lugar frecuentado por homosexuales. Sí, había habido muchas amenazas contra ambas víctimas, especialmente Rosenberg. Y podría haber muchos sospechosos, antes de que se cerrara el caso.

Callahan apagó el televisor y se acercó al balcón, donde el aire matutino era cada vez más bochornoso.

–Ningún sospechoso –susurró.

–A mí se me ocurren por lo menos veinte –dijo Darby.

–Sí, ¿pero por qué esos dos? Rosenberg es fácil, ¿pero por qué Jensen? ¿Por qué no McDowell o Yount, que son considerablemente más liberales que Jensen? No tiene sentido –dijo Callahan, sentado en un sillón de mimbre junto al balcón, mientras se mullía la cabellera.

–Te traeré un poco más de café –sugirió Darby.

–No, no. Ya estoy despierto.

–¿Cómo está tu cabeza?

–Estaría mejor si hubiera podido dormir otras tres horas. Creo que anularé la clase. No me siento inspirado.

–Magnífico.

–Maldita sea, no puedo creerlo. Ese cretino cuenta ahora con dos nominaciones. Eso significa que ocho de los nueve serán republicanos.

–Antes tendrán que ser confirmados en sus cargos.

–Dentro de diez años no reconoceremos la Constitución. Es un asco.

Ésa es la razón por la que los han matado, Thomas. Alguien, o algún grupo, quiere un Tribunal distinto, con una mayoría conservadora absoluta. El próximo año hay elecciones. Rosenberg tiene, o tenía, noventa y un años. Manning ochenta y cuatro. Yount pasa de los ochenta. Podrían morir pronto, o vivir otros diez años. Puede que el próximo presidente sea demócrata. ¿Para qué arriesgarse? Mejor matarlos ahora, un año antes de las elecciones. Es perfectamente lógico, para alguien que piense de ese modo.

–¿Pero por qué Jensen?

–Suponía un embarazo. Y, evidentemente, era un blanco fácil.

–Sí, pero era básicamente un moderado, con impulsos ocasionales a la izquierda. Además, lo había nombrado un republicano.

–¿Te apetece un Bloody Mary?

–Buena idea. Dentro de un minuto. Intento pensar.

Darby se acostó sobre la cama y se tomó el café, mientras contemplaba el sol que se filtraba por el balcón.

–Piénsatelo bien, Thomas. La sincronización es perfecta. Reelecciones, nominaciones, la política y todo lo demás. Pero piensa en la violencia y en los radicales, los fanáticos, los defensores de la vida y los que odian a los homosexuales, los arios y los nazis, piensa en todos los grupos capaces de matar y en todas las amenazas contra el Tribunal, y la sincronización es perfecta para que un grupo inconspicuo y desconocido cometa los asesinatos. Es macabro, pero la sincronización es perfecta.

–¿Y de qué grupo se trataría?

–¿Quién sabe?

–¿El ejército clandestino?

–No es precisamente inconspicuo. Asesinaron al juez Fernández en Texas.

–¿No utilizan bombas?

–Sí, son expertos en explosivos plásticos.

–Bórralos de la lista.

–De momento no descarto a nadie –dijo Darby, al tiempo que se ponía de pie y ataba el cinturón del albornoz–. Voy a prepararte un Bloody Mary.

–Sólo lo tomaré si me acompañas.

–Thomas, tú eres profesor. Puedes anular la clase si se te antoja. Yo soy estudiante y...

–Comprendo la diferencia.

–No puedo faltar a más clases.

–Te suspenderé en Derecho constitucional si no te saltas las demás clases y te quedas a beber conmigo. Tengo un libro sobre las opiniones de Rosenberg. Leámoslas juntos, tomemos Bloody Marys, luego vino y a continuación lo que sea. Ya empiezo a echarle de menos.

–Tengo una clase de Procedimiento Federal a las nueve y no puedo perdérmela.

–Pienso llamar al decano y pedirle que anule todas las clases. ¿Te quedarás entonces a beber conmigo?

–No. Vamos, Thomas.

El profesor la siguió a la cocina, donde se encontraban el café y los licores.

SEIS

Sin quitarse el auricular del hombro, Fletcher Coal marcó otro número en el teléfono situado sobre el escritorio del despacho ovalado. Tres líneas parpadeaban a la espera. Paseaba lentamente frente a la mesa y escuchaba, mientras hojeaba el informe de dos páginas de Horton, del Departamento de Justicia. Hacía caso omiso del presidente, que estaba agachado frente a las ventanas, con guantes y su putter en las manos, plenamente concentrado primero en la bola amarilla y luego, lentamente a lo largo de la alfombra azul, en la taza de latón a tres metros de distancia. Coal farfulló algo por teléfono. El presidente, que acababa de golpear suavemente la bola y vio cómo se deslizaba con precisión hasta la taza, no oyó sus palabras. La taza hizo un clic, dejó caer nuevamente la bola y ésta se desplazó un metro de costado. El presidente se acercó con calcetines a la próxima bola, la miró y respiró hondo. Ésta era de color naranja. La golpeó con suavidad y entró directamente en la taza. Ocho aciertos seguidos. Veintisiete sobre treinta.

–Era el presidente Runyan –dijo Coal, después de colgar el teléfono–. Está bastante disgustado. Quería reunirse con usted esta tarde.

–Dígale que se ponga en la cola.

–Le he dicho que viniera mañana a las diez de la mañana. Usted tiene reunión con el gabinete a las diez y media, y con el personal de seguridad a las once y media.

Sin levantar la cabeza, el presidente agarró el putter y estudió la próxima bola.

–Me muero de impaciencia. ¿Cómo está el índice de opinión pública? –preguntó, al mismo tiempo que golpeaba cuidadosamente la bola y la seguía con la mirada.

–Acabo de hablar con Nelson. El ordenador está digiriendo la información, pero cree que el índice estará alrededor de los cincuenta y dos o cincuenta y tres puntos.

El jugador de golf levantó brevemente la mirada y sonrió, antes de concentrarse de nuevo en el juego.

–¿A cuánto estaba la semana pasada?

–Cuarenta y cuatro. Ha sido el jersey sin corbata. Tal como se lo dije.

–Creí que eran cuarenta y cinco –dijo mientras golpeaba la bola amarilla y veía cómo llegaba perfectamente a la taza.

–Tiene razón. Cuarenta y cinco.

–El más alto en...

–Once meses. No hemos pasado de los cincuenta desde el vuelo cuatro cero dos, en noviembre del año pasado. Ésta es una crisis maravillosa, jefe. El pueblo está aturdido, a pesar de que muchos se alegren de que Rosenberg haya muerto. Y usted está en el centro de la crisis. Simplemente maravilloso.

Coal pulsó un botón parpadeante y levantó el auricular. Lo colgó de nuevo sin decir palabra. Se arregló la corbata y se abrochó la chaqueta.

–Son las cinco y media, jefe. Voyles y Gminski están esperando.

Golpeó la bola y observó su trayectoria. Pasó a dos centímetros de la taza e hizo una mueca.

–Que esperen. Daremos una conferencia de prensa a las nueve de la mañana. Quiero que Voyles me acompañe, pero que mantenga la boca cerrada. Ocúpese de que esté de pie a mi espalda. Daré algunos detalles y contestaré a unas preguntas. Las cadenas nacionales lo transmitirán en directo, ¿no cree?

–Por supuesto. Buena idea. Empezaré inmediatamente los preparativos.

Se quitó los guantes y los arrojó a un rincón.

–Hágales pasar –dijo mientras apoyaba cuidadosamente el putter contra la pared y se ponía sus mocasines Bally.

Como de costumbre, se había cambiado seis veces de ropa desde la hora del desayuno y ahora llevaba un traje cruzado de mezclilla, con una corbata a topos rojos. Ropa de despacho. La chaqueta colgaba junto a la puerta. Se sentó a la mesa y empezó a examinar unos documentos, con el entrecejo fruncido. Saludó a Voyles y Gminski con la cabeza, sin levantarse ni tenderles la mano. Los visitantes se sentaron frente a su escritorio y Coal adoptó su actitud habitual de centinela, impaciente por disparar. El presidente se pellizcó el puente de la nariz, como si la tensión de la jornada le hubiera producido una jaqueca.

–Ha sido un día muy duro, señor presidente –dijo Gminski para romper el hielo, mientras Coal asentía.

–Sí, Bob –respondió el presidente–. Un día muy duro. Y esta noche tengo a un montón de etíopes invitados a cenar, de modo que démonos prisa. Empiece usted, Bob. ¿Quién les ha asesinado?

–No lo sé, señor presidente. Pero le aseguro que no hemos tenido nada que ver con el asunto.

–¿Me lo promete, Bob? –preguntó, casi en forma de plegaria.

–Se lo juro –respondió Gminski, después de levantar la palma de la mano derecha–. Se lo juro sobre la tumba de mi madre.

Coal asintió tímidamente como si le creyera y su aprobación fuera definitiva.

El presidente miró fijamente a Voyles, cuyo robusto cuerpo llenaba la silla y que todavía llevaba puesta una voluminosa gabardina. El director se mordía lentamente los labios y miraba con una risita al presidente.

–¿Balística? ¿Autopsias?

–Aquí lo tengo –respondió Voyles, al tiempo que abría su maletín.

–Cuéntemelo. Lo leeré más tarde.

–El arma era de pequeño calibre, probablemente del veintidós. Disparos a quemarropa contra Rosenberg y su enfermero, a juzgar por las quemaduras de pólvora. Más difícil de determinar en el caso de Ferguson, pero los disparos no se efectuaron a más de veinticinco centímetros. Comprenda que no presenciamos el tiroteo. Tres balas en cada cabeza. Le han extraído dos a Rosenberg y han encontrado la tercera en su almohada. Parece que tanto él como su enfermero estaban dormidos. Las mismas balas, la misma arma, evidentemente el mismo pistolero. Se están redactando los informes completos de las autopsias, pero no han descubierto nada sorprendente. Las causas de las muertes son perfectamente evidentes.

–¿Huellas?

–Ninguna. Seguimos buscando, pero se trata de un trabajo muy limpio. Parece .que lo único que ha dejado han sido las balas y los cadáveres.

–¿Cómo entró en la casa?

–No se ve nada forzado. Ferguson inspeccionó la vivienda cuando llegó Rosenberg, a eso de las cuatro. Una operación rutinaria. Al cabo de dos horas entregó su informe escrito, en el que dice haber inspeccionado dos dormitorios, un cuarto de baño y tres armarios en el primer piso, así como todas las salas de la planta baja, sin haber encontrado evidentemente nada. Dice que comprobó todas las puertas y ventanas. Según las instrucciones de Rosenberg, nuestros agentes estaban en la calle y calculan que la inspección de Ferguson duró de tres a cuatro minutos. Sospecho que el asesino estaba escondido en la casa cuando regresó el juez y Ferguson no le vio.

–¿Por qué? –preguntó Coal.

Los ojos irritados de Voyles, miraban al presidente, sin prestarle atención a su subordinado.

–Se trata, evidentemente, de un individuo de mucho talento. Ha asesinado a un juez del Tribunal Supremo, tal vez a dos, sin dejar prácticamente ninguna huella. Probablemente un asesino profesional. Para él entrar en la casa no supondría ningún problema. Como tampoco lo sería eludir la inspección rutinaria de Ferguson. Probablemente tiene mucha paciencia. No se arriesgaría a entrar cuando la casa estaba ocupada y vigilada por la policía. En mi opinión entró en algún momento de la tarde y se limitó a esperar, probablemente en algún armario del primer piso, o tal vez en el desván. Hemos encontrado dos pequeños fragmentos del material aislante del desván junto a la escalera plegable, que sugieren su utilización reciente.

–En realidad no importa donde se escondiera –dijo el presidente–. No le descubrieron.

–Tiene usted razón. Comprenda que no se nos permitía inspeccionar la casa.

–Lo que comprendo es que está muerto. ¿Qué me dice de Jensen?

–También está muerto. Desnucado. Estrangulado con un trozo de cuerda de nilón amarillo que se puede comprar en cualquier tienda. Los forenses dudan de que el desnucamiento produjera la muerte. Están bastante seguros de que la causó la cuerda. Ninguna huella. Ningún testigo. No es el tipo de lugar donde los testigos hagan cola para declarar, de modo que no esperamos encontrar ninguno. Hora aproximada de la muerte: doce treinta de la madrugada. Transcurrieron dos horas entre un asesinato y otro.

¿Cuándo salió Jensen de su apartamento? –preguntó el presidente, mientras tomaba notas.

–No lo sé. No olvide que estábamos relegados al aparcamiento. Le seguimos hasta su casa a eso de las seis de la tarde y vigilamos el edificio durante siete horas, hasta que nos enteramos de que había sido estrangulado en un antro de maricas. Evidentemente nos limitábamos a obedecer sus órdenes. Salió a hurtadillas del edificio en el coche de un amigo. Lo encontramos a dos manzanas del antro.

Coal dio dos pasos al frente, con las manos rígidamente entrelazadas a la espalda.

–Director, ¿cree usted que un asesino ha cometido ambos crímenes?

–Quién diablos lo sabe. Todavía no se han enfriado los cadáveres. Denos un respiro. En estos momentos las pruebas son casi inexistentes. Sin testigos, huellas, ni errores, tardaremos algún tiempo en juntar las piezas sueltas. Podría tratarse del mismo individuo, no lo sé. Es demasiado pronto.

–Debe tener sin duda algún presentimiento –dijo el presidente.

–Podría tratarse del mismo individuo, pero debe de ser un superhombre –respondió Voyles después de una pausa y de mirar por la ventana–. Es más probable que sean dos o tres, pero de todos modos deben de haber contado con mucha ayuda. Alguien les ha facilitado un montón de información.

–¿Por ejemplo?

–Por ejemplo con qué frecuencia iba Jensen al cine, dónde se sentaba, a qué hora llegaba, si iba solo o se encontraba con algún amigo. Información que, evidentemente, nosotros no teníamos. Pensemos en Rosenberg. Alguien tenía que saber que en su casita no había ningún

Librodot

sistema de seguridad, que a nuestros agentes se les obligaba a permanecer en la calle, que Ferguson llegaba a las diez, se marchaba a las seis y debía quedarse en el jardín posterior, que...

–Usted sabía todo eso –interrumpió el presidente.

–Por supuesto. Pero le aseguro que no se lo comunicamos a nadie.

El presidente le dirigió una mirada conspiratoria a Coal, que se rascaba meditabundo la barbilla.

Voyles acomodó su voluminoso trasero y sonrió mirando a Gminski, como para decir: «sigámosles la corriente».

–Sugiere usted una conspiración –observó inteligentemente Coal, con el entrecejo fruncido.

–No sugiero absolutamente nada. Le comunico a usted, señor Coal, y a usted, señor presidente, que efectivamente ha conspirado un gran número de personas para perpetrar estos asesinatos. Puede que sólo haya habido uno o dos asesinos, pero han contado con mucha ayuda. Todo ha sido demasiado nítido, rápido y bien organizado.

Coal parecía satisfecho. Volvió a incorporarse y juntar las manos a su espalda.

–¿Entonces, quiénes son los conspiradores? –preguntó el presidente–. ¿Quiénes son sus sospechosos?

Voyles respiró hondo y pareció acomodarse en su asiento. Cerró el maletín y lo dejó junto a sus pies.

–De momento no tenemos a ningún sospechoso principal, sólo ciertas probabilidades. Y es preciso guardar el secreto.

–Claro que es confidencial –exclamó Coal después de acercarse–. Está usted en el despacho ovalado.

–Y he estado aquí muchas veces. A decir verdad, he estado aquí cuando usted andaba todavía en pañales, señor Coal. La información encuentra la forma de filtrarse.

–Creo que las filtraciones no son ajenas a su organización –dijo Coal.

–Es confidencial, Denton –dijo el presidente, después de levantar la mano y de que Coal retrocediera un paso–. Tiene mi palabra.

–Como usted sabe –respondió Voyles, con la mirada fija en el presidente el lunes tuvo lugar la inauguración de este período judicial y los fanáticos están en la ciudad desde hace unos días. Durante las últimas dos semanas, hemos vigilado a varios movimientos. Conocemos a por lo menos once miembros del ejército clandestino, que están en la región de Washington desde hace una semana. Hoy hemos hablado con un par de ellos y los hemos vuelto a soltar. Sabemos que el grupo cuenta con la capacidad necesaria, y el deseo. En este momento suponen nuestra mejor posibilidad. Puede cambiar mañana.

Coal no estaba impresionado. Todo el mundo conocía al ejército clandestino.

–He oído hablar de ellos –declaró estúpidamente el presidente.

–Sí, claro. Se están haciendo bastante populares. Creemos que asesinaron a un juez en Texas. Pero no podemos demostrarlo. Son expertos en explosivos. Sospechamos que han hecho estallar por lo menos un centenar de bombas en clínicas abortistas, oficinas del ACLU, tiendas pornográficas y locales de homosexuales, a lo largo y ancho del país. Son el tipo de gente que sentiría odio por Rosenberg y Jensen.

–¿Algún otro sospechoso? –preguntó Coal.

–Hay un grupo ario denominado Resistencia Blanca que vigilamos desde hace dos años. Actúa en Idaho y Oregón. Su jefe pronunció un discurso en Virginia occidental la semana pasada, y hace varios días que está por aquí. Se le vio el lunes en la manifestación frente al Tribunal Supremo. Mañana procuraremos hablar con él.

–¿Pero son esas personas asesinos profesionales? –preguntó Coal.

–Comprenda que no ponen anuncios en los periódicos. Dudo de que ninguno de esos grupos haya cometido directamente los asesinatos. Se habrán limitado a contratar a los asesinos y efectuar el trabajo preliminar.

–¿Entonces quiénes son los asesinos? –preguntó el presidente.

–Sinceramente, puede que nunca lo sepamos.

El presidente se puso de pie y estiró las piernas. Un día más de trabajo duro en el despacho. Miró a Voyles con una sonrisa.

–Tiene una misión difícil que cumplir –dijo con su voz de abuelo, llena de calor y comprensión–. No le envidio. A ser posible, quiero un informe de dos páginas mecanografiadas a doble espacio, a las cinco de la tarde todos los días, siete días por semana, con los últimos detalles de la investigación. Si descubren algo, espero que me lo comuniquen inmediatamente.

Voyles asintió, sin decir palabra.

–Celebraré una conferencia de prensa a las nueve de la mañana. Me gustaría que asistiera a la misma.

Voyles asintió, sin decir palabra. Transcurrieron varios segundos sin que nadie hablara. Voyles se levantó ruidosamente y se ató el cinturón de la gabardina.

–Bien, nos retiraremos. Usted tiene que ocuparse de sus etíopes y todo lo demás –dijo, al tiempo que le entregaba a Coal los informes de balística y de las autopsias, convencido de que el presidente no se los leería.

–Gracias por haber venido, caballeros –dijo calurosamente el presidente.

Después de que se retiraran, Coal cerró la puerta y el presidente cogió nuevamente su putter.

–No voy a cenar con los etíopes –declaró el presidente, con la mirada fija en la bola amarilla sobre la alfombra.

–Lo sé. Les he mandado ya sus disculpas. Éste es un momento de gran crisis, señor presidente, y se supone que debe permanecer en su despacho, rodeado de sus consejeros.

Golpeó la bola, que se deslizó perfectamente hasta la taza.

–Quiero hablar con Horton. Las nominaciones deben ser perfectas.

–Ha mandado una lista de diez candidatos. Parece prometedora.

–Quiero jóvenes conservadores blancos contrarios al aborto, la pornografía, los homosexuales, el control armamentista, las cuotas raciales y toda esa basura –dijo, al tiempo que fallaba el tiro y se quitaba los mocasines–. Quiero jueces que odien la droga y a los delincuentes, y a quienes les entusiasme la pena de muerte. ¿Comprende?

Coal asentía, mientras marcaba un número de teléfono. Primero seleccionaría a los candidatos y luego convencería al presidente.

K. O. Lewis estaba sentado junto al director, en el asiento posterior de la silenciosa limusina, cuando salieron de la Casa Blanca para unirse al tráfico de la hora punta. Voyles no tenía nada que decir. Hasta ahora, en las primeras horas desde la tragedia, la prensa había sido despiadada. Los buitres habían levantado el vuelo. No menos de tres grupos parlamentarios habían anunciado ya su intención de celebrar audiencias e investigaciones relacionadas con los asesinatos. Y todavía no se habían enfriado los cadáveres. Los políticos estaban ansiosos y luchaban por las candilejas. A un comentario descabellado le sucedía otro. El senador Larkin de Ohio odiaba a Voyles y Voyles odiaba al senador Larkin de Ohio, que había convocado una conferencia de prensa tres horas antes, para anunciar que el grupo parlamentario que encabezaba empezaría a investigar inmediatamente la protección de los jueces fallecidos, por

parte del FBI. Pero Larkin tenía una amiga, una chica bastante joven, y el FBI tenía ciertas fotografías, gracias a las cuales Voyles estaba seguro de que se postergaría la investigación.

–¿Cómo está el presidente? –preguntó finalmente Lewis.

–¿Cuál?

–No Coal. El otro.

–Magnífico. Simplemente magnífico. Pero muy turbado por lo de Rosenberg.

–Es de suponer.

Circularon en silencio, en dirección al edificio Hoover. Les esperaba una larga noche.

–Tenemos un nuevo sospechoso –dijo por último Lewis.

–¿De quién se trata?

–Un individuo llamado Nelson Muncie.

–Nunca he oído hablar de él –respondió Voyles, mientras movía lentamente la cabeza.

–Yo tampoco. Es una larga historia.

–Resúmala.

–Muncie es un industrial muy rico de Florida. Hace dieciséis años su sobrina fue violada y asesinada por un afroamericano llamado Buck Tyrone. La niña tenía doce años. Fue una violación y un asesinato muy brutal. Le ahorraré los detalles. Muncie no tiene hijos y adoraba a su sobrina. Tyrone fue juzgado en Orlando y condenado a la pena de muerte. Lo tuvieron muy bien protegido, porque había habido un montón de amenazas. Un grupo de abogados judíos de un bufete de Nueva York presentó un montón de recursos, hasta que en mil novecientos ochenta y cuatro el caso llegó al Tribunal Supremo. Estoy seguro de que ya lo ha adivinado: Rosenberg se enamoró de Tyrone y amañó un absurdo argumento de autoincriminación, basado en la Quinta Enmienda, para excluir la declaración que ese gamberro había prestado, una semana después de su detención. Una confesión de ocho páginas, escrita por el propio Tyrone. Sin confesión, no había caso. Rosenberg escribió una compleja propuesta, aprobada por cinco votos a favor y cuatro en contra, anulando la sentencia. Una decisión sumamente polémica. Tyrone salió en libertad. Al cabo de dos años desapareció y no se le ha vuelto a ver jamás. Se rumorea que Muncie pagó para que le castraran, mutilaran y ofrecieran como pasto a los tiburones. Simples rumores, según las autoridades de Florida. En mil novecientos ochenta y nueve, el abogado principal de Tyrone, un individuo llamado Kaplan, fue abatido a balazos por un supuesto ladrón, frente a su piso de Manhattan. Curiosa coincidencia.

–¿Cómo lo ha sabido?

–Han llamado de Florida hace dos horas. Están convencidos de que Muncie pagó un montón de dinero para eliminar a Tyrone y a su abogado. Sólo que no pueden demostrarlo. Disponen de un colaborador no identificado, que dice conocer a Muncie y les facilita un poco de información a regañadientes. Asegura que, desde hace muchos años, Muncie habla de eliminar a Rosenberg. Creen que no está en sus cabales desde el asesinato de su sobrina.

–¿Cuánto dinero tiene?

–El suficiente. Millones. Nadie lo sabe con certeza. Es un personaje muy secreto. En Florida están convencidos de que puede hacerlo.

–Investiguémoslo. Parece interesante.

–Me ocuparé de ello esta misma noche. ¿Está seguro de que quiere trescientos agentes en este caso?

Voyles encendió un cigarro y abrió un poco la ventana.

–Sí, tal vez cuatrocientos. Debemos resolver este problema antes de que la prensa nos coma vivos.

–No será fácil. A excepción de las balas y de la cuerda, no han dejado ninguna pista.

–Lo sé –respondió Voyles, al tiempo que soltaba una bocanada de humo por la ventana–. Parece casi demasiado limpio.

SIETE

El presidente del Tribunal estaba doblado sobre su escritorio, con la corbata suelta y aspecto macilento. En la sala, tres de sus colegas y media docena de secretarios charlaban sentados en tono subyugado. El disgusto y la fatiga eran evidentes. Jason Kline, primer secretario de Rosenberg, parecía particularmente afectado. Estaba sentado en un pequeño sofá, con la mirada fija en el suelo, mientras el juez Archibald Manning, el mayor ahora de los jueces, hablaba del protocolo y de los funerales. La madre de Jensen quería una pequeña ceremonia episcopal privada, el viernes en Providence. El hijo de Rosenberg, que era abogado, le había entregado a Runyan una lista de instrucciones, que el juez había redactado después de su segundo ataque cardíaco, en la que expresaba su deseo de ser incinerado después de una ceremonia civil y de que sus cenizas fueran desparramadas por la reserva de indios Sioux en Dakota del sur. A pesar de que Rosenberg era judío, había abandonado su iglesia para declararse agnóstico. Quería ser enterrado con los indios. Runyan no tenía ningún inconveniente, pero no lo expresó. En la antesala, seis agentes del FBI tomaban café y susurraban nerviosos. Había habido más amenazas durante el día, algunas de ellas a las pocas horas del discurso matutino del presidente. Ya había oscurecido y era casi hora de acompañar a los jueces que quedaban a sus respectivas casas. Cada uno disponía de cuatro agentes como guardaespaldas.

El juez Andrew McDowell, ahora, con sus sesenta y un años, el más joven de los componentes del Tribunal Supremo, fumaba su pipa junto a la ventana y contemplaba el tráfico. Si Jensen tenía un amigo entre sus colegas, éste era McDowell. Fletcher Coal le había comunicado a Runyan que el presidente no sólo asistiría al funeral de Jensen, sino que quería pronunciar unas palabras. Ninguno de los miembros del sanctasanctórum quería que el presidente hablara. El presidente del Tribunal le había pedido a McDowell que preparara un pequeño discurso. Tímido y enemigo de hablar en público, McDowell jugaba con su pajarita e intentaba imaginar a su amigo en el cine, con una soga alrededor del cuello. Era demasiado horrible para pensar en ello. Un juez del Tribunal Supremo, uno de sus distinguidos colegas, uno de los nueve, oculto en semejante lugar viendo ese tipo de películas y expuesto de un modo tan horrible. Una embarazosa tragedia. Intentó imaginarse a sí mismo en la iglesia, ante la madre y demás parientes de Jensen, consciente de que todo el mundo pensaba en el cine Montrose. «¿Sabías que era marica?», se preguntarían unos a otros al oído. McDowell no lo sabía, ni lo sospechaba. Ni quería hablar en el funeral.

Al juez Ben Thurow, de sesenta y ocho años, no le preocupaban tanto los funerales como atrapar a los asesinos. Había sido fiscal federal en Minnesota y, según su teoría, agrupaba a los sospechosos en dos categorías: los que actuaban por odio y sed de venganza, y los que pretendían afectar las decisiones futuras. Había dado instrucciones a sus secretarios, para que empezaran a investigar.

–Entre todos somos veintisiete secretarios y siete jueces –dijo mientras paseaba por la sala y sin dirigirse a nadie en particular–. Es evidente que no podremos hacer mucho trabajo durante las dos próximas semanas y todas las decisiones importantes tendrán que esperar a que el Tribunal esté de nuevo completo, para lo cual puede que transcurran algunos meses. Sugiero que utilicemos los secretarios para intentar resolver los asesinatos.

–No somos la policía –respondió pacientemente Manning.

–¿No podemos esperar por lo menos hasta después de los funerales para ponernos a jugar a Dick Tracy? –dijo McDowell, sin volver la cabeza de la ventana.

Thurow, como de costumbre, hizo caso omiso de sus palabras.

–Yo dirigiré la investigación. Préstenme sus secretarios durante dos semanas y creo que lograremos confeccionar una lista de sospechosos probables.

–El FBI está perfectamente capacitado para hacerlo, Ben –respondió el presidente del Tribunal–. Y no ha solicitado nuestra ayuda.

–Preferiría no hablar del FBI –dijo Thurow–. Podemos pasar dos semanas de luto oficial lamentándonos, o ponernos a trabajar y descubrir a esos cabrones.

–¿Cómo puede estar tan seguro de que logrará averiguarlo? –preguntó Manning.

–No estoy seguro de poder hacerlo, pero creo que vale la pena intentarlo. Nuestros colegas han sido asesinados por alguna razón y dicha razón está directamente relacionada con algún caso o asunto ya decidido, o pendiente de decisión por parte de este Tribunal. Si se trata de una venganza, nuestra labor es imposible. Maldita sea, todo el mundo nos odia por una razón u otra. Pero si no se trata de odio ni de venganza, puede que alguien quiera un Tribunal distinto para una decisión futura. Eso es lo intrigante. ¿Quién mataría a Abe y a Glenn por la forma en que pudieran votar en algún caso de este año, el año próximo, o dentro de cinco años? Quiero que los secretarios examinen todos los casos pendientes en las once audiencias territoriales.

–Por Dios, Ben –exclamó el juez McDowell, al tiempo que movía la cabeza–. Son más de cinco mil casos, una pequeña porción de los cuales acabarán en nuestras manos. Es como buscar una aguja en un pajar.

–Escúchenme, compañeros –agregó Manning, que tampoco estaba impresionado–. He trabajado con Abe Rosenberg durante treinta y un años, y a menudo he sentido la tentación de asesinarle personalmente. Pero le quería como a un hermano. Sus ideas liberales eran aceptadas en los sesenta y los setenta, pero quedaron anticuadas en los ochenta, y se han convertido en motivo de resentimiento ahora en los noventa. Se convirtió en un símbolo de todo lo que anda mal en este país. Estoy convencido de que ha sido asesinado por uno de esos odiosos grupos de derechas y, aunque investiguemos hasta el fin de los tiempos, no encontraremos nada. Ben, se trata pura y simplemente de una venganza.

–¿Y Glenn? –preguntó Thurow.

–Evidentemente, nuestro amigo tenía insólitas predisposiciones. Debió correrse la voz y era un blanco fácil para dichos grupos. Odian a los homosexuales, Ben.

Ben no dejaba de pasear, sin prestar atención a sus compañeros.

–Nos odian a todos nosotros y si han matado por odio, la policía los atrapará. Tal vez. Pero supongamos que hayan matado para manipular este Tribunal. ¿No cabe la posibilidad de que hayan aprovechado este momento de inquietud y violencia para eliminar a dos de nuestros compañeros, con el propósito de modificar el Tribunal? A mí me parece muy plausible.

–Y a mí me parece que no haremos nada hasta que hayan sido enterrados, o sus cenizas desparramadas –dijo el presidente del Tribunal, después de aclararse la garganta–. No me niego a su propuesta, Ben, sólo insisto en que esperemos unos días. Dejemos que amaine la tormenta. Todos estamos todavía trastornados.

Thurow se disculpó y abandonó la sala. Sus guardaespaldas le siguieron por el pasillo.

El juez Manning se levantó bastón en mano, para dirigirse al presidente del Tribunal.

–Yo no pienso ir a Providence. Odio los aviones y odio los funerales. Dentro de poco tendré que asistir al mío propio y no me gusta que me lo recuerden. Mandaré mi pésame a la familia. Cuando les vean, les ruego se disculpen en mi nombre. Soy muy anciano –dijo, antes de retirarse acompañado de su secretario.

–Creo que el juez Thurow tiene razón –dijo Jason Kline–. Me parece que debemos examinar por lo menos los casos pendientes y los que probablemente lleguen a nuestras manos, procedentes de las audiencias territoriales. La posibilidad es remota, pero puede que descubramos algo.

–Estoy de acuerdo –respondió el presidente–. Sólo que me parece un poco prematuro. ¿A usted no?

–Sí, pero de todos modos me gustaría empezar cuanto antes.

–No. Espere hasta el lunes y trabajará con Thurow.

Kline se encogió de hombros y se retiró seguido de otros dos secretarios, para dirigirse al despacho de Rosenberg, donde se sentaron en la oscuridad a saborear el último brandy de Abe.

En un abigarrado escritorio del quinto piso de la biblioteca jurídica, entre hileras de gruesos libros raramente consultados, Darby Shaw estudiaba una lista de casos del Tribunal Supremo. La había examinado ya dos veces y la encontraba llena de controversia, pero no había descubierto nada interesante. Dumond provocaba disturbios. Había un caso de pornografía infantil de Nueva Jersey, uno de sodomía de Kentucky, una docena de apelaciones penales, una docena de casos civiles diversos, y la selección habitual de casos de impuestos, delimitaciones, indios, y pleitos contra las grandes empresas. Había obtenido resúmenes informáticos de cada uno de los casos y los había examinado dos veces. A continuación elaboró una lista de posibles sospechosos, pero que sería evidente para cualquiera. Ahora la había arrojado ya a la papelera.

Callahan estaba seguro de que habían sido los arios, los nazis o el Klan; algún colectivo claramente identificable de terroristas domésticos; algún grupo radical de vigilantes. Para él era evidente que tenían que ser los derechistas. Darby no estaba segura. Los grupos inspirados en el odio eran demasiado evidentes. Habían proferido demasiadas amenazas, tirado demasiadas piedras, celebrado demasiadas manifestaciones, pronunciado demasiados discursos. Necesitaban a Rosenberg vivo, porque era un blanco irresistible para su odio. Rosenberg justificaba su existencia. En su opinión, se trataba de alguien mucho más siniestro.

Callahan estaba ahora en un bar de Canal Street, borracho, esperándola a ella, aunque no le había prometido que viniera. Darby había pasado por su casa a la hora del almuerzo y se lo había encontrado borracho en el balcón del primer piso, leyendo un libro de opiniones de Rosenberg. Había decidido anular las clases de Derecho constitucional durante una semana, e incluso dudaba de que pudiera volver a dar clases de la asignatura, ahora que su héroe había fallecido. Le había dejado solo, después de aconsejarle que dejara de beber.

Poco después de las diez, Darby había entrado en la sala de ordenadores del cuarto piso de la biblioteca para sentarse delante de un monitor. La estancia estaba vacía. Tecleó, encontró lo que buscaba, y pronto la impresora empezó a escupir página tras página de los recursos de apelación pendientes, en los once tribunales federales de apelación de todo el país. Al cabo de una hora, cuando paró la impresora, tenía en su poder un sumario de quince centímetros de grosor, con las listas de casos de los once tribunales. Eran más de las once y el quinto piso estaba desierto. Desde una estrecha ventana, se divisaba el paisaje poco inspirador de un aparcamiento y unos árboles.

Se quitó los zapatos y contempló el barniz rojo de las uñas de sus pies. A continuación tomó un refresco, con la mirada perdida en la lejanía. El primer supuesto era fácil: ambos asesinatos habían sido cometidos por el mismo grupo y por las mismas razones. El segundo era difícil: el motivo no era el odio ni la sed de venganza, sino la manipulación. En algún lugar había un caso o algún asunto de camino al Tribunal Supremo, y alguien quería que los jueces fueran otros. El tercer supuesto era un poco más fácil: del caso o asunto en cuestión dependía una gran cantidad de dinero.

La respuesta no se hallaría en los papeles que tenía delante. Siguió examinándolos hasta la medianoche y se retiró cuando cerraron la biblioteca.

OCHO

El jueves a las doce del mediodía, una secretaria entró con una bolsa decorada con manchas de grasa, llena de bocadillos y aros de cebolla a la romana, en la húmeda sala de conferencias del quinto piso del edificio Hoover. En el centro de la sala cuadrada, había una mesa de caoba con veinte sillas a cada lado, rodeada del personal más selecto del FBI. Todas las corbatas estaban sueltas y las mangas arremangadas. Una fina nube de humo azul flotaba alrededor de la ordinaria lámpara gubernamental, un metro y medio por encima de la mesa.

El director Voyles tenía la palabra. Cansado y enojado, daba caladas a su cuarto cigarro de la mañana y paseaba lentamente frente a la pantalla, situada junto a su extremo de la mesa. La mitad de los presentes le escuchaban. La otra mitad habían cogido informes del centro de la mesa, para informarse acerca de las autopsias, el dictamen del laboratorio sobre la cuerda de nilón, Nelson Muncie, y otros pocos temas investigados apresuradamente. Los informes constaban de pocas páginas.

Uno de los que escuchaban y leían atentamente era el agente especial Eric East, brillante investigador aunque sólo llevaba diez años en el servicio. Seis horas antes, Voyles le había elegido para dirigir la investigación. El resto del equipo había sido elegido a lo largo de la mañana y ésta era su reunión organizativa.

East escuchaba y oía lo que ya sabía. La investigación podía durar semanas, probablemente meses. A excepción de las balas, nueve en total, la cuerda y la varilla de acero utilizada para el torniquete, no había ninguna prueba. Los vecinos de Georgetown no habían visto nada, ni se había detectado ningún personaje excepcionalmente sospechoso en el Montrose. No había huellas. Ninguna fibra. Nada. Se necesitaba mucho talento para matar con tanta nitidez, y mucho dinero para alquilar dicho talento. Voyles era pesimista en cuanto a la perspectiva de descubrir a los pistoleros. Debían concentrarse en quien les hubiera contratado.

–Hay un informe sobre la mesa –decía Voyles entre caladas–, referente a cierto Nelson Muncie, un millonario de Jackonville, Florida, que ha efectuado presuntas amenazas contra Rosenberg. Las autoridades de Florida están convencidas de que ha pagado un montón de dinero, para ordenar el asesinato del violador y de su abogado. Está todo en el informe. Dos de nuestros hombres han hablado con el abogado de Muncie esta mañana y les ha tratado con mucha hostilidad. Según el abogado, Muncie está en el extranjero y, evidentemente, no tiene idea de cuándo regresará. He asignado veinte agentes a que lo investiguen.

–El número cuatro es un pequeño grupo llamado Resistencia Blanca, formado por comandos de edad madura –prosiguió el director, después de encender nuevamente su cigarro y coger un documento de la mesa–, que vigilamos desde hace aproximadamente tres años. Ahí tienen el informe. A decir verdad, un sospechoso bastante improbable. Prefieren las bombas incendiarias y las cruces ardientes. Su especialidad no es la sutileza. Y lo que es más importante, no tienen mucho dinero. Dudo seriamente de que pudieran contratar pistoleros tan profesionales. De todos modos, he asignado veinte agentes a que los investiguen.

East desenvolvió un grueso bocadillo, lo olió, pero decidió no comérselo. La cebolla estaba fría. Se había quedado sin apetito. Escuchaba y tomaba notas. El número seis de la lista era un poco inusual. Un psicópata llamado Clinton Lane había declarado la guerra a los homosexuales. Su único hijo había abandonado la casa de campo de la familia en Iowa, para gozar de la vida homosexual en San Francisco, pero al poco tiempo había muerto del SIDA. Lane enloqueció e incendió las oficinas de la Coalición Homosexual en Des Moines. En mil novecientos ochenta y nueve, después de que le hubieran atrapado y condenado a cuatro años, escapó de la cárcel y desapareció. Según el informe, había organizado una sofisticada red de contrabando de cocaína y se había convertido en millonario. El dinero que ganaba lo utilizaba en su guerra privada contra maricas y lesbianas. El FBI intentaba atraparlo desde hacía cinco años, pero al parecer dirigía su organización desde México. Hacía años que mandaba cartas difamatorias al Congreso, al Tribunal Supremo y al presidente de la nación. A Voyles no le

impresionaba Lane como sospechoso. No era más que un loco descabellado, pero no dejaría ninguna posibilidad por investigar. Le asignó sólo seis agentes.

Había diez nombres en la lista. Entre seis y veinte de los mejores agentes especiales eran asignados a cada sospechoso. Se elegía un jefe para cada unidad, que debía informar a East dos veces al día, quien a su vez se reunía con el director todas las mañanas y todas las tardes. Otro centenar de agentes, aproximadamente, recorrería las calles y el campo en busca de pistas.

Voyles habló de la discreción. Los periodistas les seguirían como sabuesos y, por consiguiente, la investigación debía ser estrictamente confidencial. Sólo él, el director, hablaría con la prensa y no les soltaría prácticamente nada.

Cuando se sentó, K. O. Lewis pronunció un monótono discurso sobre los funerales, la seguridad y la petición del presidente Runyan para colaborar en la investigación.

Eric East tomaba café frío y estudiaba la lista.

En treinta y cuatro años, Abraham Rosenberg había escrito nada menos que mil doscientos dictámenes. Su producción era fuente permanente de asombro para los exegetas constitucionales. De vez en cuando ignoraba los casos contra las grandes empresas y los relacionados con los impuestos, pero si en el asunto detectaba el más ligero indicio de controversia, lo atacaba con todos sus sentidos. Había redactado opiniones mayoritarias, declaraciones de apoyo a la opinión mayoritaria, declaraciones de apoyo a las disensiones, y muchísimas disensiones. A menudo era el único en disentir. Todos los asuntos importantes a lo largo de treinta y cuatro años habían merecido algún tipo de opinión por parte de Rosenberg. Los críticos y los eruditos le admiraban. Publicaban libros, ensayos y críticas sobre su trabajo. Darby encontró cinco tomos independientes de dictámenes recopilados, con notas y anotaciones editoriales. Uno de los libros estaba dedicado exclusivamente a sus principales disensiones.

En lugar de ir a clase, el jueves se recluyó en el estudio del quinto piso de la biblioteca. Tenía el suelo nítidamente cubierto de impresiones informáticas. Los libros de Rosenberg estaban abiertos, señalados y amontonados uno encima de otro.

Había una razón para los asesinatos. El odio y la venganza serían aceptables sólo para Rosenberg. Pero si se agregaba Jensen a la ecuación, el odio y la venganza ya no tenían tanto sentido. Sin duda era susceptible de inspirar odio, pero no había despertado tantas pasiones como Yount, o incluso Manning.

Darby no encontró ningún libro crítico sobre los dictámenes del juez Glenn Jensen. En seis años, sólo había redactado veintiocho opiniones mayoritarias, la producción más reducida del Tribunal Supremo. Había redactado unos pocos disensos y apoyado otros, pero trabajaba con una lentitud pasmosa. Unas veces se expresaba con claridad y lucidez, y otras con torpeza y confusión.

Estudió los dictámenes de Jensen. Su ideología variaba radicalmente de año en año. Era generalmente coherente en su protección de los derechos de los acusados, pero había suficientes excepciones para desconcertar a cualquier erudito. Entre siete propuestas, había votado cinco a favor de los indios. Había redactado tres opiniones mayoritarias definitivamente proteccionistas del medio ambiente. Era casi impecable en su apoyo por los que protestaban contra los impuestos.

Pero no había pistas. Jensen era demasiado excéntrico para tomárselo en serio. Comparado con los otros ocho, era inofensivo.

Acabó de tomarse otro refresco y abandonó de momento las notas sobre Jensen. Había guardado su reloj en un cajón. No tenía ni idea de la hora que era. A Callahan se le había pasado la borrachera y le apetecía cenar tarde en el restaurante de Mister B’s, en el Quarter. Darby sentía la necesidad de llamarle.

Dick Mabry, actual redactor de discursos y mago de la palabra, estaba sentado junto al escritorio del presidente, mientras éste y Coal leían el tercer borrador del discurso propuesto para el funeral del juez Jensen. Coal había rechazado los dos primeros, y Mabry todavía no estaba seguro de lo que querían. Coal sugería algo. El presidente pedía otra cosa. Al principio Coal había llamado para decir que olvidaran lo del discurso, porque el presidente no asistiría al funeral. A continuación había llamado el presidente y le había pedido que preparara unas palabras, porque Jensen era amigo suyo y no por el hecho de ser marica dejaba de serlo.

Mabry sabía que Jensen no era amigo del presidente, sino un juez recién asesinado que gozaría de un visible funeral. Luego había vuelto a llamar Coal, para decir que no estaban seguros de si el presidente asistiría al funeral, pero que preparara de todos modos unas palabras por si acaso. El despacho de Mabry estaba en el antiguo edificio ejecutivo, junto a la Casa Blanca, y a lo largo del día se hacían apuestas sobre si el presidente asistiría al funeral de un conocido homosexual. Dos tercios del personal de la oficina apostaba que no lo haría.

–Mucho mejor, Dick –dijo Coal, después de doblar el papel.

–A mí también me gusta –agregó el presidente.

Mabry se había percatado de que el presidente solía esperar a que Coal expresara su aprobación, antes de manifestar su opinión.

–Puedo intentarlo de nuevo –declaró Mabry, al tiempo que se ponía de pie.

–No, no –insistió Coal–. Éste tiene el toque correcto. Muy penetrante. Me gusta.

Acompañó a Mabry a la puerta y la cerró.

–¿Qué le parece? –preguntó el presidente.

–Debemos anularlo. Tengo un mal presentimiento. La publicidad sería fantástica, pero usted pronunciaría estas hermosas palabras sobre un cuerpo hallado en un antro pornográfico de maricas. Demasiado arriesgado.

–Sí. Creo que...

–Ésta es nuestra crisis, jefe. El índice de popularidad sigue aumentando y, simplemente, no quiero arriesgarme.

–¿Deberíamos mandar a alguien?

–Por supuesto. ¿Qué le parece el vicepresidente?

–¿Dónde está?

–En un avión procedente de Guatemala. Llegará esta noche –respondió Coal, sonriendo de pronto para sí–. El funeral de un homosexual, ideal para el vicepresidente.

–Perfecto –rió el presidente.

–Hay un pequeño problema –dijo Coal después de dejar de sonreír, mientras paseaba frente al escritorio–. El funeral de Rosenberg se celebrará el sábado, a sólo ocho manzanas de aquí.

–Prefiero pasar el día en el infierno.

–Lo sé. Pero su ausencia llamará mucho la atención.

–Podría ingresar en el hospital de Walter Reed con un ataque de lumbago. No sería la primera vez.

–No, jefe. La reelección es el próximo año. Debe mantenerse alejado de los hospitales.

El presidente golpeó la superficie del escritorio con las palmas de ambas manos y se puso de pie.

–¡Maldita sea, Fletcher! No puedo asistir a ese funeral, porque no podré dejar de sonreír. Le odiaba el noventa por ciento de la población norteamericana. Al pueblo le encantará que no asista.

Librodot

–Cuestión de protocolo, jefe. De buen gusto. La prensa le crucificará, si no lo hace. No le causará ningún daño. No tiene que decir nada. Sólo entrar y salir con aspecto compungido, y permitir que le capten las cámaras. Tardará menos de una hora.

El presidente estaba agachado sobre una bola color naranja, con su putter en las manos.

–Entonces también tendré que asistir al de Jensen.

–Exactamente. Pero olvídese del discurso.

–Sólo hablé con él dos veces –dijo el presidente, mientras golpeaba la bola.

–Lo sé. Asistamos discretamente a ambos funerales, sin decir palabra y desaparezcamos.

–Creo que tiene razón –asintió, al tiempo que golpeaba de nuevo la bola.

NUEVE

Thomas Callahan se levantó tarde, después de dormir solo. Se había acostado temprano, sobrio y también solo. Hacía tres días que anulaba sus clases. Hoy era viernes, al día siguiente se celebraría el funeral de Rosenberg, y por respeto a su ídolo no daría clases de Derecho constitucional, hasta que descansara debidamente en paz.

Después de prepararse un café, se sentó en el balcón con su albornoz. La temperatura estaba por debajo de los veinte grados, había refrescado por primera vez desde la entrada del otoño, y había mucha animación en la calle. Saludó con la cabeza a la anciana de nombre desconocido, que vivía en la casa de enfrente. A sólo una manzana se encontraba Bourbon, lleno ya de turistas con sus pequeños mapas y sus cámaras. El alba pasaba inadvertida en el barrio, pero a las diez sus callejuelas estaban llenas de camiones de reparto y taxis.

En dichas mañanas de holgazanería, que en su caso eran abundantes, Callahan disfrutaba de su libertad. Hacía veinte años que se había licenciado y la mayoría de sus contemporáneos trabajaban setenta horas semanales en agobiantes fábricas jurídicas. Había trabajado dos años en un bufete. Un monstruoso despacho de Washington, con doscientos abogados, le había ofrecido trabajo recién salido de Georgetown y había pasado los primeros seis meses escribiendo informes, en un escritorio diminuto. A continuación había pasado a formar parte de la cadena de montaje, donde su misión consistía en responder a interrogatorios sobre anticonceptivos intrauterinos doce horas diarias, con la expectativa de que facturara dieciséis. Le dijeron que si lograba condensar veinte años en los próximos diez, cabía la posibilidad de que llegara a ser socio de la empresa a la abrumadora edad de treinta y cinco años.

Con la esperanza de vivir más de cincuenta años, Callahan abandonó el aburrimiento de la abogacía. Obtuvo un master en Derecho y se convirtió en profesor. Se levantaba tarde, trabajaba cinco horas diarias, de vez en cuando escribía algún artículo y, durante la mayor parte del tiempo, se divertía enormemente. Sin familia a la que mantener, su salario de setenta mil dólares anuales era más que suficiente para costear su dúplex, su Porsche y la bebida. Si moría joven, sería a causa del whisky y no del trabajo.

Suponía también un sacrificio. Muchos de sus compañeros de estudios eran ahora copropietarios de grandes bufetes, con espectaculares placas de bronce e ingresos de medio millón de dólares anuales. Se codeaban con altos ejecutivos de IBM, Texaco y State Farm. Rivalizaban en poder con los senadores. Tenían despachos en Tokyo y en Londres. Pero no los envidiaba.

Uno de sus mejores amigos de la facultad era Gavin Verheek, que también había abandonado la abogacía privada para trabajar para el gobierno. Primero había trabajado en el Departamento de Derechos civiles del Ministerio de Justicia y, más adelante, le habían trasladado al FBI. Ahora era asesor especial del director. Callahan debía estar en Washington el lunes, para asistir a una conferencia de profesores de Derecho constitucional. Él y Verheek pensaban verse, para cenar juntos y emborracharse el lunes por la noche.

Debía llamarle, a fin de confirmar la cita y aprovecharse de sus conocimientos. Marcó el número de memoria. Transfirieron su llamada de una extensión a otra y, después de cinco minutos de preguntar por Gavin Verheek, su amigo estaba al teléfono.

–Estoy muy ocupado –dijo Verheek.

–Es un placer oír tu voz –respondió Callahan.

–¿Cómo estás, Thomas?

–Son las diez y media. Todavía no me he vestido. Estoy sentado aquí, en el barrio francés, tomando café y contemplando a la gente que pasea por Dauphine Street. ¿Cómo estás tú?

–Vaya vida. Aquí son las once y media, y no he salido de mi despacho desde que encontraron los cadáveres el miércoles por la mañana.

–Me pone enfermo, Gavin. Nombrará a un par de nazis.

–Bien, claro, en mi situación no puedo comentar sobre este asunto. Pero sospecho que tienes razón.

–Sospechar un carajo. Apuesto a que ya has visto la lista de candidatos, ¿no es cierto, Gavin? Seguro que ya estáis investigando su historial. Válgame Dios, Gavin, puedes confiar en mí. ¿Quién está en la lista? No se lo contaré a nadie.

–Ni yo tampoco, Thomas. Pero puedo prometerte una cosa, tu nombre no figura en la misma.

–Menuda decepción.

–¿Cómo está la chica?

–¿Qué chica?

–Por Dios, Thomas. La chica.

–Encantadora, brillante, llena de amabilidad y de ternura...

–Sigue.

–¿Quién ha cometido los asesinatos, Gavin? Tengo derecho a saberlo. Pago mis impuestos y tengo derecho a conocer el nombre de los asesinos.

–¿Cómo se llama la chica?

–Darby. ¿Quién los ha asesinado y por qué?

–Siempre has sabido elegir los nombres, Thomas. Recuerdo ocasiones en las que te negaste a tener relaciones con alguna chica porque no te gustaba su nombre. Podía ser encantadora y apasionada, pero con un nombre insípido. Darby. Tiene un toque atractivamente erótico. Menudo nombre. ¿Cuándo la conoceré?

–No lo sé.

–¿Vive contigo?

–No es de tu incumbencia. Escúchame, Gavin. ¿Quién ha cometido los asesinatos?

–¿No lees los periódicos? No tenemos ningún sospechoso. Ninguno. Nada.

–¿Conoceréis sin duda el motivo?

–Muchos motivos. En la calle hay mucho odio, Thomas. Curiosa combinación, ¿no te parece? Jensen es difícil de imaginar. El director nos ha ordenado investigar casos pendientes, dictámenes recientes, pautas en las votaciones y bobadas por el estilo.

–Maravilloso, Gavin. Todos los exegetas de la Constitución del país juegan ahora a ser detectives, e intentan resolver los asesinatos.

–¿Tú no?

–No. Decidí emborracharme cuando oí la noticia, pero ahora ya estoy sobrio. Mi chica, sin embargo, se ha entregado plenamente al mismo tipo de investigación que hacéis vosotros, y no me hace ningún caso.

–Darby. Vaya nombre. ¿De dónde es?

–De Denver. ¿Nos vemos el lunes?

–Tal vez. Voyles quiere que trabajemos día y noche, hasta que los ordenadores nos faciliten los nombres de los asesinos. De todos modos, tengo el propósito de incluirte en la investigación.

–Gracias. Confío en que me facilites un informe completo, Gavin. No simples rumores.

–Thomas, Thomas. Siempre en busca de información. Y, como de costumbre, no tengo ninguna para darte.

–Me lo contarás todo cuando estés borracho, Gavin. Siempre lo haces.

–¿Por qué no traes a Darby contigo? ¿Qué edad tiene? ¿Diecinueve?

–Veinticuatro y no ha sido invitada. Puede que más adelante.

–Tal vez. Amigo mío, tengo que dejarte. He de reunirme con el director dentro de treinta minutos. Por aquí la tensión es tan palpable, que hasta se huele en el ambiente.

Callahan marcó el número de la biblioteca jurídica y preguntó si habían visto a Darby Shaw. Respuesta negativa.

Darby dejó el coche en el aparcamiento casi vacío del edificio federal en Lafayette y entró en la secretaría del primer piso. Era viernes al mediodía, no se celebraba ningún juicio y los pasillos estaban casi desiertos. Se acercó al mostrador, miró por una ventanilla abierta y esperó. Una secretaria, que se disponía a salir para almorzar, se acercó de mal talante.

–¿En qué puedo servirla? –preguntó, en el tono característico de un funcionario de bajo rango, dispuesta a cualquier cosa menos a prestar un servicio.

–Deseo consultar este sumario –respondió Darby, al tiempo que entregaba un papel en la ventanilla.

–¿Por qué? –preguntó la secretaria, después de echar una ojeada al papel.

–No tengo por qué dar explicaciones. Los archivos son públicos, ¿no es cierto?

–Semipúblicos.

–¿Está usted familiarizada con la Ley de la Libertad de Información? –preguntó Darby, al tiempo que cogía el papel y lo doblaba.

–¿Es usted abogado?

–No tengo por qué serlo para consultar el sumario.

La secretaria abrió un cajón del mostrador y cogió un llavero.

–Sígame –dijo con un movimiento de la cabeza.

En la puerta decía «SALA DEL JURADO», pero en el interior no había mesas ni sillas, sólo archivos y cajas junto a las paredes. Darby miró a su alrededor.

–Ahí lo tiene, junto a esa pared –declaró la secretaria. El resto son otras cosas. En el primer armario están todos los alegatos y la correspondencia. Lo demás son pruebas, exposiciones y el juicio.

–¿Cuándo se celebró el juicio?

–El verano pasado. Duró dos meses.

–¿Dónde está el recurso de apelación?

–Todavía no está completo. Creo que la fecha límite es el primero de noviembre. ¿Es usted periodista o algo por el estilo?

–No.

–Bien. Como usted evidentemente sabe, estos archivos son en realidad públicos. Pero el juez ha impuesto ciertas limitaciones. En primer lugar, debe darme su nombre y la hora exacta

de su visita. En segundo lugar, no se puede sacar nada de esta sala. En tercer lugar, no está permitido copiar ningún documento, hasta que esté completo el recurso de apelación. En cuarto lugar, debe volver a dejar todo lo que toque en el lugar exacto donde lo encontró. Ordenes del juez.

–¿Por qué no puedo hacer copias? –preguntó Darby, mientras contemplaba la pared llena de archivos.

–Pregúnteselo a su señoría. Y ahora, ¿le importaría darme su nombre?

–Darby Shaw.

–¿Cuánto tiempo piensa permanecer aquí? –preguntó la secretaria, después de tomar nota en una carpeta colgada cerca de la puerta.

–No lo sé. Tres o cuatro horas.

–Cerramos a las cinco. Pase por mi despacho cuando termine.

La secretaria cerró la puerta con una mueca. Darby abrió un cajón lleno de alegatos, y empezó a examinar los documentos y tomar notas. El pleito había empezado hacía siete años, entre un demandante y treinta y ocho poderosas grandes empresas demandadas, que habían contratado y despedido nada menos que a quince bufetes a lo largo y ancho del país. Grandes bufetes, muchos de ellos con centenares de abogados y docenas de despachos.

Después de siete años de batallas jurídicas, el resultado era todavía sumamente dudoso. La lucha era encarnizada. El veredicto del juicio sólo había supuesto una victoria temporal para los demandados. Los demandantes, en el recurso de apelación, alegaban que el veredicto había sido comprado u obtenido de algún otro modo ilegal. Numerosas cajas de mociones. Acusaciones y contraacusaciones. Peticiones de sanciones y multas, de los demandantes a los demandados y viceversa. Un sinfín de declaraciones juradas, en las que se detallaban mentiras y abusos por parte de los abogados y de sus defendidos. Uno de los abogados había fallecido.

Otro, según un compañero de Darby que había trabajado en aspectos periféricos del caso, había intentado suicidarse. Su amigo había trabajado como pasante durante el verano para un bufete de Houston y, aunque tenía poca información a su alcance, oía las habladurías.

Darby desplegó una silla y contempló los archivos. Tardaría cinco horas sólo para encontrar el material.

La publicidad no había beneficiado al cine Montrose. La mayoría de sus clientes usaban gafas oscuras por la noche y solían entrar y salir con la mayor discreción posible. Ahora que un juez del Tribunal Supremo de Estados Unidos había sido hallado muerto en una butaca, el local era famoso y los curiosos pasaban a todas horas para verlo y tomar fotografías. La mayoría de los clientes habituales iban a otros lugares. Sólo los más audaces entraban apresuradamente cuando había poco tráfico.

Tenía el aspecto de un cliente habitual cuando entró apresuradamente y compró su entrada sin mirar a la taquillera. Gorra de béisbol, gafas oscuras, vaqueros, cabello impecable y chaqueta de cuero. Su disfraz era perfecto, pero no porque fuera homosexual y le avergonzara ser visto en semejantes lugares.

Era medianoche. Subió la escalera hasta el primer piso, con una sonrisa en los labios al pensar en Jensen con la soga alrededor del cuello. Después de cerrar la puerta, se instaló en la sección central lejos de todo el mundo. Se dejó las gafas puestas e intentó no mirar a la pantalla. Pero era difícil y le molestaba.

Había otras cinco personas en el cine. Cuatro filas más arriba, a su derecha, una pareja de enamorados no dejaba de besarse y manosearse. De haber tenido un bate de béisbol a mano, los habría mandado a ambos a mejor vida. O un trozo de cuerda de nilón amarillo.

Después de veinte minutos de sufrimiento y cuando estaba a punto de sacarse algo del bolsillo, alguien le puso la mano en el hombro. Una mano suave. Reaccionó con tranquilidad.

–¿Puedo sentarme contigo? –preguntó una voz profunda y masculina a su espalda.

–No. Y retira la mano.

La mano se retiró. Transcurrieron unos segundos y era evidente que no insistiría. Entonces desapareció.

Aquello era una tortura para alguien que odiaba la pornografía. Tenía ganas de vomitar. Después de mirar por encima del hombro, se llevó cuidadosamente la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó una caja negra de quince centímetros de longitud, once de anchura y siete de altura, que dejó en el suelo entre los pies. Con un bisturí, practicó una meticulosa incisión en la tapicería de la butaca adjunta y, después de echar una ojeada a su alrededor, introdujo la caja negra en el asiento. Era una butaca verdaderamente antigua, de muelles, en la que tuvo que mover cuidadosamente la caja de costado para insertarla en la misma, de modo que el interruptor y el tubo fueran apenas visibles a través de la incisión.

Respiró hondo. A pesar de que el artefacto había sido construido por un auténtico profesional, un genio legendario de las bombas en miniatura, no resultaba agradable. circular con el maldito artilugio en el bolsillo de la chaqueta, a escasos centímetros del corazón y demás órganos vitales. Tampoco se sentía particularmente cómodo sentado junto al mismo.

Aquella era la tercera instalación de la noche y le quedaba otra por hacer, en un cine donde proyectaban anticuadas películas de pornografía heterosexual. Casi le consumía el deseo de llevar a cabo su misión, y eso le intranquilizaba.

Contempló a los dos amantes, cada vez más excitados y sin prestar atención alguna a la película, y pensó que ojalá estuvieran sentados cerca de la pequeña caja negra cuando ésta empezara a liberar su gas, y al cabo de treinta segundos cuando la bola de fuego abrasara todo lo existente entre la pantalla y la máquina de palomitas de maíz. Eso le gustaría.

Pero el grupo al que pertenecía no era partidario de la violencia, ni de la matanza indiscriminada de personas inocentes o insignificantes. Habían ejecutado a algunas víctimas que se lo merecían. Sin embargo, su especialidad era la demolición de estructuras utilizadas por el enemigo. Elegían blancos fáciles: clínicas abortistas desarmadas, desprotegidas dependencias del ACLU, o insospechables antros de perdición. No podían irles mejor las cosas. Ni una sola detención en dieciocho meses.

Eran las doce cuarenta, hora de regresar apresuradamente a su coche, aparcado a cuatro manzanas, en busca de otra caja negra para instalarla en el cine Pussycat, a seis manzanas de distancia, que cerraba a la una y media. El Pussycat ocupaba el número dieciocho o diecinueve en la lista, no lo recordaba con exactitud, pero de lo que sí estaba seguro era de que en tres horas y veinte minutos exactamente, los cines porno de Washington volarían por los aires. Se suponía que se habrían instalado cajas negras en veintidós antros aquella noche, que a las cuatro de la madrugada estarían cerrados, desiertos y arrasados. Tres de sesión continua habían sido eliminados de la lista, porque el grupo no era partidario de la violencia.

Se ajustó las gafas oscuras y echó una última ojeada a la butaca contigua. A juzgar por los vasos y bolsas de palomitas en el suelo, el local sólo se barría una vez por semana. Nadie detectaría el interruptor y el tubo, apenas visibles entre la harapienta tapicería. Pulsó cautelosamente el interruptor y abandonó el Montrose.

DIEZ

Eric East no había hablado nunca con el presidente, ni había estado en la Casa Blanca. Tampoco había hablado nunca con Fletcher Coal, pero sabía que no le gustaría.

A las siete de la mañana del sábado, entró en el despacho ovalado detrás del director Voyles y de K. O. Lewis. No hubo sonrisas ni se estrecharon la mano. El presidente movió la cabeza tras su escritorio, pero no se levantó. Coal leía alguna cosa.

Veinte locales pornográficos habían sido incendiados en la zona de Washington y muchos todavía humeaban. Habían visto el humo que flotaba sobre la ciudad, desde la parte posterior de la limusina. En un antro llamado Angels, el vigilante había sufrido quemaduras graves y no se esperaba que sobreviviera.

Hacía una hora que les había llegado la noticia de que una emisora de radio había recibido una llamada anónima, en la que el ejército clandestino se responsabilizaba de los ataques y prometía otros semejantes para celebrar la muerte de Rosenberg.

El presidente fue el primero en tomar la palabra. A East le pareció que tenía el aspecto cansado. Era muy temprano para él.

–¿Cuántos locales han sido bombardeados?

–Veinte en esta zona –respondió Voyles–. Diecisiete en Baltimore y unos quince en Atlanta. Parece que el asalto ha sido meticulosamente coordinado, porque todas las explosiones han tenido lugar a las cuatro en punto de la madrugada.

–¿Cree usted, director, que se trata del ejército clandestino? –preguntó Coal, después de levantar la mirada de su documento.

–Hasta ahora, ellos han sido los únicos en responsabilizarse de los hechos. Parece su estilo. Podría serlo –respondió Voyles, sin mirar a Coal.

–¿Entonces cuándo empezará a efectuar detenciones? –preguntó el presidente.

–En el momento en que dispongamos de una causa probable, señor presidente. Comprenda que así lo marca la ley.

–Comprendo que esta organización encabeza la lista de sospechosos de los asesinatos de Rosenberg y Jensen, que está seguro de que asesinaron a un juez federal en Texas, y que con toda probabilidad anoche bombardearon cincuenta y dos antros pornográficos. No comprendo que maten y bombardeen impunemente. Maldita sea, director, nos están asediando.

A Voyles se le subieron los colores a la cara, pero no dijo nada. Se limitó a desviar la mirada, mientras el presidente le atravesaba con la suya.

–Señor presidente –dijo K. O. Lewis, después de aclararse la garganta–, permítame que le diga que no estamos convencidos de la participación del ejército clandestino en los asesinatos de Rosenberg y Jensen. A decir verdad, no hay ninguna prueba que los relacione con los mismos. Son sólo uno, entre una docena de sospechosos. Como le dijimos anteriormente, los asesinatos se cometieron de un modo extraordinariamente limpio, bien organizado y muy profesional. Sumamente profesional.

–Lo que intenta decirnos, señor Lewis –intervino Coal, después de dar un paso al frente–, es que no tienen ni idea de quién cometió los asesinatos y puede que nunca lo averigüen.

–No, no es eso lo que estoy diciendo. Los atraparemos, pero tardaremos algún tiempo en hacerlo.

–¿Cuánto tiempo? –preguntó el presidente.

La pregunta, propia de un estudiante de segundo curso, no tenía respuesta. East sintió una antipatía inmediata por el presidente, por haberla formulado.

–Meses –respondió Lewis.

–¿Cuántos meses?

–Muchos.

El presidente levantó la mirada, movió la cabeza con asco, se levantó y se dirigió a la ventana.

–No puedo creer que no haya ninguna relación entre lo ocurrido anoche y la muerte de los jueces –dijo, sin dejar de mirar por la ventana–. No lo sé. Puede que no sea más que una paranoia por mi parte.

Voyles miró fugazmente a Lewis con una sonrisa. Paranoico, inseguro, ignaro, bobo, despistado... A Voyles se le ocurrían muchos más calificativos.

–Me pone nervioso pensar que hay asesinos que andan sueltos y bombas que estallan –prosiguió el presidente, meditando todavía junto a la ventana—¿Quién podría recriminármelo? Hace más de treinta años que no se ha asesinado a un presidente.

–Creo que usted no corre ningún peligro, señor presidente –respondió Voyles, en un tono ligeramente humorístico. Los servicios secretos tienen la situación perfectamente controlada.

–Magnífico. ¿Entonces por qué me siento como si estuviera en Beirut? –le susurró casi a la ventana.

Coal intuyó lo incómodo de la situación, cogió un grueso documento de la mesa y se dirigió a Voyles como un catedrático a sus alumnos.

–Aquí está la lista de los candidatos potenciales al Tribunal Supremo. Hay ocho nombres, cada uno con su correspondiente biografía. La ha preparado el Departamento de Justicia. Empezamos con veinte nombres, pero luego el presidente, el fiscal general Hornton y yo los hemos reducido a ocho, ninguno de los cuales tiene la más remota idea de que se le considera para el cargo.

Voyles miraba todavía a otra parte. El presidente regresó lentamente a su escritorio y cogió su copia del informe.

–Algunas de estas personas son polémicas –prosiguió Coal– y si finalmente se las propone como candidatas al cargo, tendrá lugar una pequeña guerra con el Senado para su aprobación. Preferiríamos que la lucha no empezara inmediatamente. Esto debe tratarse de un modo confidencial.

–¡Es usted un imbécil, Coal! –exclamó de pronto Voyles, con la mirada fija en su interlocutor–. Hemos hecho esto en otras ocasiones y le aseguro que a partir del momento en que empecemos a investigar, se correrá la voz. Quiere que hagamos una investigación a fondo y pretende que las personas con las que hablemos guarden silencio. Así no es como funcionan las cosas, jovencito.

Coal se acercó a Voyles con fuego en la mirada.

–Usted asegúrese de que estos nombres no aparezcan en los periódicos hasta que se formalice su candidatura. Lógrelo, director. Evite que se divulgue la noticia y que llegue a oídos de los periodistas, ¿comprende?

–Escúcheme, cretino –exclamó Voyles ahora de pie y señalando a Coal con el dedo–, si quiere investigar a esas personas, hágalo usted mismo. No me venga con ese montón de bobadas infantiles.

Lewis se colocó entre ambos, el presidente se puso de pie tras su escritorio y, durante un par de segundos, nadie dijo palabra. Coal dejó su copia del documento sobre la mesa, desvió la mirada y se retiró unos pasos. El presidente se había convertido ahora en el pacificador.

–Siéntese, Denton. Siéntese.

Voyles regresó a su asiento, sin dejar de mirar fijamente a Coal. El presidente le sonrió a Lewis y todo el mundo se sentó.

–Somos todos víctimas de una enorme presión –dijo calurosamente el presidente.

–Llevaremos a cabo las investigaciones rutinarias sobre las personas citadas en la lista, señor presidente –declaró sosegadamente Lewis–, y se hará de un modo estrictamente confidencial. Sin embargo, sabe perfectamente que no podemos controlar a todas las personas con las que hablemos.

–Sí, señor Lewis, lo sé. Pero quiero que se tomen precauciones excepcionales. Estos hombres son jóvenes, e interpretarán y modificarán la Constitución mucho después de mi muerte. Son fervientes conservadores y la prensa los crucificará. Deben estar libres de culpa y

de trapos sucios. Nada de drogas, hijos ilegítimos, actividades revolucionarias en la universidad, ni divorcios. ¿Comprendido? No quiero sorpresas.

–Sí, señor presidente. Pero no podemos garantizar que nuestras investigaciones se desenvuelvan en un secreto absoluto.

–Inténtenlo, ¿de acuerdo?

–Sí señor –respondió Lewis, al tiempo que le entregaba el documento a Eric East.

–¿Eso es todo? –preguntó Voyles.

El presidente miró de refilón a Coal, que estaba frente a la ventana sin hacerles caso alguno.

–Sí, Denton, eso es todo. Me gustaría que esta investigación hubiera concluido dentro de diez días. No quiero perder tiempo en este asunto.

–Tendrá el informe dentro de diez días –respondió Voyles después de ponerse de pie.

Callahan estaba irritado, cuando llamó a la puerta del piso de Darby. Estaba bastante trastornado, había muchas cosas que le preocupaban y de las que deseaba hablar, pero no estaba dispuesto a provocar una pelea, porque había algo que anhelaba mucho más que desahogarse. Hacía cuatro días que eludía su presencia mientras jugaba a detectives y se encerraba en la biblioteca jurídica. No acudía a clase, no contestaba sus llamadas, ni en general le prestaba atención en su momento de crisis. Pero sabía que cuando abriera la puerta sonreiría y olvidaría su negligencia.

Traía consigo un litro de vino y una auténtica pizza de Mama Rosa. Eran algo más de las diez del sábado por la noche. Llamó de nuevo y miró las demás casas, de un lado para otro de la calle. Se oyó el ruido de la cadena en el interior y sonrió inmediatamente. La negligencia se había desvanecido.

–¿Quién es? –preguntó con la puerta trabada por la cadena.

–Thomas Callaban. ¿Me recuerdas? Te suplico que me dejes pasar para que podamos jugar y volver a ser amigos. Se abrió la puerta y Callahan entró en el piso. Darby cogió el vino y le dio un beso en la mejilla.

–¿Seguimos siendo amigos? –preguntó Callahan.

–Sí, Thomas. He estado ocupada –respondió mientras se dirigía a la cocina, a través de la abigarrada madriguera, seguida de su compañero.

Un ordenador y un montón de gruesos libros cubrían la mesa.

–Te he llamado. ¿Por qué no me has devuelto las llamadas?

–No estaba en casa –respondió, al tiempo que abría un cajón y sacaba un sacacorchos.

–Tienes un contestador automático. Te he dejado varios mensajes.

–¿Buscas pelea, Thomas?

–¡No! –respondió, después de contemplar sus piernas desnudas–. Te aseguro que no estoy loco. Te lo prometo. Te ruego que me perdones si parezco preocupado.

–Déjalo ya.

–¿Cuándo podemos acostarnos?

–¿Tienes sueño?

–Todo lo contrario. Por Dios, Darby, han transcurrido tres noches.

–Cinco. ¿De qué es la pizza? –dijo mientras descorchaba la botella y servía dos copas, bajo la atenta mirada de Callahan.

–Es una de esas especialidades del sábado por la noche, a las que le echan todo lo destinado a la basura. Colas de gamba, huevos, cabezas de langostino. El vino también es barato.

Librodot

Ando un poco mal de fondos y, dado que mañana me marcho de la ciudad, no puedo gastar mucho. Y puesto que voy a ausentarme, he pensado que vendría a acostarme contigo esta noche, para evitar la tentación de hacerlo con alguna mujer infecciosa en Washington. ¿Qué te parece?

–Parecen salchichas y pimientos –dijo Darby, mientras abría la caja de la pizza.

–¿Todavía puedo acostarme contigo?

–Tal vez más tarde. Toma unos vasos de vino y charlemos. Hace tiempo que no tenemos una buena conversación.

–Yo lo he hecho. He pasado toda la semana charlando con tu contestador automático.

Cogió su copa y la botella de vino, y la siguió de cerca al interior de la madriguera, donde Darby conectó la música, antes de sentarse junto a él en el sofá.

–Emborrachémonos –dijo Callahan.

–Eres muy romántico.

–Reservo mi romanticismo para ti.

–Has estado borracho toda la semana.

–No es cierto. El ochenta por ciento de la semana. Es culpa tuya por esconderte de mí.

–¿Qué te ocurre, Thomas?

–Tengo temblores. Estoy excitado y necesito compañerismo para tranquilizarme. ¿Qué me dices?

–Emborrachémonos un poco –respondió Darby mientras saboreaba el vino y estiraba las piernas sobre sus rodillas, al tiempo que él suspiraba como si le doliera–. ¿A qué hora sale tu avión?

–A la una y media. Directo a la capital –dijo después de un buen trago–. Debo presentarme a las cinco y asistir a una cena a las ocho. Después de lo cual, tal vez me vea obligado a deambular por las calles en busca de amor.

–De acuerdo, de acuerdo –sonrió Darby–. Lo haremos dentro de un minuto. Pero antes charlemos.

–Puedo pasar diez minutos charlando –suspiró aliviado Callahan–, pero luego me desmayaré.

–¿Qué hay previsto para el lunes?

–Las ocho horas habituales de debate etéreo sobre el futuro de la Quinta Enmienda, seguidas de una propuesta elaborada por la junta que nadie aprobará. Otro debate el martes, un nuevo informe, tal vez un par de altercados, entonces se levantará la sesión sin haber conseguido nada y regresaremos a casa. Llegaré tarde el martes por la noche y me gustaría cenar contigo en un buen restaurante, después de lo cual podemos ir a mi casa para mantener un debate intelectual y explorar el sexo animal. ¿Dónde está la pizza?

–Allí. Ahora la traigo.

–No te muevas –dijo, mientras le acariciaba las piernas–. No tengo nada de hambre.

–¿Por qué asistes a esas conferencias?

–Soy socio, catedrático, y se supone que debo desplazarme para reunirme con otros ilustrados cretinos y contribuir a redactar informes que nadie lee. Si no asistiera, el decano creería que no contribuyo al desarrollo intelectual.

–Estás tenso, Thomas –dijo Darby, mientras llenaba los vasos vacíos.

–Lo sé. Ha sido una semana muy dura. Detesto la perspectiva de un puñado de neandertales que redacten una nueva interpretación de la Constitución. Dentro de diez años viviremos en un estado policial. No puedo hacer nada para evitarlo y, por consiguiente, es probable que recurra al alcohol.

Darby bebía despacio y le observaba. La música era suave y la luz tenue.

–Empiezo a sentirme alegre –dijo.

–Ésta es más o menos tu medida. Un par de copas y pierdes el mundo de vista. Si fueras irlandesa, podrías beber toda la noche.

–Mi padre era medio escocés.

–No es suficiente –respondió Callahan, al tiempo que cruzaba los pies sobre la mesilla, se relajaba y le acariciaba las pantorrillas–. ¿Puedo pintarte los dedos de los pies?

Darby no respondió. A Callahan le fascinaban los dedos de sus pies, e insistía en pintarle las uñas rojas por lo menos dos veces al mes. Lo habían visto en Bull Durham y a pesar de que no era tan pulcro ni sobrio como Kevin Costner, a Darby había llegado a gustarle la intimidad del rito.

–¿No quieres que te pinte las uñas esta noche?

–Tal vez más tarde. Pareces cansado.

–Estoy relajado, pero hierve en mis venas la electricidad viril y no me desalentarás diciéndome que parezco cansado.

–Toma un poco más de vino.

Callahan tomó más vino y se hundió un poco más en el sofá.

–Y bien, señorita Shaw, ¿quién lo ha hecho?

–Profesionales. ¿No has leído los periódicos?

–Por supuesto. ¿Pero quién está detrás de los profesionales?

–No lo sé. Después de lo de anoche, la elección unánime es el ejército clandestino.

–Pero tú no estás convencida.

–No. No se ha practicado ninguna detención. No estoy convencida.

–Y tienes a algún sombrío sospechoso, que el resto del país desconoce.

–Tenía uno, pero ahora ya no estoy tan segura. He pasado tres días investigándolo, incluso lo he resumido nítidamente en mi pequeño ordenador y he redactado el borrador de un informe, pero ahora lo he descartado.

–¿Quieres decir que has pasado tres días sin asistir a clase, sin hacerme ningún caso, trabajando día y noche como Sherlock Holmes, y ahora lo arrojas al cubo de la basura? –preguntó Callaban, sin dejar de mirarla fijamente.

–Está ahí, sobre la mesa.

–No puedo creerlo. Mientras sufría a solas durante toda la semana, sabía que lo hacía por una buena causa. Sabía que mi dolor era por el bien del país, porque tú penetrarías en el meollo de la cuestión y esta noche, o tal vez mañana, me dirías quién lo había hecho.

–Es imposible, por lo menos por la vía de la investigación jurídica. No hay ninguna pauta ni elemento común entre los asesinatos. He estado a punto de quemar los ordenadores de la facultad.

–¡Claro, ya te lo dije! Olvidas, querida, que soy un genio en Derecho constitucional, y supe inmediatamente que Rosenberg y Jensen no tenían nada en común, a excepción de las togas y las amenazas de muerte. Los nazis, los arios, el Klan, la mafia, o alguna otra organización por el estilo los asesinó, a Rosenberg por ser Rosenberg, y a Jensen por –ser un blanco fácil y en cierto modo un embarazo.

–En tal caso, ¿por qué no llamas al FBI para compartir con ellos tu visión? Estoy segura de que esperan junto al teléfono.

–No te enojes. Lo siento. Perdóname.

–Eres un asno, Thomas.

Librodot

–Sí, pero tú me quieres, ¿no es cierto?

–No lo sé.

–¿Todavía podemos acostarnos juntos? Lo has prometido.

–Veremos.

Callahan dejó el vaso sobre la mesa y se abalanzó sobre ella.

–Bueno, cariño, leeré tu informe, ¿de acuerdo? Y luego lo comentaremos. Pero ahora tengo las ideas un poco confusas y no podré proseguir hasta que cojas mi débil y temblorosa mano y me lleves a tu cama.

–Olvida mi pequeño informe.

–Por favor, maldita sea, Darby, te lo ruego.

Darby le agarró del cuello y se lo acercó. Se dieron un beso prolongado, duro, húmedo, casi violento.

ONCE

El policía apoyó el pulgar en el timbre junto al nombre de Gray Grantham y lo mantuvo apretado veinte segundos. Una breve pausa. Otros veinte segundos. Pausa. Veinte segundos. Pausa. Veinte segundos. Al agente le parecía gracioso, porque Grantham era un pájaro nocturno, que probablemente sólo había dormido tres o cuatro horas, antes de que el timbre sonara con insistencia en el vestíbulo de su casa. Pulsó nuevamente el timbre y echó una ojeada a su coche oficial, aparcado ilegalmente sobre la acera junto a una farola. Era domingo, poco antes del amanecer y la calle estaba desierta. Veinte segundos. Pausa. Veinte segundos.

Puede que Grantham estuviera muerto. O en estado comatoso después de su borrachera y noche de juerga. Tal vez estuviera con la mujer de otro y no tuviera intención de abrir la puerta. Pausa. Veinte segundos.

–¿Quién es? –crujió el altavoz del portero automático.

–¡Policía! –respondió el agente, que era negro, y enfatizó la sílaba «pop sólo para divertirse.

–¿Qué quieren? –preguntó Grantham.

–Puede que tenga una orden de detención –dijo el agente, a punto de soltar una carcajada.

–¿Eres tú, Cleve? –preguntó Grantham en un tono más suave y aparentemente molesto.

–Sí, soy yo.

–¿Qué hora es?

–Casi las cinco y media.

–Debe tratarse de algo importante.

–No lo sé. Sarge no me lo ha contado. Sólo me ha dicho que te despertara, porque quería hablar contigo.

–¿Por qué siempre quiere hablar antes de que salga el sol?

–Una pregunta muy estúpida, Grantham.

–Supongo que tienes razón –dijo después de una pausa. Es de suponer que quiere hablar inmediatamente.

–No. Dispones de treinta minutos. Ha dicho que estuvieras allí a las seis.

–¿Dónde?

–Hay un pequeño café en la calle Catorce, cerca del parque de Trinidad. Es oscuro, seguro y a Sarge le gusta.

–¿Cómo encuentra esos lugares?

–Para ser periodista, haces unas preguntas muy estúpidas. El lugar se llama Glendas y sugiero que te pongas en camino, o de lo contrario llegarás tarde.

–¿Estarás tú allí?

–Me dejaré caer, para asegurarme de que no corres ningún peligro.

–Creí que me habías dicho que era un lugar seguro.

–Lo es, teniendo en cuenta el barrio donde se encuentra. ¿Sabrás llegar?

–Sí. Estaré allí cuanto antes.

–Hasta luego, Grantham.

Sarge era viejo, muy negro y con una cabeza llena de cabello blanco reluciente, que salía en todas direcciones. Cuando estaba despierto usaba unos lentes gruesos ahumados y la mayoría de sus compañeros de trabajo, en el ala oeste de la Casa Blanca, creían que estaba medio ciego. Andaba con la cabeza ladeada y sonreía como Ray Charles. A veces tropezaba con puertas cerradas y escritorios, cuando vaciaba las papeleras o limpiaba los muebles. Andaba despacio y con precaución, como si contara los pasos. Trabajaba con paciencia, siempre con una sonrisa y siempre dispuesto a intercambiar una palabra amable con quien se prestara a ello. La mayoría de la gente no le prestaba ninguna atención y le consideraba tan sólo como otro bedel negro, viejo, amable y parcialmente disminuido.

Sarge era capaz de verlo todo. Su territorio era el ala oeste, donde se ocupaba de la limpieza desde hacía treinta años. Limpiaba y escuchaba. Limpiaba y observaba. Veía y oía a personajes enormemente importantes, a menudo demasiado ocupados para preocuparse de lo que decían, particularmente en presencia de aquel pobre anciano.

Sabía qué puertas permanecían abiertas, qué paredes eran delgadas y por qué canales de ventilación se trasladaba el sonido. Podía desaparecer en un instante y reaparecer en una sombra, donde aquellos personajes terriblemente importantes no pudieran verle.

Guardaba para sí la mayoría de lo que oía. Pero de vez en cuando, se enteraba de algo particularmente interesante que cuadraba con algo que ya sabía, y tomaba la decisión de repetirlo. Era muy cauteloso. Le faltaban tres años para la jubilación y no se arriesgaba.

Nadie sospechó jamás que Sarge divulgara información a la prensa. Había suficientes bocazas en la Casa Blanca para que se acusaran entre sí. Era realmente cómico. Sarge hablaba con Grantham, del Post, luego esperaba emocionado la aparición del artículo y a continuación escuchaba los lamentos del sótano cuando rodaban cabezas.

Era una fuente de información impecable y sólo hablaba con Grantham. Su hilo Cleve, el policía, organizaba los encuentros, siempre a horas extrañas en lugares oscuros y disimulados. Sarge llevaba puestas sus gafas de sol. Grantham llevaba también gafas oscuras, además de algún tipo de sombrero o gorra. Cleve solía sentarse con ellos y contemplar el movimiento de la calle.

Grantham llegó a Glendas unos minutos después de las seis y se dirigió a una mesa de la parte posterior. Había otros tres clientes en el local. La propia Glenda se ocupaba de freír unos huevos, en un fogón cerca de la caja. Cleve la observaba sentado en un taburete.

Se dieron la mano. Grantham se encontró con una taza de café ya servida.

–Lamento llegar tarde –dijo.

–No importa, amigo mío. Encantado de verte –respondió Sarge con su voz carrasposa, difícil de convertir en susurro.

Nadie les escuchaba.

–¿Una semana ajetreada en la Casa Blanca? –preguntó Grantham, después de tomarse el café.

–Podríamos decir que sí. Mucha emoción. Mucha felicidad.

–No me digas –respondió Grantham, a quien Sarge le había prohibido tomar notas durante sus encuentros, porque sería demasiado evidente.

–Sí. Al presidente y a sus muchachos les alegró enormemente la noticia del juez Rosenberg. Hizo que se sintieran muy felices.

–¿Qué efecto les produjo la del juez Jensen?

–Como habrás comprobado, el presidente asistió al funeral, pero no pronunció ningún discurso. Se había propuesto hacerlo y cambió de parecer, porque habría dicho cosas agradables de un marica.

–¿Quién escribió el encomio?

–Los redactores de discursos. Principalmente Mabry. Dedicó todo el día del jueves a prepararlo y luego lo abandonó.

–También asistió al funeral de Rosenberg..

–Sí, pero a regañadientes. Dijo que preferiría pasar el día en el infierno. No obstante, a última hora cedió y asistió al funeral. Está bastante contento de que hayan asesinado a Rosenberg. El miércoles casi parecía que estuvieran de fiesta. La baraja del destino le ha librado unos buenos naipes. Ahora podrá reestructurar el Tribunal Supremo y está muy emocionado.

Grantham escuchaba atentamente.

–Tienen una lista de candidatos –prosiguió Sarge–. En la original había veinte nombres, que se han reducido a ocho.

–¿Quién ha hecho la selección?

–¿Quién crees? El presidente y Fletcher Coal. Les aterroriza que se divulgue la información en este momento. Evidentemente en la lista sólo figuran jueces jóvenes conservadores, la mayoría desconocidos.

–¿Algún nombre?

–Sólo dos. Un individuo llamado Pryce, de Idaho, y otro llamado MacLawrence, de Vermont. Son los únicos nombres que conozco. Creo que ambos son jueces federales. Eso es todo.

–¿Qué ocurre con la investigación?

–No he oído casi nada, pero como de costumbre mantendré las orejas bien abiertas. No parece que ocurra gran cosa.

–¿Algo más?

–No. ¿Cuándo lo publicarás?

–Por la mañana.

–Será divertido.

–Gracias, Sarge.

Ahora había salido ya el sol y el café estaba más concurrido. Cleve se acercó y se sentó junto a su padre.

–¿Habéis terminado? –preguntó.

–Sí –respondió Sarge.

–Creo que debemos marcharnos –dijo Cleve, después de mirar a su alrededor–. Grantham saldrá primero, yo le seguiré y tú, papá, quédate todo el tiempo qué se te antoje.

–Eres muy amable –respondió Sarge.

–Gracias, amigos –dijo Grantham, cuando se dirigía a la puerta.

DOCE

Librodot

Verheek llegó tarde como de costumbre. En los veintitrés años que hacía que se conocían, nunca había llegado a la hora, ni sus retrasos eran sólo de unos minutos. No tenía noción del tiempo, ni le importaba. Llevaba reloj, pero nunca lo consultaba. Llegar tarde para Verheek significaba por lo menos una hora, a veces dos, especialmente cuando la persona con quien debía encontrarse era un amigo que esperaba que llegara tarde y le perdonaría.

Por consiguiente, Callahan pasó una hora en el bar, donde se sentía muy a gusto. Después de ocho horas de discusiones intelectuales, sentía desprecio por la Constitución y sus exegetas. Necesitaba introducir Chivas en sus venas y, después de dos dobles con hielo, se sentía mucho mejor. Se contemplaba a sí mismo en el espejo detrás de las hileras de botellas, y a lo lejos por encima del hombro observaba y esperaba la llegada de Gavin Verheek. No era sorprendente que su amigo fuera incapaz de desenvolverse en un bufete particular, donde la vida dependía del reloj.

Cuando acababan de servirle el tercer doble, una hora y once minutos después de las siete, Verheek se acercó a la barra y pidió una Moosehead.

–Siento llegar tarde –dijo, mientras le daba la mano. Sabía que te gustaría estar un rato a solas con tu Chivas.

–Pareces cansado –respondió Callahan al tiempo que le miraba.

Viejo y cansado. Verheek envejecía mal y aumentaba de peso. Le había crecido un par de centímetros la frente desde la última visita, y la palidez de su piel hacía resaltar sus enormes ojeras.

–¿Cuánto pesas? –preguntó Callahan.

–No es de tu incumbencia –respondió su amigo mientras se tomaba la cerveza–. ¿Dónde está nuestra mesa?

–La he reservado para las ocho y media. Calculaba que llegarías por lo menos con noventa minutos de retraso.

–Entonces he llegado temprano.

–En cierto modo. ¿Has venido directamente del despacho?

–Ahora vivo en la oficina. El director quiere que trabajemos un mínimo de cien horas semanales, hasta que se descubra algo. Le he dicho a mi esposa que nos veremos por Navidad.

–¿Cómo está?

–Muy bien. Tiene mucha paciencia. Nos llevamos mucho mejor cuando paso la vida en el despacho.

Era la tercera esposa en diecisiete años.

–Me gustaría conocerla.

–No, no te gustaría. Me casé con las dos primeras por el sexo y les gustaba tanto, que lo compartían con otros. Lo que me indujo a casarme con ésta fue el dinero y no es muy atractiva. No te impresionaría –dijo, mientras vaciaba la botella. Dudo que pueda soportarla hasta la muerte.

–¿Qué edad tiene?

–No quieras saberlo. Realmente la quiero. Te lo prometo. Pero después de dos años me he dado cuenta de que no tenemos nada en común, a excepción de un profundo concienciamiento de los valores de la bolsa –respondió, antes de hacer una pausa para mirar al barman–. Otra, por favor.

¿Cuánto dinero tiene? –rió Callahan, sin dejar de saborear su whisky.

–Mucho menos de lo que suponía. En realidad no lo sé. Creo que alrededor de cinco millones. Desplumó a sus dos primeros maridos, y creo que lo que le atrajo de mí fue el reto de casarse con un individuo del montón. También dijo que el sexo era maravilloso. Pero eso lo dicen todas.

–Tú siempre has elegido a las perdedoras, Gavin, incluso en la facultad. Te atraen las mujeres neuróticas y deprimidas.

–Y ellas se sienten atraídas hacia mí –dijo al tiempo que vaciaba media botella–. ¿Por qué comemos siempre en este lugar?

–No lo sé. Es una especie de tradición. Evoca recuerdos agradables de la facultad.

–Odiábamos la facultad, Thomas. Todo el mundo odia la facultad de Derecho. Todo el mundo odia a los abogados.

–Estás de muy buen humor.

–Lo siento. He dormido seis horas desde que encontraron los cadáveres. El director me chilla por lo menos cinco veces al día. Yo me ensaño con todos mis subordinados. Es como un gran campo de batalla.

–Bebe, muchacho. Nuestra mesa está lista. Bebamos, comamos, charlemos y procuremos divertirnos durante las pocas horas que compartiremos.

–Te quiero más que a mi esposa, Thomas. ¿Lo sabías?

–Eso no significa gran cosa.

–Tienes razón.

Siguieron al maitre a la misma mesa del rincón que siempre reservaban. Callahan pidió otra ronda y explicó que no tendrían prisa por comer.

–¿Has visto ese maldito artículo en el Post? –preguntó Verheek.

–Lo he visto. ¿Quién se ha ido de la lengua?

–Quién sabe. El director recibió la lista el sábado por la mañana, de manos del propio presidente, con instrucciones específicas de guardar el secreto. No se la mostró a nadie durante el fin de semana y esta mañana aparece el artículo con los nombres de Pryce y MacLawrence. Voyles estaba como loco cuando lo vio y a los pocos minutos lo llamó el presidente. Salió corriendo hacia la Casa Blanca y tuvieron una pelea terrible. Voyles intentó atacar a Fletcher Coal y K. O. Lewis tuvo que apaciguarlo. Muy desagradable.

–Eso está muy bien –dijo Callahan, que no se perdía palabra.

–Sí. Te lo cuento porque más tarde, después de unas cuantas copas más, esperarás que te revele los demás nombres de la lista y no pienso hacerlo. Procuro ser tu amigo, Thomas.

–Sigue.

–En todo caso, no hay forma de que la información haya salido de nuestras dependencias. Imposible. Ha debido salir de la Casa Blanca. Ese lugar está lleno de gente que odia a Coal y tiene más grietas que un tubo oxidado.

–Probablemente lo ha divulgado el propio Coal.

–Tal vez. Es un cabrón maquiavélico y se dice que podría haber divulgado los nombres de Pryce y MacLawrence a fin de asustar a todo el mundo, para más adelante anunciar la candidatura de dos miembros más moderados. Parece una estratagema propia de él.

–Nunca he oído hablar de Pryce y MacLawrence.

–Bienvenido a bordo. Son ambos muy jóvenes, poco más de cuarenta años, con escasa experiencia en el estrado. No los hemos investigado, pero parecen conservadores radicales.

–¿Y los demás de la lista?

–Vaya rapidez. Sólo dos cervezas y ya te lanzas.

Llegaron las bebidas.

–Tráigame unas setas rellenas de carne de cangrejo –le dijo Verheek al camarero–. Sólo para abrir el apetito. Estoy muerto de hambre.

–Y otras para mí –agregó Callahan, al tiempo que le entregaba su vaso vacío.

–No vuelvas a preguntármelo, Thomas. Puede que dentro de tres horas tengas que llevarme en brazos, pero nunca te lo revelaré. Y tú lo sabes. Digamos que Pryce y MacLawrence son un reflejo de todos los demás.

–¿Todos desconocidos?

–Básicamente sí.

Callahan saboreaba lentamente su whisky y movía la cabeza. Verheek se quitó la chaqueta y aflojó la corbata.

–Hablemos de mujeres.

–No.

–¿Qué edad tiene?

–Veinticuatro, pero es muy madura.

–Podrías ser su padre.

–Puede que lo sea. Quién sabe.

–¿De dónde es?

–De Denver. Ya te lo dije.

–Me encantan las chicas del oeste. Son independientes, sencillas, y suelen vestir Levis y tener las piernas largas. Tal vez me case con una de ellas. ¿Tiene dinero?

–No. Su padre murió en un accidente de aviación hace cuatro años y su madre recibió una buena compensación.

–Entonces tiene dinero.

–Disfruta de una posición acomodada.

–Estoy seguro de ello. ¿Tienes alguna foto?

–No. No es mi nieta ni mi perrito.

–¿Por qué no has traído ninguna fotografía?

–Le pediré que te mande una. ¿Por qué te resulta esto tan divertido?

–Es para troncharse de risa. El gran Thomas Callahan, el de las mujeres desechables, enamorado como un adolescente.

–No es cierto.

–Debe ser todo un récord. ¿Cuánto hace que dura? ¿Nueve o diez meses? Hace casi un año que mantienes una relación estable, ¿no es cierto?

–Ocho meses y tres semanas, pero no se lo cuentes a nadie, Gavin. No es fácil para mí.

–Tu secreto está a salvo. Pero dame todos los detalles. ¿Cuánto mide de altura?

–Metro setenta y dos, cincuenta kilos, piernas largas, Levis ceñidos, independiente, sencilla, tu típica muchacha del oeste.

–Debo encontrar otra para mí. ¿Vas a casarte con ella?

–¡Claro que no! Acaba tu copa.

–¿Practicas ahora la monogamia?

–¿Lo haces tú?

–Ni soñarlo. Nunca lo he hecho. Pero no hablamos de mí, Thomas, hablamos de este Peter Pan, el imperturbable Callahan, el hombre con la versión mensual de las mujeres más espectaculares. Cuéntame, Thomas, y no le mientas a tu mejor amigo, mírame a los ojos y cuéntame si has sucumbido a la monogamia.

Verheek le miraba con medio cuerpo apoyado sobre la mesa y una estúpida sonrisa en los labios.

–No tan fuerte –dijo Callahan, mirando a su alrededor.

–Contéstame.

–Dame los otros nombres de la lista y lo haré.

–Te felicito por intentarlo –dijo Verheek, al tiempo que se acomodaba en su silla–. Creo que la respuesta es afirmativa. Creo que estás enamorado de esa chica, pero eres demasiado cobarde para admitirlo. Creo que te ha cazado, amigo.

–De acuerdo, lo ha conseguido. ¿Te sientes mejor ahora?

–Sí, "mucho mejor. ¿Cuándo podré conocerla?

–¿Cuándo podré conocer a tu mujer?

–Estás confundido, Thomas. Aquí hay una diferencia esencial. Tú no quieres conocer a mi esposa, pero yo deseo conocer a Darby. ¿Comprendes? Te aseguro que son muy distintas. Callahan sonrió y sorbió el líquido de su copa. Verheek se relajó y cruzó las piernas en el pasillo. Se llevó la cerveza a la boca.

–Estás muy nervioso, amigo –dijo Callahan.

–Lo siento. Bebo tan deprisa como puedo.

Llegaron las setas hirviendo en pequeñas cazoletas. Verheek se llevó dos a la boca y empezó a masticar furiosamente.

Callahan le observaba. El Chivas le había quitado el apetito y esperaría unos minutos. En todo caso, prefería el alcohol a la comida.

En la mesa contigua, cuatro árabes charlaban ruidosamente en su idioma. Todos pidieron Jack Daniel's.

–¿Quién cometió los asesinatos, Gavin?

–Aunque lo supiera, no te lo diría –respondió después de masticar un rato y tragar lo que tenía en la boca–. Pero te juro que no lo sé. Es desconcertante. Los asesinos desaparecieron sin dejar rastro. Estaba meticulosamente planeado y ejecutado a la perfección. Ni idea.

–¿Por qué la combinación?

–Es muy simple –respondió, después de llevarse otro bocado a la boca–. Es tan simple, que es fácil que pase por alto. Ambos eran blancos fáciles. Rosenberg no tenía ningún sistema de seguridad en su casa. Cualquier ratero respetable podía entrar y salir a su antojo. Y el pobre Jensen merodeaba por esos antros a medianoche. Estaban expuestos. A la hora en que ambos fallecieron, los otros siete jueces del Tribunal Supremo tenían agentes del FBI en sus casas. Ésa fue la razón por la que fueron seleccionados. Eran estúpidos.

–¿Entonces quién los seleccionó?

–Alguien con mucho dinero. Los asesinos eran profesionales y probablemente habían abandonado el país a las pocas horas. Calculamos que fueron tres, tal vez más. Lo de la casa de Rosenberg puede que fuera obra de una sola persona. Calculamos que los que se ocuparon de Jensen fueron por lo menos dos. Uno como mínimo vigilando, mientras otro hacía su trabajo con la cuerda. Aunque se tratara de un antro de mala muerte, el local es público y bastante arriesgado. Pero eran buenos, muy buenos.

–He leído la teoría de un asesino solitario.

–Olvídala. Es imposible que un individuo los asesinara a ambos. Imposible.

–¿Cuánto cobrarían esos asesinos?

–Millones. Y costó un montón de dinero planearlo todo.

–¿Y no tenéis ni idea?

–Mira, Thomas, yo no estoy involucrado en la investigación, tendrás que preguntárselo a ellos. Estoy seguro de que saben mucho más que yo. No soy más que un abogado que ocupa un pequeño cargo administrativo.

–Sí, que se tutea con el presidente del Tribunal Supremo.

–Me llama de vez en cuando. Esto es muy aburrido. Hablemos de mujeres. Detesto hablar de leyes.

–¿Has hablado con él últimamente?

–Por Dios, Thomas, no dejas de pescar. Sí, hemos charlado brevemente esta mañana. Ha puesto a los veintisiete secretarios a investigar todos los sumarios federales, grandes y pequeños, en busca de pistas. Es una pérdida de tiempo y así se lo he dicho. Todos los casos que llegan al Tribunal Supremo tienen por lo menos dos partes, y todas las partes implicadas se beneficiarían indudablemente de la desaparición de dos o tres jueces, y de su sustitución por otros más afines a su causa. Hay millares de recursos de apelación que podrían acabar en sus manos y es imposible elegir uno como responsable de los asesinatos. Es absurdo.

–¿Qué te ha respondido?

–Por supuesto ha estado de acuerdo con mi brillante análisis. Creo que ha llamado después de leer el artículo del Post, para ver si podía sonsacarme algo. ¿Imaginas semejante audacia?

El camarero merodeaba con impaciencia junto a la mesa.

Verheek examinó la carta, la cerró y se la devolvió.

–Pez espada a la plancha, queso azul y nada de verduras.

–Yo comeré setas –dijo Callahan, antes de que desapareciera el camarero.

Callahan se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó un grueso sobre, que dejó sobre la mesa junto a la botella vacía de Moosehead.

–Échale una ojeada a esto cuando tengas tiempo.

–¿De qué se trata?

–Es una especie de informe.

–Detesto los informes, Thomas. A decir verdad, detesto el Derecho, a los abogados y, salvo tú, a los profesores de Derecho.

–Darby lo ha redactado.

–Lo leeré esta noche. ¿De qué trata?

–Creo que ya te lo he dicho. Es una estudiante muy astuta, inteligente y agresiva. Redacta mejor que la mayoría. Siente pasión, por supuesto mejorando lo presente, por la ley constitucional.

–Pobre chica.

–Se tomó cuatro días la semana pasada, durante los que no prestó atención alguna a mí ni al resto del mundo, y elaboró su propia teoría, que ahora ha desechado. Pero léela de todos modos. Es fascinante.

–¿Quién es el sospechoso?

Los árabes empezaron a reírse a carcajadas, dándose palmadas entre sí y derramando el whisky. Los observaron unos momentos, hasta que se apaciguaron.

–¿No te dan asco los borrachos? –preguntó Verheek.

–Me producen náuseas.

–¿Cuál es su teoría? –dijo Verheek, después de guardar el sobre en el bolsillo de su chaqueta, que colgaba del respaldo de la silla.

–Es un poco inusual. Pero léela. No perderás nada por hacerlo. Necesitáis que alguien os eche una mano.

–Lo leeré sólo porque lo ha escrito ella. ¿Cómo se porta en la cama?

–¿Cómo es tu esposa en la cama?

–Rica. Así como en la ducha, en la cocina, o cuando va de compras. Es rica en todo lo que hace.

–No puede durar.

–Solicitará el divorcio a fin de año. Puede que me quede con la casa de la ciudad y un poco de dinero.

–¿Estáis casados sin separación de bienes?

–No, pero no olvides que soy abogado. En el contrato hay más subterfugios que en un decreto de reforma presupuestaria. Lo elaboró un compañero. ¿No te encanta hablar de leyes?

–Cambiemos de tema.

–¿Mujeres?

–Tengo una idea. Tú quieres conocer a la chica, ¿no es cierto?

–¿Hablamos de Darby?

–Sí, Darby.

–Me encantaría conocerla.

–Iremos a Saint Thomas durante las vacaciones de Acción de Gracias. ¿Por qué no te reúnes con nosotros?

–¿Tengo que traer a mi esposa?

–No. No ha sido invitada.

–¿Circulará por la playa con uno de esos minibiquinis de cuerda? ¿Como quien dice, exhibiéndose para nosotros?

–Probablemente.

–Caramba. No puedo creerlo.

–Puedes alquilar un apartamento junto al nuestro y nos correremos la gran juerga.

–Maravilloso, maravilloso. Simplemente maravilloso.

TRECE

El teléfono llamó cuatro veces, se conectó el contestador automático, la voz grabada retumbó por el piso, se oyó el pitido y ningún mensaje. Llamó otras cuatro veces, la misma operación y ningún mensaje. Al cabo de un minuto llamó de nuevo y Gray Grantham lo descolgó desde la cama. Se sentó sobre la almohada, e intentó concentrar la mirada.

–¿Quién es? –preguntó con esfuerzo, después de comprobar que no entraba luz por la ventana.

–¿Hablo con Gray Grantham del Washington Post? –dijo una voz suave y tímida.

–Sí. ¿Quién llama?

–No puedo darle mi nombre –respondió lentamente la voz.

Empezó a disiparse la niebla, fijó la mirada en el reloj y comprobó que eran las cinco cuarenta.

–De acuerdo, olvidemos el nombre. ¿Por qué me llama?

–Ayer leí su artículo sobre la Casa Blanca y los candidatos.

–Me alegro.

–Usted y otro millón de lectores, pensó ¿Por qué me llama a una hora tan intempestiva?

–Lo siento. Voy de camino al trabajo y he parado en una cabina. No puedo llamar desde mi casa, ni desde el despacho. La voz parecía clara, elocuente e inteligente.

–¿Qué clase de despacho?

–Soy abogado.

Maravilloso. En Washington había por los menos medio millón de abogados.

–¿Trabaja en el sector privada o para el gobierno?

–Prefiero no decírselo –respondió, después de titubear unos instantes.

–De acuerdo. Escúcheme, yo prefiero dormir. ¿Puede decirme exactamente por qué me ha llamado?

–Puede que sepa algo relacionado con Rosenberg y Jensen.

–Por ejemplo... –dijo Grantham, sentado al borde de la cama.

–¿Está grabando esta conversación? –preguntó, después de una larga pausa.

–No. ¿Debería hacerlo?

–No lo sé. En realidad estoy muy asustado y confundido, señor Grantham. Prefiero que no lo grabe. Tal vez la próxima llamada, ¿de acuerdo?

–Lo que usted diga. Le escucho.

–¿Pueden localizar esta llamada?

–Supongo que es posible. Pero usted llama desde una cabina, ¿no es cierto? ¿Qué importa que lo hagan?

–No lo sé. Tengo miedo.

–No se preocupe. Le prometo que no estoy grabando, ni intentaré localizar la llamada. Y ahora hable.

–Puede que sepa quién los asesinó.

–Ésta es una información muy valiosa –dijo Grantham, después de ponerse de pie.

–Podría costarme la vida. ¿Cree que me siguen?

–¿Quién? ¿Quién podría seguirle?

–No lo sé –respondió la voz, que se perdió en la lejanía como si mirara por encima del hombro.

–Tranquilícese –dijo Grantham, paseando junto a la cama–. Por qué no me da su nombre. Le juro que es confidencial.

–García.

–¿Éste no es su verdadero nombre?

–Claro que no, pero es lo mejor que se me ocurre.

–De acuerdo, García. Háble me.

–Mire, no estoy seguro. Pero creo que he tropezado con algo en el despacho que al parecer no debía haber visto.

–¿Tiene una copia?

–Tal vez.

–Oiga, García, usted me ha llamado, ¿no es cierto? ¿Quiere hablar conmigo o no?

–No estoy seguro. ¿Qué hará usted si le cuento algo?

–Investigarlo a fondo. Si vamos a acusar a alguien del asesinato de dos jueces del Tribunal Supremo, créame, el asunto se llevará con suma delicadeza.

Se hizo un prolongado silencio. Grantham esperaba inmóvil junto a la mecedora.

–García. ¿Está usted ahí?

–Sí. ¿Podemos hablar más tarde?

–Por supuesto. También podemos hablar ahora.

–Debo reflexionar. Hace una semana que no como ni duermo, y no pienso con claridad. Puede que le llame más tarde.

–De acuerdo, de acuerdo. Me parece perfecto. Llámeme a mi despacho, al...

–No. No le llamaré al despacho. Disculpe por haberle despertado.

Colgó. Grantham contempló el teclado de su teléfono y marcó siete cifras, esperó, luego otras seis y a continuación otras cuatro. Escribió un número en el bloque junto al teléfono y colgó. La cabina estaba en la calle quince, en el barrio del Pentágono.

Gavin Verheek durmió cuatro horas y despertó borracho. Cuando llegó al edificio Hoover al cabo de una hora, el alcohol empezaba a disiparse y el malestar a aposentarse. Se maldijo a sí mismo y a Callahan, que sin duda dormiría hasta el mediodía y despertaría fresco y revitalizado, listo para su vuelo a Nueva Orleans. Habían abandonado el restaurante a medianoche cuando cerraba, para visitar unos cuantos bares y habían bromeado sobre la posibilidad de ver un par de películas pornográficas, pero no pudieron hacerlo porque su cine predilecto había sido bombardeado. De modo que siguieron bebiendo hasta las tres o cuatro de la madrugada.

Tenía una reunión con Voyles a las once, para la que era esencial que estuviera sobrio y atento. Le sería imposible. Le ordenó a su secretaria que cerrara la puerta, le contó que había cogido algún virus nefasto, tal vez la gripe, y que no quería que nadie le molestara, a no ser que fuera de vital importancia. Ella le miró a los ojos y olió más de lo habitual. El olor a cerveza no siempre desaparece con el sueño.

La secretaria se retiró, cerró la puerta y él echó la llave. Para vengarse, llamó por teléfono a la habitación de Callahan, pero no obtuvo respuesta alguna.

Vaya vida. Su mejor amigo ganaba casi tanto como él, pero trabajaba treinta horas a la semana cuando estaba muy ocupado y tenía a su alcance chicas disponibles, veinte años más jóvenes que él. Entonces recordó sus magníficos planes para pasar una semana en Saint Thomas, con la perspectiva de ver a Darby paseando por la playa. No se lo perdería, aunque provocara el divorcio.

Una oleada de náuseas invadió su tórax y esófago, y se tumbó rápidamente en el suelo. Sobre una ordinaria alfombra gubernamental. Respiró hondo y empezó a sentir palpitaciones en la coronilla. El techo de escayola no daba vueltas y esto era alentador. Al cabo de tres minutos comprendió que no vomitaría, por lo menos ahora.

Su maletín estaba a mano y se lo acercó cautelosamente. En su interior estaba el sobre, junto al periódico matutino. Cogió el sobre, abrió el informe y lo levantó a quince centímetros de su rostro.

Eran trece páginas de papel informático, a doble espacio, con amplios márgenes. Sería capaz de leerlo. En los márgenes había notas escritas a mano y párrafos subrayados. En la parte superior figuraban las palabras PRIMER BORRADOR», escritas a mano con un rotulador. Su nombre, dirección y número de teléfono estaban mecanografiados en la portada.

Lo examinaría unos minutos mientras seguía tumbado en el suelo, con la esperanza de sentarse luego junto a su escrito río y actuar como un importante abogado del gobierno. Pensó en Voyles y aumentaron sus palpitaciones.

Redactaba bien, al estilo tradicional de los juristas intelectuales, con largas oraciones repletas de complejos términos. Pero se expresaba con claridad. Evitaba los dobles sentidos y la jerga jurídica, que tanto entusiasmaba a los demás estudiantes. Nunca podría trabajar como abogado para el gobierno de Estados Unidos.

Gavin nunca había oído hablar de su sospechoso y estaba seguro de que no figuraba en ninguna lista. Desde un punto de vista técnico, más que un informe, era el relato de un pleito en Louisiana. Describía brevemente los hechos, de un modo interesante. A decir verdad, fascinante. No lo leía sólo por encima.

El relato de los hechos ocupaba cuatro páginas y dedicaba otras tres a un breve historial de las partes. Esto le resultó un poco aburrido, pero siguió leyendo. Estaba atrapado. En la

Librodot

página ocho del informe, o lo que fuera, resumía el juicio. En la novena mencionaba la apelación y en las últimas tres una secuela improbable para eliminar a Rosenberg y Jensen del Tribunal. Callahan había dicho que había desechado la teoría, que parecía debilitarse hacia el final.

Pero su lectura resultaba muy agradable. Momentáneamente había olvidado su malestar y había leído un informe de trece páginas de una estudiante de Derecho, tumbado sobre una sucia alfombra, cuando tenía mil cosas que hacer.

Alguien llamó suavemente a la puerta. Se sentó lentamente, se levantó con suma cautela y se acercó a la puerta.

–¿Quién es?

–Lamento molestarle –respondió su secretaria–. Pero el director le espera en su despacho dentro de diez minutos.

–¿Cómo? –preguntó Verheek después de abrir la puerta.

–Sí señor. Dentro de diez minutos.

–¿Para qué? –preguntó mientras se frotaba los ojos y aspiraba con rapidez.

–Conseguiría que me degradaran si formulara este tipo de preguntas, señor.

–¿Tiene algún antiséptico bucal?

–Creo que sí. ¿Lo quiere?

–¿Se lo pediría si no lo quisiera? Tráigamelo. ¿Tiene chicle? .

–¿Chicle?

–Chicle para mascar.

–Sí, señor. ¿También lo quiere?

–Tráigame el antiséptico bucal, el chicle y un par de aspirinas si las tiene.

Se acercó a su escritorio, se sentó con la cabeza entre las manos y se frotó las sienes. Oyó que su secretaria abría y cerraba cajones, antes de que apareciera con lo que le había pedido.

–Gracias. Disculpe mi mal humor –dijo, mientras señalaba a un documento sobre una silla junto a la puerta–. Mande ese informe a Eric East, está en el cuarto piso. Agregue una nota de mi parte. Dígale que lo lea cuando disponga de un minuto.

La secretaria se retiró con el informe.

Fletcher Coal abrió la puerta del despacho ovalado y habló con gravedad a K. O. Lewis y Eric East. El presidente estaba en Puerto Rico, para ver los daños causados por un huracán y el director Voyles se negaba a reunirse con Coal a solas. Mandaba a sus subordinados.

Coal les indicó que se sentaran en el sofá y él se colocó al otro lado de la mesilla. Llevaba la chaqueta abrochada y el nudo de su corbata era impecable. Nunca se relajaba. East había oído habladurías sobre sus costumbres. Trabajaba veinte horas diarias, siete días por semana, bebía sólo agua y la mayor parte de la comida que consumía procedía de las máquinas del sótano. Era capaz de leer como un ordenador y pasaba muchas horas al día repasando notas, informes, correspondencia y montones de decretos pendientes. Su memoria era perfecta. Hacía ahora una semana que traían informes a diario a este despacho y se los entregaban a Coal, que devoraba el material y lo memorizaba para el próximo encuentro. Si cometían algún error, los aterrorizaba. Le odiaban, pero era imposible no respetarle. Era más inteligente que ellos y trabajaba más duro. Además, él lo sabía.

Su actitud era condescendiente en la intimidad del despacho ovalado. Su jefe había salido para actuar ante las cámaras, pero el auténtico poder se había quedado para dirigir el país.

K. O. Lewis colocó un montón de documentos con las últimas informaciones, de diez centímetros de grosor, sobre la mesa.

–¿Alguna novedad? –preguntó Coal.

–Tal vez. Las autoridades francesas revisaban rutinariamente las filmaciones de las cámaras de seguridad del aeropuerto de París, cuando creyeron reconocer a alguien. Lo comprobaron con otras dos cámaras de la terminal, desde distintos ángulos, e informaron a Interpol. La cara está disimulada, pero Interpol cree que se trata del terrorista Khamel. Estoy seguro de que ha oído hablar de...

–Efectivamente.

–Estudiaron cuidadosamente la filmación y están casi seguros de que llegó en un vuelo directo procedente de Dulles, el pasado miércoles, unas diez horas después de que se descubriera el cuerpo de Jensen.

–¿El Concorde?

–No, United. A juzgar por la hora y posición de las cámaras, pueden determinar las puertas y los vuelos.

–¿E Interpol se ha puesto en contacto con la CIA?

–Sí. Han llamado a Gminski aproximadamente a la una de la tarde.

El rostro de Coal permaneció inexpresivo.

–¿Están seguros?

–El ochenta por ciento. Es un maestro de la simulación y sería un poco inusual para él viajar de este modo. Por consiguiente, hay lugar a dudas. Disponemos de fotografías y de un resumen para el presidente. Francamente, he examinado las fotografías y no me dicen nada. Pero Interpol le conoce.

–¿No es cierto que no ha permitido que se le fotografiara voluntariamente desde hace muchos años?

–Eso nos consta. Además, se rumorea que cada dos o tres años se somete a cirugía plástica y obtiene un nuevo rostro.

–De acuerdo –dijo Coal, después de unos instantes de reflexión–. Supongamos que se trata de Khamel y que esté involucrado en los asesinatos. ¿Qué significa eso?

–Significa que nunca le encontraremos. Hay por lo menos nueve países, incluido Israel, que le buscan activamente en estos momentos. Significa que alguien le ha pagado un montón de dinero para utilizar su pericia en nuestro país. Hemos dicho en todo momento que el asesino o asesinos eran profesionales, que habían desaparecido antes de que se enfriaran los cadáveres.

–De modo que no significa gran cosa.

–Efectivamente.

–Bien. ¿Qué más tienen?

–El resumen diario de costumbre –respondió Lewis, después de mirar a Eric East de refilón.

–Últimamente parecen ser bastante escuetos.

–Sí, lo son. Disponemos de trescientos ochenta agentes, que trabajan doce horas diarias. Ayer interrogaron a ciento sesenta personas, en treinta estados distintos. Hemos...

–Déjelo –interrumpió Coal, levantando la mano–. Leeré el informe. Parece justo afirmar que no hay nada nuevo.

–Puede que una nueva faceta –respondió Lewis al tiempo que miraba a Eric East, que tenía una copia del informe en la mano.

–¿De qué se trata? –preguntó Coal.

East se movía nervioso. El informe había circulado todo el día hasta llegar a manos de Voyles, y le había gustado. Lo consideraba como un tiro a ciegas, al que no merecía que se

Librodot

prestara mucha atención, pero digno de mencionárselo al presidente, y le encantaba la idea de poner a Coal y a su jefe nerviosos. Les había ordenado a Lewis y a East que se lo entregaran a Coal, como si se tratara de una teoría importante que el Bureau investigaba seriamente. Por primera vez en una semana, Voyles había sonreído al hablar de los imbéciles del despacho ovalado, que correrían en busca de refugio después de leer aquel pequeño informe. Trabájenlo, les había dicho Voyles. Díganles que pensamos destinar veinte agentes a que lo investiguen.

–Se trata de una teoría que ha surgido en las últimas veinticuatro horas y que ha intrigado bastante al director Voyles. Teme que pudiera perjudicar al presidente.

–¿En qué sentido? –preguntó Coal imperturbable.

–Está todo en este informe –respondió East, después de dejar el documento sobre la mesa.

–De acuerdo –dijo Coal con la mirada fija en East, después de echar una ojeada a los papeles–. Después lo leeré. ¿Eso es todo?

–Sí. Ahora nos retiraremos.

Lewis se puso de pie y se abrochó la chaqueta. Coal les acompañó a la puerta.

No había charanga alguna cuando aterrizó el avión número uno de las fuerzas aéreas en el aeropuerto de Andrews, pocos minutos después de las diez. La «reina» estaba en algún lugar recaudando fondos, y ningún amigo ni pariente acudió a recibir al presidente cuando bajó del avión, para dirigirse apresuradamente a su limusina. Coal le esperaba.

–No esperaba verle –dijo el presidente, después de acomodarse en su asiento.

–Lo siento. Hemos de hablar –respondió Coal, cuando la limusina se dirigía velozmente a la Casa Blanca.

–Es tarde y estoy cansado.

–¿Qué tal el huracán?

–Impresionante. Ha arrasado un millón de chabolas y cabañas de cartón, y ahora tendremos que gastar un par de millares de millones para construir nuevas viviendas y centrales eléctricas. Necesitan un buen huracán cada cinco años.

–He preparado la declaración de la catástrofe.

–De acuerdo. ¿Qué ocurre que sea tan importante?

Coal le entregó una copia de lo que ahora se conocía como el informe pelícano.

–No quiero leerlo –dijo el presidente–. Dígame sólo de qué se trata.

–Voyles y su surtido equipo han tropezado con un sospechoso que nadie había mencionado hasta ahora. Un sospechoso sombrío y sumamente improbable. Una estudiante de derecho, exageradamente diligente, de Tulane, ha redactado ese maldito informe y, de algún modo, ha llegado a manos de Voyles que, después de leerlo, ha decidido que tenía mérito. No olvidemos que buscan desesperadamente sospechosos. La teoría es tan descabellada, que resulta inverosímil, y a nivel superficial no me preocupa. Pero quien me preocupa es Voyles. Ha decidido investigarla activamente y la prensa está pendiente de todos sus movimientos. Podría correrse la voz.

–No podemos controlar su investigación.

–Podemos manipularla. Gminski espera en la Casa Blanca y...

–¡Gminski!

–Tranquilícese, jefe. Hace tres horas le he entregado personalmente una copia del informe, después de hacerle jurar que guardaría el secreto. Puede que sea incompetente, pero es capaz de guardar un secreto. Me inspira mucha más confianza que Voyles.

–Yo no confío en ninguno de ellos.

Librodot

A Coal le satisfacía oír aquello. Quería que el presidente confiara sólo en él.

–Creo que debería pedirle a la CIA que lo investigue inmediatamente. Me gustaría estar al corriente de todo, antes de que Voyles empiece a indagar. Nadie encontrará nada, pero si sabemos más que Voyles, usted podrá convencerle de que abandone la investigación. Es lógico, jefe.

–Es un asunto interno –dijo frustrado el presidente. No es competencia de la CIA. Probablemente sea ilegal.

–Técnicamente lo es. Pero Gminski lo hará por usted, y además con rapidez, en secreto y más concienzudamente que el FBI.

–Es ilegal.

–No será la primera vez, jefe, se ha hecho ya muchas veces.

El presidente contemplaba el tráfico. Tenía los ojos hinchados e irritados, pero no de cansancio. Había dormido tres horas en el avión. Sin embargo, después de pasar todo el día con aspecto triste y preocupado para las cámaras, no le resultaba fácil volver a la normalidad.

–¿Se trata de alguien a quien conocemos? –preguntó, después de coger el informe y dejarlo sobre el asiento vacío junto a él.

–Sí.

CATORCE

Puesto que la ciudad vive de noche, Nueva Orleans despierta despacio. En la misma impera el silencio hasta mucho después del alba, cuando empieza a sacudirse las telarañas y entrar suavemente en la mañana. No hay hora punta matutina, a excepción de las vías que enlazan con los suburbios y las abigarradas calles del centro de la ciudad. Esto ocurre en todas las ciudades. Pero en el barrio francés, alma de Nueva Orleans, el olor a whisky, arroz y pescado de la noche anterior flota a poca altura por encima de las calles desiertas, hasta la llegada del sol. Al cabo de un par de horas, lo sustituye el aroma a café francés y buñuelos, cuando las aceras empiezan a mostrar recalcitrantes signos de vida.

Darby se acurrucó en una silla del pequeño balcón, con una taza de café, a la espera del sol. A pocos metros estaba Callahan, todavía bajo las sábanas, y muerto en lo que concernía al mundo exterior. Había una ligera brisa, pero la humedad volvería al mediodía. Darby se ajustó el albornoz de su compañero y olió la fragancia de su colonia. Pensó en su padre y en las holgadas camisas que le permitía usar de adolescente. Solía subirse las mangas hasta los codos, la camisa suelta hasta las rodillas, y salir a pasear con sus amigos, convencida de que nadie tenía mejor aspecto que ella. Su padre era su amigo. Cuando acabó sus estudios en el instituto, tenía todo el vestuario de su padre a su disposición, a condición de que lavara y planchara las prendas que utilizaba, y las guardara nuevamente en el armario. Todavía recordaba el olor a Grey Flannel con el que se rociaba todos los días la cara.

Si viviera, sería cuatro años mayor que Thomas Callahan. Su madre, después de volverse a casar, se había trasladado a Boise. Darby tenía un hermano en Alemania. Los tres raramente se hablaban. Su padre había mantenido unida a una familia fraccionada, que se había dispersado después de su muerte.

Otras veinte personas habían fallecido en el accidente de aviación y, antes de haber ultimado los detalles del funeral, empezaron a llamar los abogados. Aquél fue realmente su primer contacto con el mundo jurídico y no le resultó agradable. El abogado de la familia estaba especializado en el traspaso de fincas y no sabía nada sobre litigación. Un artero perseguidor de ambulancias cameló a su hermano y persuadió a la familia para que entablara un juicio cuanto antes. Se llamaba Herschel y, durante dos años, la familia sufrió mientras el abogado demoraba el caso y mentía. Llegaron a un acuerdo una semana antes del juicio por medio mi-

llón de dólares, después de que Herschel se quedara con su parte, y a Darby le correspondieron cien mil dólares.

Entonces decidió hacerse abogado. Si un payaso como Herschel lo había logrado y ganaba montones de dinero, al mismo tiempo que causaba caos en la sociedad, ella podría sin duda conseguirlo con un propósito más noble. A menudo pensaba en Herschel. Cuando lograra colegiarse, su primer pleito sería contra él por falta de ética profesional. Quería trabajar para una empresa dedicada a la protección del medio ambiente. Sabía que encontrar trabajo no le resultaría difícil.

Los cien mil dólares seguían intactos. El nuevo marido de su madre trabajaba como ejecutivo en una empresa papelera, y era algo mayor y mucho más rico que ella. Poco después de la boda, ella repartió su parte de la compensación entre Darby y su hermano, porque dijo que el dinero le recordaba a su difunto marido y el gesto era simbólico. Darby estaba un poco confundida, pero aceptó el dinero agradecida.

Los cien mil se habían doblado. Invirtió la mayor parte en mutualidades, pero sólo en las que no tenían inversiones en empresas químicas y petroleras. Conducía un Accord y vivía modestamente. Su vestuario era el normal de los estudiantes de Derecho, comprado en las rebajas. Ella y Callahan frecuentaban los mejores restaurantes de la ciudad y nunca comían dos veces en el mismo lugar. Cada uno se pagaba siempre lo suyo.

A él no le importaba el dinero, ni le hacía preguntas al respecto. Darby era más rica que la mayoría de los estudiantes de Derecho, pero Tulane tenía su cuota de jóvenes acomodados.

Cortejaron durante un mes antes de acostarse juntos. Ella fijó las normas y él las acató sin reservas. No habría otras mujeres. Serían muy discretos. Y él tendría que beber menos.

Callahan obedeció las dos primeras, pero siguió bebiendo. Su padre, su abuelo y sus hermanos eran grandes bebedores, y de algún modo se esperaba que él también lo fuera. Pero por primera vez en su vida, Thomas Callahan estaba enamorado, locamente enamorado, y conocía el punto a partir del cual el whisky entorpecía la relación con su compañera. Era cuidadoso. A excepción de la última semana y del trauma personal causado por la pérdida de Rosenberg, nunca bebía antes de las cinco de la tarde. Cuando estaban juntos, dejaba de tomar Chivas en el momento en que creía que afectaría su actuación.

Era divertido ver a un hombre de cuarenta y cinco años caer por primera vez. Se esforzaba para conservar cierto nivel de serenidad, pero en sus momentos de intimidad era tan bobo como un adolescente.

Ella le dio un beso en la mejilla y lo cubrió con el edredón. Su ropa estaba perfectamente doblada sobre una silla. Cerró silenciosamente la puerta después de salir del piso. El sol estaba en lo alto del firmamento y asomaba entre los edificios de Dauphine Street. La acera estaba vacía.

Tenía una clase dentro de tres horas y otra a las once de Derecho constitucional con Callahan. Disponía de dos semanas para presentar el proyecto de un recurso de apelación. Sobre sus apuntes se había ido acumulando el polvo. Se había retrasado respecto a dos asignaturas. Debía afrontar nuevamente sus obligaciones estudiantiles. Había perdido cuatro días jugando a detectives y se maldecía por ello.

El Accord estaba a la vuelta de la esquina, a media manzana de distancia.

La observaban y era agradable hacerlo. Vaqueros ceñidos, jersey holgado, piernas largas, y unas gafas oscuras que ocultaban sus ojos sin maquillar. Vieron como cerraba la puerta y caminaba de prisa a lo largo de Royale, hasta desaparecer a la vuelta de la esquina. El cabello le llegaba a la altura de los hombros y parecía ser pelirrojo oscuro.

Era ella.

Llevaba su almuerzo en una pequeña bolsa de papel castaño y encontró un banco vacío en el parque, de espaldas a New Hampshire. Odiaba Dupont Circle, con sus mendigos, drogadictos, pervertidos, hippys de edad avanzada y punks de chaqueta de cuero negro, con su cabello rojo encrestado y lengua viperina. Al otro lado de la fuente, un individuo bien vestido y con un altavoz en las manos reunía su grupo de defensores de los derechos civiles para manifestarse ante la Casa Blanca. Los punks chillaban y los insultaban, pero había cuatro policías montados lo suficientemente cerca para evitar problemas.

Consultó su reloj y peló un plátano. Era mediodía y habría preferido comer en otro lugar. El encuentro sería breve. Contemplaba a los que chillaban y vociferaban, cuando vio a su contacto que aparecía entre la muchedumbre. Se miraron, movieron ligeramente la cabeza y se sentó junto a él en el banco. Se llamaba Booker y era de Langley. Se reunían aquí de vez en cuando, cuando las líneas de comunicación se cruzaban o eran confusas, y sus respectivos jefes necesitaban oír con claridad lo que nadie más podía escuchar.

Booker no llevaba almuerzo. Empezó a pelar cacahuetes y a arrojar las cáscaras bajo el banco.

–¿Cómo está el señor Voyles?

–De muy mala uva. Como de costumbre.

–Anoche Gminski estuvo en la Casa Blanca hasta las doce –dijo Booker, después de llenarse la boca de cacahuetes.

Su interlocutor no respondió. Voyles ya lo sabía.

–Ha cundido el pánico –prosiguió Booker–. Ese pequeño pelícano los ha asustado. Nosotros también lo hemos leído y estamos casi seguros de que no nos ha impresionado, pero por alguna razón Coal está aterrorizado y ha logrado preocupar al presidente. Hemos deducido que os estáis divirtiendo un poco con Coal y su jefe, y puesto que menciona al presidente e incluye esa foto, nos ha parecido que para vosotros es una especie de pasatiempo. ¿Me explico?

Mordió el plátano, sin decir palabra.

Los amantes de los animales emprendieron desorganizadamente la marcha, bajo el abucheo de los de las chaquetas de cuero.

–En todo caso, no es de nuestra incumbencia, ni tiene por qué serlo, pero el presidente quiere que investiguemos secretamente el informe pelícano, antes de que lo hagáis vosotros. Está convencido de que no descubriremos nada, pero quiere estar seguro de ello para persuadir a Voyles de que abandone la investigación.

–No hay nada que descubrir.

Booker vio como un borracho meaba en la fuente. La policía montada se alejaba.

–Voyles se está divirtiendo, ¿no es cierto?

–Investigamos todas las pistas.

–Pero no tenéis ningún sospechoso digno de serlo.

–No –respondió, después de haber deglutido el plátano. ¿Por qué les preocupa tanto que investiguemos esa insignificancia?

–El caso es que para ellos es muy, sencillo –dijo Booker, mientras mordía la cáscara de un pequeño cacahuete–. Están furiosos por la divulgación de los nombres de Pryce y MacLawrence que, evidentemente, os atribuyen a vosotros. Desconfían profundamente de Voyles. Y si empezáis a hurgar en el informe pelícano, les aterroriza que lo descubra la prensa y afecte al presidente. La reelección es el próximo año, etcétera, etcétera.

–¿Qué le ha dicho Gminski al presidente?

–Que no deseaba entrometerse en la investigación del FBI, que tenía mejores cosas que hacer, y que sería completamente ilegal hacerlo. Pero puesto que el presidente no dejaba de suplicar y Coal de amenazar, lo haremos de todos modos. Y aquí estoy para que lo sepas.

–Voyles os lo agradece.

–Hoy empezaremos a indagar, pero todo eso es absurdo. Tomaremos las medidas acostumbradas, no nos entrometeremos y dentro de una semana aproximadamente le contaremos al presidente que la teoría es descabellada.

–Bien –dijo después de levantarse y doblar la bolsa de papel castaño–. Se lo comunicaré a Voyles. Gracias.

Empezó a caminar en dirección a Connecticut, lejos de los punks, y desapareció.

El monitor estaba sobre una abigarrada mesa en el centro de la redacción y Gray Grantham lo miraba fijamente, entre el rumor y parloteo del intercambio de información. Las palabras no llegaban y esperaba con la mirada fija en la pantalla. Sonó el teléfono. Pulsó un botón y levantó el auricular, sin alejar la mirada del monitor.

–Gray Grantham.

–Soy García.

–¿Qué me cuenta? –preguntó, olvidándose del monitor.

–Debo formularle dos preguntas. La primera es si graba estas llamadas y la segunda si puede localizarlas.

–No y sí. No grabamos hasta que nos dan permiso para hacerlo y podemos localizar las llamadas, pero no lo hacemos. Creí que me había dicho que no me llamaría al despacho.

–¿Quiere que cuelgue?

–No. Me parece bien. Prefiero hablar a las tres de la tarde en la redacción, que a las seis de la madrugada en la cama.

–Lo siento. Estoy asustado, eso es todo. Hablaré mientras pueda confiar en usted, pero si algún día me miente, señor Grantham, dejaré de hacerlo.

–De acuerdo. ¿Cuándo empezará a hablar?

–Ahora no puedo. Estoy en una cabina en el centro de la ciudad y tengo prisa.

–Ha dicho que tenía una copia de algo.

–No, he dicho que tal vez obtendría una copia de algo. Veremos.

–De acuerdo. ¿Cuándo puede que vuelva a llamar?

–¿He de concertar hora?

–No. Pero entro y salgo permanentemente.

–Llamaré mañana, a la hora del almuerzo.

–Esperaré su llamada.

García había desaparecido. Grantham marcó siete cifras, luego seis y entonces otras cuatro. Tomó nota del número y entonces consultó las páginas amarillas, en busca de la compañía propietaria de las cabinas. La cabina en cuestión se encontraba en Pennsylvania Avenue, cerca del Departamento de Justicia.

QUINCE

La discusión empezó con el postre, parte de la comida que Callahan prefería tomar en forma líquida. Ella había sido bastante amable al olvidar las bebidas que había consumido ya con la comida: dos whiskys dobles antes de empezar, otro antes de que les sirvieran la cena, y

dos botellas de vino con el pescado, de las que ella sólo había tomado un par de vasos. Bebía con excesiva rapidez y se estaba embriagando. Cuando se lo recriminó, se enojó con ella. De postre pidió un Drambuie, no sólo porque le gustaba, sino porque se había convertido en una cuestión de principios. Se lo tomó de un trago, pidió otro, y ella se puso furiosa.

Darby movía su café con la cucharilla, sin prestarle atención. Mounton's estaba lleno y lo único que ella deseaba era salir sin hacer ninguna escena, para regresar sola a su casa.

La discusión empezó a ser desagradable en la acera, cuando se alejaban del restaurante. Él se sacó las llaves del Porsche del bolsillo y ella le dijo que estaba demasiado borracho para conducir. Intentó quitarle las llaves. Él las agarró con fuerza y se tambaleó en dirección al aparcamiento, a tres manzanas de donde se encontraban. Ella dijo que prefería andar. Diviértete, dijo él. Ella le seguía a pocos pasos, avergonzada de aquel individuo que se tambaleaba. Le suplicó. Su nivel de alcohol en la sangre era por lo menos de cero coma dos. Maldita sea, era un catedrático de Derecho. Podía matar a alguien. Él aceleró el paso, se acercó peligrosamente al borde de la acera, pero recuperó el equilibrio. Farfulló algo de que conducía mejor borracho que ella sobria. Ella aflojó el paso. Había estado con él en el coche cuando estaba en ese estado y sabía de lo que era capaz un borracho en un Porsche.

Cruzó sin mirar la calle, con las manos hundidas en los bolsillos, como si diera un tranquilo paseo nocturno. Calculó mal la distancia del bordillo, tropezó, perdió el equilibrio, se tambaleó y avanzó por la acera echando maldiciones. Aceleró antes de que ella pudiera alcanzarle. Maldita sea, déjame solo, le dijo. Ella le suplicó que le diera las llaves; de lo contrario iría andando. Él le dio un empujón. Diviértete, dijo él con una carcajada. Nunca le había visto tan borracho. Él jamás la había agredido, estuviera o no bebido.

Junto al aparcamiento había un pequeño antro, con un anuncio luminoso de cerveza que cubría sus ventanas. Ella se asomó a la puerta en busca de ayuda, pero se dio cuenta de la estupidez que cometía. El local estaba lleno de borrachos.

–¡Thomas! ¡Por favor! ¡Déjame que conduzca! –chilló desde la acera, decidida a no seguir, cuando él se acercaba al Porsche.

Él siguió avanzando y le indicó con la mano que se largara, mientras farfullaba algo para sus adentros. Abrió la puerta del coche, se dejó caer junto al volante y desapareció entre los demás coches. Se oían los ronquidos del motor cuando aceleraba.

Darby se apoyó contra una pared, a pocos metros de la salida del aparcamiento. Contempló la calle, casi con la esperanza de que apareciera un policía. Era preferible verle detenido que muerto.

Estaba demasiado lejos para ir andando. Vería cómo se alejaba, llamaría un taxi y no le dirigiría la palabra en una semana. Por lo menos una semana. Diviértete, se dijo a sí misma. Se oyó otro acelerón y chirriaron los neumáticos.

La explosión la tiró sobre la acera. Cayó de bruces en el suelo, aturdida durante unos instantes, y de pronto consciente del calor y de los fragmentos en llamas que caían sobre la calle. Miró horrorizada al aparcamiento. El Porsche hizo una perfecta voltereta en el aire y cayó invertido. Los neumáticos, las ruedas, las puertas y los parachoques se desprendieron del coche. El vehículo se había convertido en una reluciente bola de fuego, devorado inmediatamente por sus voraces llamas.

Darby empezó a acercarse, llamando a voces a su compañero. La lluvia de fragmentos y el calor la obligaron a detenerse a diez metros del vehículo, desde donde gritaba con las manos junto a la boca.

Entonces tuvo lugar una segunda explosión, que la obligó a retroceder. Tropezó y se golpeó fuertemente la cabeza contra el parachoques de otro coche. Lo último que sintió de momento fue el calor del suelo en la cara.

El antro se vació y los borrachos estaban por todas partes. Miraban desde la acera. Dos de ellos intentaron avanzar, pero el calor que les abrasaba el rostro se lo impidió. Una columna de humo espeso se elevaba de la bola de fuego, y en pocos segundos se incendiaron otros dos coches. Se oían gritos y voces aterradas.

–¿De quién es el coche?

–¡Llamen al nueve uno uno!

–¿Hay alguien dentro?

–¡Llamen al nueve uno uno!

La cogieron por los codos y la llevaron a la acera, en medio de la muchedumbre. No dejaba de repetir el nombre de Thomas. Una toalla húmeda apareció del antro y se la colocaron en la frente.

Cada vez era mayor el número de gente y de movimiento en la calle. Sirenas, oyó sirenas al recuperar el conocimiento. Tenía un chichón en la nuca y frescor en la cara. Su boca estaba seca.

–Thomas, Thomas –repetía.

–Tranquila, tranquila –decía un rostro negro cerca de ella, que le sostenía cuidadosamente la cabeza y le acariciaba el brazo.

Otros rostros la miraban.

–Tranquila –asentían.

Ahora aullaban las sirenas. Se retiró cuidadosamente la toalla y miró. Luces rojas y azules parpadeaban en la calle. Las sirenas eran ensordecedoras. Se incorporó. La apoyaron contra la pared, bajo el letrero luminoso de cerveza, se retiraron y la observaron atentamente.

–¿Está bien, señorita? –preguntaba el negro.

No pudo responderle. No lo intentó. Le dolía la cabeza.

–¿Dónde está Thomas? –preguntó, con la mirada fija en una grieta de la acera.

Los presentes se miraron entre sí. El primer coche de bomberos dio un frenazo a siete metros y se retiró la gente. Los bomberos se apearon y empezaron a circular por todas partes.

–¿Dónde está Thomas? –repitió.

–¿Quién es Thomas, señorita? –preguntó el negro.

–Thomas Callahan –respondió en voz baja, como si todo el mundo le conociera.

–¿Estaba en el coche?

Darby asintió y cerró los ojos. Dejaron de aullar las sirenas. Oía gritos de angustia y el crujido de las llamas. Olía el fuego.

El segundo y tercer coche de bomberos llegaron velozmente de distintas direcciones. Un policía se abrió paso entre la muchedumbre.

–Policía. Retírense. Policía –decía mientras avanzaba hasta encontrarla–. Sargento Rupert, señora, del Departamento de policía de Nueva Orleans –dijo después de agacharse y mostrarle una placa.

Darby le oyó, pero no reaccionó. Ese tal Rupert estaba a escasos centímetros de su rostro, con su frondosa cabellera, una gorra de béisbol, y una chaqueta negra y dorada de los Saints. Le miró desinteresadamente.

–¿Es ése su coche, señora? Alguien ha dicho que era suyo.

Darby movió negativamente la cabeza.

Rupert la había agarrado por los codos y la ayudaba a levantarse. Hablaba incesantemente y le preguntaba si estaba bien, sin dejar de tirar de ella para que se levantara. Le dolía muchísimo. Parecía tener la cabeza fracturada, rota, abierta, y estaba desconcertada, pero a aquel

imbécil no le importaba. Se puso de pie. Las rodillas no cooperaban y cojeaba. El negro miró a Rupert como si estuviera loco.

Entonces empezaron a funcionarle las piernas y avanzó en compañía de Rupert entre la muchedumbre, por detrás de un coche de bomberos, alrededor de otro, hasta llegar a un coche de policía sin distintivos. Agachó la cabeza y se negó a mirar al aparcamiento. Rupert no dejaba de hablar. Decía algo acerca de una ambulancia. Abrió la puerta delantera del vehículo y la introdujo cuidadosamente en el mismo.

Otro policía se agachó junto a la puerta y empezó a formular preguntas. Llevaba tejanos y botas de vaquero puntiagudas. Darby se inclinó y se colocó la cabeza entre las manos.

–Creo que necesito ayuda –dijo.

–Por supuesto, señora. Están en camino. Sólo un par de preguntas. ¿Cómo se llama?

–Darby Shaw. Creo que estoy en estado de shock. Estoy mareada y tengo ganas de vomitar.

–Ahora mismo llegará la ambulancia. ¿Es aquél su coche?

–No.

Otro coche de policía, con luces e inscripciones, paró frente al de Rupert. Rupert desapareció momentáneamente. De pronto el policía vestido de vaquero cerró la puerta y se quedó sola en el coche. Se inclinó al frente y vomitó entre sus piernas. Echó a llorar. Tenía frío. Apoyó lentamente la cabeza en el asiento del conductor y se acurrucó. Silencio. Oscuridad.

Alguien daba golpes en la ventana. Abrió los ojos y vio a un individuo uniformado, con una gorra y una placa. La puerta estaba cerrada con llave.

–Abra la puerta, señora.

Se incorporó y obedeció.

–¿Está usted bebida, señora?

–No –respondió angustiada, con una terrible jaqueca.

–¿Es éste su coche? –preguntó el agente, después de abrir la puerta de par en par.

–¡No! –exclamó–. Pertenece a Rupert.

–¿Quién diablos es Rupert?

Sólo quedaba un coche de bomberos y la mayoría de la gente se había retirado. Su interlocutor era evidentemente un agente de policía.

–El sargento Rupert. Uno de ustedes –respondió.

–Salga del coche, señora –ordenó el agente enojado. Con mucho gusto. Darby se apeó y se quedó de pie en la acera. A lo lejos, un solo bombero rociaba el chasis humeante del Porsche.

Se le acercó otro agente uniformado.

–¿Cómo se llama usted? –preguntó el primer policía.

–Darby Shaw.

–¿Por qué estaba inconsciente en este coche?

–No lo sé –respondió, después de mirar el vehículo–. Me lastimé y Rupert me llevó al coche. ¿Dónde está Rupert?

Los policías se miraron entre sí.

–¿Quién diablos es Rupert? –preguntó el primer agente.

Eso la enfureció y el enojo le aclaró la mente.

–Rupert dijo que era policía.

Librodot

–¿Cómo se lastimó? –preguntó el segundo agente. Darby le miró fijamente y señaló el aparcamiento, al otro lado de la calle.

–Yo debía haber estado en ese coche. Pero no estaba, y ahora estoy aquí, escuchando sus estúpidas preguntas. ¿Dónde está Rupert?

Los policías volvieron a mirarse desconcertados.

–No se mueva de aquí –dijo el primer agente, antes de cruzar la calle, para dirigirse a otro coche de policía, junto al que un individuo de traje hablaba con un pequeño grupo de personas.

Después de hablarse en voz baja, el primer agente regresó junto a Darby, acompañado del individuo del traje.

–Soy el teniente Olson, del Departamento de policía de Nueva Orleans. ¿Conocía al individuo del coche? –preguntó, señalando al aparcamiento.

Le flaquearon las rodillas y se mordió el labio. Asintió.

–¿Cómo se llama?

–Thomas Callahan.

–Eso es lo que dice el ordenador –dijo Olson, mirando al primer agente–. Y ahora, dígame, ¿quién es ese Rupert?

–¡Dijo que era policía! –exclamó Darby.

–Lo siento –dijo Olson, en tono compasivo–. No hay ningún policía llamado Rupert.

Darby no lograba dejar de sollozar. Olson la apoyó sobre el capó del coche y le sujetó los hombros, hasta que cedió el llanto y empezó a recuperarse.

–Compruebe la matrícula –le ordenó Olson al segundo agente, que tomó inmediatamente nota y llamó a la central. Olson la sostenía suavemente por los hombros y la miraba a los ojos.

–¿Estaba usted con Callahan?

Darby asintió, sin dejar de llorar, pero mucho más suave.

Olson miró al primer agente.

–¿Cómo entró en este coche? –preguntó amablemente el teniente.

Darby se frotó los ojos con los dedos y le miró.

–Ese individuo llamado Rupert, que dijo ser policía, vino a buscarme al otro lado de la calle y me acompañó hasta aquí. Me hizo subir al coche y otro policía con botas de vaquero empezó a formularme preguntas. Cuando llegó otro coche de policía, se marcharon. Entonces supongo que perdí el conocimiento. No lo sé. Me gustaría que me viera un médico.

–Traiga mi coche –le dijo Olson al primer agente.

El segundo agente regresó con aspecto perplejo.

–El ordenador no tiene constancia de esta matrícula. Debe ser falsa.

Olson la cogió del brazo y la llevó a su coche.

–Voy a llevarla al hospital –les dijo a los agentes–. Cuando terminéis, reuníos conmigo. Confiscad el coche. Después lo examinaremos.

En el coche de Olson, Darby oía el parloteo de la radio mientras contemplaba el aparcamiento. Habían ardido cuatro coches. El Porsche, convertido en un montón de chatarra, estaba invertido en el centro. Todavía circulaba un puñado de bomberos y personal de emergencia. Un policía cercaba la zona con una cinta amarilla.

Palpó el chichón que tenía en la nuca. No había sangre. Las lágrimas le rodaban por las mejillas.

Olson cerró la puerta y empezaron a circular en dirección a Saint Charles. Llevaba las luces azules encendidas, pero no la sirena.

–¿Está en condiciones de hablar? –preguntó.

–Supongo –respondió Darby, mientras circulaban por Saint Charles–. Está muerto, ¿no es cierto?

–Sí, Darby. Lo siento. Supongo que estaba solo en el coche.

–Sí.

–¿Cómo se ha lastimado? –preguntó, al tiempo que le ofrecía un pañuelo, con el que se secó los ojos.

–Creo que me caí. Hubo dos explosiones y me parece que la segunda me derribó. No recuerdo todos los detalles. Por favor, dígame quién es Rupert.

–No tengo ni idea. No conozco a ningún policía llamado Rupert, ni había aquí ningún agente con botas de vaquero.

Darby reflexionó durante una manzana y media.

–¿Cómo se ganaba la vida Callahan?

–Era profesor de Derecho en Tulane. Yo estudio en la facultad.

–¿Quién querría matarle?

–¿Está seguro de que ha sido– intencionado? –preguntó Darby, con la mirada fija en las luces del tráfico, después de mover la cabeza.

–No cabe la menor duda. Han utilizado un explosivo de mucha potencia. Hemos encontrado un trozo de pie en una verja, a veinticinco metros de distancia. Lo siento, créame. Ha sido asesinado.

–Puede que se equivocaran de coche.

–Es posible. Lo comprobaremos todo. Tengo entendido que usted debía haber estado con él en el coche.

Intentó responder, pero se lo impidieron las lágrimas. Se cubrió el rostro con el pañuelo.

Aparcó entre dos ambulancias, cerca de la entrada de urgencias del hospital, y dejó las luces azules encendidas. Entonces la acompañó a una sucia sala de espera, donde había una cincuentena de personas, con diversos niveles de dolor y molestias. Darby encontró una silla cerca del grifo. Olson habló con la mujer de la ventanilla y, a pesar de que levantó la voz, Darby no logró oír lo que decía. Un niño, con una toalla ensangrentada envuelta en un pie, lloraba sobre las rodillas de su madre. Una joven negra estaba a punto de dar a luz. No se veía a ningún médico ni a ninguna enfermera por ninguna parte. Nadie tenía prisa.

–Tardarán unos minutos en atenderla –dijo Olson, después de agacharse frente a Darby–. No se mueva. Voy a aparcar el coche y vuelvo en seguida. ¿Le apetece charlar?

–Sí, por supuesto.

El teniente desapareció. Darby se tocó de nuevo la nuca para comprobar si había sangre. No la había. Se abrió la puerta doble de par en par y entraron dos malhumoradas enfermeras para llevarse a la parturienta. Prácticamente la arrastraron por la puerta y a lo largo del pasillo.

Darby esperó unos instantes y las siguió. Con los ojos irritados y el pañuelo en la mano, parecía la madre de algún chiquillo enfermo La sala parecía un parque zoológico, con enfermeras, enfermeros y heridos chillando y moviéndose de un lado para otro. Volvió una esquina y vio un letrero que decía «SALIDA». Cruzó la puerta, llegó a otra sala mucho más silenciosa, otra puerta, y llegó a una zona de carga. El callejón estaba iluminado. No corras. Sé fuerte. Conserva la serenidad. Nadie te observa. Caminaba a buen paso por la calle. El aire fresco le aclaró los ojos. Se negó a llorar.

Olson tardaría unos minutos y cuando regresara supondría que la habían llamado para ocuparse de ella. Esperaría y esperaría.

Librodot

Volvió varias esquinas y llegó a Rampart. Estaba cerca del barrio francés, donde podría pasar fácilmente desapercibida. Royal estaba llena de turistas que paseaban. Se sintió más segura. Entró en el Holiday Inn, pagó con tarjeta y cogió una habitación en el quinto piso. Después de cerrar la puerta con llave y trabar la cadena, se acurrucó en la cama con todas las luces encendidas.

La señora Verheek desplazó su rollizo pero rico trasero del centro de la cama y cogió el teléfono.

–¡Es para ti, Gavin! –chilló en dirección al baño.

Gavin apareció con crema de afeitar en media cara y cogió el teléfono de las manos de su esposa, que se ocultó rápidamente bajo las sábanas. Como un gorrino revolcándose en el fango, pensó.

–Diga.

–Me llamo Darby Shaw –respondió una voz femenina, que oía por primera vez–. ¿Sabe quién soy?

Sonrió inmediatamente y, durante unos instantes, pensó en el minibiquini de Saint Thomas.

–Pues, sí. Creo que tenemos un amigo en común.

–¿Ha leído la pequeña teoría que escribí?

–Pues, sí. Nosotros la denominamos el informe pelícano.

–¿A quién se refiere al decir nosotros?

Verheek se sentó junto a la mesilla de noche. No era una llamada meramente amistosa.

–¿Cuál es el motivo de la llamada, Darby?

–Necesito ciertas respuestas, señor Verheek. Estoy muerta de miedo.

–Llámame Gavin, ¿de acuerdo?

–Muy bien, Gavin. ¿Dónde está ahora el informe?

–En varios sitios. ¿Ocurre algo?

–Ahora te lo contaré. De momento dime lo que has hecho con el informe.

–Lo leí, luego lo mandé a otro departamento, lo vieron ciertas personas del Bureau, se lo mostraron al director Voyles y le causó buena impresión.

–¿Lo ha visto alguien fuera del FBI?

–No puedo decírtelo, Darby.

–Entonces no te contaré lo que le ha ocurrido a Thomas. Verheek reflexionó durante un buen minuto, mientras ella esperaba pacientemente.

–De acuerdo. Sí, lo ha visto gente ajena al FBI. Quiénes y cuántos, no lo sé.

–Está muerto, Gavin. Fue asesinado anoche, alrededor de las diez. Alguien colocó una bomba para deshacerse de ambos. Yo tuve suerte, pero ahora me persiguen.

–¿Estás herida? –preguntó Verheek, mientras tomaba notas.

–Físicamente estoy bien.

–¿Dónde estás?

–En Nueva Orleans.

–¿Estás segura, Darby? Bueno, ya sé que lo estás, pero, maldita sea, ¿quién querría matarle?

–Conocí a un par de ellos.

–¿Cómo...?

–Sería muy largo de contar. ¿Quién ha visto el informe, Gavin? Thomas te lo entregó el lunes por la noche. Ha circulado de mano en mano y, al cabo de cuarenta y ocho horas, está muerto. Además, yo debería haber muerto con él. ¿No dirías que ha caído en manos inapropiadas?

–¿Estás a salvo?

–¿Quién diablos lo sabe?

–¿Dónde estás? ¿Cuál es tu número de teléfono?

–No tan deprisa, Gavin. En estos momentos voy con pies de plomo. Estoy en una cabina, o sea que no te pases de listo.

–¡Por favor, Darby! ¡Dame una oportunidad! Thomas Callahan era mi mejor amigo. Debes entregarte.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Escúchame, Darby, dame quince minutos y una docena de agentes vendrán a recogerte. Cogeré un avión y estaré contigo antes del mediodía. No debes permanecer en la calle.

–¿Por qué, Gavin? ¿Quién me persigue? Háblame, Gavin.

–Hablaré contigo cuando nos veamos.

–No estoy segura. Thomas está muerto porque habló contigo. En estos momentos no estoy ansiosa por conocerte.

–Escúchame, Darby, no sé quién ni por qué, pero te aseguro que estás en una situación muy peligrosa. Podemos protegerte.

–Tal vez más adelante.

–Puedes confiar en mí, Darby –suspiró, sentado al borde de la cama.

–De acuerdo, confío en ti. ¿Pero qué me dices de los otros? Es muy duro, Gavin. Mi pequeño informe ha molestado enormemente a alguien, ¿no crees?

–¿Sufrió antes de morir?

–No lo creo –titubeó, con la voz entrecortada.

–¿Me llamarás al despacho dentro de un par de horas? Te daré un número privado.

–Dame el número y lo pensaré.

–Te lo ruego, Darby. Hablaré inmediatamente con el director cuando llegue al despacho. Llámame a las ocho, hora de Nueva Orleans.

–Dame el número.

La explosión tuvo lugar demasiado tarde, para que la recogiera la edición matutina del jueves del Times–Picayune. Darby lo hojeó rápidamente en la habitación de su hotel. Nada. Encendió la televisión y ahí estaba. Una filmación en directo del Porsche calcinado, todavía entre los escombros del aparcamiento, cuidadosamente aislado con cinta amarilla por todas partes. La policía lo trataba como caso de homicidio. Ningún sospechoso. Ningún comentario. Entonces mencionaron el nombre de Thomas Callahan, de cuarenta y cinco años, destacado profesor de Derecho en la universidad de Tulane. De pronto apareció el decano de la facultad ante un micrófono, hablando del profesor Callahan y de la conmoción del suceso.

La conmoción, la fatiga, el miedo, el dolor, y Darby hundió la cabeza en la almohada. Detestaba llorar y ésta sería la última vez durante algún tiempo. La pena sólo serviría para que la mataran.

DIECISÉIS

A pesar de tratarse de una crisis maravillosa, con el índice de popularidad en ascenso y Rosenberg muerto, con su imagen limpia e impecable y el pueblo norteamericano satisfecho de que controlara la situación, con los demócratas en busca de cobijo y la reelección del próximo año garantizada, le tenía harto, así como las persistentes reuniones antes del alba. Estaba harto de F. Denton Voyles, así como de su autocomplacencia y su arrogancia, y de su achaparrada figura al otro lado de su escritorio con su gabardina arrugada, mirando por la ventana mientras se dirigía al presidente de Estados Unidos. Estaba a punto de llegar para otra reunión antes del desayuno, otro tenso encuentro en el que Voyles sólo le revelaría parte de lo que sabía.

Estaba harto de estar en Babia y de sólo recibir los mendrugos que Voyles decidía arrojarle. Gminski también le arrojaba algunos, y entre los unos y los otros, se suponía que debía darse por satisfecho. No sabía nada comparado con ellos. Por lo menos contaba con Coal para examinar todos sus documentos, memorizarlos, y asegurar su honradez.

También estaba harto de Coal. Harto de su perfección y de su insomnio. Harto de su ingenio. Harto de su propensión a empezar la jornada cuando el sol estaba en algún lugar sobre el Atlántico, y a planificar cada maldito minuto de cada maldita hora del día, hasta que llegaba al Pacífico. Entonces llenaba una caja con toda la documentación del día, se la llevaba a su casa, la leía, la descifraba, la archivaba y regresaba radiante al cabo de unas pocas horas, con la dolorosamente aburrida mescolanza que había devorado. Cuando Coal estaba cansado, dormía cinco horas, pero lo habitual para él eran tres o cuatro. Salía de su despacho en el ala oeste todas las noches a las once, leía durante todo el camino a su casa en su limusina y, cuando el coche apenas se había enfriado, esperaba ya que le llevaran de nuevo a la Casa Blanca. Para él era un pecado llegar a su despacho después de las cinco de la madrugada. Y si él era capaz de trabajar ciento veinte horas a la semana, todos los demás podían trabajar por lo menos ochenta. Exigía ochenta. Después de tres años, nadie en la administración recordaba a cuánta gente había despedido Fletcher Coal, por no trabajar ochenta horas semanales. Ocurría como mínimo tres veces al mes.

Coal se sentía más feliz las mañanas en que había mucha tensión y debía celebrarse alguna reunión conflictiva. Durante la última semana, la tensión con Voyles había alimentado su buen humor. Estaba junto al escritorio, repasando la correspondencia, mientras el presidente examinaba el Post y un par de secretarias circulaban atareadas por el despacho.

El presidente le echó una ojeada. Impecable traje negro, camisa blanca, corbata de seda roja, demasiada brillantina en el pelo encima de las orejas. Estaba harto de él, pero se le pasaría cuando terminara la crisis y pudiera volver a concentrarse en el golf y Coal en la solución de detalles minuciosos. Se decía a sí mismo que él también tenía tanta energía y resistencia a los treinta y siete años, pero sabía que se mentía.

Coal chasqueó los dedos, miró fijamente a las secretarias y ellas se retiraron alegremente del despacho ovalado.

–Y ha dicho que no vendría si yo estaba presente. Es cómico –dijo Coal, claramente divertido.

–Creo que no le gusta –respondió el presidente.

–Le encantan las personas a las que puede dominar.

–Supongo que debo ser amable con él.

–Insista, jefe. Es preciso que abandone la investigación. Esa teoría es tan insustancial que resulta ridícula, pero en sus manos puede ser peligrosa.

–¿Qué ocurre con esa estudiante de Derecho?

–Lo estamos investigando. Parece inofensiva.

El presidente se puso de pie y se desperezó. Coal ordenaba papeles. Una secretaria anunció la llegada de Voyles por el intercomunicador.

–Me retiro –dijo Coal, para observar y escuchar la conversación a la vuelta de la esquina.

A instancias suyas, se habían instalado tres cámaras de circuito cerrado en el despacho ovalado. Los monitores estaban en una pequeña sala cerrada con llave del ala oeste. Él tenía la única llave. Sarge conocía la existencia de dicha sala, pero nunca se había molestado en entrar en la misma. Todavía. Las cámaras eran invisibles y supuestamente secretas.

El presidente se sentía mejor, sabiendo que Coal por lo menos vigilaría. Recibió a Voyles en la puerta con un caluroso apretón de manos y le acompañó al sofá, para charlar con franqueza y comodidad. Voyles no estaba impresionado. Sabía que Coal le estaría escuchando. Y observando.

Pero llevado por el espíritu de la ocasión, se quitó la gabardina y la dejó cuidadosamente sobre una silla. No quiso tomar café.

El presidente se cruzó de piernas. Llevaba puesto el jersey castaño. El abuelo.

–Denton –dijo con gravedad–, quiero pedirle disculpas por Fletcher Coal. No es una persona muy delicada.

Voyles movió ligeramente la cabeza. Serás imbécil. Hay suficientes cables en este despacho para electrocutar a la mitad de los funcionarios de Washington. Coal estaba en algún lugar del sótano, oyendo cómo se hablaba de su falta de delicadeza.

–Puede ser un auténtico imbécil, ¿no le parece? –refunfuñó Voyles.

–Indudablemente. Tendré que llamarle la atención. Es muy inteligente y trabaja muchísimo, pero a veces tiene tendencia a excederse.

–Es un cabrón y estoy dispuesto a decírselo a la cara –dijo Voyles, al tiempo que levantaba la cabeza para mirar a un respiradero encima del retrato de Thomas Jefferson, donde había oculta una cámara.

–Bien, procuraré que no se cruce en su camino, hasta que todo esto haya terminado.

–Sí, hágalo.

El presidente sorbía lentamente su café, mientras reflexionaba sobre lo que diría a continuación. Voyles no era conocido por su expresividad.

–Necesito un favor.

–Diga, señor –respondió Voyles imperturbable y sin parpadear.

–Necesito que se abandone ese asunto pelícano. Es una idea descabellada pero, diablos, en cierto modo me menciona a mí. ¿Con qué seriedad se lo toma?

La situación era cómica. Voyles tuvo que esforzarse para no sonreír. Funcionaba. El informe pelícano había inquietado al señor presidente y al señor Coal. Lo habían recibido el martes por la noche, les había preocupado durante todo el día del miércoles y ahora, en la madrugada del jueves, estaban de rodillas sobre algo que era casi una broma.

–Lo estamos investigando, señor presidente –mintió, sin que su interlocutor pudiera saberlo–. Seguimos todas las pistas y a todos los sospechosos. No se lo habría mandado, si no fuera serio.

Todos los surcos se agruparon en la tez morena del presidente y a Voyles le apetecía soltar una carcajada.

–¿Qué ha descubierto?

–Poca cosa, pero sólo hemos empezado. Llegó a nuestras manos hace menos de cuarenta y ocho horas y he asignado catorce agentes de Nueva Orleans a que lo indaguen. Pura rutina.

Mintió con tanta convicción, que casi oyó que Coal se atragantaba.

¡Catorce! Le produjo tal impacto en las entrañas que se puso de pie y dejó el café sobre la mesa. Catorce agentes federales exhibiendo sus placas y formulando preguntas. Era sólo cuestión de tiempo hasta que se divulgara la noticia.

–¿Ha dicho catorce? Parece bastante grave.

–Trabajamos con mucha seriedad, señor presidente –respondió Voyles, firme en su posición–. Hace una semana que se cometieron los asesinatos y empiezan a enfriarse las huellas. Investigamos las pistas tan rápido como podemos. Mis hombres trabajan día y noche.

–Lo comprendo perfectamente, ¿pero qué credibilidad le atribuye a esa teoría pelícano?

Era divertidísimo. Todavía no había mandado el informe a Nueva Orleans. A decir verdad, ni siquiera se había puesto en contacto con la oficina de Nueva Orleans. Le había ordenado a Eric East que mandara una copia por correo, con instrucciones de formular algunas preguntas discretas. Era un callejón sin salida, como tantas otras pistas que investigaban.

–Dudo de que haya algo sustancial en ello, señor presidente, pero debemos cercioramos.

Desaparecieron los surcos y se esbozó una sonrisa.

–No hace falta que le diga, Denton, los perjuicios que podría causar esa tontería si llegara a oídos de la prensa.

–No consultamos a la prensa cuando investigamos.

–Lo sé. No es preciso insistir en ello. Pero me gustaría que abandonara ese tema. Maldita sea, es absurdo, pero podría perjudicarme bastante. ¿Comprende lo que le digo?

–¿Me pide que haga caso omiso de un sospechoso, señor presidente? –preguntó Voyles con toda brutalidad.

Coal se inclinó sobre la pantalla.

–¡No, lo que le digo es que abandone el informe pelícano!, Lo dijo casi en voz alta. A Voyles podía decírselo con toda claridad. Se lo podía deletrear y luego darle un bofetón si se pasaba de listo. Pero estaba oculto en una habitación cerrada con llave, alejado de la acción. Y, de momento, sabía que estaba donde le correspondía.

El presidente cambió de posición y se cruzó de piernas.

–Vamos, Denton, sabe perfectamente a lo que me refiero. Hay peces gordos en el estanque. La prensa observa esta investigación, con anhelo por descubrir quiénes son los sospechosos. Ya sabe cómo son los periodistas. No tengo que recordarle que no gozo de su simpatía. No le caigo simpático ni a mi propio secretario de prensa. Olvídelo por un tiempo. Deje eso y persiga a los auténticos sospechosos. Esto es una majadería, pero podría colocarme en una situación sumamente embarazosa.

Denton le miró con dureza e inflexibilidad. El presidente cambió nuevamente de posición.

–¿Qué me dice de ese asunto de Khamel? ¿No es cierto que parece prometedor?

–Podría serlo.

–Puesto que hablamos de cifras, ¿cuántos agentes ha asignado a Khamel?

–Quince –respondió Voyles, casi con una carcajada.

El presidente quedó boquiabierto. Al principal sospechoso del caso se le asignaban quince agentes y a ese maldito asunto pelícano catorce.

Coal sonrió y movió la cabeza. Había atrapado a Voyles en sus propias mentiras. Al final de la página cuatro del informe del miércoles, Eric East y K. O. Lewis daban la cifra de treinta, no quince. Tranquilícese, jefe, le susurró Coal a la pantalla. Está jugando con usted.

El presidente estaba cualquier cosa menos tranquilo.

–Santo cielo, Denton. ¿Por qué sólo quince? Creí que se trataba de una pista significativa.

–Tal vez sean algunos más. Soy yo quien dirige la investigación, señor presidente.

–Lo sé. Y está haciendo un trabajo maravilloso. No pretendo entrometerme. Pero me gustaría que dirigiera sus esfuerzos en otra dirección. Eso es todo. Cuando leí el informe pelícano estuve a punto de vomitar. Si la prensa lo viera y empezara a indagar, me crucificaría.

–¿De modo que me pide que lo abandone?

El presidente se inclinó y le dirigió una furibunda mirada.

–No se lo pido, Denton. Le ordeno que lo abandone. Deje este asunto tranquilo un par de semanas. Dedíquese a otras cosas. Si sale a relucir de nuevo, échele otra ojeada. No olvide que aquí todavía soy yo quien manda.

Voyles cedió y sonrió ligeramente.

–Le propongo un trato. Su esbirro, Coal, me ha hecho una mala jugada con la prensa. Se han ensañado conmigo, por nuestras medidas de seguridad para proteger a Rosenberg y Jensen.

El presidente asintió con solemnidad.

–Mantenga a ese toro de lidia alejado de mí y yo olvidaré la teoría pelícano.

–Yo no hago tratos.

–De acuerdo –respondió Voyles con una mueca, pero sin perder la serenidad–. Mañana mandaré cincuenta agentes a Nueva Orleans. Y otros cincuenta al día siguiente. Pasearán por toda la ciudad mostrando sus placas y procurando llamar la atención.

El presidente se puso inmediatamente de pie y se acercó a la ventana que daba al jardín de las rosas. Voyles permaneció inmóvil, a la espera.

–De acuerdo, de acuerdo. Trato hecho. Controlaré a Fletcher Coal.

Voyles se levantó, para acercarse lentamente al escritorio.

–No confío en él y si vuelvo a oler su presencia durante esta investigación, el trato quedará anulado e investigaremos el informe pelícano con todos los medios a nuestra disposición.

–Trato hecho –sonrió calurosamente el presidente, con las manos en alto.

Voyles sonreía, el presidente sonreía y, en una pequeña habitación cerca de la sala de reuniones del gabinete, Fletcher Coal sonreía ante la pantalla. Esbirro y toro de lidia. Le encantaba. Esos eran términos que generaban leyendas.

Apagó las pantallas y cerró la puerta con llave. Podían hablar otros diez minutos sobre las investigaciones de los candidatos y les escucharía desde su despacho, donde tenía audio pero no vídeo. A las nueve tenía una reunión de personal. Un despido a las diez. Y tenía algo que mecanografiar. Grababa la mayoría de las circulares en un magnetófono y le entregaba la cinta a una secretaria. Pero de vez en cuando, Coal se veía obligado a recurrir a la circular fantasma. Se trataba de circulares que aparecían en el ala oeste, siempre muy polémicas, y que acababan habitualmente en manos de la prensa. Puesto que eran anónimas, podían encontrarse casi en cualquier escritorio. Coal chillaba y acusaba. Incluso había llegado a despedir a alguien por las circulares fantasmas, que procedían ineludiblemente de su máquina de escribir.

Constaba de cuatro párrafos a un espacio en una página, en los que se resumía lo que sabía acerca de Khamel y de su reciente salida de Washington. Sugería tenues vínculos con los libios y los palestinos. Coal estaba admirado. ¿Cuánto tardaría antes de llegar al Post o al Times? Hacía pequeñas apuestas consigo mismo, para saber cuál sería el periódico que lo recibiría primero.

El director estaba en la Casa Blanca, y de allí cogería el avión a Nueva York para regresar al día siguiente. Gavin merodeaba por la antesala del despacho de K. O. Lewis, a la espera de un pequeño hueco, y entró.

–Pareces asustado –dijo Lewis, que estaba irritado, pero que no dejaba de comportarse nunca como un caballero.

–Acabo de perder a mi mejor amigo.

Lewis siguió a la espera de más información.

–Se llamaba Thomas Callahan. Era el individuo de Tulane que me trajo el informe pelícano, que ha circulado de mano en mano, se ha mandado a la Casa Blanca y quién sabe adónde,

y ahora está muerto. Hecho añicos anoche por un coche bomba en Nueva Orleans. Asesinado, K. O.

–Lo siento.

–No es cuestión de sentirlo. Evidentemente la bomba iba dirigida contra Callahan y la estudiante que escribió el informe, una chica llamada Darby Shaw.

–Vi su nombre en el informe.

–Exactamente. Salían juntos y se suponía que estarían ambos en el coche cuando estalló la bomba. Pero ella sobrevivió y me ha llamado por teléfono a las cinco de la madrugada. Muerta de miedo.

–No sabes con seguridad que se tratara de una bomba –respondió Lewis que le escuchaba, pero sin darle importancia al asunto.

–Ella me ha dicho que fue una bomba. ¡Estalló! y lo hizo volar todo por los aires. Tengo la seguridad de que él está muerto.

–¿Y crees que hay alguna relación entre su muerte y el informe?

Gavin era abogado, carecía de formación en el arte de la investigación, y no quería parecer ingenuo.

–Podría haberla. Sí, creo que sí. ¿Tú no lo crees?

–No importa, Gavin. Acabo de hablar por teléfono con el director. Hemos abandonado el asunto pelícano. No estoy seguro de que jamás nos hayamos ocupado de ello, pero no le vamos a dedicar más tiempo.

–Mi amigo ha muerto a consecuencia de un coche bomba.

–Lo siento. Estoy seguro de que las autoridades locales lo investigarán.

–Escúchame, K. O. Te estoy pidiendo un favor.

–Escúchame tú a mí, Gavin. No puedo hacer favores. Son muchas las liebres que perseguimos en estos momentos y si el director nos ordena parar, paramos. Habla con él si lo deseas, pero no te lo aconsejo.

–Puede que no lo haya enfocado debidamente. Creí que me escucharías y, por lo menos, fingirías interesarte.

–Gavin, tienes mal aspecto –dijo Lewis, mientras daba la vuelta a su escritorio–. Tómate el día libre.

–No. Regresaré a mi despacho, esperaré una hora y volveré aquí para insistir de nuevo. ¿Podemos volver a intentarlo dentro de una hora?

–No. Voyles ha sido muy explícito.

–También lo ha sido la chica, K. O. Él ha sido asesinado y ella está ahora escondida en algún lugar de Nueva Orleans, aterrorizada de su propia sombra, nos llama para pedir ayuda y resulta que estamos demasiado ocupados.

–Lo siento.

–No, no lo sientes. Es culpa mía. Debía haber arrojado ese maldito "documento a la papelera.

–Ha surtido un efecto útil, Gavin –respondió Lewis, al tiempo que le colocaba la mano sobre el hombro, como si su tiempo hubiera concluido y estuviera cansado de discutir aquel tema.

Gavin se separó de él y se dirigió a la puerta.

–Claro, os ha facilitado algo con qué jugar. Debí haberlo quemada.

Es demasiado bueno para quemarlo, Gavin.

–No me doy por vencido. Regresaré dentro de una hora y volveremos a intentarlo. Esto no ha funcionado como era debido.

Verheek salió dando un portazo.

Darby entró en los almacenes de Rubinstein Brothers por la puerta de Canal Street y se ocultó entre las estanterías de camisas masculinas. Nadie la seguía. Cogió rápidamente un anorak azul marino, tamaño masculino pequeño, unas gafas de sol estilo aviador unisex, y una gorra de piloto automovilístico británico, también de tamaño masculino pequeño, pero a su medida. Pagó con plástico. Después de que la dependienta extendiera la factura, retiró las etiquetas y se puso el anorak. Era holgado, como las prendas que solía usar para asistir a clase. Ocultó la cabellera bajo el cuello de la chaqueta, mientras la dependienta la observaba discretamente, salió del almacén y se perdió entre la muchedumbre.

Estaba de nuevo en Canal Street. Un grupo de turistas entraba en Sheraton y se unió a ellos. Se dirigió a las cabinas que había junto a la pared, encontró el número y llamó a la señora Chen, su vecina que vivía en el dúplex contiguo. ¿Había visto u oído algo? Muy temprano, alguien había llamado a la puerta. Todavía no había amanecido y el ruido la había despertado. No había visto nada, sólo el ruido. Su coche seguía en la calle. ¿Todo bien? Sí, perfecto. Gracias.

Mientras observaba a los turistas, marcó el número particular de Gavin Verheek. Después de relativamente pocos problemas y de repetir durante tres minutos el nombre de Gavin, sin querer dar el suyo, oyó su voz.

–¿Dónde estás? –preguntó.

–Deja que te explique algo. De momento, no te diré a ti ni a nadie donde me encuentro. De modo que no me lo preguntes.

–De acuerdo. Supongo que eres tú quien fija las reglas.

–Gracias. ¿Qué ha dicho el señor Voyles?

–El señor Voyles estaba en la Casa Blanca y no he podido hablar con él. Intentaré hacerlo más tarde.

–Eso me parece muy insatisfactorio, Gavin. Llevas casi cuatro horas en el despacho y no has conseguido nada. Esperaba más de ti.

–Ten paciencia, Darby.

–Con paciencia lograré que me maten. Andan tras de mí, ¿no es cierto, Gavin?

–No lo sé.

–¿Qué harías si supieras que deberías haber muerto, que la gente que intenta matarte ha ordenado el asesinato de dos jueces del Tribunal Supremo, ha eliminado a un simple profesor de Derecho, y dispone de miles de millones de dólares que evidentemente está dispuesta a utilizar para asesinar? ¿Qué harías, Gavin?

–Acudir al FBI.

–Thomas lo hizo y está muerto.

–Gracias, Darby. Eso no es justo.

–No son las susceptibilidades o los sentimientos lo que me preocupa. Mi propósito es el de sobrevivir hasta el mediodía.

–No vayas a tu casa.

–No soy imbécil. Ya han estado allí. Y estoy segura de que vigilan su casa.

–¿Dónde está la familia de Thomas?

Librodot

–Sus padres viven en Nápoles, Florida. Supongo que la universidad se pondrá en contacto con ellos. No lo sé. Tiene un hermano en Mobile y había pensado en llamarle, para contarle lo ocurrido.

Darby vio un rostro. Caminaba entre los turistas junto a la caja. Llevaba un periódico doblado bajo el brazo y procuraba pasar desapercibido, como cualquier otro cliente, pero titubeaba al andar y buscaba con la mirada. Era un rostro largo y delgado, con gafas redondas y una frente reluciente.

–Escúchame, Gavin. Escribe lo que te voy a decir. Veo a un hombre al que he visto antes, hace poco. Más o menos una hora. Metro ochenta y cinco o seis, delgado, unos treinta años, gafas, entradas, piel oscura. Ha desaparecido. Ha desaparecido.

–¿Quién diablos es?

–¡Maldita sea, no nos han presentado!

–¿Te ha visto? ¿Dónde diablos estás?

–En el vestíbulo de un hotel. No sé si me ha visto. Me largo.

–¡Darby! Escúchame. Hagas lo que hagas, manténte en contacto conmigo, ¿de acuerdo?

–Lo intentaré.

Los servicios estaban a la vuelta de la esquina. Entró en el último retrete, cerró la puerta y permaneció allí una hora.

DIECISIETE

El fotógrafo se llamaba Croft y había trabajado para el Post durante siete años, hasta que a raíz de su tercera condena por drogas le cayeron nueve meses. Cuando consiguió la condicional, decidió convertirse en artista por cuenta propia y puso un anuncio en las páginas amarillas. Raramente sonaba el teléfono. Parte de su trabajo consistía en fotografiar a personas sin su consentimiento. Muchos de sus clientes eran abogados especializados en divorcios, que necesitaban pruebas para el juicio. Después de dos años en la profesión, había aprendido algunos trucos y ahora se consideraba medio investigador privado. Cobraba cuarenta dólares por hora, cuando encontraba a alguien dispuesto a pagarlos.

Uno de sus clientes era Gray Grantham, viejo amigo del periódico, que le llamaba cuando necesitaba algún trabajo sucio. Grantham era un periodista ético y serio, con sólo un pequeño deje de impudicia, que acudía a él cuando había que hacer algo deshonesto. Le gustaba Grantham porque era honrado dentro de su impudicia. Los demás eran unos mojigatos.

Utilizaba el Volvo de Grantham, porque tenía teléfono. Era mediodía y se estaba perdiendo el almuerzo, mientras pensaba en si se impregnaría el olor en la tapicería con las ventanas abiertas. Trabajaba mejor cuando estaba medio colocado. Cuando lo que uno hace es vigilar moteles para ganarse la vida, necesita estar colocado.

Soplaba una buena brisa del lado derecho, que se llevaba él olor hacia Pennsylvania. Estaba aparcado en un lugar prohibido, fumando marihuana y perfectamente tranquilo. Llevaba encima menos de treinta y cinco gramos y, qué diablos, el funcionario ante el que respondía durante su libertad condicional también fumaba.

La cabina telefónica estaba a una manzana y media, en la acera, pero separada de la pared. Con su teleobjetivo casi podía leer la guía colgada en el interior de la misma. Pan comido. Una voluminosa mujer ocupaba la mayor parte de su interior y no dejaba de gesticular. Croft dio una calada y miró por el retrovisor, por si se veía algún policía. En aquella zona, los coches mal aparcados se los llevaba la grúa. Había mucho tráfico en Pennsylvania.

A las doce y veinte, la mujer salió con cierta dificultad de la cabina, y como por arte de magia apareció una joven con un bonito traje, que cerró la puerta. Croft levantó su Nikon y apoyó el objetivo sobre el volante. Hacía un día fresco y soleado, y la acera estaba llena de gente que iba y venía del almuerzo. Los hombros y las cabezas desfilaban con rapidez. Un hueco. Clic. Otro hueco. Clic. El sujeto marcaba un número de teléfono y miraba a su alrededor. Aquél era su hombre.

Cuando hacía treinta segundos que hablaba, el teléfono del coche sonó tres veces y paró. Era la señal de Grantham desde el Post. Aquél era su hombre y estaba hablando. Croft disparaba repetidamente la máquina. Toma tantas fotos como puedas, le había dicho Grantham. Un hueco. Clic. Clic. Cabezas y hombros. Un hueco. Clic. Clic. Movía los ojos de un lado para otro mientras hablaba, pero siempre de espaldas a la calle. Mostró el rostro. Clic. Croft agotó un carrete de treinta y seis en dos minutos, y cogió otra Nikon. Encajó el teleobjetivo y esperó a que pasara un grupo de gente.

Después de tomar la última calada, arrojó el porro por la ventanilla. El trabajo era asombrosamente fácil. Por supuesto se necesitaba talento para captar la imagen en un estudio, pero este tipo de trabajo callejero era mucho más divertido. Tenía algo de perverso robar un rostro con una cámara oculta.

El sujeto era hombre de pocas palabras. Colgó, miró a su alrededor, abrió la puerta, miró de nuevo a su alrededor y echó a andar en dirección a Croft. Clic, clic, clic. Rostro entero, cuerpo entero, acelera el paso, se acerca, maravilloso, maravilloso. Croft disparaba sin cesar, hasta que en el último momento dejó la Nikon sobre el asiento y contempló a los transeúntes, mientras el sujeto pasaba junto a él y desaparecía entre un grupo de secretarias.

Qué ingenuo. Un fugitivo no debería utilizar nunca la misma cabina dos veces.

García luchaba desde las tinieblas. Tenía esposa e hijo, y decía que estaba asustado. Sus perspectivas profesionales eran muy halagüeñas, y si cumplía con su obligación y no abría la boca llegaría a ser un hombre rico. Pero quería hablar. Insistía en que quería hablar, que tenía algo que decir, pero no acababa de decidirse. No confiaba en nadie.

Grantham no le presionó. Dejó que se, desahogara, para darle tiempo a Croft a hacer su trabajo. García acabaría por contar todo lo que sabía. Se moría de ganas de hacerlo. Había llamado ya tres veces y cada vez se sentía más a gusto con su nuevo amigo Grantham, que había practicado aquel juego muchas veces y sabía cómo funcionaba. El primer paso consistía en relajarse e inspirar confianza, tratar al sujeto con amabilidad y respeto, hablar del bien y del mal y de la ética. Luego hablaría.

Las fotografías eran maravillosas. Croft no era su primera elección. Generalmente estaba tan «colocado», que se reflejaba en las fotos. Pero era astuto y discreto, con experiencia periodística, y resultó estar disponible a toque de campana.

Había elegido doce instantáneas, que había ampliado a trece por dieciocho, y eran excepcionales. Perfil derecho. Perfil izquierdo. De frente junto al teléfono. De frente mirando al objetivo. De cuerpo entero a menos de siete metros. Según Croft, pan comido.

García era un abogado muy apuesto y elegante, de menos de treinta años. Cabello corto y oscuro. Ojos oscuros. Tal vez hispano, pero su piel no era oscura. Su ropa era cara. Traje azul marino, probablemente de lana. Sin rayas ni dibujos. Cuello blanco clásico, con corbata de seda. Zapatos negros o granates convencionales, impecablemente lustrados. La ausencia de maletín era desconcertante. Pero era la hora del almuerzo y probablemente sólo había salido de su despacho para hacer la llamada. El Departamento de Justicia estaba a una manzana.

Grantham examinaba las fotografías, mientras vigilaba la puerta. Sarge nunca llegaba tarde. Era oscuro y el local se llenaba de gente. El rostro de Grantham era el único blanco en tres manzanas a la redonda.

Entre decenas de millares de abogados gubernamentales en Washington, había visto a unos pocos que vestían con elegancia, pero no muchos. En particular los más jóvenes. Empezaban con un salario de cuarenta mil anuales y la ropa carecía de importancia. Para García la ropa tenía importancia, y era demasiado joven y elegante para ser abogado gubernamental.

De modo que debía trabajar en el sector privado, en algún bufete desde hacía tres o cuatro años, y debía ganar unos ochenta mil. Magnífico. Esto reducía las posibilidades a unos cincuenta mil abogados, cuya cifra aumentaba indudablemente cada instante.

Se abrió la puerta y entró un policía. Entre el humo y la bruma, logró distinguir a Cleve. Era un local respetable, sin dados ni prostitutas, y la presencia de un policía no resultaba alarmante. Se sentó frente a Grantham.

–¿Has elegido tú este lugar? –preguntó Grantham.

–Sí. ¿Te gusta?

–Te lo diré en pocas palabras. Procuramos pasar inadvertidos, ¿no es cierto? He venido para recibir información de un funcionario de la Casa Blanca. Un asunto de considerable gravedad. Y ahora dime, Cleve, ¿crees que paso inadvertido aquí en toda mi blancura?

–Lamento comunicártelo, Grantham, pero no eres tan famoso como supones. Fíjate en esos individuos de la barra –dijo mientras dirigían la mirada a un grupo de obreros de la construcción–. Apostaría la paga de un mes a que ninguno de ellos ha leído jamás el Washington Post, oído hablar de Gray Grantham, o le preocupe en absoluto lo que ocurra en la Casa Blanca.

–De acuerdo, de acuerdo. ¿Dónde está Sarge?

–Sarge no se encuentra bien. Me ha dado un recado para ti. No funcionaría. Podía utilizar a Sarge como fuente anónima, pero no a su hijo, ni a cualquier otra persona con la que Sarge hablara.

–¿Qué le ocurre?

–Se hace viejo. Esta noche no le apetecía hablar, pero dice que es urgente.

Grantham escuchaba y esperaba.

–Tengo un sobre en mi coche, perfectamente cerrado y sellado. Sarge ha sido muy categórico al entregármelo y me ha ordenado que no lo abriera. –Limítate a entregárselo al señor Grantham –dijo. Creo que es importante.

–Vámonos.

Se abrieron paso entre la gente hasta llegar a la puerta. El coche patrulla estaba aparcado junto a la acera, en un lugar prohibido. Cleve abrió la puerta derecha y cogió un sobre en la guantera.

–Ha encontrado esto en el ala oeste.

Grantham se lo guardó en el bolsillo. Sarge no acostumbraba a llevarse nada y, desde que se conocían, nunca le había traído ningún documento.

–Gracias, Cleve.

–No ha querido decirme de qué se trataba. Dice que tendré que esperar y leerlo en el periódico.

–Dile a Sarge que le quiero.

–Estoy seguro de que le emocionará.

El coche patrulla se alejó y Grantham se apresuró a regresar a su Volvo, impregnado ahora de olor a marihuana. Cerró la puerta con el seguro, encendió la luz interior y abrió el sobre. Era claramente una circular interna de la Casa Blanca y hacía referencia a un asesino llamado Khamel.

Cruzaba velozmente la ciudad. Había salido de Brightwood para entrar en la calle Dieciséis, en dirección al centro de Washington. Eran casi las siete y media, y si lograba compaginarlo todo en una hora, todavía podría incluirlo en la última edición de la ciudad, la mayor de media docena de ediciones, que empezaba a salir de las rotativas a las diez y media. Gracias a Dios que llevaba su pequeño teléfono de ejecutivo en el coche, que le había hecho sentir vergüenza a la hora de comprarlo. Llamó a Smith Keen, ayudante de redacción de la sección de investigaciones, que estaba todavía en su despacho del quinto piso. Llamó también a un compañero en la sección de asuntos extranjeros y le pidió que buscara todo lo que tuvieran acerca de Khamel.

La circular le inspiraba recelo. El tema era demasiado delicado para plasmarlo en blanco y negro, y luego distribuirlo por la oficina como si se tratara de las últimas directrices sobre el café, el agua embotellada, o las vacaciones. Alguien, probablemente Fletcher Coal, quería comunicarle al mundo que Khamel había emergido como sospechoso, que por si fuera poco era árabe y estrechamente vinculado a Libia, Irán e Irak, países gobernados por locos sanguinarios que odiaban Norteamérica. Alguien, en la Casa Blanca de los locos, deseaba que aquello se imprimiera en primera plana.

Pero se trataba de una noticia sensacional, digna de la primera página.

Grantham y Smith Keen habían terminado a las nueve. Habían encontrado dos viejas fotografías de alguien que todo el mundo creía que se trataba de Khamel, pero tan distintas la una de la otra que parecían personas diferentes. Keen decidió imprimirlas ambas. En la ficha de Khamel había poca información. Muchos rumores y leyendas, pero escasos datos. Grantham mencionó al papa, al diplomático británico, al banquero alemán y la emboscada de soldados israelíes. Y ahora, según una fuente confidencial de la Casa Blanca, una fuente sumamente fiable y digna de credibilidad, Khamel era uno de los sospechosos de los asesinatos de los jueces Rosenberg y Jensen.

Veinticuatro horas después de salir a la calle, estaba todavía viva. Si lograba sobrevivir hasta la mañana siguiente, podría empezar otro día con nuevas ideas sobre qué hacer y adónde ir. De momento estaba cansada. Se encontraba en una habitación del decimoquinto piso del Marriott, con la puerta atrancada, las luces encendidas, y un enorme recipiente de nuez moscada en polvo sobre la cama. Su espesa cabellera pelirroja estaba ahora en una bolsa del armario. Se había cortado el pelo por última vez cuando tenía tres años y su madre se había puesto furiosa.

Había trabajado penosamente durante dos horas, con unas tijeras rudimentarias, para cortarse el cabello y conservar cierto semblante de estilo. Lo ocultaría bajo una gorra o un sombrero hasta quién sabe cuando. Tardó otras dos horas en teñirlo de negro. Podía habérselo aclarado y convertirse en rubia, pero era demasiado evidente. Suponía que quienes la perseguían eran profesionales y por alguna razón insondable, había decidido en la perfumería que esperarían que se convirtiera en rubia. Además, qué importaba. El producto sé vendía en una botella y si al despertar al día siguiente no le gustaba su cabellera; podría teñirla de rubio. La estrategia camaleónica. Cambiar de color todos los días y volverlos locos. Clariol tenía por lo menos ochenta y cinco tonos.

Estaba terriblemente cansada, pero tenía miedo de dormirse. En todo el día no había visto a su amigo del Sheraton, pero cuanto más circulaba más familiares le resultaban los rostros que veía. Sabía que estaba ahí, al acecho. Y que tenía compañeros. Si habían sido capaces de asesinar a Rosenberg y Jensen, y de aniquilar a Thomas Callahan, no tendrían ninguna dificultad en eliminarla a ella.

No podía acercarse a su coche, ni alquilar uno. Para alquilar vehículos hay que facilitar datos y probablemente estaban al acecho. Podría coger un avión, pero sin duda vigilaban los

aeropuertos. Otra alternativa sería el autobús, pero nunca lo había hecho, ni había visto el interior de una estación de Greyhound.

Y al darse cuenta de que había desaparecido, esperarían que huyera. No era más que una aficionada, una joven estudiante universitaria, con el corazón destrozado después de ver morir a su compañero en un coche bomba. Escaparía alocadamente, huiría a toda prisa de la ciudad, y la atraparían sin dificultad.

En aquellos momentos se sentía bastante a gusto en la ciudad. Contaba con un millón de habitaciones de hotel, casi el mismo número de callejones, bares y antros diversos, y una muchedumbre que siempre circulaba por Bourbon, Chartres, Dauphine y Royal. Conocía bien la zona, especialmente el barrio francés, donde se podía andar por todas partes. Durante unos días se trasladaría de hotel en hotel. ¿Hasta cuándo? No lo sabía. Tampoco sabía por qué. Trasladarse parecía lo sensato dadas las circunstancias. Permanecería alejada de las calles por la mañana y procuraría dormir. Cambiaría de ropa, de gafas y de sombrero. Empezaría a fumar y circularía con un cigarrillo en la boca. Circularía hasta cansarse y entonces tal vez se marcharía. No estaba mal tener miedo. Debía seguir pensando. Sobreviviría.

Pensó en llamar a la policía, pero no en aquel momento. Pedían el nombre y otros datos, y podían ser peligrosos. Pensó en llamar al hermano de Thomas a Mobile, pero no había nada que aquel pobre hombre pudiera hacer por ella en aquel momento. Pensó en llamar al decano, pero cómo explicarle lo del informe, Gavin Verheek, el FBI, el coche bomba, Rosenberg y Jensen, y lo de su huida, de modo que pareciera plausible. Olvidaría al decano. En todo caso, no se llevaba bien con él. Pensó en llamar a un par de compañeros de la facultad, pero la gente habla y otros escuchan, y podría ser que estuvieran allí para oír lo que se decía acerca de Callahan. Quería hablar con Alice Stark, su mejor amiga. Alice estaba preocupada e iría a la policía, para denunciar la desaparición de su amiga Darby Shaw. La llamaría mañana.

Llamó al servicio de habitaciones y pidió una ensalada mexicana y una botella de vino tinto. Se la bebería toda y entonces se sentaría en una silla con su bote de nuez moscada, vigilando la puerta hasta quedarse dormida.

DIECIOCHO

La limusina de Gminski giró en redondo en Canal, como si le perteneciera la calle, y se detuvo abruptamente frente al Sheraton. Ambas puertas traseras se abrieron de par en par. Gminski fue el primero en apearse, seguido de tres ayudantes que corrieron tras él con bolsas y maletines.

Eran casi las dos de la madrugada y era evidente que el director tenía prisa. En lugar de pararse junto a la recepción, se dirigió inmediatamente a los ascensores. Sus ayudantes mantuvieron las puertas del ascensor abiertas para que entrara y subieron al sexto piso sin decir palabra.

Tres de sus agentes estaban en una habitación de la esquina. Uno de ellos abrió la puerta y Gminski entró sin molestarse en saludar a nadie. Los ayudantes dejaron las bolsas sobre una cama. El director se quitó la chaqueta y la arrojó sobre una silla.

–¿Dónde está la chica? –le preguntó a un agente llamado Hooten.

Otro llamado Swank abrió las cortinas y Gminski se acercó a la ventana.

–Está en el piso decimoquinto –respondió Swank, al tiempo que señalaba el Marriott, al otro lado de la calle y a una manzana de distancia–. Tercera habitación desde la calle. Todavía tiene las luces encendidas.

–¿Está seguro? –preguntó Gminski con la mirada fija en el Marriott.

–Sí. La hemos visto entrar y ha pagado con una tarjeta de crédito.

–Pobre chica –dijo Gminski, mientras se alejaba de la ventana.

–¿Dónde estuvo anoche?

–En el Holiday Inn de Royal. Pagó con tarjeta de crédito.

–¿Han visto a alguien que la siguiera? –preguntó el director.

–No.

–Quiero un vaso de agua –le dijo a uno de sus ayudantes, que se dirigió inmediatamente al cubo del hielo.

Gminski se sentó al borde de la cama, entrelazó los dedos de ambas manos, e hizo crujir todas las articulaciones posibles.

–¿Cuál es su opinión? –le preguntó a Hooten, el mayor de los tres agentes.

–La persiguen. La buscan por todas partes. Utiliza tarjetas de crédito. Estará muerta en menos de cuarenta y ocho horas.

–No es completamente estúpida –agregó Swank–. Se ha cortado el pelo y se lo ha teñido de negro. No deja de moverse. Es evidente que no se propone abandonar la ciudad en un futuro inmediato. Yo le daría setenta y dos horas antes de que la encuentren.

–Eso significa que su pequeño informe ha puesto el dedo en la llaga –dijo Gminski, mientras tomaba un trago de agua–. Y también significa que nuestro amigo está muy desesperado. ¿Dónde está?

–No tenemos ni idea –respondió inmediatamente Hooten.

–Hemos de encontrarle.

–No se le ha visto desde hace tres semanas.

Gminski dejó el vaso sobre la mesa y cogió una llave.

–¿Entonces qué le parece? –le preguntó a Hooten.

–¿La aprehendemos? –respondió el agente.

–No será fácil –agregó Swank–. Puede que vaya armada. Podría lastimarse alguien.

–Es una niña asustada –dijo Gminski–. Además, no pertenece a la organización. No podemos detener a una persona normal en plena calle.

–Entonces no durará mucho –agregó Swank.

–¿Cómo la detenemos? –preguntó Gminski.

–Hay formas de hacerlo –respondió Hooten–. La podemos sorprender en la calle. Ir a su habitación. Podría estar en su habitación dentro de diez minutos, si saliera ahora mismo. No es difícil. No es profesional.

Gminski paseaba lentamente por la habitación, bajo la mirada atenta de todos los demás.

–No soy partidario de aprehenderla –dijo, después de consultar su reloj–. Durmamos cuatro horas y reunámonos de nuevo aquí a las seis y media. Reflexionemos mientras dormimos. Si logran convencerme, la detendremos. ¿De acuerdo?

Asintieron obedientemente.

El vino surtió su efecto. Se le cerraban los ojos en la silla, logró trasladarse a la cama y durmió profundamente. Sonaba el teléfono. La colcha estaba en el suelo y tenía los pies sobre la almohada. Sonaba el teléfono. No lograba despegar los párpados. Su mente estaba entumecida y perdida en el mundo de los sueños, pero un destello recóndito de lucidez le indicaba que el teléfono estaba sonando.

Abrió los ojos, pero todo parecía turbio. Miró el teléfono. Había salido el sol y las luces estaban encendidas. No, no había pedido que la despertaran. Reflexionó un instante y decidió que estaba segura de ello. No había ordenado que la llamaran. Se sentó al borde de la cama y escuchó el timbre del teléfono. Cinco, diez, quince, veinte timbrazos. No iba a parar. Podía ser

alguien que se hubiera equivocado de número, pero dejaría de llamar después de veinte timbrazos.

No se habían equivocado. Empezaron a disiparse las tinieblas de su mente y se acercó al teléfono. A excepción del recepcionista, tal vez su jefe, y quizás el servicio de habitaciones, no había un alma en el mundo que supiera dónde estaba. La única llamada que había hecho había sido para pedir comida.

El teléfono dejó de llamar. Perfecto, alguien se había equivocado de número. Se dirigió al baño y empezó a llamar de nuevo. Contó. Después de catorce timbrazos, levantó el auricular.

–Diga.

–Darby, soy Gavin Verheek. ¿Estás bien?

–¿Cómo has sabido dónde encontrarme? –preguntó, después de sentarse al borde de la cama.

–Tenemos nuestros métodos. Escúchame...

–Un momento, Gavin. Un momento. Déjame pensar. Las tarjetas de crédito, ¿no es cierto?

–Efectivamente. La tarjeta de crédito. El sendero documental. Somos el FBI, Darby. Tenemos formas de averiguarlo. No es tan difícil.

–Entonces también podrían hacerlo ellos.

–Supongo. Instálate en lugares pequeños y paga al contado.

Se le formó un nudo en el estómago y se tumbó sobre la cama. Así de fácil. Sin ninguna dificultad. El sendero documental. Podían haberla matado ya.

–Darby, ¿estás ahí?

–Sí –respondió, al tiempo que miraba la puerta para comprobar que estaba trabada con la cadena–. Sí, aquí estoy.

–¿Estás a salvo?

–Eso creía.

–Tenemos cierta información. Se celebrará un funeral mañana a las tres en el campus, seguido del entierro en la ciudad. He hablado con su hermano y la familia me ha pedido que participe en el duelo. Llegaré esta noche. Creo que deberíamos vernos.

–¿Por qué?

–Debes confiar en mí, Darby. En estos momentos tu vida corre peligro y debes escucharme.

–¿Se puede saber qué maquináis?

–¿A qué te refieres? –preguntó, después de una pausa.

–¿Qué ha dicho Voyles?

–No he hablado con él.

–Creí que eras su abogado, por así decirlo. ¿Qué ocurre, Gavin?

–En este momento no tomamos ninguna acción.

–¿Y eso qué significa, Gavin? Cuéntame.

–Ésa es la razón por la que debemos vernos. No quiero hablar de ello por teléfono.

–El teléfono funciona perfectamente y es lo único de lo que dispones de momento. De modo que habla, Gavin.

–¿Por qué no confías en mí? –preguntó ofendido.

–Voy a colgar, ¿de acuerdo? Esto no me gusta. Si vosotros sabéis donde estoy, podría haber alguien en el pasillo esperándome.

–No digas bobadas, Darby. Usa la cabeza. Hace una hora que conozco el número de tu habitación y lo único que he hecho ha sido llamar por teléfono. Estamos de parte tuya, te lo juro,

Lo reflexionó durante unos instantes. Parecía lógico, pero la habían localizado con excesiva facilidad.

–Te escucho. No has hablado con el director, pero el FBI no toma acción alguna. ¿Por qué no?

–No estoy seguro. Ayer decidió abandonar el informe pelícano y dio orden de no actuar. Es todo lo que puedo decirte.

–No es mucho. ¿Sabe lo ocurrido a Thomas? ¿Sabe que yo debería estar muerta por haberlo escrito y que cuarenta y ocho horas después de que Thomas te lo entregara, a ti, su viejo amigo de la facultad, esos tipos, quienquiera que sean, intentaron matarnos a ambos? ¿Lo sabe, Gavin?

–Creo que no.

–Eso significa no, ¿no es cierto?

–Efectivamente, significa no.

–Bien, escúchame. ¿Crees que le mataron a causa del informe?

–Probablemente.

–Eso significa sí, ¿no es cierto?

–Sí.

–Gracias. Si Thomas falleció a causa del informe, sabemos quién le ha asesinado. Y si sabemos quién ha asesinado a Thomas, también sabemos quién ha asesinado a Rosenberg y Jensen. ¿No es cierto?

Verheek titubeó.

–¡Maldita sea, di que sí! –exclamó Darby.

–Diré probablemente.

–De acuerdo. «Probablemente» significa sí para un abogado. Comprendo que es lo mejor que puedes hacer. Existe un índice muy alto de «probabilidades» y, no obstante, dices que el FBI se desentiende de mi sospechoso.

–Tranquilízate, Darby. Veámonos esta noche y hablemos de ello. Podría salvarte la vida.

Dejó cuidadosamente el auricular bajo la almohada y se dirigió al cuarto de baño. Se cepilló los dientes y lo que le quedaba de pelo, y a continuación guardó los cosméticos y una muda en una nueva bolsa de lona. Se puso el anorak, la gorra, las gafas de sol, y cerró cuidadosamente la puerta, después de salir de la habitación. El pasillo estaba desierto. Subió dos plantas por la escalera hasta el decimoséptimo piso, cogió el ascensor hasta el décimo, y bajó pausadamente por la escalera hasta el vestíbulo. La puerta de la escalera estaba cerca de los servicios y entró inmediatamente en el de señoras. El servicio parecía desierto. Entró en un retrete, cerró la puerta y esperó un rato.

Viernes por la mañana en el barrio francés. El aire era fresco y limpio, sin olor a comida y pecado. Las ocho de la mañana; demasiado temprano para la gente. Dio la vuelta a un par de manzanas para despejar la cabeza y planear el día. En Dumaine, cerca de Jackson Square, encontró un café que había visto antes. Estaba casi vacío y tenía un teléfono público al fondo. Se sirvió ella misma un café bien cargado y se sentó en una mesa cerca del teléfono. Allí podría hablar.

En menos de un minuto, Verheek estaba al teléfono.

–Te escucho.

–¿Dónde estarás esta noche? –preguntó, con la mirada fija en la puerta.

–En el Hilton, junto al río.

–Sé donde está. Te llamaré tarde por la noche o temprano por la mañana. No te molestes en buscarme. Ahora pago al contado. Se acabaron las tarjetas.

–Haces bien, Darby. No dejes de moverte.

–Puede que ya esté muerta cuando llegues.

–No, no lo estarás. ¿Puedes encontrar el Washington Post ahí abajo?

–Tal vez. ¿Por qué?

–Compra uno cuanto antes. El de esta mañana. Un bonito artículo sobre Rosenberg y Jensen, y tal vez sobre su asesino.

–Me muero de impaciencia. Te llamaré más tarde.

En el primer quiosco no tenían el Post. Zigzagueó hacia Canal, cubriendo sus huellas y sin dejar de mirar a su espalda, descendió por Saint Ann, frente a las tiendas de antigüedades de Royal, entre los lúgubres bares a ambos lados de Bienville, hasta llegar por último al mercado francés a lo largo de Decatur y North Peters. Caminaba de prisa, pero con tranquilidad. Su actitud era la de alguien ocupado, que no dejaba de mirar a todas partes, más allá de las sombras. Si estaban todavía ahí, siguiéndole la pista, eran muy profesionales.

Le compró un Post y un Times–Picayune a un vendedor de periódicos callejero y encontró una mesa en un rincón solitario del Café du Monde.

Primera página. El artículo, que citaba una fuente confidencial, se explayaba en la leyenda de Khamel y en su reciente participación en los asesinatos. En sus primeros tiempos, decía el artículo, había matado por convicción, pero ahora lo hacía sólo por dinero. Muchísimo dinero, especulaba un agente secreto retirado, que había permitido que se le citara, pero ciertamente no que se le identificara. Las fotografías, aunque confusas y borrosas, tenían un aspecto siniestro la una junto a la otra. No podían ser de la misma persona. Sin embargo, el experto afirmaba que el personaje no era identificable y que no se le había fotografiado desde hacía más de una década.

Por fin llegó un camarero y Darby pidió un café y un panecillo. El experto decía que muchos le creían muerto. Interpol creía que había cometido asesinatos en los últimos seis meses. Los expertos dudaban de que viajara en líneas aéreas comerciales. Ocupaba uno de los primeros puestos en las listas del FBI.

Abrió lentamente el periódico de Nueva Orleans. Thomas no aparecía en primera plana, pero su fotografía lo hacía en la página dos, seguida de un largo artículo. La policía lo trataba como caso de homicidio, pero no había mucho en qué basarse. Una mujer blanca había sido vista en la zona, poco antes de la explosión. La facultad de derecho estaba horrorizada, según el decano. La policía tenía poco que decir. Mañana se celebrarían los funerales en el campus. Se había cometido un lamentable error, declaraba el decano. Si se trataba de un asesinato, alguien había matado evidentemente a la persona equivocada.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y de pronto empezó a tener nuevamente miedo. Puede que se tratara de un simple error. Era una ciudad violenta llena de locos, y puede que a alguien se le hubieran cruzado los cables y se hubiera equivocado de coche. Tal vez nadie la acechaba.

Se puso las gafas de sol y contempló la foto de Thomas. La habían sacado del anuario de la facultad y sonreía con ironía, como solía hacerlo cuando daba clase. Iba bien afeitado y era muy apuesto.

El artículo de Grantham sobre Khamel electrificó a Washington el viernes por la mañana. No mencionaba la circular, ni la Casa Blanca, por lo que la mayor especulación en la ciudad giraba en torno de la fuente.

La situación era particularmente tensa en el edificio Hoover. En el despacho del director, Eric East y K. O. Lewis andaban nerviosos de un lado para otro, mientras Voyles hablaba con el presidente por tercera vez en dos horas. Voyles chillaba, no directamente al presidente sino en general. Maldecía a Coal y cuando el presidente también empezó a chillar, sugirió que se sometiera a todo el personal, empezando por Coal, a un detector de mentiras, para averiguar quién había divulgado la información. Por supuesto que él, el propio Voyles, se sometería a la prueba, como lo haría todo el personal que trabajaba en el edificio Hoover. Iban y venían los gritos por la línea. Voyles estaba rojo y sudado, y el hecho de hablar a voces por teléfono y de que el presidente estuviera al otro extremo de la línea, no le importaba en absoluto. Sabía que Coal estaba a la escucha en algún lugar.

Evidentemente, el presidente se hizo con el control de la conversación y soltó un prolongado sermón. Voyles se secó la frente con un pañuelo, se sentó en su viejo sillón de cuero, y empezó a respirar rítmicamente para controlar la presión y el pulso. Había sobrevivido a un infarto, le habían pronosticado otro, y le había dicho muchas veces a K. O. Lewis que Fletcher Coal y el imbécil de su jefe acabarían con su vida. Pero lo mismo había dicho de los tres últimos presidentes. Se pellizcó las gruesas arrugas de la frente y se acomodó en su sillón.

–Podemos hacerlo, señor presidente –dijo casi con amabilidad–. Gracias, señor presidente. Ahí estaré mañana.

Cambiaba rápida y radicalmente de humor. De pronto, ante sus mismos ojos, acababa de convertirse en una persona amable y encantadora.

–Quiere que vigilemos a ese periodista del Post –dijo después de colgar suavemente el teléfono, con los ojos cerrados. Dice que ya lo hemos hecho en otras ocasiones y por qué no hacerlo ahora. Le he respondido que lo haríamos.

–¿Qué clase de vigilancia? –preguntó K. O.

–Limitémonos a seguirle por la ciudad. Veinticuatro horas al día con dos hombres. Averigüemos dónde va por la noche y con quién se acuesta. Es soltero, ¿no es cierto?

–Divorciado desde hace siete años –respondió Lewis.

–Asegúrense de que no nos descubran. Manden agentes de paisano y cámbienlos cada tres días.

–¿Cree realmente que somos nosotros los que hemos divulgado la información?

–No, creo que no. Si lo creyera, ¿por qué nos pediría que siguiéramos al periodista? Creo que sabe que es su propia gente. Y quiere descubrirlo.

–Es un pequeño favor –agregó Lewis.

–Sí. Pero asegúrense de que no nos descubran, ¿de acuerdo?

El despacho de L. Matthew Barr estaba escondido en el tercer piso de un decrépito y mugriento edificio de la calle M, en Georgetown. No había ningún letrero en las puertas. Un guardia armado, con chaqueta y corbata, impedía la entrada del público junto al ascensor. La moqueta era usada y el mobiliario viejo. El polvo indicaba que la unidad no gastaba dinero en limpieza.

Barr dirigía la unidad, que era una pequeña división oculta y extraoficial de la Junta de Reelección del Presidente. La Junta disponía de unas lujosas oficinas al otro lado del río, en Rosslyn, con ventanas que se abrían, sonrientes secretarias y mujeres que limpiaban todas las noches. Pero no este tugurio.

Librodot

Fletcher Coal se apeó del ascensor y saludó con la cabeza al guardia de seguridad, que le devolvió el saludo sin moverse. Eran viejos conocidos. Avanzó por un laberinto de diminutos despachos, en dirección al de Barr. Coal se enorgullecía de ser honrado consigo mismo y ciertamente no le temía a nadie en Washington, con la posible excepción de Matthew Barr. Unas veces le temía y otras no, pero siempre le admiraba.

Barr era ex marine, ex agente de la CIA y ex espía, con dos condenas por infracciones de la seguridad, que le habían reportado millones que había escondido. Había pasado unos meses en una institución penitenciaria, pero nada grave. Coal le había reclutado personalmente para dirigir la unidad, que oficialmente no existía. Contaba con un presupuesto anual de cuatro millones, procedentes de varios fondos secretos de reserva, y Barr supervisaba a un reducido grupo de rufianes muy adiestrados que llevaban a cabo el trabajo de la unidad.

La puerta de Barr estaba siempre cerrada con llave. La abrió y Coal entró en su despacho. La entrevista sería breve, como de costumbre.

–Deje que lo adivine –dijo Barr–. Quiere descubrir la fuga.

–Sí, en cierto modo. Quiero que sigan a ese periodista Grantham, día y noche, y averigüen con quién habla. Obtiene muy buena información y me temo que proviene de nosotros.

–Tienen más fugas que el cartón.

–Tenemos algunos problemas, pero la información sobre Khamel se ha divulgado deliberadamente. Lo he hecho yo mismo.

–Lo suponía –sonrió Barr–. Parecía demasiado pulcro y metódico.

–¿Se ha encontrado alguna vez con Khamel?

–No. Hace diez años estábamos seguros de que había muerto. Le gusta que lo crean. No tiene ego y, por consiguiente, nunca le atraparán. Es capaz de vivir seis meses en una chabola de Sáo Paulo, comiendo raíces y ratas, luego coger un avión a Roma para asesinar a un diplomático y a continuación ir a pasar unos meses en Singapur. No lee lo que los periódicos publican sobre él.

–¿Qué edad tiene?

–¿Por qué le interesa saberlo?

–Me fascina. Creo que sé quién le contrató para asesinar a Rosenberg y Jensen.

–¿En serio? ¿Está dispuesto a compartir ese pequeño chismorreo?

–No. Todavía no.

–Tiene entre cuarenta y cuarenta y cinco años, que no es mucho, pero mató a un general libanés a los quince años. De modo que su carrera es bastante larga. Tenga en cuenta que es todo leyenda. Es capaz de matar con ambas manos, ambos pies, la llave de un coche, un lápiz, o lo que tenga a mano.

Es eficiente a la perfección con cualquier tipo de arma. Habla doce idiomas. Supongo que ya lo sabe, ¿no es cierto?

–Sí, pero me gusta.

–Se le supone el asesino más eficaz y caro del mundo. En su primera época, no era más que otro terrorista, pero tenía demasiado talento para limitarse a tirar bombas. Por consiguiente, se convirtió en un asesino a sueldo. Ahora es más maduro y sólo mata por dinero.

–¿Cuánto dinero?

–Buena pregunta. Probablemente cobra de diez a veinte millones por trabajo y sólo hay otra persona que yo sepa en esa categoría. Hay quien cree que lo comparte con grupos terroristas. En realidad nadie lo sabe. Deje que lo adivine, quiere que encuentre a Khamel y se lo traiga vivo.

–Deje a Khamel tranquilo. No me desagrada lo que hizo aquí.

–Tiene mucho talento.

–Quiero que siga a Gray Grantham y averigüe con quién habla.

–¿Alguna idea?

–Un par. Hay un individuo llamado Milton Hardy, que trabaja como bedel en el ala oeste –respondió Coal, al tiempo que arrojaba un sobre a la mesa–. Está ahí desde hace mucho tiempo, parece medio ciego, pero creo que ve y oye muchas cosas. Síganle durante una o dos semanas. Todo el mundo le llama Sarge. Haga planes para deshacerse de él.

–Maravilloso, Coal. Vamos a gastar un montón de dinero para seguir negros ciegos.

–Limítese a hacer lo que le digo. Que sean tres semanas –dijo Coal después de levantarse, para dirigirse hacia la puerta.

–¿De modo que sabe quién contrató al asesino? –preguntó Barr.

–Estamos cada vez más cerca.

–La unidad está más que ansiosa por cooperar.

–Estoy seguro.

DIECINUEVE

La señora Chen era propietaria del dúplex y alquilaba la otra mitad a estudiantes femeninas desde hacía quince años. Era puntillosa pero discreta y no le importaba lo que hicieran los demás, mientras no causaran molestias. La casa estaba a seis manzanas del campus.

Era oscuro cuando acudió a la puerta. La chica que acababa de llamar era atractiva, con el cabello corto y oscuro, y una sonrisa nerviosa. Muy nerviosa.

La señora Chen frunció el ceño, hasta que la oyó hablar.

–Soy Alice Stark, amiga de Darby. ¿Puedo pasar?

Miró por encima de su hombro. La calle estaba tranquila y silenciosa. La señora Chen vivía sola, con puertas y ventanas perfectamente cerradas, pero se trataba de una chica atractiva con una inocente sonrisa y, si era amiga de Darby, se podía confiar en ella. Abrió la puerta y Alice entró en la casa.

–Algo anda mal –dijo la señora Chen.

–Efectivamente. Darby tiene problemas, pero podemos hablar de ello. ¿Ha llamado por teléfono esta tarde?

–Sí. Ha dicho que una joven vendría a su casa.

Alice respiró hondo y procuró parecer tranquila.

–Sólo tardaré un momento. Me ha dicho que había una puerta interior en algún. lugar. Prefiero no usar la puerta principal, ni la trasera.

La señora Chen frunció nuevamente el entrecejo y preguntó ¿por qué? con la mirada, pero no dijo nada.

–¿Ha estado alguien en la casa en los dos últimos días? –preguntó Alice, mientras seguía a la señora Chen por un estrecho pasillo.

–No he visto a nadie. Ayer llamó alguien a la puerta, antes del amanecer, pero no me asomé –respondió mientras movía una mesa situada delante de una puerta, insertaba una llave en el cerrojo y la abría.

–Me ha dicho que entrara sola –dijo Alice.

A la señora Chen le habría gustado echar un vistazo, pero asintió y cerró la puerta, que daba a un pequeño vestíbulo, donde Alice se encontró de pronto a oscuras. A su izquierda estaba el piso y un interruptor que no podía utilizar. Quedó paralizada en la oscuridad. El inter-

ior de la casa estaba negro, cálido y con un fuerte hedor a basura. Esperaba estar sola pero, maldita sea, no era más que una estudiante de Derecho de segundo curso y no un experto detective privado.

Contrólate. Introdujo la mano en un gran bolso y encontró una pequeña linterna. Había tres, por si acaso. Por si acaso qué, no lo sabía. Darby le había dado instrucciones muy específicas. No se debía ver ninguna luz desde las ventanas. La casa podía estar vigilada.

¿Quién la vigilaría? A Alice le habría gustado saberlo. Darby no lo sabía, dijo que se lo explicaría más adelante, pero primero era preciso inspeccionar el piso.

Alice lo había visitado una docena de veces durante el último año, pero se le había permitido entrar por la puerta principal, con abundante luz y otras comodidades. Había estado. en todas las habitaciones y estaba segura de poderse desplazar en la oscuridad. Ahora la confianza la había abandonado. Desaparecido. Sustituida por temblores de miedo.

Contrólate. Estás sola. No se instalarían aquí, con una ruidosa mujer al lado. Si habían entrado, había sido sólo para una breve visita.

Después de examinar el extremo de la misma, decidió que la linterna funcionaba. Iluminaba con toda la potencia de un fósforo feneciente. Dirigió el haz luminoso al suelo y logró discernir un tenue círculo, del tamaño de una pequeña naranja. El círculo temblaba.

Avanzó de puntillas en dirección al estudio. Darby le había dicho que había una pequeña lámpara sobre las estanterías de libros, junto al televisor, que estaba siempre encendida. La utilizaba para no estar completamente a oscuras durante la noche y se suponía que su débil brillo debía extenderse hasta la cocina. O bien Darby le había mentido, o la bombilla se había fundido, o alguien la había apagado. En todo caso ahora ya no importaba, porque estaba todo completamente a oscuras.

Estaba sobre la alfombra del centro del estudio, avanzando lentamente hacia la mesa sobre la que se suponía que había un ordenador. Tropezó con una de las patas de la mesa y se apagó la linterna. La sacudió. Nada. Encontró la número dos en el bolso.

El hedor era más fuerte en la cocina. El ordenador estaba sobre la mesa, junto a diversos cuadernos y carpetas vacías. Examinó el artefacto con su diminuta linterna. El interruptor de puesta en marcha estaba en la parte frontal. Lo pulsó y la pantalla monocromática cobró lentamente vida. Su luz verdosa iluminaba la mesa, pero no salía de la cocina.

Alice se sentó frente al monitor y empezó a pulsar teclas. Encontró «Menú», luego «List» y por último «Fichas». El índice llenaba la pantalla. La estudió atentamente. Se suponía que debía haber alrededor de cuarenta entradas, pero sólo vio unas diez. La mayor parte de la memoria del disco duro había desaparecido. Encendió la impresora láser y, en pocos segundos, tenía el índice en blanco y negro. Cogió el papel y se lo guardó en el bolso.

Se levantó con la linterna y examinó lo que había sobre la mesa. Darby calculaba que debía haber unos veinte disquetes, pero todos habían desaparecido. Ni un solo disquete. Los cuadernos trataban de Derecho constitucional y procesos civiles, y eran tan genéricos y aburridos que nadie los querría. Las carpetas rojas estaban meticulosamente apiladas, pero vacías.

El trabajo había sido paciente y meticuloso. Una o varias personas habían pasado un par de horas borrando y compaginando, para marcharse con un maletín o una bolsa de mercancía.

En el estudio, junto al televisor, Alice se asomó a la ventana. El Accord rojo seguía ahí, a poco más de un metro de la ventana. Parecía perfecto.

Apretó la bombilla de la lámpara, y encendió y apagó rápidamente el interruptor. Funcionaba perfectamente. Volvió a aflojarla, tal como la habían dejado.

Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad;, ahora veía los perfiles de las puertas y los muebles. Apagó el ordenador y regresó al vestíbulo.

La señora Chen la esperaba exactamente donde la había dejado.

–¿Todo en orden? –preguntó.

–Todo perfecto –respondió Alice–. Pero manténgase atenta. La llamaré dentro de un día o dos, para saber si ha venido alguien. Y le ruego que no le diga a nadie que he venido.

–¿Y el coche? preguntó la señora Chen, después de escuchar atentamente, mientras colocaba la mesa delante de la puerta.

–Está bien donde está. Limítese a vigilarlo.

–¿Está bien Darby?

–Todo se arreglará –respondió, casi junto a la puerta–.

Creo que regresará dentro de unos días. Gracias, señora Chen. La señora Chen cerró la puerta, echó el pestillo y miró por una pequeña ventana. La joven estaba en la acera, antes de perderse en la oscuridad.

Alice caminó tres manzanas hasta su coche.

¡Viernes por la noche en el barrio francés! Tulane jugaba en el Dome mañana, los Saints el domingo, y habían acudido millares de forofos que aparcaban donde podían, bloqueaban las calles, circulaban en ruidosos grupos, bebían en vasos de plástico, llenaban los bares y se divertían alborotándolo todo. A las nueve el centro del barrio estaba abarrotado.

Alice aparcó en Poydras, muy lejos de donde se proponía hacerlo, y llegó con una hora de retraso a la concurrida marisquería de Saint Peter, en el corazón del barrio. No había ninguna mesa libre. Tres filas de gente se amontonaban junto a la barra. Se retiró a un rincón, junto a la máquina de cigarrillos y observó a los clientes. La mayoría eran estudiantes, que habían venido para presenciar el partido.

–¿Está buscando a otra chica? –le preguntó un camarero, que había ido directamente hacia ella.

–Pues, sí –titubeó.

–A la vuelta de la esquina, en la primera sala a la derecha, hay algunas mesas –dijo el camarero, al tiempo que señalaba más allá de la barra–. Creo que su amiga está allí.

Darby estaba en un rincón, inclinada sobre la mesa, con una cerveza, gafas de sol y sombrero. Alice le estrechó la mano.

–Me alegro de verte.

Contempló su peinado y le pareció divertido. Darby se quitó las gafas. Tenía los ojos irritados y cansados.

–No tenía a nadie más a quien llamar.

Alice la miraba con cara inexpresiva, sin que se le ocurriera ningún comentario apropiado, ni poder dejar de contemplar su pelo.

–¿Quién te ha arreglado el pelo? –preguntó.

–Bonito, ¿no te parece? Es una especie de estilo punk, que creo volverá a ponerse de moda y sin duda impresionará a la gente cuando me entrevisten para algún trabajo.

–¿Por qué lo has hecho?

–Han intentado matarme, Alice. Mi nombre está en la lista de gente muy malvada. Creo que me siguen.

–¿Matarte? ¿Has dicho «matarte»? ¿Quién puede querer matarte, Darby?

–No estoy segura. ¿Qué has descubierto en mi casa?

Alice dejó de contemplar el cabello y le entregó la copia del índice. Darby lo estudió. Era verdad. No era un sueño ni un error. La bomba estaba donde debía estar. Rupert y el vaquero le habían puesto las manos encima. El rostro que había visto la estaba buscando. Habían estado en su casa y borrado lo que deseaban. Estaban ahí.

–¿Y los disquetes?

Librodot

–No había ninguno. Las carpetas de la mesa de la cocina estaban muy bien apiladas, pero completamente vacías. Todo lo demás parecía estar en orden. Han aflojado la bombilla de la lámpara de noche, de modo que la oscuridad es total. Lo he comprobado. Funciona perfectamente. Esa gente tiene mucha paciencia.

–¿Qué cuenta la señora Chen?

–No ha visto nada.

–Escúchame, Alice –dijo Darby, después de guardarse el índice en el bolsillo–de pronto estoy muy asustada. Es preciso que no te vean conmigo. Puede que esto no haya sido una buena idea.

–¿Quién es esa gente?

–No lo sé. Han asesinado a Thomas, e intentaron asesinarme a mí. Tuve suerte y ahora me persiguen.

–Pero, ¿por qué, Darby?

–Es preferible que no lo sepas y no voy a contártelo. Cuanto más sabes, mayor es el peligro que corres. Confía en mí, Alice. No puedo contarte lo que sé.

–Juro que no se lo diré a nadie.

–¿Y si te obligan?

Alice miró a su alrededor como si no ocurriera nada y observó atentamente a su amiga. Habían estado juntas desde su ingreso en la facultad. Habían compartido horas de estudio, apuntes, la angustia de los exámenes, juicios de ensayo y confidencias sobre los hombres. Alice era probablemente la única estudiante que sabía lo de Darby con Callahan.

–Quiero ayudarte, Darby. No tengo miedo.

Darby, que no había probado la cerveza, hacía girar lentamente la botella.

–Pues yo estoy aterrorizada. Estaba allí cuando murió, Al¡ce. Tembló el suelo. Voló en mil pedazos y se suponía que yo debía haber estado con él. La bomba iba dirigida contra mí.

–Entonces acude a la policía.

–Todavía no. Tal vez más adelante. Me da miedo. Thomas acudió al FBI y al cabo de dos días se suponía que debíamos estar muertos.

–¿Entonces es el FBI quien te persigue?

–No lo creo. Empezaron a hablar, otros escuchaban muy atentamente y llegó a oídos de quien no debía haberlo sabido.

–¿Hablar de qué? ¡Por Dios, Darby, soy yo, tu mejor amiga! Déjate de juegos.

Darby tomó el primer sorbo de cerveza, con la mirada fija en la mesa, evitando los ojos de su amiga.

–Por favor, Alice. Permíteme esperar un poco. Sería absurdo contarte algo que puede costarte la vida. Si quieres ayudarme –prosiguió, después de una prolongada pausa–, acude mañana al funeral. Obsérvalo todo atentamente. Haz correr la voz de que te he llamado desde Denver, donde me hospedo con una tía cuyo nombre desconoces, y de que de momento he abandonado los estudios, pero volveré en primavera. Asegúrate de que se divulgue la noticia. Creo que habrá quien escuche atentamente.

–El periódico hablaba de una mujer blanca cerca del lugar donde fue asesinado, como si fuera sospechosa o algo por el estilo.

–O algo por el estilo. Estaba allí y se suponía que debía haber perecido en la explosión. Leo los periódicos con lupa. La policía no tiene ninguna pista.

–De acuerdo, Darby. Eres más inteligente que yo. Eres la persona más inteligente que he conocido en mi vida. ¿Y ahora qué?

–En primer lugar dirígete a la puerta trasera. Hay una puerta blanca al fondo del pasillo, junto a los servicios. Conduce a un almacén, luego a la cocina y allí encontrarás la puerta posterior. No te detengas. El callejón conduce a Royal. Coge un taxi y vuelve a tu coche. No dejes dé vigilar a tu espalda.

–¿Hablas en serio?

–Fíjate en mi cabello, Alice. ¿Crees que me mutilaría de ese modo si se tratara de un juego?

–De acuerdo, de acuerdo. ¿Y luego qué?

–Acude mañana al funeral, haz correr la voz, y te llamaré en el transcurso de los dos próximos días.

–¿Dónde te alojas?

–En ningún lugar fijo. No dejo de moverme.

Alice se puso de pie y le dio un beso en la mejilla, antes de retirarse.

Verheek pasó dos horas andando de un lado para otro de la habitación, abriendo revistas, dejándolas de nuevo sobre la mesa, pidiendo algo al servicio de habitaciones, y deshaciendo las maletas. Durante las dos horas siguientes, permaneció sentado al borde de la cama, con una cerveza caliente en las manos y la mirada fija en el teléfono. Se había dicho a sí mismo que esperaría hasta medianoche y entonces... ¿entonces qué?

Ella había dicho que llamaría.

Podía salvarle la vida, si por lo menos llamaba.

A las doce arrojó otra revista y salió de la habitación. Un agente de Nueva Orleans había ayudado un poco y le había facilitado información de un par de locales frecuentados por estudiantes de Derecho, cerca del campus. Iría allí, se mezclaría con los clientes, tomaría una cerveza y escucharía. Los estudiantes estaban en la ciudad para asistir al partido. Ella no estaría allí y tampoco importaba, porque nunca la había visto. Pero tal vez oiría algo y él mencionaría algún nombre, dejaría una tarjeta de visita, trabaría amistad con alguien que la conocía, o que conocía a alguien que la conocía. Bastante improbable, pero mucho mejor que permanecer ahí sentado con la mirada fija en el teléfono. .

Encontró un taburete junto a la barra, en un local llamado Barrister's, a tres manzanas del campus. Tenía un agradable aspecto universitario, con calendarios de fútbol y pósters en las paredes. La clientela era ruidosa y de menos de treinta años.

El barman tenía aspecto de estudiante. Después de un par de cervezas, se marchó bastante gente y la barra estaba medio vacía. Dentro de un momento llegaría otra oleada de clientes.

Era la una y media, cuando Verheek pidió la tercera cerveza.

–¿Eres estudiante? –le preguntó al barman.

–Eso me temo.

–No está tan mal.

–Me lo he pasado mejor –respondió, mientras recogía cacahuetes.

Verheek recordó con anhelo a los que trabajaban en los bares, cuando él estaba en la facultad. Expertos en el arte de conversar. Ante cualquier desconocido, estaban dispuestos a hablar de cualquier tema.

–Soy abogado –dijo Verheek desesperado.

Santo cielo, es abogado. Qué extraño. Alguien especial. El muchacho le dio la espalda y se alejó.

Hijo de puta. Ojalá te suspendan. Verheek cogió su cerveza y se volvió para mirar hacia las mesas. Se sentía como un abuelo entre aquellos chiquillos. A pesar de que odiaba la facul-

tad y sus recuerdos, había pasado algunas veladas agradables los viernes por la noche, en los bares de Georgetown con su compañero Callahan. Aquellos eran buenos recuerdos.

–¿Qué clase de abogado? –preguntó el barman, que había regresado.

–Asesor especial, FBI –sonrió Gavin, después de volverse de nuevo hacia la barra.

–¿Entonces debes trabajar en Washington? –preguntó, sin dejar de frotar la barra.

–Sí, he venido para el partido del domingo. Soy un forofo de los Redskins.

Odiaba los Redskins y todo lo relacionado con la liga de fútbol, y prefería cambiar de tema.

–¿Dónde estudias?

–Aquí, en Tulane. Acabo en mayo.

–¿Y a continuación?

–Probablemente iré a Cincinnati, para trabajar como pasante un año o dos.

–Debes ser un buen estudiante.

–¿Otra cerveza? –exclamó, al tiempo que se encogía de hombros.

–No. ¿Te daba clases Thomas Callahan?

–Por supuesto. ¿Le conocías?

–Estuvimos juntos en la facultad, en Georgetown –respondió Verheek, al tiempo que se sacaba una tarjeta de visita del bolsillo y se la entregaba–. Me llamo Gavin Verheek.

El muchacho la aceptó y la dejó cuidadosamente junto a la nevera. El bar estaba tranquilo y estaba harto de charla.

–¿Conoces a una estudiante llamada Darby Shaw?

–Nunca he hablado con ella, pero sé quien es –respondió el muchacho, mientras echaba una ojeada a las mesas–. Creo que está en segundo curso. ¿Por qué? –agregó con suspicacia, después de una prolongada pausa.

–Queremos hablar con ella. ¿Viene por aquí?

Había dicho «queremos», lo cual sonaba mucho más grave, como si hablara en nombre del FBI y no en el suyo propio.

–La he visto algunas veces. Es difícil que pase desapercibida.

–Eso me han dicho –dijo Gavin, mientras miraba las mesas–. ¿Crees que alguno de esos puede conocerla?

–Lo dudo. Son todos de primer curso. ¿No se les nota? No dejan de discutir los derechos de propiedad, la posesión y el desahucio.

Sí, como en otros tiempos. Gavin se sacó una docena de tarjetas del bolsillo y las dejó sobre la barra.

–Estaré en el Hilton unos días. Si la ves u oyes algo de ella, dale una tarjeta.

–Desde luego. Anoche vino un policía formulando preguntas. ¿No supondrán que está involucrada en su muerte?

–No, en absoluto. Sólo queremos hablar con ella.

–Mantendré los ojos abiertos.

Verheek pagó la cerveza, le dio las gracias al muchacho y salió a la calle. Anduvo tres manzanas hasta el Half Shell. Eran casi las dos. Estaba agotado, medio borracho y un conjunto empezó a tocar cuando llegó al umbral de la puerta. El local estaba oscuro, abarrotado de gente y una cincuentena de parejas empezaron a bailar inmediatamente sobre las mesas. Se abrió paso entre la alborotada muchedumbre, hasta cobijarse en el fondo junto a la barra. La gente estaba amontonada, hombro contra hombro, y nadie se movía. Llegó con gran dificultad a la barra, pidió una cerveza para pasar desapercibido y comprobó una vez más que era mucho

mayor que los demás clientes. Se retiró a un rincón oscuro, pero también abarrotado. Era una pérdida de tiempo. No podía oír siquiera sus propios pensamientos, ni soñar lo que decían los demás.

Observó a los chicos detrás de la barra: todos jóvenes, todos estudiantes. El mayor parecía tener casi treinta años y no dejaba de preparar cuentas, como si se dispusiera a cerrar. Se movía con rapidez, como si tuviera prisa por marcharse. Gavin le observó atentamente.

Se desabrochó el delantal, lo arrojó a un rincón, pasó por debajo de la barra y se marchó. Gavin se abrió paso con los codos y lo alcanzó junto a la puerta de la cocina, con una tarjeta del FBI en la mano.

–Disculpe. Soy del FBI –dijo, al tiempo que le mostraba la tarjeta–. ¿Cómo se llama?

El muchacho quedó paralizado, con la mirada fija en Verheek.

–Fountain. Jeff Fountain.

–Muy bien, Jeff. No ocurre nada, ¿de acuerdo? Sólo un par de preguntas. Le entretendré sólo un momento.

La cocina había cerrado hacía muchas horas y estaban a solas.

–Bien, de acuerdo. ¿Qué desea?

–Usted estudia Derecho, ¿no es cierto?

Por favor dime que sí. Su amigo le había dicho que la mayoría de los que trabajaban en los bares eran estudiantes de Derecho.

–Sí, en Loyola.

¡Loyola! ¿Dónde diablos estaba eso?

–Bien, eso suponía. Habrá oído hablar del profesor Callahan de Tulane. El funeral se celebra mañana.

–Desde luego. Está en todos los periódicos. La mayoría de mis amigos estudian en Tulane.

–¿Conoce a una estudiante de segundo curso llamada Darby Shaw? Una chica muy atractiva.

–Sí. El año pasado salía con un amigo mío. De vez en cuando viene por aquí.

–¿Cuándo fue la última vez?

–Debe de hacer un mes o dos. ¿Qué ocurre?

–Hemos de hablar con ella –respondió, al tiempo que le ofrecía un puñado de tarjetas–. Guárdeselas. Estaré en el Hilton unos días. Si la ve o sabe algo de ella, llámeme.

–¿Qué puedo saber?

–Algo relacionado con Callahan. Es muy importante que hablemos con ella, ¿de acuerdo?

–Desde luego –respondió, después de guardarse las tarjetas en el bolsillo.

Verheek le dio las gracias y regresó a la fiesta. Avanzó lentamente entre la muchedumbre y escuchó los intentos de conversar. Llegaba un nuevo grupo de clientes y se abrió paso hasta la puerta. Era demasiado viejo para eso.

A seis manzanas, aparcó en zona prohibida frente a otro local frecuentado por estudiantes, junto al campus. Su visita a aquella pequeña sala de billar semioscura, en aquel momento poco concurrida, sería la última de la noche. Pidió una cerveza en la barra, la pagó, e inspeccionó el local. Había cuatro mesas de billar y escaso movimiento. Un joven con camiseta se acercó a la barra y pidió otra cerveza. Su camiseta era verde y gris, con las palabras «FACULTAD DE DERECHO DE TULANE»

en el pecho y bajo las mismas un número, que parecía del de identificación de un preso.

–¿Estudia usted Derecho? –preguntó Verheek sin titubeo alguno.

–Me temo que sí –respondió el joven, al tiempo que sacaba dinero del bolsillo de sus vaqueros.

–¿Conocía a Thomas Callahan?

–¿Quién es usted?

–FBI. Callahan era amigo mío.

–Yo estaba en su clase de Derecho constitucional –respondió con suspicacia, después de tomar un sorbo de cerveza.

¡Diana! También Darby. Verheek procuró parecer desinteresado.

–¿Conoce a Darby Shaw?

–¿Por qué quiere saberlo?

–Tenemos que hablar con ella. Eso es todo.

–¿A quién se refiere al decir «tenemos»? –preguntó el estudiante con mayor suspicacia, después de acercarse a Gavin como para exigirle respuestas claras.

–El FBI –respondió tranquilamente Verheek.

–¿Lleva una placa o algo por el estilo?

–Desde luego –respondió, al tiempo que se sacaba una tarjeta de visita del bolsillo y se la ofrecía.

–Usted no es agente, sino abogado –dijo el estudiante, después de examinar la tarjeta y devolvérsela.

Tenía mucha razón y el abogado sabía que perdería el empleo si su jefe descubría que había estado formulando preguntas y, en general, suplantando a un agente.

–Sí, soy abogado. Callahan y yo estudiamos juntos en la facultad.

–¿Entonces por qué quiere ver a Darby Shaw?

El barman se había acercado y escuchaba la conversación.

–¿La conoce?

–No lo sé –respondió, aunque era evidente que la conocía–. ¿Tiene algún problema?

–No. Pero usted la conoce, ¿no es cierto?

–Puede que sí y puede que no.

–Vamos a ver. ¿Cómo se llama usted?

–Muéstreme una placa y le diré mi nombre.

Gavin tomó un sorbo de cerveza de la botella y le sonrió al barman.

–Tengo que hablar con ella, ¿de acuerdo? Es muy importante. Pasaré unos días en el Hilton. Si la ve, dígale que me llame –dijo, al tiempo que le ofrecía la tarjeta al estudiante, que la miró, volvió la espalda y se alejó.

A las tres abrió la puerta de su habitación y comprobó el teléfono. Ningún mensaje. Dondequiera que Darby estuviera, todavía no había llamado. En el supuesto, naturalmente, de que siguiera viva.

VEINTE

García llamó por última vez. Grantham contestó el teléfono el sábado antes del alba, con menos de dos horas de antelación a lo que debía ser su primer encuentro. Dijo que había cambiado de opinión. El momento no era oportuno. Si salía a relucir la historia, se derrumbarían algunos abogados muy poderosos y sus clientes inmensamente ricos, y arrastrarían a otros en su caída. El propio García podría salir perjudicado. Tenía esposa y una hija menor. Y un tra-

bajo que podía soportar, porque estaba muy bien pagado. ¿Para qué arriesgarse? Él no había hecho nada malo. Tenía la conciencia tranquila.

–¿Entonces por qué sigue llamándome? –preguntó Grantham.

–Creo que sé por qué fueron asesinados. No estoy seguro, pero tengo una buena idea. He visto algo, ¿comprende?

–Hace una semana que repetimos la misma conversación, García. Usted ha visto algo o tiene algo. Pero de nada sirve si no me lo muestra –dijo Grantham, al tiempo que abría una carpeta con las fotografías de su interlocutor–Lo que a usted le impulsa, García, es el sentido de la moralidad. Ésa es la razón por la que quiere hablar.

–Sí, pero existe la posibilidad de que sepan que lo sé. Me tratan de un modo extraño, como si quisieran preguntarme si lo he visto. Pero no pueden hacerlo, porque no están seguros.

–¿Se refiere a los colegas de su bufete?

–Sí. No. Espere un momento. ¿Cómo sabe que trabajo en un bufete? Yo no se lo he dicho.

–Es fácil de deducir. Va a trabajar demasiado temprano para ser abogado del gobierno. Tiene que formar parte de uno de esos bufetes de doscientos abogados, en los que se exige que los más jóvenes trabajen cien horas semanales. Cuando me llamó por primera vez me dijo que se dirigía al despacho y eran aproximadamente las cinco de la madrugada.

–Vaya, vaya. ¿Qué más ha descubierto?

–Poca cosa. Esto es como un juego, García. Si no está dispuesto a hablar, cuelgue y déjeme tranquilo. Me hace perder horas de sueño.

–Duerma a gusto –dijo García, antes de colgar el teléfono.

Grantham se quedó con la mirada fija en el auricular.

En los últimos ocho años había cambiado tres veces de número de teléfono, sin que apareciera en la guía. Vivía junto al teléfono, a través del cual le llegaba la información más importante de lugares insospechados. Pero por cada información importante, recibía un millar de comunicaciones insignificantes a cualquier hora del día o de la noche, de personas que se sentían obligadas a compartir lo poco que sabían. Tenía la reputación de estar dispuesto a enfrentarse a un piquete de ejecución, antes de revelar la identidad de su informador, y no dejaban de llamarle. Cuando estaba harto, solicitaba un nuevo número de teléfono que no figurara en la guía. Entonces tenía un período de tranquilidad y a continuación se apresuraba a incluir su número en la guía de Washington.

Ahora estaba en la guía. Gray S. Grantham. No había otro. Podían localizarle en el despacho doce horas al día, pero era mucho más discreto y reservado llamarle a su casa, especialmente a horas inusuales, cuando intentaba dormir.

Permaneció enojado con García durante treinta minutos, y se durmió. Se había quedado como un tronco, sumergido en otro mundo, cuando volvió a sonar el teléfono. Lo descolgó en la oscuridad.

–Diga.

No era García, sino una voz femenina.

–¿Hablo con Gray Grantham, del Washington Post?

–Sí. ¿Quién es usted?

–¿Trabaja todavía en el tema de Rosenberg y Jensen? Se sentó en la oscuridad y contempló el reloj. Las cinco y media.

–Es un tema muy importante. Hay muchas personas involucradas en el mismo, pero sí, sigo investigando.

–¿Ha oído hablar del informe pelícano?

Librodot

–El informe pelícano –repitió mientras respiraba hondo y procuraba concentrarse–. No. ¿Qué es?

–Una pequeña teoría inofensiva sobre quién cometió los asesinatos. Un profesor de Derecho de Tulane llamado Thomas Callahan la llevó a Washington el domingo pasado. Se la entregó a un amigo en el FBI y empezó a circular de mano en mano. El grano de arena se convirtió en una montaña y Callahan fue asesinado en un coche bomba, el miércoles por la noche en Nueva Orleans.

–¿Desde dónde llama? –preguntó, con la luz encendida y sin dejar de tomar notas.

–Nueva Orleans. Desde una cabina, o sea que no se moleste.

–¿Cómo sabe lo que me cuenta?

–Yo escribí el informe.

Ahora estaba completamente despierto, con los ojos muy abiertos y el pulso acelerado.

–Bien, si usted lo escribió, háble me del mismo.

–No quiero hacerlo de este modo, porque aunque tuviera una copia del mismo, no podría publicarlo.

–Póngame a prueba.

–No podría. Hay que hacer algunas comprobaciones.

–De acuerdo. Tenemos el Klan, al terrorista Khamel, al ejército clandestino, a los arios...

–No. Nada de eso. Es todo demasiado evidente. El informe habla de un sospechoso desconocido.

Paseaba al pie de la cama con el teléfono en la mano.

–¿Por qué no puede decirme de quién se trata?

–Tal vez más adelante. Usted parece tener fuentes mágicas de información. Veamos lo que es capaz de averiguar.

–Lo de Callahan es fácil. Basta con una llamada telefónica. Deme veinticuatro horas.

–Procuraré llamarle el lunes por la mañana. Si vamos a trabajar juntos, señor Grantham, tendrá que mostrarme algo.

La próxima vez que le llame, dígame algo que yo no sepa.

–¿Corre usted peligro?

–Creo que sí –respondió, en una cabina en la oscuridad–.

Pero por ahora estoy a salvo.

Parecía joven, tal vez de unos veinticinco años. Había escrito un informe. Y conocía al profesor de Derecho.

–¿Es usted abogado?

–No, y no pierda el tiempo investigándome a mí. Póngase a trabajar, señor Grantham, o de lo contrario acudiré a otro.

–De acuerdo. Necesita un nombre.

–Ya lo tengo.

–Me refiero a un nombre en clave.

–¿Quiere decir un apodo, como los espías y gente por el estilo? ¡Vaya emoción!

–Déme su nombre verdadero si lo prefiere.

–Muy astuto. Llámeme Pelícano.

Sus padres eran buenos católicos irlandeses, pero él había dejado de ser practicante desde hacía muchísimos años. Formaban una atractiva pareja, muy respetable, vestidos de luto, mo-

Librodot

renos y elegantes. Apenas había hablado de ellos. Entraron con el resto de la comitiva en la capilla Rogers. Su hermano de Mobile era de menor estatura y parecía mucho más viejo. Thomas decía que tenía problemas con la bebida.

Desde hacía media hora, estudiantes y profesores habían ido llegando a la pequeña capilla. Por la noche se jugaría el partido y había mucha gente en el campus. En la calle había un furgón de la televisión, con un cámara a una distancia prudencial, que filmaba la entrada de la capilla bajo la atenta vigilancia de un policía del campus.

Era curioso ver a los estudiantes de Derecho con trajes, zapatos, chaquetas y corbatas. En una habitación oscura del tercer piso de Newcomb Hall, Pelícano miraba por la ventana a los grupos de estudiantes que charlaban entre sí sin levantar la voz, mientras acababan de fumarse sus cigarrillos. Bajo la silla en la que estaba sentada había cuatro periódicos, ya leídos y abandonados. Hacía dos horas que estaba allí, leyendo a la luz del sol a la espera del funeral. No tenía otro lugar. Estaba segura de que los malos deambulaban por los alrededores de la capilla, ocultos entre los matorrales, pero aprendía a ser paciente. Había llegado temprano, se marcharía tarde y avanzaría entre las tinieblas. Si la descubrían, tal vez actuarían con rapidez y todo habría terminado.

Cogió una servilleta de papel y se secó los ojos. No importaba que llorara ahora, pero sería la última vez. Todo el mundo estaba en el interior de la capilla y el furgón de la televisión se retiró. El periódico decía que primero se celebraría el funeral, seguido más tarde de un pequeño entierro privado. El ataúd no estaba en la iglesia.

Había elegido aquel momento para huir, alquilar un coche, dirigirse a Baton Rouge y subirse a un avión que fuera a cualquier parte menos Nueva Orleans. Abandonaría el país, para irse tal vez a Montreal o Calgary. Entonces permanecería un año oculta, con la esperanza de que entretanto se resolviera el crimen y los malos acabaran en la cárcel.

Pero no era más que un sueño. El camino más rápido para que se hiciera justicia pasaba por ella. Sabía más que cualquier otra persona. Los federales se habían acercado, para luego retirarse y perseguir ahora a Dios sabe quién. Verheek no había logrado nada, a pesar de su proximidad al director. Ella tendría que resolver el rompecabezas. Su pequeño informe había causado la muerte de Thomas y ahora la perseguían a ella. Conocía la identidad del hombre que estaba tras los asesinatos de Rosenberg, Jensen y Callahan, y eso la convertía en una persona muy excepcional.

De pronto se inclinó hacia la ventana. Las lágrimas se habían secado en sus mejillas. ¡Ahí estaba! ¡El individuo delgado de cara alargada! Con su chaqueta y su corbata, parecía debidamente compungido cuando entró a toda prisa en la iglesia. ¡Era él! El individuo que había visto en el vestíbulo del Sheraton, cuándo fue, el jueves por la mañana. Estaba hablando con Verheek, cuando le vio cruzar desconfiadamente.

Se detuvo al llegar a la puerta y miró con nerviosismo a su alrededor: una torpeza, una metedura de pata. Fijó momentáneamente la mirada en los tres coches aparcados inocentemente al otro lado de la calle, a menos de cincuenta metros. Abrió la puerta y entró en la capilla. Maravilloso. Esos cabrones le habían asesinado y ahora se unían a sus parientes y amigos para presentarle sus últimos respetos.

Tenía la nariz pegada al cristal. Los coches estaban demasiado lejos, pero estaba segura de que en uno de ellos había un individuo que la buscaba. Debían saber que indudablemente no era tan estúpida, ni estaba tan compungida, como para hacer acto de presencia en el funeral de su amante. Lo sabían. Desde hacía dos días y medio, lograba que no dieran con ella. Las lágrimas habían desaparecido.

Al cabo de diez minutos, el hombre delgado salió solo, encendió un cigarrillo y echó a andar lentamente en dirección a los tres coches. Parecía triste. Vaya individuo.

Pasó por delante de los coches, pero no se detuvo. Cuando ya no se le veía, se abrió la puerta del coche central y del mismo se apeó un individuo, con un jersey verde de la universi-

dad de Tulane. Se alejó por la calle, detrás del delgado. Él no lo era. Era bajo, robusto y corpulento. Un verdadero tocón.

Desapareció tras el delgado, a la vuelta de la esquina. Darby se sentó al borde de la silla plegable. En menos de un minuto, aparecieron en la acera al otro lado de la iglesia. Ahora iban juntos y se hablaban en voz baja, pero al cabo de un instante el delgado se separó, para alejarse solo por la calle. El tocón se acercó rápidamente a su coche y se subió al mismo. Se limitó a quedarse ahí sentado, a la espera de que concluyera el funeral, para echar un último vistazo, por si después de todo era tan estúpida como para hacer acto de presencia.

El delgado había tardado menos de diez minutos en infiltrarse en la iglesia, observar un grupo de unas doscientas personas y decidir que no estaba entre las mismas. Tal vez buscaba la cabellera pelirroja. O a una rubia teñida. No, tenía más sentido que tuvieran gente en el interior, con aspecto triste y compungido, para buscarla a ella o a alguien que se le pareciera, y hacerle alguna seña o guiño al delgado.

Estaban por todas partes.

La Habana era un santuario perfecto. No importaba que una decena o un centenar de países hubieran puesto precio a su cabeza. Fidel era un admirador y cliente ocasional. Bebían juntos, compartían mujeres y fumaban cigarros. Circulaba como Pedro por su casa: un bonito piso en la calle de Torre, en el barrio antiguo, coche con chofer, un banquero muy astuto para mover dinero por todo el mundo, cualquier tipo de embarcación que se le antojara, un avión militar si era necesario, y abundantes mujeres jóvenes. Hablaba su idioma y no tenía la piel pálida. Le encantaba el lugar.

En una ocasión se había comprometido para matar a Fidel, pero no pudo hacerlo. Estaba en el lugar convenido y con tiempo suficiente para el asesinato, pero no fue capaz de llevarlo a cabo. Sentía demasiada admiración por él. Ocurrió en la época en que no siempre mataba por dinero. Traicionó a quien le había contratado y se lo confesó a Fidel. Fingieron una emboscada y se corrió la voz de que el famoso Khamel había sido abatido a balazos en la calles de La Habana.

Nunca volvería a viajar en vuelos comerciales. Las fotografías de París eran una vergüenza para un profesional de su talla. Empezaba a perder el toque, se volvía descuidado en el crepúsculo de su carrera. Su fotografía había aparecido en primera plana en Norteamérica. Menuda vergüenza. Su cliente no estaba satisfecho.

El barco era una goleta de trece metros, con dos tripulantes y una mujer joven, todos cubanos. Ella estaba en el camarote. Khamel había terminado con ella, pocos minutos antes de avistar las luces de Biloxi. Ahora estaba plenamente concentrado en su trabajo y, sin decir palabra, inspeccionó la balsa y preparó la bolsa. Los tripulantes estaban agachados en cubierta, sin cruzarse en su camino.

A las nueve en punto, echaron la balsa al agua. Él arrojó su bolsa y se alejó. Oyeron el ronroneo del motor cuando se perdía en la oscuridad. Debían permanecer anclados hasta el alba, levar anclas y regresar a La Habana. Llevaban todos los papeles en regla como norteamericanos, por si alguien les descubría y empezaba a formular preguntas.

Avanzó pacientemente por las aguas tranquilas, lejos de las luces de las boyas de navegación y de alguna que otra pequeña embarcación. Llevaba también todos los documentos en regla y tres armas en la bolsa.

Hacía muchos años que no actuaba dos veces en un mismo mes. Después de haber sido supuestamente abatido a balazos en Cuba, había pasado cinco años sin trabajar. Era sumamente paciente. De promedio hacía un trabajo por año.

Y esa víctima actual pasaría inadvertida. Nadie sospecharía de él. Era una trabajo insignificante, pero su cliente había insistido y puesto que estaba en la zona y que el dinero era correcto, ahí estaba de nuevo en una balsa de goma de dos metros, acercándose lentamente a una

playa, con la esperanza de que su amigo Luke en esta ocasión se hubiera vestido de pescador y no de agricultor.

Ésta sería la última vez en mucho tiempo, tal vez la definitiva. Tenía más dinero del que podía llegar a gastar o regalar. Y había empezado a cometer pequeños errores.

A lo lejos vio el embarcadero y se alejó del mismo. Tenía treinta minutos que perder. Navegó un cuarto de milla paralelo a la costa, antes de dirigirse a la orilla. A doscientos metros de la orilla paró el motor, lo levantó y lo dejó caer al agua. Agachado en la balsa y con remo de plástico, se acercó suavemente a una zona oscura, tras unos sencillos edificios de ladrillo a diez metros de la orilla. De pie en cuatro palmos de agua, pinchó y rasgó la balsa con un cortaplumas. Se hundió y desapareció. La playa estaba desierta.

Luke estaba solo al fondo del embarcadero. Eran exactamente las once, y estaba en el lugar convenido con una caña y un carrete. Llevaba una gorra blanca y la visera se movía de un lado para otro, conforme escudriñaba el agua en busca de la balsa. Consultó su reloj.

De pronto junto a él vio a un hombre, aparecido de la nada como un ángel.

–¿Luke? –preguntó el recién llegado.

Aquello no era lo convenido. Luke estaba desconcertado.

Tenía una pistola en la cesta, a sus pies, pero no tenía forma de hacerse con ella.

–¿Sam? –preguntó.

Tal vez le había pasado algo por alto. Quizá Khamel no había visto el embarcadero desde la balsa.

–Sí, Luke, soy yo. Lamento la desviación. He tenido problemas con la balsa.

Luke se tranquilizó y dio un suspiro de alivio.

–¿Dónde está el vehículo? –preguntó Khamel.

Luke le echó una ligera ojeada. Sí, era Khamel, y contemplaba el océano con gafas oscuras.

–Es el Pontiac rojo, junto a la bodega –respondió, mientras movía la cabeza en dirección a un edificio.

–¿A qué distancia estamos de Nueva Orleans?

–Media hora –respondió Luke, al tiempo que recogía el hilo.

Khamel retrocedió y le golpeó dos veces en la nuca. Una con cada mano. Las vértebras se fracturaron y cortaron la médula espinal. Luke se desplomó con un solo quejido. Khamel le vio morir, cogió las llaves de su bolsillo y empujó el cadáver al agua.

Edwin Sneller, o comoquiera que se llamara, no abrió la puerta; se limitó a pasar una llave por debajo de la misma. Khamel la cogió y abrió la puerta de la habitación contigua. Entró, se acercó rápidamente a la cama donde depositó su bolsa, y a continuación se dirigió a la ventana, cuyas cortinas estaban abiertas y a través de la cual se divisaba el río en la lejanía. Cerró parcialmente las cortinas y contempló las luces del barrio francés a sus pies.

Se acercó al teléfono y marcó el número de Sneller.

–Háble me de ella –dijo suavemente Khamel, sin levantar la vista del suelo.

–Hay dos fotografías en el maletín.

Khamel lo abrió y sacó las fotos.

–Ya las tengo.

–Están numeradas uno y dos. Hemos obtenido la número uno del anuario de la facultad de derecho. Tiene aproximadamente un año y es la más reciente que tenemos. Es una ampliación de una fotografía muy pequeña y, por consiguiente, ha perdido bastante detalle. La otra tiene dos años. La hemos sacado de un anuario de la estatal de Arizona.

–Es una mujer encantadora –dijo Khamel, mientras las admiraba.

–Sí. Muy hermosa. Aunque esa bonita cabellera ahora ha desaparecido. El jueves por la noche pagó en un hotel con una tarjeta de crédito. Se nos escapó por los pelos el viernes por la mañana. Encontramos algunos cabellos largos en el suelo y una pequeña muestra de algo que hemos identificado como tinte negro para el cabello. Muy negro.

–Qué pena.

–No la hemos visto desde el miércoles por la noche. Ha resultado muy escurridiza: tarjeta de crédito para pagar el hotel el miércoles, tarjeta de crédito en otro hotel el jueves, y luego nada desde anoche. Retiró cinco mil al contado de su cuenta el viernes por la tarde, y ahora se ha enfriado la pista.

–Puede que se haya marchado.

–Podría ser, pero no lo creo. Alguien estuvo en su piso anoche. Hemos instalado micrófonos en el mismo y llegamos con dos minutos de retraso.

–Parece que actúan con cierta lentitud.

–Es una gran ciudad. Hemos vigilado el aeropuerto y las estaciones de ferrocarril. Vigilamos la casa de su madre en Idaho. Ni rastro de ella. Creo que sigue aquí.

–¿Dónde podría estar?

–Moviéndose continuamente, cambiando de hotel, utilizando cabinas telefónicas, alejada de los lugares habituales. La policía de Nueva Orleans la busca. Hablaron con ella el miércoles después de la explosión y luego la perdieron. Nosotros la buscamos, ellos la buscan, aparecerá.

–¿Qué ocurrió con la bomba?

–Muy sencillo. No se subió al coche.

–¿Quién fabricó la bomba?

–No puedo decírselo –titubeó Sneller.

A Khamel se le esbozó una ligera sonrisa en el rostro, cuando sacaba unos planos del maletín.

–Háble me de los planos.

–No son más que algunos puntos de interés en la ciudad. Su casa, la de su amante, la facultad de Derecho, los hoteles en los que se ha hospedado, el lugar donde estalló la bomba, y algunos pequeños bares que acostumbra a frecuentar.

–Ha permanecido hasta ahora en el barrio francés.

–Es una chica lista. Hay un millón de lugares donde esconderse.

Khamel cogió la fotografía más reciente y se sentó en la otra cama. Le gustaba el rostro. Incluso con el cabello corto y negro sería interesante. Podía matarla, pero no sería agradable.

–Es una pena, ¿no le parece? –dijo, hablando casi consigo mismo.

–Sí. Lo es.

VEINTIUNO

Gavin Verheek se sentía viejo y cansado al llegar a Nueva Orleans, y después de dos días deambulando por los bares estaba débil y agotado. Había entrado en el primer bar poco después del funeral, para hablar durante más de siete horas con jóvenes enérgicos e inquietos de agravios, contratos, Wall Street y otros temas odiosos, sin dejar de tomar cerveza. Sabía que no debía revelarles a desconocidos que pertenecía al FBI. No era agente del FBI. No tenía placa.

Estuvo en cinco o seis bares el sábado por la noche. Tulane perdió una vez más y después del partido los bares se llenaron de forofos. La situación se hizo desesperante y se retiró a medianoche.

Dormía profundamente con los zapatos puestos cuando sonó el teléfono. Se incorporó de un brinco y levantó el auricular.

–¡Diga! ¡Diga!

–¿Gavin? –preguntó una voz femenina.

–¡Darby! ¿Eres tú?

–¿Quién si no?

–¿Por qué no me has llamado antes?

–Por favor, no empieces a formularme un montón de preguntas estúpidas. Estoy en una cabina, de modo que ninguna jugarreta.

–Por favor, Darby. Te juro que puedes confiar en mí.

–De acuerdo, confío en ti. ¿Y ahora qué?

Consultó su reloj y empezó a desabrocharse los cordones de los zapatos.

–Dímelo tú. ¿Ahora qué? ¿Cuánto tiempo piensas permanecer oculta en Nueva Orleans?

–¿Cómo sabes que estoy en Nueva Orleans? Gavin hizo una pausa momentánea.

–Estoy en Nueva Orleans –prosiguió Darby–. Supongo que pretendes que me reúna contigo, trabemos amistad, me ponga en vuestras manos como tú sueles decir y confíe en que me protejáis el resto de la vida.

–Exacto. Habrás muerto en unos días si no lo haces.

–Veo que vas directo al grano.

–Efectivamente. Estás jugando y no sabes lo que haces.

–¿Quién me persigue, Gavin?

–Podrían ser distintas personas.

–¿Quiénes son?

–No lo sé.

–Ahora eres tú quien juega, Gavin. ¿Cómo puedo confiar en ti, si no me hablas con sinceridad?

–De acuerdo. Creo que podemos afirmar que tu pequeño informe metió el dedo en la llaga de alguien. Estabas en lo cierto, ha llegado a oídos de la gente errónea y ahora Thomas está muerto. Y a ti te matarán cuando te encuentren.

–Sabemos quién mató a Rosenberg y Jensen, ¿no es cierto, Gavin?

–Creo que sí.

–¿Entonces por qué no hace algo el FBI?

–Puede que se trate de una tapadera.

–Bendito seas por admitirlo. Bendito seas.

–Podría perder el empleo.

–¿A quién podría contárselo, Gavin? ¿Quién esconde qué?

–No estoy seguro. El informe había despertado mucho interés en nuestra organización, hasta que se recibieron fuertes presiones de la Casa Blanca y ahora lo hemos descartado.

–Creo que lo comprendo. ¿Qué les hace suponer que si me matan no se divulgará?

–No lo sé. Quizá creen que tienes más información.

–¿Puedo decirte algo? Momento después de la explosión, cuando Thomas estaba en el coche incendiado y yo semiconsciente, un policía llamado Rupert me llevó a su coche y me hizo

subir al mismo. Otro policía con botas de vaquero y tejanos empezó a formularme preguntas. Yo me sentía indispuesta y trastornada. Entonces Rupert y su vaquero desaparecieron, y no regresaron. No eran policías, Gavin. Contemplaron la explosión y pasaron al plan B al darse cuenta de que no estaba en el coche. Yo no lo sabía, pero probablemente estaba a un minuto o dos de acabar con una bala en la cabeza.

–¿Qué ocurrió con esos individuos? –preguntó Verheek, que escuchaba con los ojos cerrados.

–No estoy segura. Creo que se asustaron cuando los verdaderos policías ocuparon la zona. Se esfumaron. Yo estaba en su coche, Gavin. Me habían cogido.

–Debes entregarte, Darby. Escúchame.

–¿Recuerdas nuestra conversación telefónica el jueves por la mañana, cuando de pronto vi una cara que me resultó familiar y te la describí?

–Por supuesto.

–Ayer estaba en el funeral, acompañado de unos amigos.

–¿Dónde estabas tú?

–Observando. Entró en la iglesia un poco tarde, se quedó diez minutos y luego salió para reunirse con Tocón.

–¿Tocón?

–Sí, es uno de los de la banda. Tocón, Rupert, el Vaquero y el Delgado. Grandes personajes. Estoy segura de que hay otros, pero todavía no los he conocido.

–El próximo encuentro será el último, Darby. Te quedan unas cuarenta y ocho horas de vida.

–Ya lo veremos. ¿Cuánto tiempo piensas permanecer en la ciudad?

–Unos días. Mi propósito era el de quedarme hasta que te encontrara.

–Aquí estoy. Puede que te llame mañana.

–De acuerdo, Darby. Lo que tú digas. Pero, cuídate. Darby colgó. Gavin arrojó el teléfono y echó una maldición.

A dos manzanas de distancia y quince pisos de altura, Khamel miraba la televisión y hablaba en voz baja consigo mismo. Se trataba de una película sobre gente en una gran ciudad. Hablaban inglés, tercer idioma de Khamel, y repetía todo lo que decían en el mejor acento norteamericano. Lo practicaba durante muchas horas. Había asimilado el idioma cuando estaba oculto en Belfast, y en los últimos veinte años había visto millares de películas norteamericanas. Su película predilecta era Los tres días del Cóndor. La había visto cuatro veces, antes de dilucidar quién mataba a quién y por qué. Él podía haber matado a Robert Redford.

Repetía palabra por palabra en voz alta. Le habían dicho que su inglés podía pasar por el de un norteamericano, pero un simple error, un pequeño error, bastaría para que ella desapareciera.

El Volvo estaba aparcado a una manzana y media de su dueño, en un aparcamiento por el que pagaba cien dólares mensuales por su supuesta seguridad. Entraron por el portalón que se suponía cerrado con llave.

Era un GL de 1986 sin sistema de seguridad y, en pocos segundos, la puerta del conductor estaba abierta. Uno de ellos se sentó sobre el maletero y encendió un cigarrillo. Eran casi las cuatro de la madrugada del domingo.

Su compañero abrió una pequeña caja de herramientas que llevaba en el bolsillo y empezó a trabajar en el teléfono de ejecutivo, que a Grantham le había avergonzado comprar. Le

bastaba con la luz interior del vehículo y se puso a trabajar con rapidez. Era fácil. Abierto el auricular, instaló un diminuto transmisor y lo pegó con cola. Al cabo de un minuto se apeó del coche y se agachó junto al parachoques trasero. El del cigarrillo le entregó un pequeño cubo negro, que colocó bajo el coche detrás del depósito de combustible. Era un transmisor magnetizado, que transmitiría señales durante seis días, antes de agotarse y hubiera que reemplazarlo.

Se retiraron antes de transcurridos siete minutos. El lunes, en el momento en que le vieran entrar en el edificio del Post en la calle Quince, penetrarían en su piso y trampearían sus teléfonos.

VEINTIDÓS

Su segunda noche en la pensión fue mejor que la primera. Durmió hasta media mañana. Tal vez se había acostumbrado. Contempló las cortinas de la diminuta ventana y decidió que no había tenido ninguna pesadilla, no había habido ningún movimiento en la oscuridad con pistolas ni puñales dispuestos a atacarla. Había dormido como un tronco y, durante mucho rato, observó las cortinas mientras despertaba su cerebro.

Intentó ordenar sus pensamientos. Éste era su cuarto día como Pelícano y si deseaba ver el quinto, tendría que pensar como un meticuloso asesino. Era el cuarto día del resto de su vida. Se suponía que debía estar muerta.

Pero después de abrir los ojos y percatarse de que estaba viva y a salvo, de que la puerta no crujía ni rechinaba el suelo, y de que no había ningún pistolero al acecho en el armario, lo primero en lo que siempre pensaba era Thomas. Empezaba a pasarle el susto de su muerte, y tanto el ruido de la explosión como el rugido de las llamas estaban cada vez más lejanos en su mente. Sabía que la bomba le había hecho pedazos y que su muerte había sido instantánea. Sabía que no había sufrido.

Por consiguiente pensaba en otras cosas, como el contacto de su cuerpo, sus susurros y caricias en la cama después de hacer el amor, cuando quería abrazarla. Le gustaban las caricias, e insistía en jugar, besar y mimar después del sexo. Y reírse. La amaba locamente, se había enamorado como un adolescente, y por primera vez en su vida podía actuar cándidamente con una mujer. Muchas veces en clase había pensado en sus susurros y caricias, y había tenido que morderse el labio para no sonreírse.

Ella también le quería. Y estaba profundamente apenada. Le apetecía quedarse en cama llorando una semana. Al día siguiente del funeral de su padre, un psiquiatra le había explicado que el alma necesita un período breve pero muy intenso de aflicción, antes de pasar a una nueva fase. Pero debía experimentar el dolor, sufrir sin restricciones para poder realmente avanzar. Siguió su consejo y, después de dos semanas de profunda aflicción, se hartó y pasó a la próxima etapa. Funcionó.

Pero no funcionaba en el caso de Thomas. No podía llorar ni desahogarse como le apetecía. Rupert, el Delgado y el resto de los muchachos se lo impedían.

Después de pensar en Thomas unos minutos, ellos eran quienes ocupaban su mente. ¿Dónde estarían hoy? ¿Dónde podría ir sin ser vista? ¿Le convenía trasladarse a otro lugar, después de dos noches en la misma habitación? Sí, lo haría. Al oscurecer. Llamaría para reservar una habitación en otra pequeña pensión. ¿Dónde se hospedaban los muchachos? ¿Circulaban por las calles con la esperanza de tropezarse con ella? ¿Sabían dónde se encontraba ahora? No. Estaría muerta. ¿Sabían que ahora era rubia?

El cabello hizo que se levantara. Se acercó a la mesa y se miró al espejo situado sobre la misma. Ahora era todavía más corto y muy blanco. No estaba mal. Anoche le había dedicado tres horas. Si vivía una semana más, posiblemente sería calva.

Sintió un pinchazo en el estómago y, momentáneamente, tuvo hambre. No comía y tendría que empezar a hacerlo. Eran casi las diez. Curiosamente, en aquella pensión no se servía desayuno los domingos por la mañana. Se aventuraría a salir a la calle en busca de comida y de un Post dominical, y al mismo tiempo comprobaría si eran capaces de reconocerla, ahora que se había convertido en una rubia hombruna.

Se duchó velozmente y tardó menos de un minuto en lavarse el pelo. Nada de maquillaje. Se puso un nuevo pantalón militar, una chaqueta nueva de piloto y estaba lista para entrar en batalla. Unas gafas oscuras de aviador le cubrían los ojos.

A pesar de que había salido varias veces, nunca lo había hecho por la puerta principal. Se escabullía a través de una oscura cocina, abría la puerta posterior y salía a un callejón detrás de la posada. Hacía el suficiente frío para usar chaqueta sin llamar la atención. Vaya bobada, pensó. En el barrio francés podría vestir con una piel de oso sin alarmar a nadie. Avanzó rápidamente por el callejón, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y los ojos atentos tras sus gafas oscuras.

La vio al subirse a la acera junto a Burgúndy Street. El cabello bajo la gorra era distinto, pero seguía midiendo ineludiblemente metro setenta y dos. Sus piernas eran largas, tenía cierto modo de caminar y, después de cuatro días, era capaz de reconocerla entre la muchedumbre independientemente de su rostro y su cabello. Las botas de vaquero, puntiagudas y de piel de serpiente, empezaron a seguirla.

Era una chica inteligente, que no dejaba de doblar esquinas, cambiar de calle a cada manzana y caminar de prisa sin exagerar. Calculó que se dirigía a Jackson Square, donde se reunía mucha gente los domingos, entre la que creía poder desaparecer. Se mezclaría con los turistas y residentes locales para dar un paseo, tal vez comer algo, disfrutar del sol y comprar un periódico.

Darby encendió tranquilamente un cigarrillo y dio unas caladas sin dejar de caminar. No podía tragarse el humo. Lo había probado tres días antes y se había mareado. Era una costumbre muy desagradable. Menuda paradoja si ahora lograra sobrevivir para morir más adelante de cáncer pulmonar. Ojalá lograra morir de cáncer.

Estaba sentado en la terraza de un abarrotado café en la esquina de Saint Peter y Chartres, a menos de tres metros cuando ella le vio. Al cabo de una fracción de segundo, él la vio a ella, y tal vez habría pasado inadvertida, de no haber sido porque titubeó momentáneamente al verle. Con toda probabilidad él se habría limitado a sospechar, a no ser por la incertidumbre y curiosidad de su mirada que la delató. Siguió caminando, pero a un ritmo más acelerado.

Se trataba de Tocón. Se había levantado y caminaba entre las mesas, cuando le vio por última vez. A ras de suelo, no tenía nada de rechoncho. Parecía ágil y musculoso. Le perdió momentáneamente en Chartres, cuando se agachó por debajo de los arcos de la catedral de Saint Louis. La iglesia estaba abierta y pensó que tal vez le convendría entrar en la misma, como si se tratara de un santuario donde no la mataría. Pero estaba convencida de que lo haría allí, en la calle, o entre la gente. La liquidaría donde la alcanzara. Volvía a seguirla y Darby quería saber con qué rapidez se le acercaba. ¿Se limitaba a caminar de prisa y disimular? ¿Había echado a correr? ¿O avanzaba velozmente por los callejones, con el propósito de echársele encima cuando la viera? Siguió avanzando.

Dobló a la izquierda en Saint Ann, cruzó la calle, y había llegado casi a Royal cuando volvió fugazmente la cabeza. La seguía. Estaba al otro lado de la calle, pero sin duda tras ella.

El hecho de volver nerviosamente la cabeza acabó de delatarla. Fue un signo inequívoco y él echó a correr.

Darby decidió que intentaría llegar a Bourbon Street. Faltaban cuatro horas para el comienzo del partido y los forofos de los Saints habían salido en masa a celebrarlo antes del

acontecimiento, porque no tendrían de qué alegrarse cuando hubiera terminado. Entró en Royal y corrió unos pasos, antes de volver a caminar a paso ligero. Él entró en Royal al trote, preparado para echar a correr en cualquier momento. Darby se dirigió al centro de la calle, por donde circulaba un grupo de forofos para pasar el tiempo. Estaba cerca de Bourbon y había gente por todas partes.

Ahora podía incluso oírle. De nada servía volver la cabeza. Estaba ahí, corriendo, cada vez más cerca. Cuando llegó a Bourbon, el señor Tocón estaba dieciséis metros a su espalda y la carrera había terminado. Vio a sus ángeles protectores, cuando salían dando voces de un bar. Tres jóvenes robustos y con exceso de peso, que llevaban una curiosa combinación de prendas negras y doradas de los Saints, acababan de aparecer en medio de la calle cuando Darby se les acercó.

–¡Socorro! –chilló histérica, al tiempo que señalaba a Tocón–. ¡Socorro! ¡Este hombre me persigue! ¡Pretende violarme!

No es que el sexo en las calles de Nueva Orleans tuviera nada de extraordinario, pero no iban a permitir que alguien abusara de esa chica.

–¡Por favor, ayudadme! –suplicó.

De pronto se hizo un silencio en la calle. Todo el mundo quedó paralizado, incluido Tocón, que se detuvo unos instantes antes de volver a avanzar. Los tres Saints se le pusieron delante, con los brazos cruzados y fuego en la mirada. Sólo duró unos segundos. Tocón usó ambas manos al mismo tiempo, con la derecha golpeó al primero en la garganta y con la izquierda al segundo en la boca. Ambos gimieron y se desplomaron. El tercero no estaba dispuesto a echar a correr. Sus compañeros estaban lastimados y eso le molestó. Habría sido pan comido para Tocón, pero el primero se había desplomado sobre su pie derecho y eso le hizo perder el equilibrio. Cuando daba un tirón para retirar el pie, el señor Benjamín Chop de Thibodaux, Louisiana, el número tres, le propinó una soberana patada en la entrepierna y Tocón pasó a la historia. Cuando Darby se perdía entre la muchedumbre, le oyó que chillaba de dolor.

Mientras caía, el señor Chop le dio un puntapié en las costillas. El número dos, con la cara ensangrentada, cargó ferozmente contra Tocón y empezó la carnicería. Se retorcía, con las manos protegía sus doloridos testículos, mientras le pateaban y maldecían, hasta que alguien chilló:

–¡Policía!

Esto le salvó la vida. Entre el señor Chop y el número dos ayudaron al número uno a levantarse, y se les vio por última vez cuando entraban en un bar. Tocón logró levantarse y se tambaleó como un perro que hubiera sobrevivido después de chocar contra un enorme camión, decidido a morir en casa.

Darby se ocultó en un rincón oscuro de un bar de Decatur, donde tomó un café seguido de una cerveza, luego otro café y a continuación otra cerveza. Le temblaban las manos y tenía un nudo en el estómago. La comida olía de maravilla, pero era incapaz de tragar un bocado. Después de tres horas y tres cervezas, pidió un plato de gambas al vapor y una botella de agua mineral.

El alcohol la había tranquilizado y las gambas la dejaron como nueva. Puesto que creía sentirse a salvo donde estaba, por qué no mirar el partido y quedarse, tal vez, hasta que cerraran.

El bar estaba lleno cuando salieron los jugadores al campo. Los clientes contemplaban la pantalla gigante situada por encima de la barra y se emborrachaban. Darby se había convertido ahora en una entusiasta de los Saints. Esperaba que sus tres compañeros estuvieran bien y disfrutaran del partido.. El público silbaba y maldecía a los Redskins.

Darby se quedó en su pequeño rincón hasta mucho después de terminado el partido, y se deslizó en la oscuridad de la noche.

En algún momento del cuarto tiempo, cuando los Saints perdían por cuatro goles, Edwin Sneller colgó el teléfono y apagó la televisión. Estiró las piernas, levantó de nuevo el teléfono y llamó a Khamel a la habitación contigua.

–Fíjese en mi inglés –dijo el asesino–. Dígame si detecta algún acento.

–De acuerdo. Está aquí –respondió Sneller–. Uno de nuestros hombres la ha visto esta mañana en Jackson Square. Después de seguirla tres manzanas, la ha perdido.

–¿Cómo la ha perdido?

–No importa, ¿no le parece? Se ha escabullido, pero está aquí. Su cabello es muy corto y casi blanco.

–¿Blanco?

Sneller odiaba repetirse, especialmente con ese mestizo.

–Ha dicho que no era rubio sino blanco, y que vestía pantalón verde de combate y una chaqueta de piloto color castaño. De algún modo le reconoció y se dio a la fuga.

–¿Cómo podía reconocerle? ¿Le había visto antes?

Qué estupidez de preguntas. Era difícil creer que se le considerara un superhombre.

–No puedo responderle.

–¿Qué le parece mi inglés?

–Perfecto. Hay una pequeña tarjeta bajo su puerta. Debe verla.

Khamel dejó el teléfono sobre la almohada y se acercó a la puerta. Al cabo de un momento, levantó de nuevo el teléfono.

–¿Quién es ése?

–Se llama Verheek. Norteamericano de origen holandés. Trabaja para el FBI en Washington. Evidentemente era amigo de Callahan. Se licenciaron juntos en Georgetown y Verheek participó oficialmente en el luto ayer en el funeral. Anoche estaba en un bar cerca del campus y formulaba preguntas sobre la chica. Hace un par de horas, uno de nuestros hombres que suplantaba a un agente del FBI, estaba en el mismo bar y ha entablado una conversación con el barman, que ha resultado ser un estudiante de Derecho que conoce a la chica. Después de mirar juntos el partido y charlar un rato, el joven le ha mostrado la tarjeta. Mire el reverso de la misma. Está en la habitación diecinueve cero nueve del Hilton.

–Eso está a cinco minutos andando –dijo, con los planos abiertos sobre una de las camas.

–Efectivamente. Hemos hecho unas cuantas llamadas a Washington. No es agente, sino sólo abogado. Conocía a Callahan y puede que conozca a la chica. Es evidente que intenta encontrarla.

–Ella hablaría con él, ¿no es cierto?

–Probablemente.

–¿Qué le parece mi inglés?

–Perfecto.

Khamel esperó una hora y abandonó el hotel. Con chaqueta y corbata, pasaba totalmente desapercibido a la hora del crepúsculo, al pasear por Canal en dirección al río. Llevaba consigo una gran bolsa deportiva, fumaba un cigarrillo, y al cabo de cinco minutos entraba en el vestíbulo del Hilton. Se abrió paso entre el grupo de entusiastas que regresaba del estadio. El ascensor paró en el vigésimo piso y descendió por la escalera hasta el decimonoveno.

No obtuvo respuesta alguna en la habitación diecinueve cero nueve. De haberse abierto la puerta con la cadena trabada, habría pedido disculpas por haberse equivocado de habitación.

Si lo hubiera hecho sin la cadena y con un rostro en la rendija, le habría dado un decidido puntapié y habría entrado en la habitación. Pero no se abrió.

Su nuevo amigo Verheek estaba probablemente en algún bar, distribuyendo tarjetas de visita y suplicándoles a los jóvenes que le hablaran de Darby Shaw. Menudo imbécil.

Llamó de nuevo y, mientras lo hacía, introdujo una regla de plástico de quince centímetros entre la puerta y el marco, y la movió hasta que se abrió el pestillo. Los cerrojos no eran más que un pequeño inconveniente para Khamel. Sin llave, era capaz de abrir un coche cerrado y arrancar el motor en menos de treinta segundos.

Desde el interior, volvió a correr el pestillo y dejó la bolsa sobre la cama. Al igual que un cirujano, se sacó unos guantes del bolsillo y se los puso cuidadosamente. Dejó una pistola del calibre veintidós y un silenciador sobre la mesa.

Tardó sólo un momento en manipular el teléfono. Entonces conectó el magnetófono en un enchufe situado bajo la cama, donde podría permanecer varias semanas sin que nadie lo viera. Llamó dos veces al servicio meteorológico para probarlo. Perfecto.

Su nuevo amigo Verheek era descuidado. La mayoría de sus prendas estaban sucias, esparcidas por la habitación; simplemente arrojadas en dirección a la maleta, situada sobre una mesa. No se había molestado en guardarlas. Una bolsa barata colgaba del armario, con una sola camisa.

Khamel borró sus huellas y se instaló en el armario. Era un hombre paciente y esperaría varias horas. Tenía la pistola en la mano, por si a ese imbécil se le ocurría abrir el armario y se veía obligado a matarlo a balazos. De lo contrario, se limitaría a escuchar.

VEINTITRÉS

Gávin optó por abandonar los bares el domingo. No sacaba nada en limpio. Qué diablos, ella le había llamado y era evidente que no circulaba por esos lugares. Por otra parte, bebía demasiado, comía demasiado y estaba harto de Nueva Orleans. Había reservado ya un vuelo para el lunes por la tarde y, aunque no volviera a llamarle, estaba harto de jugar a detectives.

No era capaz de encontrarla y no era culpa suya. Incluso los taxistas se perdían en esa ciudad. A las doce del mediodía, Voyles pondría el grito en el cielo. Había hecho cuanto estaba en su mano.

Se tumbó sobre la cama en calzoncillos, con una revista en las manos y haciendo caso omiso de la televisión. Eran casi las once. Esperaría hasta las doce y luego procuraría dormir.

Sonó exactamente a las once. Pulsó un botón y apagó el televisor con el mando a distancia.

–Diga.

–Soy yo, Gavin.

Era ella.

–De modo que sigues viva.

–Por los pelos.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó, sentado al borde de la cama.

–Hoy me han visto y uno de sus esbirros, mi amigo Tocón, me ha perseguido por el barrio francés. Tú no le conoces, pero es el que os vigilaba, a ti y a todos los demás, cuando entrabais en la iglesia.

–Pero has logrado escapar.

–Casi por milagro, pero lo he conseguido.

–¿Qué le ha ocurrido a Tocón?

–Está gravemente herido. Probablemente está en cama, con una bolsa de hielo en los calzoncillos. Estaba a pocos pasos de mí, cuando le dio por pelearse con unos individuos de muy malas pulgas. Tengo miedo, Gavin.

–¿Te siguió desde algún lugar?

–No. Se puede decir que nos cruzamos por la calle.

Verheek hizo una pausa momentánea. A Darby le temblaba la voz, aunque todavía la controlaba. Empezaba a perder la serenidad.

–Escúchame, Darby, he reservado plaza en un vuelo para marcharme de aquí mañana por la tarde. Tengo trabajo y mi jefe quiere que regrese a la oficina. De modo que no puedo quedarme un mes entero en Nueva Orleans, con la esperanza de que no te maten, que recuperes el sentido común y decidas confiar en mí. Me marcho mañana y creo que te conviene venir conmigo.

–¿Dónde?

–A Washington. A mi casa. A cualquier lugar alejado de donde estás ahora.

–¿Qué ocurrirá entonces?

–Para empezar, conservarás la vida. Se lo suplicaré al director y te prometo que estarás a salvo. Maldita sea, algo haremos. Cualquier cosa es mejor que esto.

–¿Qué te hace suponer que podremos salir de aquí tranquilamente en un avión?

–Porque te escoltarán tres agentes del FBI. Porque no estoy completamente tarado. Escúchame, Darby, dime dónde quieres que nos reunamos ahora mismo y en menos de quince minutos vendré a recogerte con tres agentes. Esos muchachos van armados y no le temen a tu pequeño Tocón, ni a sus amigos. Te sacaremos de la ciudad esta noche y te llevaremos a Washington mañana. Te prometo que mañana mismo me entrevistaré personalmente con mi jefe, el excelentísimo F. Denton Voyles, y lo solventaremos sobre la marcha.

–Tenía entendido que el FBI había abandonado el caso.

–Lo ha hecho, pero puede que cambie.

–¿Entonces de dónde van a salir los tres agentes?

–Tengo amigos.

Reflexionó unos instantes y de pronto su voz cobró vigor.

–Detrás de tu hotel hay un lugar llamado Riverwalk. Son unas galerías con tiendas, restaurantes y...

–Esta tarde he pasado allí un par de horas.

–Perfecto. En la segunda planta hay una tienda de confección llamada Frenchmen's Bend.

–La he visto.

–A las doce en punto del mediodía de mañana, quiero que estés junto a la puerta y esperes cinco minutos.

–Por Dios, Darby. Mañana al mediodía puedes estar muerta. Ya basta de jugar al gato y el ratón.

–Haz lo que te digo, Gavin. Puesto que nunca nos hemos visto, no sé qué aspecto tienes. Ponte una camisa negra y una gorra roja de béisbol.

–¿Dónde voy a encontrar semejantes prendas?

–Búscalas.

–De acuerdo, de acuerdo, las encontraré. Supongo que querrás que me hurgue la nariz con una pala, o algo por el estilo. Esto es absurdo.

–No estoy de humor para bromas y si no te callas lo olvidamos todo.

–Es tu cabeza la que está en juego.

–Por favor, Gavin.

–Lo siento. Seguiré tus instrucciones. Has elegido un lugar muy transitado.

–Sí, lo sé. Me siento más segura entre la gente. Quédate junto a la puerta unos cinco minutos, con un periódico doblado bajo el brazo. Te estaré observando. Al cabo de cinco minutos, entra en la tienda y dirígete al fondo a la derecha, donde verás una estantería de cazadoras. Dedícate a mirarlas un poco y yo te encontraré.

–¿Cómo irás vestida?

–No te preocupes por mí.

–De acuerdo. ¿Entonces qué haremos?

–Tú y yo, y sólo tú y yo, saldremos de la ciudad. No quiero que nadie más lo sepa. ¿Comprendes?

–No, no lo comprendo. Puedo tomar medidas de seguridad.

–No, Gavin. Las decisiones las tomo yo, ¿de acuerdo? Nadie más. Olvida a tus tres agentes con los que tienes amistad. ¿Me lo prometes?

–Prometido. ¿Cómo propones que salgamos de la ciudad?

–Tengo un plan.

–No me gustan tus planes, Darby. Esos malvados te siguen de cerca y ahora me metes también a mí en el atolladero. Eso no es lo que me proponía. Es mucho más seguro hacerlo a mi estilo. Tanto para ti como para mí.

–Pero estarás allí a las doce, ¿no es cierto?

–Sí, allí estaré –respondió con los ojos cerrados, después de levantarse de la cama–. Espero que tú también.

–¿Cuánto mides de altura?

–Metro setenta y ocho.

–¿Cuánto pesas?

–Me lo temía. Generalmente miento. Noventa kilos, pero pienso perder peso. Te lo juro.

–Nos veremos mañana, Gavin.

–Eso espero, querida.

Darby ya se había ido, cuando Gavin colgó el teléfono.

–¡Maldita sea! –exclamó–. ¡Maldita sea!

Cruzó un par de veces la habitación de un lado para otro, antes de dirigirse al cuarto de baño, cerrar la puerta y abrir el grifo de la ducha.

Sin dejar de pensar en Darby, echó unas cuantas maldiciones mientras se duchaba y, al cabo de diez minutos, cerró la ducha y se secó. Su peso era más bien de unos ciento diez kilos, repartidos por su metro setenta y seis. Tenía un aspecto lamentable. Estaba a punto de conocer a esa hermosa mujer, que de pronto ponía su vida en sus manos, y no era más que una piltrafa humana.

Abrió la puerta. La habitación estaba a oscuras. ¿A oscuras? Había dejado las luces encendidas. ¿Qué diablos? Se dirigió al interruptor, situado junto a la cómoda.

El primer golpe le aplastó la laringe. Fue un golpe perfecto procedente de un costado, de algún lugar cerca de la pared. Emitió un doloroso quejido y cayó sobre una rodilla, lo cual facilitó el segundo golpe, como un hachazo sobre un grueso tronco. Cayó como una roca sobre su nuca y Gavin había fallecido.

Khamel encendió la luz y contempló aquel lamentable cuerpo paralizado en el suelo. No era de los que admiran su trabajo. A fin de no dañar la moqueta, lo levantó sobre sus hombros

y lo depositó en la cama. Con rapidez y sin desperdiciar ningún movimiento, Khamel encendió la televisión, subió el volumen, abrió su bolsa, sacó un revólver barato calibre veinticinco y lo colocó junto a la sien derecha del difunto Gavin Verheek. Cubrió el arma y la cabeza con dos almohadas, y apretó el gatillo. Ahora venía lo más delicado: colocó una de las almohadas cuidadosamente bajo la cabeza del difunto, arrojó la segunda al suelo, dobló meticulosamente los dedos de su mano derecha sobre la empuñadura del revólver y la colocó a veinte centímetros de la cabeza.

Recogió el magnetófono de debajo de la cama y conectó directamente el teléfono. Pulsó un botón, escuchó y ahí estaba. Apagó el televisor.

Todos los trabajos eran distintos. En una ocasión había acechado a su víctima tres semanas en Ciudad de México y finalmente la había atrapado en la cama, con dos prostitutas. Había cometido un error estúpido y, a lo largo de su carrera, se había aprovechado varias veces de las equivocaciones de sus enemigos. Ese individuo era un error estúpido. Un abogado imbécil que hablaba demasiado y por todas partes dejaba tarjetas con el número de su habitación. Se había asomado al mundo de los asesinos de primera división y ahí estaba ahora.

Con un poco de suerte, la policía echaría un breve vistazo a la habitación y decidiría que se trataba de un suicidio. De acuerdo con sus normas, se formularían un par de preguntas que no podrían responder, pero que siempre se hacían. Por tratarse de un abogado importante del FBI, en un día o dos se le practicaría una autopsia y, probablemente el martes, alguien descubriría que no se trataba de un suicidio.

El martes la chica estaría muerta y él se encontraría en Managua.

VEINTICUATRO

Sus habituales fuentes oficiales en la Casa Blanca negaron todo conocimiento del informe pelícano. Sarge nunca había oído hablar del mismo. Algunas llamadas tentativas al FBI fueron también infructuosas. Un amigo del Departamento de Justicia negó haber oído algo al respecto. Después de un fin de semana de investigación, no había descubierto nada. Comprobó lo ocurrido a Callahan, con un ejemplar del periódico de Nueva Orleans. Cuando el lunes ella le llamó a la redacción, él no tenía nada nuevo que contarle. Pero por lo menos llamó.

Pelícano dijo que no se molestara en localizar la llamada, porque estaba en un teléfono público.

–Sigo investigando. Si existe dicho informe en la ciudad, está cuidadosamente protegido.

–No le quepa la menor duda de que está ahí y comprendo que lo oculten.

–Estoy seguro de que puede contarme algo más.

–Mucho más. Ayer estuvieron a punto de matarme a causa del informe y, por consiguiente, puede que esté dispuesta a hablar antes de lo que pensaba. Debo aprovechar que sigo viva para desahogarme.

–¿Quién pretende matarla?

–La misma gente que mató a Rosenberg, Jensen y Thomas Callahan.

¿Conoce sus nombres?

–No, pero he visto por lo menos a cuatro de ellos desde el miércoles. Están aquí, en Nueva Orleans, husmeando, a la espera de que cometa algún estúpido error y puedan matarme.

–¿Cuánta gente conoce la existencia del informe pelícano?

–Buena pregunta. Callahan se lo entregó al FBI y creo que de allí pasó a la Casa Blanca, donde evidentemente provocó un escándalo, y a partir de ahí quién sabe dónde. Dos días des-

pués de entregárselo al FBI, Callahan estaba muerto. Yo, por supuesto, debía haber muerto con él.

–¿Estaban juntos?

–Yo estaba cerca, pero no lo suficiente.

–¿De modo que usted es la mujer no identificada en la escena del crimen?

–Así es como me ha descrito el periódico.

–¿Entonces la policía tiene su nombre?

–Me llamo Darby Shaw. Soy estudiante de segundo curso en la facultad de Derecho de Tulane. Thomas Callahan era mi profesor y mi amante. Escribí el informe, se lo entregué a él y ya conoce el resto de la historia. ¿Toma nota?

–Sí –respondió, mientras escribía afanosamente–. La escucho.

–Estoy bastante harta del barrio francés y hoy pienso marcharme. Mañana le llamaré desde algún otro lugar. ¿Tiene usted acceso a la documentación de la campaña presidencial?

–Esa documentación es pública.

–Lo sé. ¿Pero con qué rapidez puede conseguir la información?

–¿Qué información?

–Una lista de los principales contribuyentes a la última elección presidencial.

–Es fácil. Puedo tenerla esta misma tarde.

–Hágalo y le llamaré por la mañana.

–De acuerdo. ¿Tiene una copia del informe?

–No –titubeó–, pero está grabado en mi memoria.

–¿Y sabe quién comete los asesinatos?

–Sí, y tan pronto como se lo diga, le incluirán en la lista de las víctimas..

–Dígamelo ahora.

–Tranquilícese. Le llamaré mañana.

Grantham escuchó atentamente, hasta que colgó el teléfono. Entonces cogió su cuaderno de notas y zigzagueó entre un laberinto de escritorios, hasta llegar al despacho de cristal de su redactor, Smith Keen. Keen era un individuo sano y robusto, que insistía en que la puerta de su despacho permaneciera abierta, con lo que garantizaba un caos permanente en el mismo. Acababa de colgar el teléfono cuando Grantham irrumpió en el despacho y cerró la puerta.

–Deje la puerta abierta –ordenó Keen.

–Hemos de hablar, Smith.

–Hablaremos con la puerta abierta. Abra esa maldita puerta.

–La abriré dentro de un momento –respondió Grantham, al tiempo que le mostraba las palmas de ambas manos a su redactor, para indicar la gravedad del caso–. Hemos de hablar.

–De acuerdo. ¿De qué se trata?

–Es gordo, Smith.

–Ya sé que es gordo. Ha cerrado esa maldita puerta, debe ser muy gordo.

–Acabo de mantener mi segunda conversación telefónica con una joven llamada Darby Shaw, que sabe quién mató a Rosenberg y Jensen.

Keen se sentó lentamente, con la mirada fija en Grantham.

–Sí, hijo, es gordo. ¿Pero cómo lo sabe? ¿Cómo lo sabe ella? ¿Cómo puede demostrarlo?

–Todavía no tengo pruebas, Smith, pero habla conmigo. Lea eso –dijo Grantham, al tiempo que le entregaba un ejemplar del periódico donde se describía la muerte de Callaban.

Keen lo leyó lentamente.

Librodot

–Bien, ¿quién es Callahan?

–Hoy hace una semana entregó un pequeño documento conocido como informe pelícano al FBI, aquí en la capital. Evidentemente, el informe implica a un oscuro personaje en los asesinatos. El informe pasó de mano en mano, luego acabó en la Casa Blanca y de allí nadie sabe dónde. Al cabo de dos días, Callahan arrancó su Porsche por última vez. Darby Shaw asegura ser la mujer sin identificar que se menciona en el artículo. Estaba con Callahan y se suponía que debía morir con él.

–¿Por qué se suponía que debía morir?

–Ella fue quien escribió el informe, Smith. O, por lo menos, eso afirma.

Keen se acomodó en su sillón y colocó los pies sobre la mesa, mientras observaba la fotografía de Callaban.

–¿Dónde está el informe?

–No lo sé.

–¿Qué contiene?

–Tampoco lo sé.

–Entonces no tenemos nada, ¿no es cierto?

–Todavía no. ¿Pero y si me cuenta todo el contenido del informe?

–¿Cuándo lo hará?

–Creo que pronto. Muy pronto –titubeó Grantham. Keen movió la cabeza y arrojó el periódico sobre la mesa.

–Si tuviéramos el informe, Gray, tendríamos un artículo extraordinario, pero no podríamos publicarlo. Será preciso verificarlo escrupulosamente y con toda suerte de detalles antes de poder hacerlo.

–¿Pero cuento con luz verde?

–Sí, a condición de que me mantenga permanentemente informado. No escriba una palabra sin hablar conmigo. Grantham sonrió y abrió la puerta.

Éste no era un trabajo de cuarenta dólares por hora. Ni siquiera de treinta, ni de veinte. Croft sabía que tendría suerte de sacarle quince a Grantham, por esa menudencia que era como buscar una aguja en un pajar. Si hubiera tenido otro trabajo, le habría dicho a Grantham que se buscara a otro, o todavía mejor, que lo hiciera él mismo.

Pero andaba escaso de trabajo y no estaba en condiciones de rechazar quince dólares por hora. Acabó de fumarse un porro en el último retrete, tiró de la cadena y abrió la puerta. Se colocó las gafas oscuras sobre las orejas y salió al vestíbulo que conducía a la plataforma, desde donde cuatro escaleras automáticas transportaban un millar de abogados a sus pequeños despachos, en los que pasarían el día discutiendo y amenazando a tanto la hora. Había grabado el rostro de García en su mente. Veía incluso en sueños la cara despierta y atractiva de aquel muchacho, así como su esbelto cuerpo con su costoso traje. Le reconocería si le veía.

Estaba junto a una columna, con un periódico en las manos, procurando observar a todo el mundo tras sus gafas oscuras. Estaba todo lleno de abogados, que subían apresuradamente con sus afectados rostros y afectados maletines. Cuánto odiaba a los abogados. ¿Por qué vestían todos del mismo modo? Traje oscuro. Zapatos oscuros. Mirada lúgubre. De vez en cuando algún inconformista con una atrevida pajarita. ¿De dónde salían todos? Poco después de su detención por posesión de drogas, sus abogados habían sido un grupo de enojados chillones, contratados por el Post. Luego contrató a su propio abogado, un cretino que cobraba honorarios abusivos y era incapaz de encontrar la sala de la audiencia. El fiscal, evidentemente, también era abogado. Abogados, abogados.

Librodot

Dos horas por la mañana, dos horas al mediodía, dos horas por la tarde, y luego Grantham le encargó vigilar otro edificio. Noventa dólares diarios era barato y lo dejaría cuando encontrara algo mejor. Le dijo a Grantham que aquello era perder el tiempo, andar a tientas en la oscuridad. Grantham estaba de acuerdo, pero insistió en que persistiera. Era lo único que podían hacer. Dijo que García estaba asustado y no volvería a llamar. Tenían que encontrarle.

Llevaba dos fotografías en el bolsillo, por si acaso, y después de consultar la guía telefónica, había confeccionado una lista de todos los bufetes del edificio. Era una larga lista. El edificio tenía doce plantas, predominantemente llenas de despachos ocupados por letrados. Estaba en una madriguera de víboras.

A las nueve y media había acabado la aglomeración y algunos rostros familiares descendían por las escaleras automáticas, de camino sin duda a los juzgados, agencias y comisiones. Croft salió por la puerta giratoria y se limpió los pies en la acera.

A cuatro manzanas, Fletcher Coal paseaba frente al escritorio del presidente y escuchaba atentamente con el teléfono pegado a la oreja. Frunció el entrecejo, cerró los ojos y a continuación miró fijamente al presidente, como para decirle: «Malas noticias, jefe, muy malas noticias.» El presidente tenía una carta en las manos y miraba a Coal por encima de las gafas. El hecho que Coal paseara como el Führer realmente le irritaba y decidió mentalmente comentárselo.

Coal colgó violentamente el teléfono.

–¡No golpee los malditos teléfonos! –exclamó el presidente.

–Lo siento –respondió Coal imperturbable– Era Zikman. Gray Grantham ha llamado hace treinta minutos para preguntarle si sabía algo acerca del informe pelícano.

–Fabuloso. Maravilloso. ¿Cómo se las ha arreglado para conseguir una copia?

–Zikman no sabe nada sobre el mismo –respondió Coal, sin dejar de pasear–de modo que su ignorancia era sincera.

–Su ignorancia siempre es sincera. Es el más imbécil de mis empleados, Fletcher, y quiero que se largue.

–Lo que usted mande –dijo Coal después de sentarse frente al escritorio y juntar las manos en forma de pirámide bajo la barbilla.

Estaba plenamente inmerso en sus pensamientos y el presidente intentaba ignorarlo. Reflexionaron durante unos instantes.

–¿Lo ha divulgado Voyles? –dijo finalmente el presidente.

–Tal vez, si se ha divulgado. A Grantham se le conoce por sus faroles. No podemos estar seguros de que haya visto el informe. Puede que sólo haya oído hablar del mismo y esté pescando.

–Y una mierda. ¿Qué ocurrirá si publican algún artículo descabellado sobre ese maldito asunto? ¿Qué ocurrirá entonces? –exclamó el presidente, al tiempo que daba un manotazo sobre la mesa y se ponía de pie–. ¿Qué ocurrirá, Fletcher? ¡Ese periódico me odia! –se lamentó frente a la ventana.

–No pueden publicarlo sin otra fuente y no puede haber otra fuente porque es falso. Es una idea descabellada, que no ha ido mucho más allá de lo que merece.

–¿Cómo ha llegado a oídos de Grantham? –preguntó el presidente, después de amorrarse un rato a la ventana.

Coal se levantó y empezó de nuevo a pasear, aunque ahora mucho más despacio. Estaba todavía profundamente inmerso en sus pensamientos.

–Quién sabe. Aquí nadie lo sabe, a excepción de usted y yo. Trajeron una copia y está bajo llave en mi despacho. Yo hice personalmente la fotocopia que le entregué a Gminski. Le obligué a jurar que guardaría el secreto.

El presidente hizo una mueca frente a la ventana.

–De acuerdo, tiene usted razón –prosiguió Coal–. Ahora podría circular un millar de copias. Pero es inofensivo, a no ser, claro está, que nuestro amigo haya cometido realmente esas fechorías, en cuyo caso...

–En cuyo caso estoy metido en un buen lío.

–Efectivamente, están metidos en un buen lío.

–¿Cuánto dinero recibimos?

–Directa e indirectamente, varios millones.

Así como legal e ilegalmente, aunque el presidente tenía escaso conocimiento de dichas transacciones y Coal decidió guardar silencio.

–¿Por qué no llama a Grantham? –preguntó el presidente, después de acercarse lentamente al sofá–. Hágale preguntas. Averigüe lo que sabe. Si se trata de un farol, será evidente. ¿Qué le parece?

–No lo sé.

–Ha hablado con él en otras ocasiones, ¿no es cierto? Todo el mundo conoce a Grantham.

–Sí, he hablado con él en otras ocasiones –respondió Coal, que ahora paseaba por detrás del sofá–. Pero si ahora le llamo inesperadamente, sospechará.

–Sí, supongo que tiene razón –dijo el presidente, que paseaba por el otro lado del sofá–. ¿Qué es lo peor que puede ocurrir? –preguntó finalmente.

–Que nuestro amigo esté involucrado. Usted le pidió a Voyles que no le molestará. La prensa podría exponer a nuestro amigo. Voyles se cubriría las espaldas y declararía que usted le ordenó no meterse con nuestro amigo, para concentrarse en otros sospechosos. El Post se pondría las botas con otra operación de tapadera. Y podríamos olvidar la reelección.

–¿Eso es todo?

–Sí, pero es descabellado –respondió Coal, después de unos instantes de reflexión–. El informe es una fantasía. Grantham no encontrará nada y yo voy a llegar tarde a una reunión de personal –agregó mientras se dirigía a la puerta–. Voy a jugar una partida de squash a la hora del almuerzo. Regresaré a la una.

El presidente vio cómo se cerraba la puerta y respiró hondo. Tenía planeado dieciocho agujeros por la tarde y por tanto no se preocuparía de ese asunto pelícano. Si Coal no estaba intranquilo, tampoco él.

Pulsó unos números en su teléfono, esperó pacientemente, y por fin oyó la voz de Bob Gminski por la línea. El director de la CIA era un terrible jugador de golf, uno de los pocos a los que el presidente podía humillar y le invitó a jugar por la tarde. Por supuesto, respondió Gminski, que tenía un montón de cosas que hacer pero, claro, tratándose del presidente, estaría encantado de jugar con él.

–A propósito, Bob, ¿qué me dice de ese asunto pelícano en Nueva Orleans?

Gminski se aclaró la garganta y procuró parecer relajado.

–Bien, jefe, el viernes le dije a Fletcher Coal que es un asunto muy imaginativo y repleto de ficción. Creo que su autora debería olvidarse del Derecho y consagrarse a la literatura –concluyó, con una carcajada.

–Me alegro, Bob. Entonces no hay nada de verdad en ello.

–Seguimos investigando.

–Nos veremos a las tres.

El presidente colgó el teléfono y fue inmediatamente a por su putter.

VEINTICINCO

Riverwalk ocupa medio kilómetro a lo largo del río y siempre está lleno de gente. En el mismo hay dos centenares de tiendas y restaurantes en diversas plantas, la mayoría bajo el mismo techo, y bastantes con la entrada por el amplio paseo junto al río. Se encuentra al fondo de Poydras Street y a cuatro pasos del barrio francés.

Llegó a las once y se tomó un expreso al fondo de un pequeño café, mientras intentaba leer un periódico y aparentar tranquilidad. Frenchmen's Bend estaba a la vuelta de la esquina, en la planta inferior. Estaba muy nerviosa y el expreso no contribuyó a mejorar su condición.

Llevaba una lista en el bolsillo de cosas que debía hacer, pasos específicos en momentos concretos, incluso palabras y frases que había memorizado por si las cosas se ponían realmente feas y Verheek perdía el control de la situación. Había dormido sólo dos horas y pasado el resto del tiempo con un cuaderno en las manos, formulando planes y diagramas. Si moría, no sería por falta de preparación.

No podía confiar en Gavin Verheek. Trabajaba para una agencia de seguridad gubernamental, que a veces operaba según sus propias normas. El hombre de quien recibía órdenes tenía un historial de paranoia y juego sucio. Su jefe era responsable ante el presidente, al frente de una administración dirigida por imbéciles. El presidente tenía amigos ricos y poco escrupulosos, que le daban montones de dinero.

En aquel momento, no había nadie más en quien confiar. Después de cinco días y de haber estado dos veces a punto de perder la vida, había decidido tirar la toalla. Nueva Orleans había perdido su encanto. Necesitaba ayuda y si tenía que confiar en la policía, la federal era tan buena como cualquiera.

Las once cuarenta y cinco. Pagó el café, esperó a que pasara un grupo de gente y se unió al mismo. Había una docena de personas que circulaban por Frenchmen's Bend cuando pasó junto a la puerta, donde su amigo debería encontrarse dentro de unos diez minutos. Entró en la librería, dos puertas más allá. Había por lo menos tres tiendas en la zona, en las que podía comprar, ocultarse y vigilar la puerta de Frenchmen's Bend. Eligió la librería, porque los dependientes no presionaban a los clientes que se esperaba circularan a sus anchas. Examinó primero las revistas, a continuación, cuando faltaban todavía tres minutos, se colocó entre dos estanterías de libros de cocina para observar la llegada de Gavin.

Thomas le había dicho que siempre llegaba tarde. Una hora de retraso era temprano para él, pero sólo estaba dispuesta a esperarle quince minutos.

Se suponía que debía llegar a las doce en punto y ahí estaba. Jersey negro, gorra roja de béisbol y un periódico doblado bajo el brazo. Era un poco más delgado de lo que imaginaba, pero podía perder unos kilos. Se le aceleró el pulso. Tranquilízate, se dijo a sí misma. Maldita sea, tranquilízate.

Levantó un libro de cocina y miró por encima del mismo. Tenía el pelo gris y la piel oscura. Unas gafas de sol ocultaban sus ojos. Se movía como si estuviera irritado, al igual que cuando hablaba por teléfono. Se pasaba el periódico de una mano a otra, levantaba alternativamente los pies y miraba con nerviosismo a su alrededor.

Parecía un buen tipo. Le gustaba su aspecto. Manifestaba una actitud vulnerable y poco profesional, que indicaba que también estaba asustado.

Al cabo de cinco minutos entró en la tienda, tal como se le había ordenado, y se dirigió al fondo a la derecha.

Khamel había sido entrenado para galantear con la muerte. Muchas veces había estado cerca de ella, pero nunca la había temido. Y después de treinta años a la expectativa, nada, absolutamente nada le ponía nervioso. Le emocionaba un poco el sexo, pero eso era todo. Su nerviosismo era fingido. Los pequeños movimientos estudiados. Había sobrevivido en situaciones fingidas con individuos de casi tanto talento como él y no tendría ninguna dificultad en controlar aquel encuentro con una niña desesperada. Examinó las cazadoras y procuró parecer nervioso.

Llevaba un pañuelo en el bolsillo, porque de pronto se había resfriado y tenía la voz un poco ronca y carrasposa. Había escuchado la grabación un centenar de veces y estaba seguro de poder imitar la inflexión, el ritmo y el ligero acento del medio oeste septentrional. Pero la voz de Verheek era un poco más nasal, de ahí el pañuelo para el resfriado.

Era difícil permitir que alguien se le acercara por la espalda, pero sabía que debía hacerlo. No la vio llegar. Estaba a su espalda, muy cerca de él, cuando dijo:

–Gavin.

Se dio inmediatamente la vuelta. Ella tenía un sombrero de fieltro blanco en las manos, con el que parecía estar hablando.

–Darby –respondió, al tiempo que se sacaba el pañuelo y fingía un estornudo.

Tosió y estornudó. El cabello de Darby era dorado y más corto que el suyo.

–Larguémonos de aquí –agregó–. Esto no me gusta.

A Darby tampoco le gustaba. Era lunes, y mientras sus compañeros se esforzaban para seguir penosamente sus estudios en la facultad, ella estaba ahí disfrazada, practicando juegos de capa y espada, con un individuo que podía conducirla a la muerte.

–Limítate a hacer lo que te diga, ¿de acuerdo? ¿Cómo te has resfriado?

Se llevó el pañuelo a la boca, estornudó y habló tan bajo como pudo, como si le doliera.

–Fue anoche. Dejé el aire acondicionado demasiado bajo. Larguémonos de aquí.

–Sígueme.

Salieron de la tienda. Darby le cogió de la mano y bajaron rápidamente por la escalera que llegaba junto al río.

–¿Los has visto? –preguntó él.

–No. Todavía no. Pero estoy segura de que están ahí.

–¿Adónde diablos nos dirigimos? –preguntó con la voz carrasposa.

Avanzaban por el paseo junto a la orilla, casi al trote, sin mirarse.

–Ven conmigo sin hacer preguntas.

–Vas demasiado de prisa, Darby. Llamamos la atención. Anda más despacio. Esto es una locura. Déjame llamar por teléfono y estaremos seguros. Puedo tener aquí tres agentes en diez minutos.

Era convincente. Funcionaba. Corrían cogidos de la mano, como si la vida de ambos corriera peligro.

–No –respondió Darby, después de aflojar el paso.

El paseo estaba lleno de gente y se había formado una cola junto al Bayou Queen, un transbordador de ruedas. Se pusieron en la cola.

–¿Qué diablos es esto?

–¿No dejas nunca de quejarte? –casi susurró Darby.

–No. Especialmente ante las estupideces y esto lo es. ¿Vamos a embarcar en ese buque?

–Sí.

–¿Por qué? –estornudó de nuevo, antes de toser involuntariamente.

Podría liquidarla ahora mismo con una sola mano, pero estaba todo lleno de gente, delante y detrás. Él presumía de su pulcritud y aquél era un lugar poco indicado para llevar a cabo su misión. Subirían a bordo, le seguiría la corriente unos minutos y vería cómo se desenvolvían los acontecimientos. Podría llevarla a la cubierta superior, matarla, tirarla por la borda y empezar a chillar. Otro terrible accidente en el río. Puede que funcionara. De lo contrario, tendría paciencia. Habría muerto en menos de una hora. Gavin era un importuno, de modo que no debía dejar de fastidiar.

–Porque tengo un coche en un aparcamiento junto al río, a dos kilómetros de aquí, donde nos detendremos en treinta minutos –explicó en voz baja–. Desembarcaremos, cogeremos el coche y nos largaremos.

–No me gustan los buques –dijo mientras avanzaba la cola–. Me mareo. Esto es peligroso, Darby –tosió y miró a su espalda, como si le persiguieran.

–Tranquilízate, Gavin. Todo saldrá bien.

Khamel tiró de sus pantalones. Medían noventa y un centímetros de cintura y cubrían ocho pares de calzoncillos y pantalones deportivos. Su jersey era desmesuradamente grande y, en lugar de sesenta y ocho kilos, parecía que pesara ochenta y seis. No obstante, parecía que funcionaba.

Estaban a punto de embarcar en el Bayou Queen.

–Esto no me gusta –susurró lo suficientemente alto para que ella lo oyera.

–Cállate.

El individuo de la pistola corrió hasta llegar a la cola, y se abrió paso con los codos entre la gente cargada con bolsos y cámaras. Los turistas estaban apretujados, como si un paseo por el río fuera lo más emocionante del mundo. No era la primera vez que asesinaba, pero nunca lo había hecho en un lugar tan público. La nuca de Darby era visible entre la muchedumbre. Él se abría desesperadamente paso entre la gente. Recibía algunos insultos, pero no le importaba. Llevaba la pistola en el bolsillo, pero al acercarse a la chica, se la sacó y la sujetó junto a la pierna derecha. Estaba a punto de embarcarse. Avanzó con mayor rapidez y empujó a unas cuantas personas, que protestaron hasta que vieron la pistola y empezaron a chillar. La chica iba cogida de la mano de un individuo, que no dejaba de hablar. Ella estaba a punto de subir al buque, cuando él quitó de en medio a la última persona de un empujón y colocó rápidamente el cañón de la pistola en la nuca, bajo la gorra roja de béisbol. Hizo un solo disparo. La gente gritó y se arrojó al suelo.

Gavin se desplomó sobre la pasarela. Darby chilló y se retiró horrorizada. Había quedado ensordecida del disparo y la gente chillaba y señalaba. El individuo de la pistola corría velozmente hacia una hilera de tiendas llenas de gente. Un corpulento individuo con una cámara le chillaba y Darby le observó, hasta que se perdió entre la muchedumbre. Tal vez le había visto antes, pero no estaba segura. No podía parar de gritar.

–¡Tiene una pistola! –chilló una mujer cerca del buque.

La gente se alejó de Gavin, que estaba a cuatro patas con una pequeña pistola en la mano derecha. Se balanceaba tristemente hacia delante y hacia atrás, como un bebé que intentara andar a gatas. De su barbilla goteaba sangre, que formaba un charco bajo su cabeza casi a ras del suelo. Logró avanzar unos centímetros, hasta llegar con las rodillas al charco rojo oscuro.

La gente siguió retrocediendo, horrorizada ante aquel herido que luchaba con la muerte. Entre temblores y estremecimientos siguió avanzando, sin dirigirse a ningún lugar pero con el anhelo de moverse, de vivir. Empezó a chillar. Emitía unos dolorosos quejidos en un idioma que Darby no reconoció.

No dejaba de brotar la sangre de su nariz y barbilla. Gemía en un lenguaje desconocido. Dos miembros de la tripulación del buque se acercaron a la pasarela, desde donde observaban sin atreverse a mover un dedo. Les preocupaba la pistola.

Una mujer empezó a llorar, luego otra. Darby retrocedió.

–Es egipcio –exclamó una mujer baja y morena. La noticia no significaba nada para la muchedumbre, ahora magnetizada.

Avanzó hasta llegar al borde del embarcadero. La pistola cayó al agua. Se desplomó en el suelo, con la cabeza, de la que no dejaba de gotear sangre, colgando sobre el agua. Se oyeron unos gritos y dos policías se le aproximaron.

Un centenar de personas se acercaban ahora para contemplar al muerto. Darby retrocedió, y abandonó el lugar. La policía formularía preguntas y, puesto que no tenía respuestas, prefería no hablar. Se sentía débil y necesitaba sentarse un rato, y reflexionar. Había una marisquería en Riverwalk. Estaba llena a la hora del almuerzo y fue directamente a los servicios en la parte trasera. Cerró la puerta y se sentó en el retrete.

Poco después de oscurecer, abandonó Riverwalk. El hotel Westin se encontraba a dos manzanas y esperaba poder llegar al mismo sin que la abatieran a tiros en la acera. Su ropa era distinta y la ocultaba una gabardina negra. Las gafas y el sombrero también eran nuevos. Estaba harta de gastar dinero en ropa, para tirarla. Estaba harta de muchas cosas.

Llegó al Westin sana y salva. No tenían habitaciones y se quedó una hora en el bien iluminado salón, tomando café. Había llegado el momento de moverse, pero no podía permitirse errores. Debía reflexionar.

Tal vez reflexionaba demasiado. Puede que ahora pensaran en ella como alguien que siempre reflexionaba, y actuaran en consecuencia.

Salió del Westin para dirigirse a Poydras, donde llamó un taxi. La cabeza del viejo negro estaba un poco por encima del volante.

–Tengo que ir a Baton Rouge –dijo Darby.

–Válgame Dios, querida, es un camino muy largo.

–¿Cuánto? –preguntó apresuradamente.

–Ciento cincuenta –respondió el taxista, después de un momento de reflexión.

Se instaló en el asiento posterior y arrojó un par de billetes junto al conductor.

–Aquí tiene doscientos. Procure llegar cuanto antes y vigile por el retrovisor. Puede que nos sigan.

Paró el taxímetro y se guardó el dinero en el bolsillo de la camisa. Darby se acomodó en el asiento trasero y cerró los ojos. Aquél no era un acto inteligente, pero la sensatez no conducía a nada. El anciano conducía de prisa y en pocos minutos llegaron a la autopista.

Habían dejado de silbarle los oídos, pero todavía oía el disparo y le veía a gatas, balanceándose, intentando prolongar un momento la vida. Thomas le había llamado en una ocasión el holandés Verheek, pero dijo que había abandonado el apodo al salir de la facultad y concentrarse en su carrera. El holandés Verheek no era egipcio.

Sólo había logrado ver de refilón al asesino cuando huía. Tenía algo de familiar. Había vuelto la cabeza a la derecha una sola vez cuando corría y algo le había sonado. Pero en aquel momento ella chillaba histérica y lo veía todo borroso.

Todo borroso. A mitad de camino de Baton Rouge, cayó en un profundo sueño.

VEINTISÉIS

El director Voyles estaba de pie, detrás de su sillón giratorio de ejecutivo. Iba sin chaqueta, y la mayoría de los botones de su camisa arrugada estaban desabrochados. Eran las nueve de la noche y, a juzgar por su aspecto, hacía por lo menos quince horas que no salía de la oficina. Ni tenía previsto hacerlo.

Escuchó la voz del teléfono, susurró algunas instrucciones y colgó. K. O. Lewis estaba sentado frente al escritorio. La puerta estaba abierta, las luces encendidas y todos seguían ahí. Los ánimos eran sombríos y sólo se oían pequeños susurros.

–Era Eric East –dijo Voyles, después de sentarse suavemente en su sillón–. Llegó hace un par de horas y ahora han acabado con la autopsia. Es la primera que ha presenciado. Una sola bala en la sien derecha, pero la muerte la había causado un solo golpe en las vértebras segunda y tercera cervicales, que quedaron desmenuzadas. No tenía quemaduras de pólvora en la mano. Otro golpe le había lesionado gravemente la laringe, pero no le había causado la muerte. Estaba desnudo. Se calcula que falleció anoche, entre las diez y las once.

–¿Quién descubrió el cadáver? –preguntó Lewis.

–Las camareras entraron en la habitación, aproximadamente a las diez de esta mañana. ¿Se lo comunicará usted a su esposa?

–Sí, claro –respondió K. O: . ¿Cuándo traerán el cadáver?

–East dice que lo librarán en un par de horas y debería estar aquí a eso de las dos de la tarde. Dígale que haremos todo lo que desee. Dígale que mañana mandaré a un centenar de agentes para que cubran toda la ciudad. Dígale que encontraremos al asesino, etcétera, etcétera.

–¿Alguna prueba?

–Probablemente ninguna. East dice que han inspeccionado la habitación desde las tres de la tarde y parece un trabajo limpio. Nada forzado. Ningún signo de resistencia. Nada que pudiera servirnos de ayuda, pero todavía es pronto –respondió Voyles, mientras se frotaba los ojos irritados y reflexionaba.

–¿Cómo es posible que viajara para asistir a un simple funeral y acabara muerto? –preguntó Lewis.

–Se dedicaba a husmear en el asunto pelícano. Uno de nuestros agentes llamado Carlton le ha dicho a East que Gavin intentaba encontrar a la muchacha, que ella le había llamado, y que tal vez necesitaría ayuda para traerla consigo. Carlton habló con él varias veces y le dio los nombres de algunos lugares de la ciudad, frecuentados por estudiantes. Según él, eso fue todo. Carlton dice que estaba un poco preocupado, por el hecho de que Gavin se jactara de pertenecer al FBI. Dice que se portaba como un imbécil.

–¿Ha visto alguien a la chica?

–Probablemente esté muerta. He ordenado a Nueva Orleans que procuren encontrarla.

–Su pequeño informe está causando muertes a diestro y siniestro. ¿Cuándo vamos a tomárnoslo en serio?

Voyles movió la cabeza en dirección a la puerta y Lewis se levantó para cerrarla. El director se había puesto nuevamente de pie, hacía crujir sus articulaciones y pensaba en voz alta.

–Debemos cubrirnos las espaldas. Creo que deberíamos destinar por lo menos doscientos agentes a pelícano, pero procurar por todos los medios mantenerlo discreto. Ahí hay algo, K. O., algo realmente perverso. Pero por otra parte, le he prometido al presidente que no lo investigaríamos. Recuerde que él me pidió personalmente que nos despreocupáramos del informe pelícano y yo accedí, en parte porque todos creíamos que era una broma –forzó una pequeña sonrisa–. Pues bien, grabé la conversación en la que me pidió que lo abandonáramos. Pensé que si él y Coal lo graban todo en un radio de un kilómetro de la Casa Blanca, ¿por qué no puedo hacerlo yo? Utilicé el mejor grabador en miniatura y he escuchado la cinta. Es de una claridad extraordinaria.

–No le sigo.

–Es muy simple. Nos concentramos plenamente en la investigación. Si van por ahí los tiros, resolvemos el caso, conseguimos los autos de procesamiento y todo el mundo contento. Pero va a ser muy difícil resolverlo con rapidez. Entretanto, a ese idiota y a Coal no se les dice nada de la investigación. Si la prensa oye tocar campanas y el informe pelícano está en el punto de mira, me aseguraré de que el país sepa que el presidente nos pidió que no lo investigáramos, por tratarse de uno de sus amigos.

–Acabará con él –sonrió Lewis.

–¡Sí! Coal se desangrará y el presidente no logrará recuperarse. Las elecciones son el próximo año, K. O.

–Me gusta, Denton, pero debemos resolver el caso.

Denton caminó lentamente tras su sillón y se quitó los zapatos. Ahora era todavía más bajo.

–No dejaremos piedra sin remover, K. O., pero no será fácil. Si se trata de Mattiece, nos encontramos ante alguien muy opulento en una confabulación muy sofisticada, para eliminar a dos jueces con asesinos de mucho talento. Esa gente no habla, ni deja huellas. Fíjese en nuestro amigo Gavin. Pasaremos dos mil horas inspeccionando el hotel y apuesto a que no encontraremos una sola prueba utilizable. Al igual que con Rosenberg y Jensen.

–Y Callahan.

–Y Callahan. Y probablemente la chica, si algún día encontramos su cadáver.

–Me siento parcialmente responsable, Denton. Gavin acudió a mí el jueves por la mañana, cuando se enteró de lo de Callahan, y no quise escucharle. Sabía que iba a Nueva Orleans, pero no le hice caso.

–Lamento que haya muerto. Era un buen abogado y me era fiel. Para mí tiene mucho valor. Confiaba en Gavin. Pero logró que le mataran por actuar fuera de sus límites. No le correspondía actuar como un policía, e intentar encontrar a la muchacha.

–Será mejor que vaya a ver a la señora Verheek –dijo Lewis después de ponerse de pie y desperezarse–.

–¿Qué le cuento?

–Dígale que parece un robo, que la policía local no está segura, que sigue investigando, que mañana sabremos algo más, etcétera. Dígale que estoy desolado y que haremos lo que desee.

La limusina de Coal paró de pronto junto a la acera, para ceder el paso a una ambulancia. El lujoso vehículo circulaba sin rumbo fijo por la ciudad, como solía hacerlo cuando Coal y Matthew Barr se reunían para hablar de negocios sucios. Estaban ambos cómodamente sentados en la parte posterior, con bebidas en la mano. Coal tomaba agua mineral y Barr consumía una botella de Bud, que habían comprado en una tienda de comestibles.

Hicieron caso omiso de la ambulancia.

–Debo saber cuánto sabe Grantham –decía Coal–. Hoy ha llamado a Zikman, a su ayudante Trandell, y a Nelson DeVan, uno de mis antiguos ayudantes, que ahora forma parte de la junta de reelección. Y ésas son sólo las llamadas de las que estoy al corriente. Sigue con mucho interés lo del informe pelícano.

–¿Cree que lo ha visto? –preguntó, mientras circulaba la limusina.

–No. En absoluto. Si conociera su contenido, no andaría haciendo preguntas. Pero, maldita sea, sabe que existe.

–Es bueno. Hace muchos años que le observo. Parece moverse en las tinieblas y se mantiene en contacto con una curiosa red de fuentes diversas. Ha escrito algunas cosas muy extrañas, pero generalmente da en el clavo.

–Eso es lo que me preocupa. Es tenaz y en este caso huele a sangre.

–Supongo que sería pedir demasiado que me dijera lo que contiene el informe –dijo Barr, al tiempo que tomaba un trago de la botella.

–No me lo pregunte. Es tan confidencial, que da miedo.

–¿Entonces cómo se ha enterado Grantham?

–Magnífica pregunta. Y eso es precisamente lo que quiero saber. ¿Cómo lo ha averiguado y cuánto sabe? ¿Cuáles son sus fuentes?

–Hemos pinchado el teléfono de su coche, pero no hemos entrado todavía en su casa.

–¿Por qué no?

–Esta mañana ha estado a punto de descubrirnos la mujer de la limpieza. Mañana lo intentaremos de nuevo.

–No se dejen atrapar, Barr. Recuerde Watergate.

–Eran muy torpes, Fletcher. Sin embargo, nosotros tenemos mucho talento.

–Cierto. Entonces, dígame, ¿cómo se las arreglarán usted y sus ingeniosos amigos para pinchar el teléfono de Grantham en el Post?

Barr volvió la cabeza y miró a Coal con el entrecejo fruncido.

–¿Se ha vuelto usted loco? Es imposible. En ese lugar trabajan veinticuatro horas al día. Tienen guardias de seguridad. De todo.

–Es posible hacerlo.

–Entonces hágalo, Coal. Si tanto sabe, hágalo usted mismo.

–Empiece a pensar en cómo hacerlo, ¿de acuerdo? Piénselo.

–De acuerdo. Ya lo he pensado. Es imposible.

A Coal la idea le parecía divertida y Barr se sentía molesto. La limusina se dirigió hacia el centro de la ciudad.

–Pinchen los teléfonos de su casa –ordenó Coal–. Quiero un informe dos veces al día de sus llamadas.

La limusina paró y Barr se apeó.

VEINTISIETE

Desayuno en Dupont Circle. Hacía bastante frío, pero por lo menos los drogadictos y los travestis permanecían inconscientes en sus mundos enfermizos. Había algunos borrachos tumbados como troncos a la deriva. Pero ya había salido el sol y se sentía seguro, porque todavía era un agente del FBI, con una pistolera al hombro y una arma bajo el brazo. ¿De quién podía tener miedo? No había utilizado el arma en quince años y raramente salía de la oficina, pero le encantaría desenfundarla y liarse a tiros.

Su nombre era Trope y era un ayudante muy especial del señor Voyles. Tan especial, que sólo él y el propio señor Voyles estaban al corriente de sus conversaciones con Booker, de Langley. Estaba sentado en un banco circular, de espaldas a New Hampshire, cuando desenvolvió el pastelito de plátano que había comprado para desayunar. Booker no llegaba nunca tarde. Trope era siempre el primero en llegar, Booker lo hacía al cabo de cinco minutos, hablaban con rapidez y Trope era el primero en marcharse, seguido de Booker. Ahora ambos ocupaban cargos administrativos, sumergidos en el crepúsculo de sus carreras, pero gozaban

Librodot

de mucha intimidad con sus respectivos jefes, que de vez en cuando acababan perplejos de intentar dilucidar lo que el otro hacía, o simplemente necesitaban saber algo con rapidez.

Trope era su nombre verdadero y se preguntaba si Booker también lo era. Probablemente no. Booker era de Langley, donde eran tan paranoicos que incluso los administrativos probablemente usaban nombres falsos. Le dio un mordisco a su pastel de plátano. Maldita sea, incluso las secretarias probablemente tenían tres o cuatro nombres.

Booker se acercó paseando a la fuente, con una gran taza de plástico llena de café. Miró a su alrededor y se sentó junto a su amigo. Voyles había solicitado la reunión, de modo que Trope hablaría primero.

–Hemos perdido a un hombre en Nueva Orleans –dijo.

–Sí, pero no sabíamos que estuviera allí. Estábamos cerca, pero vigilábamos a otros. ¿Qué hacía?

Trope acabó de desenvolver el pastelito frío.

–No lo sabemos. Se fue para asistir a un funeral, intentó encontrar a una muchacha, en su lugar encontró a otra persona y aquí estamos. Fue un trabajo limpio, ¿no es cierto? –agregó, después de darle otro mordisco al plátano.

Booker se encogió de hombros. ¿Qué sabía el FBI sobre la matanza de gente?

–No estaba mal. Una imitación muy mediocre de un suicidio, por lo que hemos oído –respondió, mientras tomaba un sorbo de café caliente.

–¿Dónde está la chica? –preguntó Trope.

–La perdimos en O'Hare. Puede que esté en Manhattan, pero no estamos seguros. La estamos buscando.

–Ellos también la buscan –agregó Trope, mientras tomaba café frío.

–Estoy seguro de ello.

Contemplaron a un borracho que se levantaba tambaleándose de un banco y se caía. Lo primero en golpear el suelo fue su cabeza, pero probablemente no sintió nada. Se dio la vuelta y le sangraba la frente.

Booker consultó su reloj. Aquellas reuniones eran sumamente breves.

–¿Qué se propone el señor Voyles?

–Va a entrar en combate. Ayer mandó cincuenta soldados y hoy les seguirán otros. No le gusta perder a nadie, particularmente cuando se trata de alguien a quien conoce personalmente.

–¿Qué ocurre con la Casa Blanca?

–No vamos a contárselo y puede que no lo averigüen. ¿Qué saben?

–Conocen a Mattiece.

–¿Dónde está el señor Mattiece? –sonrió ligeramente Trope.

–Quién sabe. En los últimos tres años, apenas se le ha visto en este país. Tiene por lo menos media docena de casas, todas en países diferentes, además de aviones y buques, de modo que quién sabe.

Trope acabó de comerse el pastelito y guardó el envoltorio en la bolsa.

–El informe le ha condenado, ¿no es cierto?

–Es maravilloso. Y si hubiera actuado con serenidad, se habría hecho caso omiso del informe. Pero ha empezado a matar gente como un loco y cuanto más asesina, mayor credibilidad adquiere el informe.

Trope consultó su reloj. Había durado ya demasiado, pero el tema valía la pena.

–Voyles dice que podríamos necesitar vuestra ayuda.

–Concedida –asintió Booker–. Pero va a ser un asunto muy difícil. En primer lugar, el probable asesino está muerto. En segundo lugar, el probable intermediario es muy escurridizo. Había una sofisticada conspiración, pero los conspiradores han desaparecido. Intentaremos encontrar a Mattiece.

–¿Y a la muchacha?

–Sí. Lo intentaremos.

–¿En qué piensa?

–En cómo sobrevivir.

–¿Podéis traérnosla? –preguntó Trope.

–No. No sabemos dónde está, ni podemos detener a civiles inocentes de la calle. En estos momentos no confía en nadie.

–No se lo reprocho –dijo Trope después de levantarse,

con su café y su bolsa. Desapareció.

Grantham tenía en la mano una borrosa fotografía que había recibido por fax desde Phoenix. Era entonces una atractiva estudiante veinteañera, en la universidad estatal de Arizona. En su ficha decía que era de Denver y se especializaba en biología. Había llamado a veinte personas llamadas Shaw en Denver, antes de darse por vencido. El segundo fax lo había mandado el corresponsal de AP en Nueva Orleans. Era una copia de su foto de ingreso en Tulane. Su cabello era más largo. En medio del anuario de la facultad, el corresponsal había encontrado una fotografía de Darby Shaw, que tomaba una Coca Cola Light en un picnic estudiantil. Llevaba un holgado jersey con unos vaqueros descoloridos perfectamente ajustados a su figura, y era evidente que había sido introducida en el anuario por un gran admirador suyo. Parecía recién salida de Vogue. Se reía de algo o alguien en la fiesta. Tenía una dentadura perfecta y un rostro cálido. Había pegado esta fotografía en el pequeño tablón de corcho situado junto a su nuevo escritorio.

Había un cuarto fax, una fotografía de Thomas Callahan, como dato de interés.

Colocó los pies sobre la mesa. Eran casi las nueve y media, martes. La redacción traqueteaba y ronroneaba como un organizado caos. Había hecho ochenta llamadas en las últimas veinticuatro horas, y lo único que había conseguido habían sido las fotografías y un montón de formularios de financiación electoral. No descubría nada y, a decir verdad, ¿por qué preocuparse? Ella estaba a punto de contárselo todo.

Hojeó el Post y vio el extraño artículo sobre cierto Gavin Verheek y su aniquilación. Sonó el teléfono. Era Darby.

–¿Ha visto el Post? –preguntó.

–¿Ha olvidado que escribo en dicho periódico?

–El artículo sobre el abogado del FBI, asesinado en Nueva Orleans, ¿lo ha visto? –dijo, directo al grano.

–Lo estoy leyendo. ¿Tiene algo que ver con usted?

–Júzguelo por sí mismo. Escúcheme, Grantham. Callahan le entregó el informe a Verheek, que era su mejor amigo. El viernes Verheek vino a Nueva Orleans, para asistir al funeral. Hablé con él por teléfono durante el fin de semana. Él quería ayudarme, pero yo tenía miedo. Quedamos en vernos ayer al mediodía. Verheek fue asesinado en su habitación, alrededor de las once de la noche del domingo. ¿Ha tomado nota?

–Sí, lo tengo todo.

–Verheek no se presentó a la cita. Evidentemente, para entonces estaba muerto. Yo me asusté y salí de la ciudad. Ahora estoy en Nueva York.

–Bien –dijo Grantham, que no dejaba de tomar apuntes ¿Quién mató a Verheek?

Librodot

–No lo sé. Aquí no acaba la historia. He leído el Post y el New York Times palabra por palabra, y no he visto nada sobre otro asesinato cometido en Nueva Orleans. La víctima fue un hombre con el que estaba hablando y a quien había tomado por Verheek. Sería largo de explicar.

–Eso parece. ¿Cuándo piensa contármelo?

–¿Cuándo puede venir a Nueva York?

–Puedo estar allí a las doce del mediodía.

–Eso es un poco rápido. Organicémoslo para mañana. Le llamaré a la misma hora para darle instrucciones. Debe ir con cuidado, Grantham.

–Llámeme Gray, ¿de acuerdo? No. Grantham –dijo, mientras admiraba los vaqueros y la sonrisa del tablón.

–Como quiera. Hay gente muy poderosa asustada por lo que sé. Si se lo cuento, puede costarle la vida. He visto los cadáveres, Gray. He oído las bombas y los tiros. Ayer vi cómo a un hombre le volaban los sesos, y no tengo ni idea de quién era ni de por qué le asesinaron, sólo sé que estaba al corriente del informe pelícano. Creí que era amigo mío. Puse mi vida en sus manos y le pegaron un tiro en la cabeza, delante de cincuenta personas. Al verle morir, comprendí que tal vez no era mi amigo. Al leer el periódico esta mañana, me he percatado de que definitivamente no lo era.

–¿Quién lo mató?

–Hablaremos de ello cuando esté aquí.

–De acuerdo, Darby.

–Hay una pequeña cuestión que quiero aclarar. Le contaré todo lo que sé, pero no quiero que jamás utilice mi nombre. Ya he escrito lo suficiente para lograr que murieran por lo menos tres personas y tengo la seguridad de que yo seré la próxima. Pero no deseo crear más problemas. Permaneceré en todo momento sin identificar, ¿de acuerdo, Gray?

–Trato hecho.

–Estoy depositando mucha confianza en usted y no estoy segura de por qué lo hago. Si en algún momento tengo cualquier duda, desapareceré.

–Tiene mi palabra, Darby. Se lo juro.

–Creo que comete un error. Ésta no es una de sus investigaciones habituales. Puede costarle la vida.

–¿En manos de la misma gente que asesinó a Rosenberg y Jensen?

–Sí.

–¿Sabe quién lo hizo?

–Sé quién pagó para que lo hicieran. Conozco su nombre.

Su negocio. Su política.

–¿Y me lo contará mañana?

–Si sigo viva.

Se hizo una larga pausa, mientras ambos pensaban en algo apropiado que decir.

–Tal vez deberíamos hablar ahora mismo –dijo Grantham.

–Tal vez. Pero le llamaré por la mañana.

Grantham colgó el teléfono y admiró momentáneamente la fotografía ligeramente borrosa de aquella hermosa estudiante, que estaba convencida de que estaba a punto de morir. Durante unos instantes, sucumbió a la idea del caballerismo, la galantería y el rescate. Tenía poco más de veinte años, a juzgar por la foto de Callahan le gustaban los hombres maduros y de pronto confiaba exclusivamente en él. Lograría que funcionara. Y la protegería.

Librodot

Los coches oficiales salían discretamente de la ciudad. Debía pronunciar un discurso en College Park dentro de una hora, e iba cómodamente sentado en la parte posterior de su limusina, en mangas de camisa, mientras leía el texto que Mabry había redactado. Movió la cabeza y escribió algo al margen. Normalmente, éste habría sido un día agradable fuera de la ciudad, para pronunciar un pequeño discurso en un hermoso campus, pero hoy las cosas no salían a pedir de boca. Coal estaba sentado junto a él en la limusina.

El jefe del gabinete no solía acompañarle en dichas salidas. Amaba los momentos en que el presidente se ausentaba de la Casa Blanca y dejaba la dirección en sus manos. Pero hoy tenían que hablar.

–Estoy harto de los discursos de Mabry –declaró frustrado el presidente–. Todos suenan igual. Juraría que pronuncié este mismo la semana pasada, en la convención de Rotary.

–Es el mejor que tenemos, pero estoy explorando –respondió Coal, sin levantar la mirada de su circular.

Había leído el discurso y no estaba mal. Pero después de seis meses de escribir discursos, las ideas de Mabry empezaban a ser repetitivas y, en todo caso, Coal tenía ganas de despedirle.

–¿Qué es eso? –preguntó el presidente, con una mirada a la circular que Coal tenía en las manos.

–La lista resumida.

–¿Quién queda?

–Siler Spence, Watson y Calderón –respondió Coal, después de volver la página.

–Estupendo, Fletcher. Una mujer, un negro y un cubano. ¿Qué les ha ocurrido a los hombres blancos? Creí haber dicho que quería jóvenes blancos. Jueces jóvenes, duros y conservadores, con impecables credenciales y muchos años por delante. ¿No fue eso lo que dije?

–Están pendientes de confirmación, jefe.

–Serán confirmados. Presionaré todo lo que haga falta, pero serán confirmados. ¿Se da cuenta de que nueve de cada diez hombres blancos en este país votan por mí?

–Ochenta y cuatro por ciento.

–De acuerdo. ¿Entonces qué tienen de malo los blancos?

–Esto no es exactamente un patrocinio.

–Claro que lo es. Es pura y simplemente un patrocinio. Premio a mis amigos y castigo a mis enemigos. Así es como se sobrevive en la política. Uno corteja con los que le han ofrecido su apoyo. No puedo creer que quiera a una mujer y a un negro. Empieza a perder facultades, Fletcher.

Coal volvió otra página. Ya había oído aquello antes.

–Lo que más me preocupa es la reelección –dijo, sin levantar la voz.

–¿Y a mí no? He nombrado a tantos asiáticos, hispanos, mujeres y negros, que me tomarían por un demócrata. Maldita sea, Fletcher, ¿qué tienen de malo los blancos? En este país debe haber un centenar de buenos jueces conservadores y con la formación adecuada, ¿no es cierto? ¿Por qué no podemos encontrar dos, sólo dos, con ideas y criterios como los míos?

–Recibió el noventa por ciento del voto cubano.

El presidente dejó el discurso sobre el asiento y cogió el Post de la mañana.

–De acuerdo, háble me de Calderón. ¿Qué edad tiene?

–Cincuenta y uno. Casado, ocho hijos, católico, de familia humilde, trabajó para pagarse los estudios en Yale, muy sólido. Muy conservador. Ningún trapo sucio en el armario, a ex-

Librodot

cepción de un problema de alcoholismo hace veinte años. No ha probado el alcohol desde entonces. Es totalmente abstemio.

–¿Ha fumado alguna vez marihuana?

–Asegura no haberlo hecho.

–Me gusta –dijo el presidente, mientras leía la primera página del periódico.

–A mí también. El departamento de justicia y el FBI han investigado su vida privada, y es impecable. Entre los otros dos, ¿prefiere a Siler Spence o a Watson?

–¿Qué clase de nombre es Siler Spence? ¿Qué tienen en la cabeza esas mujeres que usan dos apellidos? ¿Qué ocurriría si su nombre de soltera fuera Skowinski y se casara con un individuo llamado Levondowski? ¿Insistiría su pequeña alma liberada en que circulara por la vida con los nombres de F. Gwendolyn Skowinski Levondowski? Por Dios. Nunca nombraré a una mujer con dos apellidos.

–Ya lo ha hecho.

–¿Quién?

–Kay Jones Roddy, embajadora en Brasil.

–Entonces llámela y despídala.

En el rostro de Coal se dibujó una leve sonrisa y dejó la circular sobre el asiento. Contempló el tráfico por la ventana. Decidirían sobre el número dos más adelante. Calderón ya estaba decidido y, puesto que pretendía nombrar a Linda Siler Spence, insistiría en el negro, a fin de que el presidente eligiera a la mujer. Manipulación elemental.

–Creo que deberíamos esperar otras dos semanas, antes de emitir el comunicado.

–Como le parezca –susurró el presidente, mientras leía el artículo de primera plana.

Emitiría el comunicado cuando se le antojara, independientemente del calendario de Coal. Todavía no estaba convencido de que debieran anunciarse ambos nombramientos al mismo tiempo.

–Watson es un juez negro muy conservador y tiene la reputación de ser muy severo. Sería ideal.

–No estoy seguro –susurró el presidente, mientras leía acerca de Gavin Verheek.

Coal había leído el artículo de la segunda página. Habían encontrado a Verheek muerto en una habitación del Hilton de Nueva Orleans, en misteriosas circunstancias. Según dicho artículo, el FBI desconocía oficialmente el motivo de su visita a Nueva Orleans. Voyles estaba profundamente apenado. Era un buen funcionario, leal, etcétera.

–Nuestro amigo Grantham ha guardado silencio –dijo el presidente, mientras hojeaba el periódico.

–Está investigando. Creo que ha oído hablar del informe, pero no logra dar en el clavo. Ha llamado a todo el mundo en la ciudad, pero no sabe qué preguntar. Está pescando a ciegas.

–Ayer yo jugué al golf con Gminski –declaró con orgullo el presidente–, y me aseguró que todo estaba bajo control. Mantuvimos una conversación íntima, a lo largo de dieciocho agujeros. Es un jugador horrible, no lograba salir del agua y de la arena. A decir verdad, fue divertido.

Coal nunca había tocado un palo de golf y detestaba perder el tiempo hablando de agujeros y cosas por el estilo.

–¿Cree que Voyles investiga en Nueva Orleans?

–No. Me dio su palabra de que no lo haría. No es que confíe en él, pero Gminski no mencionó nada al respecto.

–¿Hasta qué punto confía en Gminski? –preguntó Coal, mientras miraba de refilón al presidente con el entrecejo fruncido.

–En absoluto. Pero si supiera algo del informe pelícano, creo que me lo contaría...

Las palabras del presidente se perdieron en la lejanía y se dio cuenta de que hablaba como un ingenuo.

Coal manifestó su incredulidad en un murmullo.

Cruzaron el río Anacostia y entraron en el condado de Prince George. El presidente cogió el discurso y miró por la ventana. Dos semanas después de los asesinatos, el índice de popularidad se mantenía todavía por encima del cincuenta por ciento. Los demócratas no tenían a ningún candidato que diera señales de vida. Su posición era fuerte y mejoraba. Los norteamericanos estaban hartos de droga y delincuencia, de vociferantes minorías que reclamaban toda la atención, y de liberales idiotas que interpretaban la Constitución en beneficio de delincuentes y radicales. Aquél era su momento. Dos nombramientos simultáneos en el Tribunal Supremo. Sería su legado.

Sonrió para sí. Qué tragedia tan maravillosa.

VEINTIOCHO

El taxi paró de pronto en la esquina de la Quinta Avenida y la calle Cincuenta y dos, y Gray, obedeciendo al pie de la letra sus instrucciones, se apeó con su bolsa después de pagar al taxista. El conductor a su espalda tocaba la bocina y hacía gesticulaciones, y pensó en lo agradable que era estar de nuevo en Nueva York.

Eran casi las cinco de la tarde, con la Quinta Avenida repleta de peatones, y calculó que eso era precisamente lo que ella deseaba. Le había dado instrucciones específicas. Un vuelo determinado de National a La Guardia. Un taxi al hotel Vista en el World Trade Center. Entonces a un bar a tomar una o dos copas, sin dejar de vigilar a su alrededor, y al cabo de una hora coger un taxi hasta la esquina de la Quinta Avenida y la calle Cincuenta y dos. Debía caminar rápido, usar gafas oscuras y estar siempre muy atento, porque si alguien le seguía, podrían perder ambos la vida.

Le obligó a que tomara nota de todo. Parecía una bobada, un poco exagerado, pero le hablaba en un tono que no daba lugar a discusiones. Tampoco se lo proponía. Ella también le dijo que tenía suerte de seguir con vida y no quería volver a arriesgarse. Si quería hablar con ella, tendría que hacer exactamente lo que le indicaba.

Tomó nota de todo. Abriéndose paso entre la muchedumbre, caminó tan rápido como pudo por la Quinta Avenida, hasta el Plaza en la Cincuenta y nueve, por las escaleras al vestíbulo y luego salió a la zona sur de Central Park. Nadie podía haberle seguido. Y si ella tomaba las mismas precauciones, tampoco podían seguirla.

La acera estaba llena de gente a lo largo de Central Park y, al acercarse a la Sexta Avenida, aceleró todavía más el paso. Estaba excitado y, por mucho que procurara tranquilizarse, le emocionaba enormemente la perspectiva de conocerla. Por teléfono parecía metódica y relajada, pero con cierto vestigio de miedo e incertidumbre. Le había recordado que no era más que una estudiante de Derecho de segundo curso, que no sabía lo que estaba haciendo y que probablemente habría muerto en una semana a lo sumo, pero que en todo caso aquéllas eran las reglas del juego. Siempre hay que suponer que alguien te sigue, dijo. Ella había sobrevivido siete días acechada por sabuesos y le rogaba que siguiera sus instrucciones.

Le dijo que entrara disimuladamente en el Saint Moritz, en la esquina de la Sexta Avenida, y así lo hizo. Le había reservado una habitación a nombre de Warren Clark. Pagó al contado y subió en el ascensor hasta el noveno piso. Tenía que esperar. Simplemente esperar.

Pasó una hora junto a la ventana y vio cómo oscurecía en Central Park. Sonó el teléfono.

–¿Señor Clark? –preguntó una voz femenina.

–Pues... Sí.

–Soy yo. ¿Ha llegado solo?

–Sí. ¿Dónde está usted?

–Seis pisos más arriba. Coja el ascensor hasta el decimoctavo y baje por la escalera al decimoquinto. Habitación quince veinte.

–De acuerdo. ¿Ahora?

–Sí. Le espero.

Volvió a cepillarse los dientes, se aseguró de que iba bien peinado y al cabo de diez minutos estaba frente a la puerta quince veinte. Se sentía como un adolescente en su primera cita. No había estado tan nervioso desde que jugaba a fútbol en el instituto.

Pero él era Gray Grantham, del Washington Post, y aquello no era más que otra de sus investigaciones con una de tantas mujeres, de modo que no tenía por qué no estar en control de la situación.

Llamó a la puerta y esperó.

–¿Quién es?

–Grantham –respondió.

Corrió el pestillo y abrió lentamente la puerta. El cabello ya no era el mismo, pero sonrió y ahí estaba la chica de la portada, que le estrechó firmemente la mano.

–Pase. ¿Le apetece tomar algo? –preguntó, después de cerrar nuevamente la puerta y correr el pestillo.

–Desde luego. ¿Qué tiene?

–Agua con hielo.

–Perfecto.

Entró en una pequeña sala, donde había un televisor encendido pero sin sonido.

–Por aquí –indicó la chica.

Dejó la bolsa sobre la mesa y se sentó en el sofá. Ella estaba de pie junto al mueble bar y, momentáneamente, admiró sus vaqueros. Iba descalza. Un jersey extra grande con el cuello ladeado dejaba entrever una tira de su sujetador.

Le entregó un vaso de agua y se sentó en una silla, junto a la puerta.

–Gracias.

–¿Ha comido?

–No me dijo que lo hiciera.

–Discúlpeme –rió–. He atravesado muchas dificultades.

Pediré algo al servicio de habitaciones.

–Claro –sonrió Grantham–. Estoy a su disposición.

–Me apetece una hamburguesa grasienta con queso, patatas fritas y una cerveza bien fría.

–Perfecto.

Levantó el teléfono y pidió la comida. Grantham se acercó a la ventana y observó las luces que circulaban por la Quinta Avenida.

–Tengo veinticuatro años. ¿Cuántos tiene usted? –preguntó, sentada ahora en el sofá, con un vaso de agua fría en la mano.

–Treinta y ocho –respondió, al tiempo que se sentaba en la silla más próxima–. Casado una vez. Divorciado hace siete años y tres meses. Sin hijos. Vivo solo con un gato. ¿Por qué ha elegido el Saint Moritz?

–Tenían habitaciones libres y pude convencerles de que era importante pagar al contado y no presentar identificación. ¿Le gusta?

–No está mal. Parece haber pasado sus mejores momentos.

–No son exactamente unas vacaciones.

–No está mal. ¿Cuánto tiempo cree que permaneceremos aquí?

Le observó atentamente. Hacía seis años que había publicado un libro sobre escándalos relacionados con HUD y, a pesar de que había tenido escaso éxito, encontró un ejemplar del mismo en una biblioteca pública de Nueva Orleans. Parecía seis años mayor que en la foto de la solapa, pero maduraba con elegancia y las canas de sus patillas le daban un toque de distinción.

–No sé cuánto tiempo se quedará usted –respondió–. Mis planes pueden cambiar de un momento a otro. Puede que vea un rostro en la calle y coja un avión a Nueva Zelanda.

–¿Cuándo salió de Nueva Orleans?

–El lunes por la noche. Cogí un taxi a Baton Rouge, que alguien pudo seguir con mucha facilidad. Me trasladé en avión a Chicago, donde compré billetes con cuatro destinos distintos, incluido Boise, donde vive mi madre. En el último momento cogí un avión a La Guardia. Creo que no me siguió nadie.

–Está a salvo.

–Puede que por ahora. Nos perseguirán a ambos cuando se publique este artículo. En el supuesto de que se haga.

Gray movió los cubitos de hielo en el vaso y la observó.

–Depende de lo que me cuente. Y de lo que pueda confirmarse de otras fuentes.

–La comprobación es cosa suya. Le contaré lo que sé y a partir de entonces se las arreglará solito.

–De acuerdo. ¿Cuándo empezamos a hablar?

–Después de cenar. Prefiero hacerlo con el estómago lleno. ¿No tendrá usted prisa?

–Claro que no. Dispongo de toda la noche, todo el día de mañana, el día siguiente y el siguiente. Lo que usted sabe constituye la historia más sensacional de los últimos veinte años, de modo que me quedaré mientras esté dispuesta a hablar conmigo.

Darby sonrió y desvió la mirada. Hacía exactamente una semana que ella y Thomas esperaban para cenar en el bar de Mouton's. Él vestía chaqueta de seda negra, camisa de lona, corbata roja a cuadros y un pantalón caqui muy almidonado. Zapatos sin calcetines. Llevaba la camisa desabrochada y la corbata suelta. Habían hablado de las islas Vírgenes, del día de Acción de Gracias y de Gavin Verheek, mientras esperaban que se vaciara una mesa. Él bebía sin parar, lo cual no era inusual. Luego se emborrachó y le salvó la vida.

Había vivido un año en los últimos siete días y ahora mantenía una auténtica conversación con un ser vivo, que no deseaba su muerte. Cruzó lo pies y los colocó sobre la mesilla. No le resultaba incómoda su compañia en su habitación. Se sentía relajada. «Confíe en mí», se leía en su rostro. ¿Y por qué no? ¿En quién podía confiar de lo contrario?

–¿En qué piensa? –preguntó Grantham.

–Ha sido una semana muy larga. Hace sólo siete días era una estudiante de Derecho como cualquier otra, que se esforzaba por alcanzar la. cima. Y ahora míreme.

Era lo que hacía. Procuraba conservar la serenidad y que no se le abriera la boca como a un adolescente, pero la miraba. Su cabello era oscuro, muy corto y bastante elegante, pero prefería la versión de la foto del día anterior.

–Háble me de Thomas Callahan.

–¿Por qué?

–No lo sé. Forma parte de la historia, ¿no es cierto?

–Sí. Le hablaré de él más adelante.

–Muy bien. ¿Su madre vive en Boise?

–Sí, pero no sabe nada. ¿Dónde vive la suya?

–En Short Hills, Nueva Jersey –respondió con una sonrisa, mientras mordía un cubito de hielo a la espera de que ella hablara.

Darby reflexionaba.

–¿Qué es lo que más le gusta de Nueva York? –preguntó Darby.

–El aeropuerto. Es la forma más rápida de largarse.

–Thomas y yo estuvimos aquí en verano. Hacía más calor que en Nueva Orleans.

De pronto Grantham comprendió que no era sólo una joven estudiante, sino una viuda afligida. La pobre muchacha sufría. No había podido cuidar de su cabello, su ropa, ni su mirada. ¡Maldita sea, la consumía el dolor!

–Lamento muchísimo lo de Thomas –dijo–. No volveré a interesarme por él.

Ella le sonrió sin decir palabra.

Alguien llamó con fuerza a la puerta. Darby retiró inmediatamente los pies de la mesilla y miró fijamente a la puerta. Luego respiró hondo. Era la comida.

–Me ocuparé yo –dijo Gray–. Relájese.

VEINTINUEVE

Durante muchos siglos, se libró sin entrometimiento una silenciosa pero descomunal batalla de la naturaleza, a lo largo de la costa de lo que sería Louisiana. Fue una batalla territorial, en la que los seres humanos no participaron hasta hace unos pocos años. Desde el sur, el océano empujaba tierra adentro con sus mareas, vientos, e inundaciones. Desde el norte, el río Mississippi transportaba un suministro inagotable de agua dulce y sedimentos, y alimentaba los pantanos con la tierra que necesitaban para que floreciera la vegetación. El agua salada del golfo erosionaba la costa y destruía los pantanos de agua dulce, al quemar la vegetación que los mantenía unidos. El río contra atacaba erosionando medio continente y depositando sus aluviones en la baja Louisiana. Lentamente formó una larga sucesión de deltas aluviales, cada uno de los cuales en su momento interrumpió el curso del río y le obligó a abrirse un nuevo cauce. En los deltas crecieron sus frondosas marismas.

Fue una lucha épica de toma y daca, plenamente bajo control de las fuerzas de la naturaleza. Gracias a la constante aportación del poderoso río, los deltas no sólo resistieron las acometidas del golfo, sino que se expandieron.

Las marismas eran una maravilla de la evolución natural. Gracias a la riqueza de los aluviones se convirtieron en un paraíso verde de cipreses y robles, con densas áreas de pontederias, juncos y espadañas. En sus aguas proliferaban las cigalas, las gambas, las ostras, los snappers, los lenguados, los pompanos, las bremas, los cangrejos y los caimanes. La llanura de la costa era un santuario natural, utilizado por centenares de especies de aves migratorias.

Las marismas eran vastas e ilimitadas, ricas y abundantes.

Entonces, en mil novecientos treinta, se descubrió petróleo y empezó la desolación. Las compañías petrolíferas dragaron quince mil kilómetros de canales para extraer el crudo. Una pulcra e inagotable red de canalizaciones cruzaba el delicado delta en todas direcciones. Dividieron las marismas en mil pedazos.

Perforaron, encontraron petróleo, dragaron como locos para extraerlo. Sus canales eran vías de comunicación perfectas para el agua salada del golfo, que destruyó las marismas.

Desde el descubrimiento del petróleo, decenas de millares de hectáreas de tierra fértil del delta han sido devoradas por el océano. Ciento cincuenta y cinco kilómetros cuadrados de

Louisiana desaparecen anualmente. Cada veintiocho minutos las aguas devoran una nueva hectárea.

En mil novecientos setenta y nueve, una compañía petrolífera perforó un profundo pozo en Terrebonne Parish y encontró petróleo. Era un día como cualquier otro y una plataforma como cualquiera de las demás, pero el hallazgo era excepcional. Habían descubierto mucho petróleo. Perforaron de nuevo a un cuarto de kilómetro y descubrieron otro gran yacimiento. A cinco kilómetros, les sonrió de nuevo la fortuna.

La compañía petrolífera cubrió los pozos y estudió la situación, que parecía indicar la existencia de un nuevo yacimiento petrolífero de mayor importancia.

Su propietario era Victor Mattiece, un louisiano descendiente de franceses nacido en Lafayette, que había ganado y perdido varias fortunas buscando petróleo en Louisiana del sur. En mil novecientos setenta y nueve, se daba el caso de que era rico y, todavía más importante, tenía acceso al dinero de otras personas. No tardó en convencerse de que había descubierto un yacimiento de mayor importancia y empezó a comprar terreno alrededor de los pozos cubiertos.

El secreto es fundamental, pero difícil de guardar en los campos petrolíferos. Además, Mattiece sabía que si empezaba a gastar montones de dinero, no tardaría en desencadenarse una fiebre perforadora alrededor de sus nuevos pozos. Con la infinita paciencia y capacidad de planificación que le caracterizaba, reflexionó sobre el conjunto de la situación y decidió no optar por el dinero fácil. Proyectó quedarse con todo. Rodeado de abogados y otros asesores, elaboró un plan para adquirir metódicamente todo el terreno circundante, bajo una infinidad de nombres de empresas. Fundaron nuevas compañías, usaron algunas ya existentes, compraron una parte o la totalidad de empresas con dificultades financieras, y se dedicaron a comprar terreno.

Los que estaban en el negocio conocían a Mattiece, sabían que tenía dinero y que podía conseguir más. Mattiece sabía que lo sabían y lanzó silenciosamente dos docenas de inconspicuas entidades sobre los propietarios de Terrebonne Parish. Funcionó a pedir de boca.

El plan consistía en consolidar territorio, y luego dragar un nuevo canal en las desventuradas y bloqueadas marismas, para facilitar el movimiento de hombres y materiales a las nuevas plataformas, y extraer apresuradamente el crudo. El canal mediría cincuenta kilómetros de longitud y tendría una anchura doble a la de los demás canales. El tráfico sería intenso.

Puesto que Mattiece tenía dinero, era popular entre los políticos y funcionarios de la administración. Practicaba su juego con pericia. Daba el dinero donde correspondía. Le encantaba la política, pero detestaba la publicidad. Era un recluso paranoico.

Conforme progresaba felizmente la adquisición de terrenos, de pronto Mattiece se encontró corto de capital: A principios de los años ochenta hubo una depresión en el sector petrolífero y cesó la extracción en sus otros pozos. Necesitaba grandes cantidades de dinero y quería socios capaces de aportarlo silenciosamente. Por consiguiente, se mantuvo alejado de Texas. Viajó al extranjero y encontró unos árabes que, después de estudiar sus mapas, se convencieron de la existencia de un yacimiento descomunal de crudo y gas natural. Compraron parte de la operación y de pronto Mattiece volvió a disponer de abundante dinero.

Repartió los sobornos adecuados y consiguió permiso oficial para infiltrarse en las delicadas marismas y cipresales. Todo caía majestuosamente en su lugar y Victor Mattiece olía mil millones de dólares. Tal vez dos o tres millares de millones.

Entonces ocurrió algo curioso. Apareció una denuncia ante los tribunales para detener los dragados y perforaciones. El demandante era un grupo desconocido de protección ambiental, conocido simplemente con el nombre de Green Fund.

El pleito era inesperado, porque a lo largo de cincuenta años se había permitido la destrucción y contaminación de Louisiana por parte de compañías petrolíferas y de gente como

Librodot

Victor Mattiece. Era un acuerdo comercial. La industria petrolífera empleaba a mucha gente y pagaba buenos salarios. Los impuestos del petróleo y gas recaudados en Baton Rouge servían para pagar a los funcionarios estatales. Los pequeños pueblos junto al río se habían convertido en villas florecientes. Todos los políticos, incluidos los gobernadores, aceptaban el dinero del petróleo y hacían la vista gorda. Todo funcionaba a pedir de boca y poco importaba que sufrieran las marismas.

Green Fund presentó la denuncia ante el Tribunal Territorial de Estados Unidos en Lafayette. Un juez federal ordenó que se paralizara el proyecto, a la espera de que se celebrara un juicio.

Mattiece se puso frenético. Pasó semanas con sus abogados elaborando planes y estrategias. No repararía en gastos para ganar. Les ordenó que hicieran lo que fuera necesario. Quebrantar cualquier regla, violar cualquier código moral, contratar a cualquier experto, ordenar cualquier estudio, degollar a cualquiera, gastar lo que fuera. Lo único importante era ganar el pleito.

Fiel a su discreción habitual, adoptó una actitud todavía más reservada. Se trasladó a las Bahamas y dirigió la operación desde una fortaleza armada en Lyford Cay. Se trasladaba en avión a Nueva Orleans una vez por semana, para reunirse con sus abogados, antes de regresar a su isla.

Aunque convertido en invisible, se aseguró de que aumentaran sus donativos políticos. Su tesoro seguía a salvo bajo tierra en Terrabonne Parish y algún día lo extraería, pero uno nunca sabe cuándo puede necesitar un favor.

Cuando ambos abogados de Green Fund se habían adentrado en el cenagal hasta los tobillos, treinta demandados distintos habían sido identificados. Algunos eran propietarios de terrenos. Otros se dedicaban a la exploración. Unos eran instaladores de tuberías. Otros perforadores. Los negocios compartidos, sociedades anónimas y asociaciones corporativas constituían un laberinto impenetrable.

Los demandados, con su legión de exclusivos abogados, reaccionaron con virulencia. Presentaron un extenso recurso, en el que se le solicitaba al juez que absolviera la causa en base a su frivolidad. Denegado. Solicitaron que se permitiera seguir perforando, en espera del juicio. Denegado. Gimieron de dolor y explicaron en otro extenso recurso la gran cantidad de dinero invertida en la exploración, la perforación, etcétera. Nuevamente denegado. Presentaron infinidad de recursos, todos ellos denegados, y cuando era evidente que algún día se celebraría un juicio ante un jurado, los abogados de los intereses petrolíferos decidieron jugar sucio.

Afortunadamente para el pleito de Green Fund, el centro del yacimiento petrolífero estaba cerca de un conjunto de marismas, convertido desde hacía muchos años en refugio de aves acuáticas. Pandiones, airones, pelícanos, patos, grullas y cisnes se encontraban entre las muchas especies migratorias que las utilizaban. A pesar de que Louisiana no siempre se ha mostrado amable con su tierra, ha manifestado un poco más de respeto por sus animales. Puesto que el veredicto sería algún día emitido por un jurado de personas normales y con un poco de suerte de sentido común, los abogados de Green Fund hicieron hincapié en las aves.

El pelícano se convirtió en un héroe. Después de treinta años de contaminación solapada con DDT y otros pesticidas, el pelícano castaño de Louisiana estaba al borde de la extinción. Casi demasiado tarde se lo calificó como especie en peligro de extinción y se le otorgó una protección especial. Green Fund singularizó la majestuosa ave y reclutó a media docena de expertos, a lo largo y ancho del país, para declarar en su defensa.

Con un centenar de abogados involucrados en el caso, el proceso avanzaba lentamente. A veces no se movía, lo cual favorecía los intereses de Green Fund. Las plataformas permanecían paralizadas.

Siete años después de que Mattiece volara por primera vez sobre Terrebonne Parish en su helicóptero de propulsión a chorro y trazara en la superficie de las marismas la ruta que seguiría su preciado canal, se celebró el juicio de los pelícanos en Lake Charles. Fue un juicio espinoso que duró diez semanas. Green Fund pedía compensación por el daño ya causado y solicitaba una prohibición permanente de las perforaciones.

Las compañías petrolíferas trajeron a un especialista de Houston para dirigirse al jurado. Usaba zapatos de piel de elefante, Stetson, y era capaz de hablar como un louisiano de descendencia francesa cuando era necesario. Resultó ser muy eficaz, especialmente comparado con los abogados de Green Fund, ambos barbudos y con la mirada muy intensa.

Green Fund perdió el juicio, lo cual no era totalmente inesperado. Las compañías petrolíferas habían gastado millones y es difícil azotar un oso con un bastoncillo. David ganó la batalla, pero siempre es preferible apostar a favor de Goliat. Los miembros del jurado no estaban impresionados con los peligros de la contaminación y la fragilidad de la ecología de las marismas. El petróleo significaba dinero y la gente necesitaba trabajo.

El juez mantuvo los cargos por dos razones. En primer lugar, consideró que Green Fund había demostrado su argumento respecto a los pelícanos, especie que gozaba de protección federal. Además, era evidente para todos que Green Fund presentaría recurso de apelación, y por consiguiente el asunto estaba lejos de haber terminado.

Todo se apaciguó durante algún tiempo y Mattiece había ganado una pequeña batalla. Pero sabía que habría otras vistas, en otros juzgados. Era un hombre infinitamente paciente y calculador.

TREINTA

El magnetófono estaba en medio de la mesilla, rodeado de cuatro botellas vacías de cerveza.

Escuchaba y tomaba notas.

–¿Quién te habló del proceso?

–Un individuo llamado John Del Greco. Estudia derecho en Tulane, va un curso más adelantado que yo. El año pasado trabajó como pasante en un gran bufete de Houston, que se ocupaba de aspectos periféricos del litigio. No tuvo contacto directo con el caso, pero abundaban los chismes y los rumores.

–¿Y todos los abogados eran de Nueva Orleans y Houston?

–Sí, casi todos los de las partes demandadas. Pero las empresas son de una docena de ciudades distintas, de modo que evidentemente trajeron también sus propios abogados. Había abogados de Dallas, Chicago y de muchas otras ciudades. Parecía un circo.

–¿En qué nivel se encuentra el proceso?

–Está en proceso de apelación al quinto Tribunal Territorial de apelación. El recurso no está terminado, pero seguramente lo estará dentro de un mes aproximadamente.

–¿Dónde está el quinto tribunal?

–Nueva Orleans. Unos veinticuatro meses después de su presentación, lo estudiarán tres jueces y tomarán una decisión. La parte perdedora solicitará indudablemente una nueva audiencia ante el tribunal completo, para lo cual se necesitarán otros tres o cuatro meses. Hay suficientes fallos en el veredicto para asegurar una revocación o un auto de envío.

–¿Qué es un auto de envío?

–El tribunal de apelación tiene tres opciones. Confirmar el veredicto, revocar el veredicto, o encontrar los suficientes errores para ordenar que se celebre un nuevo juicio. En este caso,

se dicta auto de envío a otro tribunal. También es posible que confirme una parte, revoque otra y dicte auto de envío con respecto a otra. Es decir, una especie de mescolanza.

Gray movió frustrado la cabeza, sin dejar de tomar notas.

–¿Por qué querrá alguien ser abogado?

–Me he hecho varias veces la misma pregunta durante la última semana.

–¿Alguna idea de cómo reaccionará el quinto tribunal?

–Ninguna. Todavía no han visto el sumario. Los demandantes alegan multitud de fallos de procedimiento por parte de los demandados y, dada la naturaleza de la conspiración, es probable que en gran parte tengan razón. Cabe la posibilidad de una revocación.

–¿Qué ocurriría entonces?

–Empezarían los fuegos artificiales. Si alguna de las partes no está satisfecha con el quinto tribunal, puede apelar al Tribunal Supremo.

–Vaya sorpresa.

–Todos los años el Tribunal Supremo recibe millares de recursos de apelación, pero es muy selectivo en cuanto a los que acepta. Debido a la cantidad de dinero, presión y temas de este caso, cuenta con una buena posibilidad de que lo acepten.

–A partir de hoy, ¿cuánto tiempo tardaría este caso en ser decidido por el Tribunal Supremo?

–De tres a cinco años.

–Rosenberg habría fallecido de muerte natural.

–Sí, pero podría haber un demócrata en la Casa Blanca cuando lo hiciera. Eliminándolo ahora, cabe prever el tipo de persona que le sucederá.

–Parece lógico.

–Es maravilloso. Si tú fueras Victor Mattiece, tuvieras sólo unos cincuenta millones, tu ambición fuera la de convertirte en billonario, y no te importara asesinar a un par de jueces del Tribunal Supremo, ahora sería el momento de hacerlo.

–¿Pero, qué ocurriría si el Tribunal Supremo se negara a aceptar el caso?

–Si el quinto tribunal confirma el veredicto, puede sentirse satisfecho. Pero en el supuesto de que lo revoque y el Supremo lo rechace, tendrá problemas. En mi opinión volverá a empezar desde el principio, iniciará un nuevo pleito y lo someterá todo nuevamente a juicio. Hay demasiado dinero en juego para que se dé por vencido. Cuando decidió eliminar a Rosenberg y Jensen, hay que suponer que se comprometió plenamente con la causa.

–¿Dónde estaba él durante el juicio?

–Completamente invisible. Ten en cuenta que no es del dominio público que él sea el cabecilla de las partes demandadas. Cuando se inició el juicio había treinta y ocho empresas entre los demandados. No se mencionó a ningún individuo, sólo los nombres de las empresas. Entre las treinta y ocho, siete cotizan en bolsa, y él es propietario del veinte por ciento como máximo de cada una de ellas. Éstas no son más que pequeñas empresas de compra y venta libre de acciones. Las otras treinta y una son privadas y no he podido obtener mucha información. Pero he averiguado que dentro de dicho grupo de empresas privadas muchas son propiedad de otras y algunas de corporaciones públicas. Es casi impenetrable.

–Pero él las controla.

–Sí. Sospecho que es propietario o tiene el control del ochenta por ciento del proyecto. He investigado cuatro de las empresas privadas y tres de ellas están registradas en el extranjero. Dos en las Bahamas y una en las Caimanes. Del Greco oyó que Mattiece operaba a través de bancos y compañías de ultramar.

–¿Recuerdas los nombres de las siete empresas públicas?

–La mayoría. Evidentemente aparecían en las notas a pie de página en el informe, del que no tengo ninguna copia. Pero he vuelto a escribirlo casi todo a mano.

–¿Puedo verlo?

–Puedes quedártelo. Pero es sumamente peligroso.

–Lo leeré más tarde. Háblame de la fotografía.

–Mattiece es de una pequeña ciudad cerca de Lafayette, y cuando era más joven distribuía mucho dinero entre los políticos de Louisiana del sur. Ya entonces era un individuo tenebroso, que repartía dinero entre bastidores. Gastó mucho dinero con los demócratas a nivel local y con los republicanos a nivel nacional, y a lo largo de los años le invitaron a festines los poderosos de Washington. Siempre ha eludido la publicidad, pero es difícil disimular la cantidad de dinero que posee, especialmente cuando se lo ofrece a los políticos. Hace siete años, cuando el actual presidente era vicepresidente, visitó Nueva Orleans con el propósito de recaudar fondos para el partido republicano. Todos los poderosos acudieron, incluido Mattiece. La cena costaba diez mil dólares por persona y la prensa logró introducirse. Un fotógrafo se las arregló para conseguir una fotografía de Mattiece, cuando estrechaba la mano del vicepresidente. Al día siguiente la publicó el periódico de Nueva Orleans. Es una foto maravillosa. Se sonríen mutuamente como buenos amigos.

–No será difícil de conseguir.

–Sólo para divertirme, pegué una copia en la última página del informe. ¿No te parece divertido?

–Me lo paso de maravilla.

–Mattiece se esfumó hace algunos años y ahora se le supone domiciliado en varios lugares. Es muy excéntrico. Del Greco dijo que la mayoría de la gente le cree loco.

El magnetófono hizo un pitido y Gray cambió la cinta. Darby se puso de pie para estirar sus largas piernas. Él la observaba mientras manipulaba el magnetófono. Las otras dos cintas estaban ya grabadas y etiquetadas.

–¿Estás cansada? –preguntó Gray.

–No he dormido muy bien. ¿Quedan muchas preguntas?

–¿Sabes muchas más cosas?

–Hemos cubierto todo lo básico. Quedan algunas lagunas que podemos llenar por la mañana.

Gray paró el magnetófono y se puso de pie. Darby estaba junto a la ventana, bostezando y desperezándose, mientras él se acomodaba en el sofá.

–¿Qué ha ocurrido con tu cabello? –preguntó Gray.

Darby acercó una silla y cruzó las piernas. Llevaba las uñas de los dedos de los pies pintadas de rojo. Apoyó la barbilla en las rodillas.

–Lo abandoné en un hotel de Nueva Orleans. ¿Cómo lo sabes?

–He visto una fotografía.

–¿De dónde?

–A decir verdad, he visto tres fotografías. Dos del anuario de Tulane y una del de Arizona.

–¿Quién te las mandó?

–Tengo contactos. Las recibí por fax, de modo que no eran muy buenas, pero la cabellera era maravillosa.

–Preferiría que no lo hubieras hecho.

–¿Por qué?

–Toda llamada telefónica deja una huella.

Librodot

–Por favor, Darby. Confía un poco en mí.

–Me has estado investigando.

–Sólo algunos detalles generales. Eso es todo.

–Que no se repita, ¿de acuerdo? Si quieres algo de mí, pregúntamelo. Y si te digo que lo olvides, olvídalo.

Grantham se encogió de hombros y aceptó. Olvidaría el cabello, para concentrarse en temas menos delicados.

–¿Entonces quién seleccionó a Rosenberg y a Jensen? Mattiece no es abogado.

–Rosenberg fue fácil. Jensen no había escrito mucho sobre temas medio ambientales, pero votaba consistentemente contra todo tipo de proyectos industriales. Si en algo estaban persistentemente de acuerdo, era en la protección del medio ambiente.

–¿Y crees que Mattiece lo descubrió por sí solo?

–Claro que no. Alguna perversa mente jurídica le presentó los dos nombres. Tiene un millar de abogados.

–¿Y ninguno en Washington?

–¿Cómo dices? –preguntó Darby con el entrecejo fruncido, después de levantar la barbilla.

–Que ninguno de sus abogados está en Washington.

–No he dicho eso.

–Creí que me habías dicho que la mayoría de los abogados eran de Nueva Orleans, Houston y otras ciudades. No has mencionado Washington.

–Supones demasiado –respondió Darby, mientras movía la cabeza–. Recuerdo haberme encontrado por lo menos con dos bufetes de Washington. Uno de ellos es el de White & Blazevich, un bufete muy antiguo, poderoso, rico y republicano, con cuatrocientos abogados.

Gray se acercó al borde del sofá.

–¿Qué ocurre? –preguntó Darby.

De pronto Gray estaba excitado. Se puso de pie, caminó hasta la puerta y regresó al sofá.

–Puede que esto encaje. Puede que hayamos dado en el clavo, Darby.

–Te escucho.

–¿Me escuchas atentamente?

–Te lo juro.

–Presta atención –dijo desde la ventana–. La semana pasada recibí tres llamadas telefónicas de un abogado de Washington llamado García, aunque éste no es su verdadero nombre. Me dijo que sabía algo, que había visto algo, relacionado con Rosenberg y Jensen, y que estaba ansioso por contarme lo que sabía. Pero se asustó y desapareció.

–Hay un millón de abogados en Washington.

–Dos millones. Pero sé que trabaja en un bufete particular. Prácticamente lo admitió. Era sincero, estaba muy asustado, y creía que le seguían. Le pregunté de quién se trataba y, por supuesto, no me lo dijo.

–¿Qué le ocurrió?

–Nos habíamos puesto de acuerdo para reunirnos el sábado por la mañana, pero llamó a primera hora para decirme que lo olvidara. Me contó que estaba casado, tenía un buen empleo y para qué arriesgarse. No me lo aseguró, pero creo que tiene una copia de algo que estaba a punto de mostrarme.

–Ahí podría estar tu confirmación.

–¿Y si trabajara en White & Blazevich? De pronto se habrían reducido las posibilidades a una entre cuatrocientas.

–El pajar es mucho más pequeño.

Grantham se acercó inmediatamente a su bolsa, buscó entre sus papeles y, como por arte de magia, sacó una fotografía en blanco y negro, que dejó caer sobre las rodillas de Darby.

–Éste es García.

Darby estudió la foto. Era la de un hombre en una concurrida acera. Se distinguía perfectamente su rostro.

–Se diría que no posó para que se la tomaran.

–No exactamente –respondió Grantham, sin dejar de caminar.

–¿Entonces cómo la conseguiste?

–No puedo revelar mis fuentes.

–Me asustas, Grantham –dijo Darby, después de dejar la fotografía sobre la mesilla y frotarse los ojos–. Esto parece insalubre. Dime que no lo es.

–Sólo un poco, ¿de acuerdo? Ese chico utilizaba siempre la misma cabina telefónica y eso es un error.

–Sí, lo sé. Es un error.

–Y yo quería saber qué aspecto tenía.

–¿Le pediste permiso para tomar su fotografía?

–No.

–Entonces es muy insalubre.

–De acuerdo, es insalubre. Pero ya está hecho, aquí está, y podría ser nuestro vínculo con Mattiece.

–¿Nuestro vínculo?

–Sí, nuestro vínculo. Creí que lo que deseabas era atrapar a Mattiece.

–¿He dicho yo eso? Quería hacerle pagar, pero prefiero no meterme con él. Me ha convertido en creyente, Gray. Tardaré mucho en olvidar la sangre que he visto. Coge la pelota y echa a correr.

Fingió no haberla oído. Pasó por detrás de su silla hasta la ventana y regresó al mueble bar.

–Me has hablado de dos bufetes. ¿Cuál era el segundo?

–Brims, Stearns y alguien más. No tuve oportunidad de investigarlos. Es curioso porque ninguno de ellos figuraba entre los defensores de los demandados, pero ambos y especialmente White & Blazevich aparecían repetidamente en el sumario.

–¿De qué tamaño es Brim, Stearns y alguien más?

–Puedo averiguarlo mañana.

–¿Es tan grande como White & Blazevich?

–Lo dudo.

–¿Qué tamaño crees que puede tener?

–Doscientos abogados.

–Muy bien. Ahora tenemos seiscientos abogados en dos bufetes. Tú eres abogado, Darby. ¿Cómo podemos encontrar a García?

–No soy abogado, ni detective privado. Tú eres el periodista investigador –respondió Darby, a quien no le gustaba que su interlocutor hablara en plural.

–Sí, pero nunca he visitado el despacho de un abogado, a excepción de cuando tramité el divorcio.

–Entonces eres muy afortunado.

–¿Cómo podemos encontrarle?

Darby había empezado de nuevo a bostezar. Hacía casi tres horas que charlaban y estaba agotada. Podrían continuar por la mañana.

–No sé cómo encontrarle y, la verdad, no he pensado mucho en ello. Reflexionaré mientras duermo y te responderé por la mañana.

De pronto Grantham se tranquilizó. Darby se levantó y se dirigió al mueble bar, en busca de un vaso de agua.

–Recogeré mis cosas –dijo Grantham, mientras guardaba las cintas.

–¿Puedes hacerme un favor?

–Tal vez.

–¿Te importaría dormir en este sofá esta noche? Hace tiempo que no duermo bien y necesito descansar. Me sentiría mucho más tranquila si supiera que estás aquí.

Grantham contempló el sofá y respiró hondo. Medía un metro y medio a lo sumo, y no parecía muy cómodo.

–Por supuesto –sonrió–. Te comprendo perfectamente.

–Lo siento, tengo miedo.

–Lo comprendo.

–Es agradable poder contar con alguien como tú. Le sonrió recatadamente y él se derritió.

–No me importa, te lo aseguro.

–Gracias.

–Cierra la puerta con llave, métete en la cama y duerme a gusto. No me moveré de aquí, puedes quedarte tranquila.

–Gracias –asintió, sonrió de nuevo y cerró la puerta del dormitorio, sin echar el pestillo.

Gray se quedó a oscuras en el sofá, con la mirada fija en la puerta. Poco después de la medianoche se quedó dormido, con las rodillas no muy lejos de su barbilla.

TREINTA Y UNO

Su jefe era Jackson Feldman, redactor ejecutivo, aquél era su territorio, y no le toleraba insolencias a nadie a excepción del señor Feldman. Y especialmente a un desvergonzado como Gray Grantham, de pie junto a la puerta del señor Feldman, que custodiaba como un sabueso. No conocía la razón de la presencia de Grantham, pero aquél era su territorio.

Sonó el teléfono de la secretaria y Grantham le chilló:

–¡Ninguna llamada!

Se le subieron los colores a las mejillas y quedó boquiabierta. Levantó el auricular, escuchó unos segundos y respondió:

–Lo siento, el señor Feldman está reunido. Sí, le diré que le llame cuanto antes –agregó antes de colgar, sin dejar de mirar fijamente a Grantham, que movía la cabeza como para desafiarla.

–¡Gracias! –exclamó Grantham.

Su cortesía la desconcertó. Estaba a punto de insultarle, pero al oír sus «gracias» le quedó la mente en blanco. Él le sonrió y ella se puso todavía más furiosa.

Eran las cinco y media, hora de abandonar el despacho, pero el señor Feldman le había pedido que se quedara. Grantham seguía junto a la puerta, a menos de tres metros, sin dejar de mirarla con una sonrisita. Nunca le había gustado aquel individuo. Aunque, por otra parte, no había mucha gente en el Post que le gustara. Apareció un ayudante de redacción, que se dirigía decididamente a la puerta, cuando el sabueso le cortó el paso.

–Lo siento, ahora no se puede pasar –dijo Grantham.

–¿Y por qué no?

–Están reunidos. Déjaselo a ella –dijo señalando a la secretaria, que después de veintiún años en la empresa detestaba que la señalaran con el dedo y que la llamaran simplemente «ella».

El ayudante de redacción no se dejaba intimidar fácilmente.

–No tengo ningún inconveniente. Pero el señor Feldman me ha ordenado traer estos papeles exactamente a las cinco y media. Es la hora en punto, aquí estoy y he traído los papeles.

–Nos sentimos muy orgullosos de ti, pero ya puedes marcharte, ¿de acuerdo? Ahora entrégale los papeles a esa encantadora dama y mañana será otro día –dijo Grantham frente a la puerta, aparentemente dispuesto a luchar si el muchacho insistía.

–Yo los guardaré –declaró la secretaria, antes de que el joven se retirara.

–¡Gracias! –exclamó nuevamente Grantham.

–Creo que es usted un mal educado.

–Le he dado las gracias –dijo, procurando parecer ofendido.

–Usted es un listillo.

–¡Gracias!

De pronto se abrió la puerta y se oyó un grito:

–¡Grantham!

Sonrió a la secretaria y entró en el despacho. Jackson Feldman estaba de pie detrás de su escritorio. Llevaba la corbata suelta y las mangas arremangadas hasta los codos. Medía metro noventa y cinco, sin un gramo de grasa. A sus cincuenta y ocho años, corría en dos maratones todos los años y trabajaba quince horas diarias.

Smith Keen también estaba de pie en el despacho, con un borrador de cuatro páginas de un artículo y la copia reproducida a mano por Darby del informe pelícano. La copia de Feldman estaba sobre la mesa. Parecían estar aturdidos.

–Cierre la puerta –ordenó Feldman.

Gray obedeció y se sentó al borde de la mesa. Nadie decía palabra.

–Caramba –exclamó finalmente Feldman, después de frotarse los ojos y mirar a Keen.

–¿Eso es todo? –sonrió Gray–. Le entrego la historia más sensacional de los últimos veinte años y está tan emocionado que sólo se le ocurre decir «caramba».

–¿Dónde está Darby Shaw? –preguntó Keen.

–No puedo decírselo. Forma parte del trato.

–¿Qué trato? –preguntó Keen.

–Tampoco puedo decírselo.

–¿Cuándo habló con ella?

–Anoche y de nuevo esta mañana.

–¿Y esto ocurrió en Nueva York? –preguntó Keen.

–¿Qué importa dónde habláramos? El caso es que lo hemos hecho, ¿de acuerdo? Ella ha hablado y yo la he escuchado. He regresado en avión y he escrito el borrador. ¿Qué les parece?

Feldman dobló lentamente su fino cuerpo y se acomodó en su silla.

–¿Cuánto sabe la Casa Blanca?

–No estoy seguro. Verheek le dijo a Darby que se entregó a la Casa Blanca algún día de la semana pasada y que en aquellos momentos el FBI consideraba que debía ser investigado. A continuación, después de que entrara en posesión de la Casa Blanca y por alguna razón desconocida, el FBI abandonó el caso. Eso es todo lo que sé.

–¿Cuánto le dio Mattiece al presidente hace tres años?

–Muchos millones. Casi todo a través de un sinfín de asesores financieros privados que controla. Ese individuo es muy astuto. Tiene infinidad de abogados, que calculan cómo mover dinero de un lado para otro. Probablemente sin quebrantar ninguna ley.

Los redactores reflexionaban. Estaban aturdidos, como si acabaran de sobrevivir a la explosión de una bomba. Grantham se sentía bastante orgulloso de sí mismo y mecía los pies bajo la mesa, como un chiquillo sentado al borde de un muelle.

Feldman cogió los papeles y los hojeó, hasta encontrar la fotografía de Mattiece junto al presidente. Movió la cabeza.

–Es dinamita, Gray –dijo Keen–. Pero no lo podemos publicar sin abundante corroboración. Diablos, hablamos de la mayor tarea de verificación del mundo. Este material es muy poderoso, hijo.

–¿Cómo se las arreglará? –preguntó Feldman.

–Tengo algunas ideas.

–Me gustaría oírlas. Esto podría costarle la vida.

–En primer lugar, intentaremos encontrar a García –respondió Grantham, después de ponerse de pie, con las manos en los bolsillos.

–¿Intentaremos? ¿Con quién piensa trabajar? –preguntó Keen.

–Intentaré, ¿de acuerdo? Yo solo. Intentaré encontrar a García.

–¿Está la chica involucrada? –preguntó Keen.

–No puedo decírselo. Forma parte del trato.

–Quiero que responda –dijo Feldman–. Piense en nuestra situación si pierde la vida mientras le ayuda. Es demasiado arriesgado. Díganos dónde está y qué se proponen.

–No puedo revelarles dónde se encuentra. Es mi fuente de información y siempre protejo a mis informadores. No me ayuda en la investigación. Es sólo una fuente, ¿de acuerdo?

Le observaron con incredulidad, se miraron entre sí y por fin Keen se encogió de hombros.

–¿Necesita ayuda? –preguntó Feldman.

–No. Ella insiste en que trabaje solo. Está muy asustada y no se lo reprocho.

–Yo me he asustado sólo con leerlo –dijo Keen.

Feldman echó atrás su silla y cruzó los pies sobre la mesa. Tamaño cuarenta y seis.

–Debe empezar por García –dijo, al tiempo que sonreía por primera vez–. Si no le encuentra, puede que tenga que dedicarle meses a investigar a Mattiece, sin llegar a recomponer el rompecabezas. Y antes de que empiece a investigar a Mattiece, quiero que tengamos una larga charla. Usted me cae bastante bien, Grantham, y este asunto no merece que le maten.

–Quiero ver todo lo que escriba, ¿de acuerdo? –dijo Keen.

–Y yo quiero un informe diario, ¿entendido? –agregó Feldman.

–Desde luego.

Keen se acercó a la pared de cristal y contempló el caos de la redacción. Todos los días se producían media docena de ajetreos. A las cinco y media se convertía en una locura. Se estaban escribiendo las noticias y la segunda conferencia se celebraba a las seis y media.

–Esto podría significar el fin de la depresión –comentó Feldman sin moverse de su escritorio, con la mirada fija en Gray–. ¿Cuánto ha durado? ¿Cinco, seis años?

–Yo diría siete –agregó Keen.

–He escrito algunos buenos artículos –replicó Gray, a la defensiva.

–Por supuesto –dijo Feldman, sin dejar de contemplar la redacción–. Pero se ha estado moviendo entre los dobles y los triples. Del último «gordo» hace ya mucho tiempo.

–Mucho se debe a las circunstancias –agregó cooperativamente Keen.

–Se hace lo que se puede –dijo Gray–. Pero ésta será la victoria de la recopa –agregó, desde el umbral de la puerta.

–Cuídese y no permita que le ocurra ningún daño a la chica. ¿Entendido? –dijo Feldman, con la mirada fija en sus ojos. Gray sonrió y abandonó el despacho.

Había llegado casi a Thomas Circle cuando vio las luces azules a su espalda. El policía no le adelantó, pero siguió pegado a la cola de su coche. No prestaba ninguna atención al límite permitido, ni a la velocidad a la que conducía. Sería su tercera multa en dieciséis meses.

Paró en un pequeño aparcamiento, junto a un edificio de varios pisos. Estaba oscuro y las luces azules parpadeaban en su retrovisor. Se frotó las sienes.

–Apéese –ordenó el policía, desde el parachoques.

Gray abrió la puerta y obedeció. El policía era negro y de pronto empezó a sonreír. Era Cleve.

–Sube –dijo, al tiempo que señalaba el coche patrulla.

–¿Por qué me haces esas cosas? –preguntó Gray, cuando estaban ambos sentados en el coche bajo las luces azules y contemplaban el Volvo.

–Tenemos cuotas, Grantham. Hemos de parar a un número determinado de blancos para incordiarlos. El jefe quiere que equilibremos las cosas. Los policías blancos incordian a los negros pobres e inocentes, y los policías negros incordiamos a los blancos ricos e inocentes.

–Supongo que querrás esposarme y darme una paliza.

–Sólo si me lo suplicas. Sarge no puede seguir hablando contigo.

–Te escucho.

–Presiente que algo anda mal en palacio. Ha captado algunas extrañas miradas y ha oído un par de cosas.

–¿Por ejemplo?

–Por ejemplo que hablan de ti y de lo mucho que les interesa conocer lo que sabes. Cree que es posible que te estén escuchando.

–Válgame Dios, Cleve. ¿Habla en serio?

–Les ha oído hablar de ti y de que formulas preguntas sobre ese asunto pelícano o lo que sea. Los has trastornado.

–¿Qué ha oído sobre ese asunto pelícano?

–Sólo que te acercas demasiado y que para ellos es grave.

Son unos paranoicos sin escrúpulos, Gray. Sarge dice que tengas cuidado donde vayas y con quien hables.

–¿Y no podemos volver a vernos?

–No durante un tiempo. Desea actuar con discreción y utilizarme a mí como mensajero.

–De acuerdo. Necesito su ayuda, pero dile que no se arriesgue. Es un asunto muy delicado.

–¿Qué es eso de pelícano?

–No puedo decírtelo. Pero dile a Sarge que podría costarle la vida.

–No te preocupes por Sarge. Es más astuto que todos los que le rodean.

–Gracias, Cleve –dijo Gray antes de abrir la puerta y apearse del coche.

–Andaré por ahí –respondió Cleve, después de apagar las luces azules–. Durante los próximos seis meses haré el turno de noche y procuraré vigilarte.

–Gracias.

Rupert pagó su panecillo de canela y se sentó en un taburete junto a la barra, desde donde se veía la acera. Era medianoche, las doce en punto, y empezaban a vaciarse las calles de Georgetown. Por la calle M circulaban todavía algunos coches y los pocos peatones que quedaban regresaban a sus casas. El café estaba concurrido, pero no abarrotado. Tomaba un café solo.

Reconoció un rostro en la acera, que al cabo de un momento estaba sentado junto a él en la barra. Era una especie de lacayo, con el que se había reunido hacía unos días en Nueva Orleans.

–¿Qué hay de nuevo? –preguntó Rupert.

–No logramos encontrarla. Y eso nos preocupa, porque hoy hemos recibido malas noticias.

–¿Bien?

–El caso es que hemos oído rumores, no confirmados, de que los malos están trastornados y su número uno quiere empezar a matar a todo el mundo. No piensa reparar en gastos y los rumores indican que gastará lo que sea necesario, para salirse con la suya. Va a mandar tipos duros, armados hasta los dientes. Evidentemente, dicen que está loco, pero es terriblemente malvado y con dinero se puede matar a mucha gente.

–¿Quién está en la lista? –preguntó Rupert, sin que le inquietara la idea de las matanzas.

–La chica. Y supongo que cualquier otra persona del exterior, que sepa algo del pequeño documento.

–¿Entonces qué debo hacer?

–Esperar. Volveremos a reunirnos aquí mañana por la noche, a la misma hora. Si encontramos a la chica, tendrás que ocuparte tú del asunto.

–¿Cómo pensáis encontrarla?

–Creemos que está en Nueva York. Disponemos de medios.

Rupert cogió un trozo de panecillo de canela y se lo llevó a la boca.

–¿Tú dónde estarías?

El mensajero pensó en una docena de lugares adonde tal vez iría pero, maldita sea, eran sitios como París, Roma o Montecarlo, que ya conocía y todo el mundo visitaba. No se le ocurría ningún lugar exótico donde ocultarse el resto de su vida.

–No lo sé. ¿Dónde estarías tú?

–En la ciudad de Nueva York. Se pueden vivir allí muchos años sin ser visto. No hay problemas de idioma ni de costumbres. Para un norteamericano, es el lugar perfecto donde ocultarse.

–Sí, supongo que tienes razón. ¿Crees que está allí?

–No lo sé. A veces es muy lista. Pero también tiene malos momentos.

–Hasta mañana –dijo el mensajero, cuando ya se marchaba.

Rupert le saludó con la mano. Menudo cretino está hecho, pensó. Andando de un lado para otro para susurrar mensajes importantes en algún bar o cervecería, para luego contarle detalladamente a su jefe lo sucedido.

Arrojó la taza vacía al cubo de la basura y salió a la calle.

TREINTA Y DOS

Brim, Stearns & Kidlow tenía ciento noventa abogados, según la última edición del catálogo jurídico Martindale Hubbell. Y White & Blazevich tenía cuatrocientos doce. Por consiguiente, con un poco de suerte, García podía ser uno de los seiscientos dos. Sin embargo Mattiece utilizaba otros bufetes en Washington, lo cual podía incrementar el número y convertir su tarea en imposible.

Como era de suponer, White & Blazevich no tenía nadie llamado García. Darby buscó otros nombres hispánicos, pero no encontró ninguno. Era una de esas pulcras organizaciones, con personal de apellidos rimbombantes, procedente de las universidades de élite de la costa este. Había algunos nombres de mujeres, pero sólo dos en calidad de socios de la empresa. La mayoría de las mujeres habían ingresado después de mil novecientos ochenta. Si vivía el tiempo suficiente para acabar su licenciatura, no se plantearía la posibilidad de trabajar para una especie de fábrica como la de White & Blazevich.

Grantham había sugerido que se concentrara en los hispanos, porque García era un poco inusual como seudónimo. Puede que el muchacho fuera hispano y, puesto que García era un nombre común en su cultura, fuera el primero que se le había ocurrido. No funcionó. No había ningún hispano en la empresa.

Según la guía, sus clientes eran ricos y poderosos. Bancos, grandes empresas y muchas compañías petrolíferas. Entre sus clientes figuraban cuatro de los demandados en el pleito, pero no el señor Mattiece. Había empresas químicas y líneas marítimas, además de representar a los gobiernos de Corea del Sur, Libia y Siria. Qué absurdo, pensó. Algunos de nuestros enemigos contratan a nuestros abogados para cabildear en nuestro propio gobierno. Aunque, por otra parte, uno puede contratar a los abogados para hacer cualquier cosa.

Brim, Stearns & Kidlow eran una versión reducida de White & Blazevich, pero caramba, entre sus componentes figuraban cuatro nombres hispanos, de los que Darby tomó nota. Dos hombres y dos mujeres. Supuso que el bufete había sido denunciado por discriminación racial y sexual. En los últimos

diez años habían contratado a toda clase de gente. La lista de sus clientes era pronosticable: gas y petróleo, seguros, bancos, relaciones gubernamentales. Todo bastante aburrido.

Permaneció sentada en un rincón de la biblioteca jurídica Fordham durante una hora. Era viernes por la mañana, las diez en Nueva York y las nueve en Nueva Orleans, y en lugar de ocultarse en una biblioteca hasta ahora para ella desconocida, se suponía que debía estar en la clase de Procedimiento federal de Alleck, un profesor por el que nunca había sentido ninguna simpatía, pero a quien ahora echaba de menos. Alice Stark estaría sentada junto a ella. Uno de sus bobos predilectos, D. Ronald Petrie estaría a su espalda intentando ligar con ella con propuestas deshonestas. También le echaba de menos. Echaba de menos las mañanas tranquilas en el balcón de Thomas, con una taza de café en la mano, a la espera de que el barrio francés se quitara las telarañas y cobrara vida. Echaba de menos el olor a colonia de su armario.

Después de darle las gracias a la bibliotecaria, abandonó el edificio. Al llegar a la calle Sesenta y Dos, se encaminó hacia el este en dirección al parque. Era una maravillosa mañana de octubre, con un firmamento perfecto y una fresca brisa. Muy agradable comparado con Nueva Orleans, pero difícil de apreciar dadas las circunstancias. Llevaba unas Ray Ban nue-

vas y una bufanda hasta la barbilla. Su cabello era todavía oscuro, pero había dejado de cortárselo. Había tomado la decisión de caminar sin mirar por encima del hombro. Probablemente no la seguían, pero sabía que pasarían muchos años antes de que pudiera pasear con absoluta tranquilidad.

Los árboles del parque formaban un magnífico cuadro de amarillos, naranjas y rojos. Las hojas caían suavemente a merced de la brisa. Al llegar a la zona oeste de Central Park, se encaminó hacia el sur. Pensaba marcharse al día siguiente, para pasar unos días en Washington. Si sobrevivía, abandonaría el país y se iría probablemente al Caribe. Había estado allí un par de veces y sabía que existían millares de pequeñas islas, donde los habitantes hablaban alguna forma de inglés.

Había llegado el momento de abandonar el país. Habían perdido su pista y ya había pedido información sobre vuelos a Nassau y Jamaica. Llegaría al oscurecer.

Encontró un teléfono público al fondo de un pequeño café de la calle Seis y marcó el número de Gray en el Post.

–Soy yo.

–Menos mal. Temía que hubieras abandonado el país.

–Estoy pensando en ello.

–¿Puedes esperar una semana?

–Probablemente. Estaré ahí mañana. ¿Qué has averiguado?

–Me he limitado a acumular un montón de basura. Tengo copias de los balances anuales de siete corporaciones públicas, involucradas en la querella.

–No es una querella, sino un pleito. Lo primero se confunde con una disputa callejera.

–Te pido mil perdones. Mattiece no figura como ejecutivo ni director en ninguna de ellas.

–¿Algo más?

–Sólo el millar habitual de llamadas telefónicas. Ayer pasé tres horas en los juzgados buscando a García.

–No le encontrarás en ningún juzgado, Gray. No es ese tipo de abogado. Trabaja en un bufete corporativo.

–Supongo que tú tienes una idea mejor.

–Tengo varias ideas.

–Bien, pues aquí te espero.

–Te llamaré cuando llegue.

–No llames a mi casa.

–¿Te importaría decirme por qué?

–preguntó, después de una pausa.

–Cabe la posibilidad de que alguien escuche y puede que me sigan. Uno de mis mejores contactos cree que he levantado suficiente oleaje para que me coloquen bajo vigilancia.

–Maravilloso. ¿Y pretendes que venga para reunirme contigo?

–Estaremos a salvo, Darby. Sólo debemos ser cautelosos.

Darby agarró con fuerza el teléfono y apretó los dientes.

–¡Cómo te atreves a hablarme de cautela! Desde hace diez días no hago más que esquivar bombas y balas, y tú tienes la osadía de hablarme de cautela. ¡Vete a la mierda, Grantham! Tal vez debería mantenerme alejada de ti.

Se hizo una pausa, mientras miraba a su alrededor. Dos hombres la observaban, desde la mesa más próxima del diminuto café. Chillaba demasiado. Volvió la cabeza y respiró hondo.

–Lo siento –dijo lentamente Grantham–. Sólo pretendía...

Librodot

–Olvídalo. Simplemente, olvídalo.

–¿Estás bien? –preguntó Gray, después de una pequeña.

pausa.

–De maravilla. Nunca me he sentido mejor.

–¿Vas a venir a Washington?

–No lo sé. Aquí estoy a salvo y lo estaré aun más cuando coja un avión para salir del país.

–Por supuesto, pero creí que tenías una idea maravillosa para encontrar a García y luego, con un poco de suerte, atrapar a Mattiece. Creí que estabas escandalizada, moralmente indignada, y motivada por la sed de venganza. ¿Qué te ha ocurrido?

–En primer lugar, siento un deseo anhelante de poder celebrar mi vigésimo quinto aniversario. No soy particularmente egoísta, pero tal vez me gustaría llegar también a los treinta. Sería agradable.

–Lo comprendo.

–No estoy segura. Creo que te interesan más los Pulitzers y la fama que mi cabeza.

–Te aseguro que esto no es cierto. Confía en mí, Darby. Estarás a salvo. Me has contado la historia de tu vida. Debes confiar en mí.

–Me lo pensaré.

–Esto no es una promesa.

–No, no lo es. Dame tiempo para reflexionar.

–De acuerdo.

Darby colgó el teléfono y pidió algo de comer. Oyó una docena de lenguas a su alrededor; de pronto se llenó el café. Corre, niña, corre, le decía su sentido común. Coge un taxi al aeropuerto. Compra un billete al contado a Miami. Súbete al primer avión hacia el sur. Deja que Grantham investigue y deséale suerte. Era muy bueno y encontraría la forma de descubrir la verdad. Un buen día leería su artículo en una soleada playa, mientras contemplaba a los windsurfers con una piña colada en la mano.

Tocón pasó cojeando por la acera. Darby le vio de reojo entre la muchedumbre a través de la ventana. De pronto se sintió mareada y con la garganta seca. No miró hacia el interior del café. Se limitó a pasar, como si anduviera sin rumbo fijo. Darby corrió entre las mesas y le observó desde la puerta. Llegó cojeando ligeramente hasta la esquina de la Sexta Avenida y la calle Cincuenta y Ocho, y esperó a que cambiara el semáforo. Empezó a cruzar la Sexta Avenida, pero entonces cambió de opinión y cruzó la calle Cincuenta y Ocho. Casi le atropelló un taxi.

No iba a ningún lugar, sólo paseaba con su ligera renquera.

Croft le vio cuando se apeaba del ascensor en el vestíbulo. Le acompañaba otro joven abogado y, puesto que no llevaban maletines, era evidente que iban a almorzar. Después de observar abogados durante cinco días, Croft se había familiarizado con su conducta.

El edificio estaba en Pennsylvania, y Brim, Stearns & Kidlow ocupaba desde el piso tercero hasta el undécimo. García salió del edificio con su compañero y se alejaron por la acera riéndose. Algo tenía mucha gracia. Croft se mantuvo lo más cerca posible de ellos. Después de caminar y reírse a lo largo de cinco manzanas, entraron previsiblemente en un elegante bar de jóvenes ejecutivos para comer un bocado rápido.

Croft tuvo que llamar tres veces para localizar a Grantham. Eran casi las dos, estaban terminando de comer, y si Grantham quería atrapar a ese individuo no debía alejarse del teléfono. Gray colgó. Se reunirían en el edificio.

Librodot

García y su amigo caminaron un poco más despacio a su regreso. Hacía un tiempo maravilloso, era viernes, y disfrutaban de aquel breve descanso de sus rutinarias litigaciones, si eso era lo que hacían por doscientos dólares por hora. Croft se ocultaba tras sus gafas oscuras, a una distancia prudencial.

Gray estaba sentado en el vestíbulo, cerca de los ascensores. Croft les pisaba los talones, cuando entraron por la puerta giratoria,.y señaló rápidamente a su hombre. Gray captó la señal y pulsó el botón del ascensor. Cuando se abrió la puerta, entró delante de García y de su amigo. Croft se quedó en el vestíbulo.

García pulsó el botón del sexto piso, un momento antes de que también lo hiciera Gray, que empezó a leer el periódico mientras escuchaba a los abogados que hablaban de fútbol. Aquel joven no tenía más de veintisiete o veintiocho años. Puede que su voz le resultara vagamente familiar, pero sólo la había oído por teléfono y no tenía ningún rasgo particular. Su rostro estaba muy cerca, pero no podía examinarlo. La ley de probabilidades le aconsejaba lanzarse. Era muy parecido al individuo de la fotografía y trabajaba para Brim, Stearns & Kidlow, uno de cuyos numerosos clientes era el señor Mattiece. Lo intentaría, pero con cautela. Era periodista. Su trabajo consistía en formular preguntas.

Salieron del ascensor sin dejar de charlar sobre los Redskins y Gray les siguió, leyendo tranquilamente su periódico.

El vestíbulo de la empresa era lujoso y opulento, con candelabros y alfombras orientales, y unas gruesas letras doradas en una pared con el nombre de la empresa. Los abogados se detuvieron en la recepción y recogieron sus mensajes telefónicos. Gray se acercó a la recepcionista, que le miró cautelosamente.

–¿En qué puedo servirle? –preguntó, en un tono que sugería: «¿qué diablos quieres?»

–Estoy en una reunión con Roger Martin –respondió Gray, perfectamente al quite.

Había encontrado el nombre en la guía y había llamado desde el vestíbulo hacía un minuto, para asegurarse de que el letrado Martin estaba en su despacho. En la guía telefónica aparecía el nombre de la empresa, que ocupaba desde el piso tercero hasta el undécimo, pero no los de los ciento noventa abogados. Con la información de las páginas amarillas, había hecho una docena de llamadas rápidas, para localizar un abogado en cada piso. Roger Martin era el del sexto.

–He estado reunido con él las últimas dos horas –agregó Gray, con el entrecejo fruncido.

Eso desconcertó a la recepcionista, que no supo qué responder. Gray aprovechó la confusión para entrar y avanzar por el pasillo, a tiempo de ver a García que entraba en su despacho por la cuarta puerta.

En una placa junto a la misma aparecía el nombre de David M. Underwood. Gray no llamó. Quería atacar con rapidez y, tal vez, retirarse apresuradamente. El señor Underwood colgaba su chaqueta.

–Hola. Soy Gray Grantham del Washington Post. Estoy buscando a un individuo llamado García.

–¿Cómo ha entrado aquí? –preguntó Underwood, confundido y paralizado.

–Andando –respondió Gray, a quien de pronto la voz le pareció familiar–. Usted es García, ¿no es cierto?

El abogado señaló una placa sobre el escritorio, con letras doradas.

–David M. Underwood –dijo–. En este piso no hay nadie llamado García. En nuestro bufete no conozco a nadie por ese nombre.

Gray sonrió como para seguirle la corriente. Underwood estaba asustado. O irritado.

–¿Cómo está su hija? –preguntó Gray.

–¿Cuál? –preguntó Underwood, que se le acercaba con la mirada fija y muy perturbado.

Aquello no encajaba. García estaba muy preocupado por su hija menor y, de haber tenido otra, lo habría mencionado.

–La menor. ¿Y su esposa?

Underwood estaba cada vez más cerca y, al parecer, dispuesto a darle un puñetazo. Era un individuo que claramente no le tenía miedo al contacto físico.

–No tengo esposa. Estoy divorciado.

Levantó el puño y, durante una fracción de segundo, Gray creyó que se había vuelto loco. Entonces comprobó que no llevaba ningún anillo. No tenía esposa. No usaba alianza. García adoraba a su esposa y habría llevado una alianza. Había llegado el momento de retirarse.

–¿Qué quiere? –preguntó Underwood.

–Creí que García estaba en este piso –respondió Gray,

al tiempo que se retiraba.

–¿Es su amigo García abogado?

–Sí.

–No en este bufete –dijo Underwood, un poco más tranquilo–. Tenemos un Pérez, un Hernández y puede que uno más. Pero no conozco a ningún García.

–Aquí trabaja mucha gente –comentó Gray, desde el umbral de la puerta–. Lamento haberle molestado.

–Señor Grantham, aquí no estamos acostumbrados a que irrumpan los periodistas en nuestros despachos. Llamaré al servicio de seguridad y tal vez ellos puedan ayudarle.

–No será necesario. Gracias –dijo desde el pasillo, antes de desaparecer.

Underwood llamó al servicio de seguridad.

Grantham se maldijo a sí mismo en el ascensor. Era el único pasajero y blasfemaba en voz alta. Al pensar en Croft se enojó con él y, cuando se abrieron las puertas del ascensor, le vio en el vestíbulo junto a las cabinas telefónicas. Tranquilízate, se dijo a sí mismo.

–No ha funcionado –dijo Gray, cuando salían juntos del edificio.

–¿Has hablado con él?

–Sí. Nos hemos equivocado de hombre.

–Maldita sea. Estaba seguro de que era él. Era el de las fotografías, ¿no es cierto?

–No. Casi pero no. Sigue buscando.

–Estoy harto, Grantham. He...

–¿Cobras por tu trabajo, no es cierto? Una semana más, ¿de acuerdo? Se me ocurren muchas cosas peores.

Croft se paró en la acera y Gray siguió caminando.

–Una semana y lo abandono –exclamó Croft.

Grantham le saludó con la mano. Abrió su Volvo aparcado en zona prohibida y regresó apresuradamente al Post. Lo que había hecho no era inteligente. Había cometido una estupidez, imperdonable para alguien de su experiencia. No se lo mencionaría a Jackson Feldman y Smith Keen en su charla cotidiana.

Otro periodista le informó de que Feldman le estaba buscando y se dirigió inmediatamente a su despacho. Al ver a la secretaria dispuesta a atacar, le brindó una dulce sonrisa. Keen y Howard Krauthammer, redactor ejecutivo, esperaban con Feldman. Keen cerró la puerta y le entregó un periódico a Gray.

–¿Ha visto esto?

Librodot

Se trataba del periódico de Nueva Orleans, el Times Picayune, en cuya primera página se hablaba de las muertes de Verheek y Callahan, junto a grandes fotografías. Lo leyó rápidamente mientras le observaban. El artículo comentaba su amistad y sus extrañas muertes con un intervalo sólo de seis días. Mencionaba también a Darby Shaw, que había desaparecido. Pero nada acerca del informe.

–Parece que ha empezado a circular la noticia –dijo Feldman.

–No mencionan más que lo más básico. Dos cadáveres, el nombre de la chica y un millar de preguntas sin respuesta. Han encontrado a un policía dispuesto a hablar, pero lo único que conoce son los aspectos sangrientos y sensacionalistas del caso.

–Pero investigan, Gray –dijo Keen.

–¿Quiere que se lo impida?

–El Times ha recogido la noticia –agregó Feldman–. Van a publicar algo mañana o domingo. ¿Qué pueden saber?

–¿Por qué me lo pregunta a mí? Es posible que tengan una copia del informe. Muy improbable, pero posible. Sin embargo, no han hablado con la chica. La tenemos nosotros. Es nuestra.

–Eso suponemos –dijo Krauthammer.

Feldman se frotó los ojos y miró al techo.

–Supongamos que tienen una copia del informe, que saben que ella lo ha escrito y que ha desaparecido. No pueden

verificarlo en estos momentos, pero no temen mencionar el informe sin hablar de Mattiece. Supongamos que saben que Callahan era su profesor, entre otras cosas, que fue él quien trajo el informe a Washington y que se lo entregó a su buen amigo Verheek. Y ahora ambos están muertos y ella ha huido. La historia no está nada mal, ¿no le parece, Gray?

–Es una gran historia –agregó Krauthammer.

–Es una menudencia comparado con lo que se avecina –dijo Gray–. No quiero publicarlo porque no es más que la punta del iceberg y atraerá a todos los periódicos del país. No necesitamos un millar de periodistas husmeando como moscas.

–Yo soy partidario de publicarlo –afirmó Krauthammer–. De lo contrario, el Times se nos adelantará.

–No podemos publicarlo –dijo Gray.

–¿Por qué no? –preguntó Krauthammer.

–Porque no voy a escribirlo y si lo escribe otro, perderemos a la chica. Es así de simple. En estos momentos se plantea si subirse o no a un avión y abandonar el país. Cualquier pequeño error por nuestra parte y desaparecerá.

–Pero ya nos ha contado todo lo que sabe –dijo Keen.

–Le he dado mi palabra, ¿de acuerdo? No escribiré el artículo hasta que haya atado los cabos sueltos y pueda mencionar a Mattiece. Es muy sencillo.

–Usted la utiliza, ¿no es cierto? –preguntó Keen.

–Es un contacto. Pero no está en la ciudad.

–Si el Times tiene el informe, sabe lo de Mattiece –dijo Feldman–. Y si sabe lo de Mattiece, puede apostar lo que quiera a que investigan como locos para verificarlo. ¿Qué ocurrirá si se nos anticipan?

–Nos quedaremos sentados como bobos y perderemos la historia más sensacional que he visto en veinte años –refunfuñó Krauthammer de mala gana–. Yo soy partidario de que publiquemos lo que tenemos. Aunque sólo sea superficial, es ya una historia muy sensacional.

–No –dijo Gray–. No lo escribiré hasta tener toda la información.

–¿Y cuánto tiempo puede necesitar para ello? –preguntó Feldman.

–Tal vez una semana.

–No disponemos de una semana –agregó Krauthammer.

–Puedo averiguar cuánto sabe el Times –suplicó Gray,

desesperado–. Denme cuarenta y ocho horas.

–Van a publicar algo mañana o domingo –repitió Feldman.

–Deje que lo publiquen. Apuesto a que será el mismo artículo, probablemente con las mismas fotografías. Suponen demasiado. Suponen que tienen una copia del informe, pero ni su propia autora la tiene. Nosotros no la tenemos. Esperemos, leamos su pequeño artículo y sigamos a partir de ahí.

Los redactores se miraron entre sí. Krauthammer estaba frustrado. Keen angustiado. Pero el jefe era Feldman y dijo:

–De acuerdo. Si publican algo por la mañana, nos reuniremos aquí a las doce para examinarlo.

–Muy bien –respondió rápidamente Gray, cuando se dirigía hacia la puerta.

–No pierda el tiempo, Grantham –agregó Feldman–. Ya no podemos demorar la publicación mucho tiempo.

Grantham se retiró.

TREINTA Y TRÉS

La limusina avanzaba pacientemente a la hora punta por el cinturón. Era oscuro y Matthew Barr leía con la luz interior del vehículo encendida. Coal tomaba Perrier y contemplaba el tráfico. Se conocía el informe de memoria y podía habérselo explicado fácilmente a Barr, pero quería ver su reacción.

Barr no reaccionó hasta llegar a la fotografía, cuando movió lentamente la cabeza. Se acomodó en su asiento y reflexionó unos instantes.

–Muy desagradable –dijo.

Coal refunfuñó.

–¿Qué hay de verdad? –preguntó Barr.

–Me encantaría saberlo.

–¿Cuándo lo vio por primera vez?

–El martes de la semana pasada. Llegó con uno de los informes cotidianos del FBI.

–¿Qué dijo el presidente?

–No le gustó, pero tampoco lo consideró alarmante. Le pareció uno de tantos disparos a ciegas. Se lo mencionó a Voyles y éste accedió a olvidarlo por un tiempo. Ahora ya no estoy tan seguro.

–¿Le pidió el presidente a Voyles que no investigara el caso? –preguntó lentamente Barr.

–Sí.

–Esto está terriblemente cerca de constituir obstrucción de justicia, en el supuesto de que el informe sea cierto.

–¿Y si lo fuera?

–Entonces el presidente tendrá problemas. Me han condenado una vez por obstrucción de la justicia, de modo que conozco el paño. Es como fraude por correspondencia. Es muy amplio y fácil de demostrar. ¿Está usted involucrado?

–¿A usted qué le parece?

–Entonces creo que también tendrá problemas.

Circularon en silencio contemplando el tráfico. Coal había reflexionado mucho sobre el aspecto de la obstrucción, pero quería conocer la opinión de Barr. No eran los cargos judiciales lo que le preocupaba. El presidente se había limitado a mantener una pequeña charla con Voyles, para sugerirle que de momento buscara en otras direcciones. No era exactamente una conducta delincuente. Lo que le preocupaba enormemente a Coal era la reelección, y un escándalo que involucrara a un colaborador financiero tan importante como Mattiece sería devastador. La idea le producía náuseas. Un conocido del presidente, de quien había recibido millones de dólares, había pagado para que asesinaran a dos jueces del Tribunal Supremo, a fin de que su amigo, el presidente, pudiera nombrar a dos personas más razonables que permitieran la extracción del petróleo. Los demócratas estallarían por las calles de alegría. Se reunirían todas las juntas parlamentarias. Todos los periódicos se ocuparían del tema un año entero. El Departamento de Justicia se vería obligado a investigar. Coal tendría que aceptar responsabilidades y dimitir. Diablos, a excepción del presidente, todo el personal de la Casa Blanca tendría que hacerlo.

–Debemos averiguar si el informe es cierto –dijo Coal,

sin dejar de mirar por la ventana.

–Si está muriendo gente, es porque lo es. Déme una razón mejor para matar a Callahan y Verheek.

No la había y Coal lo sabía.

–Quiero que haga algo.

–Encontrar a la muchacha.

–No. La chica está muerta u oculta en alguna cueva. Quiero que hable con Mattiece.

–Seguro que lo encontraré en las páginas amarillas.

–Logrará encontrarlo. Debemos establecer un contacto sobre el que el presidente no sepa nada. Primero debemos determinar cuánto hay de verdad en todo esto.

–Y cree que Victor confiará en mí y me contará sus secretos.

–Sí, acabará por hacerlo. Recuerde que usted pertenece a las fuerzas de seguridad. Supongamos que sea cierto y que él crea que está a punto de ser descubierto. Está desesperado y se dedica a matar gente. ¿Qué le parece si le contara que la información está en manos de la prensa, que el fin está cerca, y que si había pensado en desaparecer ahora era el momento de hacerlo? No olvide que irá a verle como mensajero de Washington. En lo que a él concierne, de parte del presidente. Le escuchará.

–De acuerdo. Supongamos que me dice que es verdad. ¿Qué hacemos entonces?

–Tengo algunas ideas destinadas a controlar los perjuicios. Lo primero que haremos será nombrar a dos amantes de la naturaleza como jueces del Tribunal Supremo. Me refiero a auténticos fanáticos de la conservación del medio ambiente. Eso demostraría que, en el fondo, nos preocupa verdaderamente la protección de la naturaleza. Al mismo tiempo, acabaría con Mattiece, su yacimiento petrolífero, etcétera. Podríamos hacerlo en cuestión de horas. Casi simultáneamente, el presidente llamaría a Voyles, al fiscal general y al Departamento de Justicia, para exigir que investigaran inmediatamente a Mattiece. Divulgaríamos el informe entre todos los periodistas de la ciudad, nos agacharíamos y dejaríamos pasar la tormenta.

Barr sonreía de admiración.

–No será agradable –prosiguió Coal–, pero es preferible a permanecer inmóviles, con la esperanza de que el informe sea ficticio.

–¿Cómo puede justificar la fotografía?

–No hay forma de hacerlo. Dolerá algún tiempo, pero se tomó hace siete años y hay personas que enloquecen. Declararemos que en aquella época Mattiece era una buena persona, pero que ahora se ha vuelto loco.

–Está loco.

–Sí, lo está. Y ahora es como un perro herido y acorralado. Debe convencerle de que tire la toalla y desaparezca. Creo que le escuchará. Además, creo que a través de él sabremos si es verdad.

–¿Cómo me las arreglo para encontrarle?

–Tengo a un individuo que se ocupa de ello. Pulsaré algunos botones y estableceré el contacto. Dispóngase a viajar el domingo.

Barr sonrió con la mirada fija en la ventana. Le apetecía conocer a Mattiece.

El tráfico aminoró la marcha. Coal tomaba sorbos de agua.

–¿Se sabe algo de Grantham?

–Realmente, no. Escuchamos y vigilamos, pero no ha ocurrido nada emocionante. Habla con su madre y con un par de chicas, pero nada digno de mención. Trabaja mucho. Salió de la ciudad el miércoles y regresó el jueves.

–¿Adónde fue?

–A Nueva York. Probablemente para preparar algún artículo.

Se suponía que Cleve debía estar en la esquina de Rhode Island y la Sexta Avenida a las diez en punto, pero no estaba. Gray debía circular a toda prisa por Rhode Island hasta que Cleve le alcanzara, de modo que si alguien realmente le seguía creyera que no era más que un conductor peligroso. Aceleró a lo largo de la calle, a ochenta kilómetros por hora, a la espera de ver unas luces azules. No aparecieron. Dio media vuelta y, al cabo de quince minutos, repitió la operación. ¡Ahí estaban! Vio unas luces azules y paró junto a la acera.

No era Cleve, sino un policía blanco que estaba muy agitado. Sacudió el permiso de conducir de Gray, lo examinó y le preguntó si había bebido. No señor, respondió Grantham. El policía extendió la multa y se la entregó ceremoniosamente a Gray, que la examinó sentado al volante hasta que oyó unas voces en la cola del vehículo.

Había llegado otro policía, que discutía con el primero. Era Cleve, que pretendía que el policía blanco olvidara la multa, pero éste le explicó que ya era demasiado tarde y que, además, aquel imbécil había pasado por el cruce a cien kilómetros por hora. Es amigo mío, decía Cleve. Entonces enséñale a conducir antes de que mate a alguien, dijo el policía blanco antes de subirse a su coche patrulla y alejarse.

Cleve se reía cuando se acercó a la ventana del coche de Gray.

–Lo siento.

–Es todo por tu culpa.

–Conduce más despacio la próxima vez.

Gray arrojó la multa al suelo del vehículo.

–Démonos prisa. Sarge te dijo que los muchachos del ala oeste hablaban de mí. ¿No es cierto?

–Cierto.

–Bien, necesito que Sarge me diga si hablan de algún otro periodista, especialmente del New York Times. Preciso saber si creen que hay alguien más que tenga bastante información sobre el caso.

–¿Eso es todo?

–Sí. He de saberlo pronto.

Librodot

–Más despacio –dijo Cleve en voz alta, mientras regresaba a su coche.

Darby pagó la habitación para los próximos siete días, en parte para poder regresar a un lugar familiar si era necesario, y en parte porque quería guardar algunas prendas nuevas que había comprado. Era pecaminoso eso de correr y abandonarlo todo. La ropa no tenía nada de especial, era de un estilo deportivo elegante a nivel universitario, pero en Nueva York era todavía más cara y sería agradable poder conservarla. No estaba dispuesta a arriesgarse por la ropa, pero le gustaba la habitación, la ciudad y deseaba conservar aquellas prendas.

Había llegado el momento de echar de nuevo a correr y viajaría con poco equipaje. Llevaba consigo una pequeña bolsa de lona, cuando salió del Saint Moritz para subirse a un taxi que la esperaba. Eran casi las once de la noche del viernes y la zona sur de Central Park estaba animada. Al otro lado de la calle, había una fila de coches de caballos a la espera de clientes, para llevarles a dar una vuelta por el parque.

El taxi tardó diez minutos en llegar a la esquina de la calle Setenta y Dos y Broadway, en dirección opuesta a la que pensaba tomar, pero el desplazamiento en su conjunto sería difícil de seguir. Caminó unos pasos y desapareció por una boca de metro. Había estudiado un plano y un libro de la red, y esperaba que le resultara fácil. El metro no le gustaba porque nunca lo había utilizado y le habían contado cosas horribles del mismo. Pero aquella era la línea de Broadway, la más utilizada de Manhattan y se rumoreaba que, de vez en cuando, era segura. Por otra parte, la seguridad tampoco estaba garantizada en la calle. El metro no podía ser peor.

Esperó en el lugar adecuado, junto a un grupo de adolescentes borrachos pero bien vestidos, y el tren llegó al cabo de un par de minutos. No iba lleno y Darby se sentó cerca de las puertas centrales. Tenía la cabeza agachada, pero desde detrás de sus gafas oscuras observaba a la gente. Era su noche de suerte. Ningún gamberro con navaja. Ningún pedigüeño. Ningún pervertido, por lo menos manifiesto. Pero para una novata, la experiencia era a pesar de todo aterradora.

Los jóvenes borrachos se apearon en Times Square y ella bajó apresuradamente del tren en la próxima estación. Nunca había estado en Penn Station, pero aquél no era el momento de admirar el paisaje. Tal vez algún día regresaría para pasar un mes en la ciudad, y poder contemplarla sin preocuparse de Tocón, el Delgado y sus demás compañeros. Pero no ahora.

Disponía de cinco minutos y encontró su tren cuando estaba a punto de salir. Se sentó de nuevo en la parte posterior y observó a todos los pasajeros. No vio ningún rostro que le resultara familiar. Confiaba en que no la hubieran seguido a lo largo de aquel zigzagueante desplazamiento. Una vez más, había cometido el error de utilizar tarjetas de crédito. Había comprado cuatro billetes en O'Hare con una tarjeta de la American Express, y de algún modo sabían que estaba en Nueva York. Estaba segura de que Tocón no la había visto, pero estaba en la ciudad y, evidentemente, tenía amigos. Podrían ser hasta veinte. Aunque, por otra parte, no estaba segura de nada.

El tren salió con seis minutos de retraso. Iba medio vacío. Sacó un libro de la bolsa y fingió que leía.

Al cabo de quince minutos pararon en Newark y se apeó: Era una chica afortunada. Había taxis aparcados a la salida de la estación y, al cabo de diez minutos, estaba en el aeropuerto.

TREINTA Y CUATRO

Era sábado por la mañana, la «reina» estaba en Florida recaudando fondos de los ricos, y hacía un día fresco y claro. Le apetecía levantarse tarde y jugar al golf cuando despertara. Pero eran las siete y estaba junto a su escritorio con corbata, escuchando las recomendaciones de Coal. Richard Horton, fiscal general, había hablado con Coal y éste estaba alarmado.

Alguien abrió la puerta y Horton entró a solas. Después de estrecharse la mano, Horton se sentó al otro lado del escritorio. Coal se quedó de pie sin alejarse, lo cual irritaba realmente al presidente.

Horton era apagado, pero sincero. No era lento ni tonto, sino que pensaba cuidadosamente en todo antes de actuar. Meditaba sobre cada palabra antes de pronunciarla. Era leal al presidente y su juicio era digno de confianza.

–Estamos pensando seriamente en reunir un gran jurado para que investigue las muertes de Rosenberg y Jensen –anunció con gravedad–. En vista de lo ocurrido en Nueva Orleans, creemos que la investigación debería empezar inmediatamente.

–El FBI ya lo está haciendo –dijo el presidente–. Han destinado trescientos agentes al caso. ¿Qué necesidad tenemos de entrometernos?

–¿Están investigando el informe pelícano? –preguntó Horton, que conocía ya la respuesta.

Sabía que en aquellos momentos Voyles estaba en Nueva Orleans, con centenares de agentes. Sabía que habían hablado con centenares de personas y recogido montones de pruebas inútiles. Sabía que el presidente le había pedido a Voyles que abandonara el caso y sabía que Voyles no se lo contaba todo al presidente.

Horton nunca le había mencionado el informe pelícano al presidente, y el mero hecho de que conociera la existencia de ese maldito documento le sacaba de quicio. ¿Cuántas otras personas la conocerían? Probablemente millares.

–Siguen todas las pistas –respondió Coal–. Nos entregaron una copia de dicho informe hace casi dos semanas, de modo que suponemos que lo investigan.

Eso era exactamente lo que Horton esperaba de Coal.

–Estoy convencido de que la administración debería investigar este asunto inmediatamente –declaró, como si lo tuviera grabado en su mente, lo cual irritó al presidente.

–¿Por qué? –preguntó el presidente.

–¿Qué ocurrirá si el informe es cierto? Si no actuamos y la verdad acaba por surgir a la superficie, el daño será irreparable.

–¿Cree realmente que hay algo de verdad en el informe? –preguntó el presidente.

–Es terriblemente sospechoso. Los dos primeros en verlo están muertos y la persona que lo escribió ha desaparecido. Es perfectamente lógico, si hay alguien dispuesto a asesinar jueces del Tribunal Supremo. No hay ningún otro sospechoso plausible. A juzgar por lo que oigo, el FBI está perplejo. Sí, es preciso investigarlo.

Las investigaciones de Horton tenían más filtraciones que el sótano de la Casa Blanca, y Coal estaba horrorizado ante la perspectiva de que aquel payaso nombrara un gran jurado y empezara a llamar testigos. Horton era un hombre honrado, pero el Departamento de Justicia estaba lleno de abogados que hablaban demasiado.

–¿No le parece un poco prematuro? –preguntó Coal.

–Creo que no.

–¿Ha leído el periódico esta mañana? –preguntó Coal.

Horton había hojeado la primera plana del Post y leído la sección deportiva. Después de todo era sábado. Había oído que Coal leía ocho periódicos antes del alba y, por consiguiente, no le gustó la pregunta.

–He leído un par de periódicos.

–Yo he hojeado unos cuantos –declaró modestamente Coal–, y no he visto una. palabra sobre esos abogados muertos, ni la muchacha, ni Mattiece, ni nada relacionado con el informe. Si inicia una investigación en estos momentos, lo convertirá en noticia de primera plana durante un mes.

–¿Cree que simplemente desaparecerá? –le preguntó Horton a Coal.

–Tal vez. Por razones perfectamente evidentes, eso esperamos.

–Me parece que es usted muy optimista, señor Coal. No solemos esperar a que la prensa haga nuestra investigación.

Coal sonrió y estuvo casi a punto de soltar una carcajada. Miró sonriente al presidente, que le devolvió la mirada y Horton empezó a sulfurarse.

–¿Qué hay de malo en esperar una semana? –preguntó el presidente.

–Nada –respondió Coal.

Así, de forma tan simple se había tomado la decisión de esperar una semana y Horton era consciente de ello.

–El asunto podría estallar en una semana –dijo sin convicción.

–Espere una semana –ordenó el presidente–. Volveremos a reunirnos aquí el próximo viernes y veremos lo que hacemos. No digo que no, Richard, sino que espere una semana.

Horton se encogió de hombros. Era más de lo que esperaba. De momento ya se había cubierto las espaldas. Regresaría inmediatamente a su despacho y dictaría una extensa circular, en la que detallaría todo lo que recordara de aquel encuentro, con lo cual protegería su cabeza.

Coal se acercó y le entregó una hoja de papel.

–¿De qué se trata?

–Más nombres. ¿Los conoce?

Era la lista de amantes de la naturaleza: cuatro jueces demasiado liberales para su gusto, pero el plan B exigía el nombramiento de defensores del medio ambiente.

Horton parpadeó varias veces, mientras examinaba atentamente la lista.

–Debe tratarse de una broma.

–Investíguelos –dijo el presidente.

–Esos individuos son liberales radicales –refunfuñó Horton.

–Sí, pero adoran el sol y la luna, los árboles y los pájaros –aclaró Coal.

–Comprendo –sonrió de pronto Horton–. Amantes de los pelícanos.

–¿Sabía que estaban casi extinguidos? –comentó el presidente.

–Ojalá hubieran desaparecido hace diez años –afirmó Coal, cuando se dirigía hacia la puerta.

A las nueve no había llamado, cuando Gray llegó a la redacción Leyó el Times y no vio nada. Abrió el periódico de Nueva Orleans para echarle una ojeada. Nada. Habían publicado todo lo que sabían. Callahan, Verheek, Darby y un millar de preguntas sin respuesta. Había supuesto que Times o quizá el Times Picayune de Nueva Orleans habrían visto el informe, o por lo menos oído hablar de él, y por consiguiente sabrían algo acerca de Mattiece. Además suponía que estarían escarbando ferozmente para comprobarlo. Pero él tenía a Darby, encontrarían a García y si lo de Mattiece era comprobable, ellos lo lograrían.

De momento no tenía ningún plan alternativo. Si García había desaparecido o se negaba a cooperar, se verían obligados a explorar el mundo oscuro y cenagoso de Victor Mattiece. Darby no aguantaría mucho y no se lo reprochaba. Tampoco estaba seguro de cuánto duraría él.

Smith Keen apareció con una taza de café y se sentó en el escritorio.

–Si el Times tuviera la información, ¿esperaría a mañana?

–No –respondió Gray, al tiempo que movía la cabeza. Si supieran algo más que el Times Picayune lo publicarían hoy.

–Krauthammer quiere publicar lo que tenemos. Cree que podemos nombrar a Mattiece.

–No comprendo.

–Está presionando a Feldman. A su parecer podemos publicar todo lo que sabemos acerca del asesinato de Callahan y Verheek a causa del informe, en el que resulta que se menciona a Mattiece, que resulta ser amigo del presidente, sin acusar directamente a Mattiece. Según él podemos ser sumamente cautelosos y señalar en el artículo que no somos nosotros, sino el informe, el que menciona a Mattiece. Y puesto que dicho informe está causando tantas muertes, ha sido hasta cierto punto comprobado.

–Pretende ocultarse tras el informe.

–Exactamente.

–Pero no es más que especulación, hasta que se haya demostrado. Krauthammer está perdiendo el sentido. Supongamos momentáneamente que el señor Mattiece no tenga nada que ver con el asunto. Que sea completamente inocente. ¿Qué ocurrirá cuando hayamos publicado el artículo con su nombre? Quedaremos como unos imbéciles y tendremos pleitos durante los próximos diez años. No pienso escribirlo.

–Quiere que lo escriba otra persona.

–Si este periódico publica un artículo sobre el asunto pelícano sin que yo lo haya escrito, la chica desaparece, ¿comprende? Ayer creía haberlo aclarado.

–Lo hizo. Y Feldman lo comprendió. Está de parte suya, Gray, y también yo. Pero si esto es cierto, estallará en unos días. Todos estamos convencidos de ello. Usted sabe el desdén que Krauthammer siente por el Times y tiene miedo de que esos cabrones lo publiquen.

–No pueden publicarlo, Smith. Puede que sepan algo más que el Times Picayune, pero no lo suficiente para citar a Mattiece. Nosotros seremos los primeros en comprobarlo. Y cuando lo tengamos todo bien atado, escribiré el artículo con todos los nombres, junto a esa curiosa fotografía de Mattiece y de su amigo en la Casa Blanca, y todos satisfechos.

–¿Nosotros? Ha vuelto a decirlo. Ha dicho: «nosotros seremos los primeros en comprobarlo».

–Mi contacto y yo, ¿de acuerdo? –respondió Gray al tiempo que abría un cajón, del que sacó la fotografía de Darby con su Coca Cola Light.

Keen cogió la fotografía y la admiró.

–¿Dónde está? –preguntó.

–No estoy seguro. Creo que viene hacia aquí desde Nueva York.

–No permita que la maten.

–Somos muy cautelosos –dijo Gray, después de mirar por encima de ambos hombros, y acercarse a su interlocutor–, A propósito, Smith, creo que me siguen. Sólo quiero que lo sepa.

–¿De quién puede tratarse?

–Me lo ha comunicado un contacto en la Casa Blanca. No utilizo mis teléfonos.

–Será mejor que se lo comunique a Feldman.

–De acuerdo. Creo que todavía no es peligroso.

–Es preciso que lo sepa.

Keen se puso inmediatamente de pie y desapareció. Al cabo de unos momentos llamó Darby.

–Estoy aquí –dijo–. No sé a cuánta gente he traído conmigo, pero estoy aquí, viva, y de momento a salvo.

–¿Dónde estás?

–En el Tabard Inn, en la calle N. Ayer vi a un viejo amigo en la Sexta Avenida. ¿Recuerdas a Tocón, gravemente herido en una reyerta en Bourbon Street? ¿Te lo conté?

–Sí.

–Pues ya camina. Cojea un poco, pero ayer deambulaba por Manhattan. Creo que no me vio.

–¿Hablas en serio? Eso es terrible, Darby.

–Es peor que terrible. Anoche dejé pistas de seis itinerarios distintos antes de abandonar la ciudad y si le veo aquí, renqueando por alguna acera, estoy decidida a entregarme. Me acercaré a él y me rendiré.

–No sé qué decirte.

–Lo menos posible, porque esa gente tiene radar. Jugaré a detective privado durante tres días y me largaré. Si logro sobrevivir hasta el miércoles por la mañana, cogeré un avión a Aruba, Trinidad, o cualquier otro lugar que tenga playas. Si han de matarme, quiero que sea en una playa.

–¿Cuándo nos veremos?

–Es en lo que estoy pensando. Quiero que hagas un par de cosas.

–Te escucho.

–¿Dónde aparcas el coche?

–Cerca de mi casa.

–Déjalo ahí y alquila otro coche. Nada especial, un simple Ford o algo por el estilo. Imagina que alguien te vigila por la mira telescópica de un rifle. Dirígete al hotel Marbury de Georgetown y alquila una habitación para tres noches. Aceptarán que les pagues al contado, ya lo he comprobado. Dales un nombre falso.

Grantham tomaba notas y movía la cabeza.

–¿Puedes salir de tu casa sin ser visto cuando haya oscurecido? –preguntó Darby.

–Creo que sí.

–Hazlo y dirígete al Marbury en taxi. Ordena que te entreguen allí el coche alquilado. Coge dos taxis para llegar al Tabard Inn y entra en el restaurante a las nueve en punto.

–De acuerdo. ¿Algo más?

–Trae algo de ropa. Debes estar dispuesto a no pasar por tu casa en tres días. Y a mantenerte alejado de la redacción.

–Por Dios, Darby, creo que el periódico es un lugar seguro.

–No estoy de humor para discutir. Si vas a ponerte difícil, Gray, sencillamente desapareceré. Estoy convencida de que cuanto antes abandone el país, más prolongada será mi vida.

–Sí señora.

–Buen chico.

–Supongo que por algún lugar de tu cerebro barrunta un plan genial.

–Puede ser. Hablaremos de ello durante la cena.

–¿Es como una especie de cita?

–Se trata de comer algo y llamarlo reunión de negocios.

–Sí señora.

–Ahora voy a colgar. Ten cuidado, Gray. Están vigilando. Darby desapareció.

Estaba sentada junto a la mesa número treinta y siete, en un rincón oscuro del diminuto restaurante, cuando llegó Grantham a las nueve en punto. Lo primero de lo que se dio cuenta fue del vestido y, al acercarse a la mesa, sabía que sus piernas estaban debajo pero no podía verlas. Tal vez más adelante, cuando se pusiera de pie. Él llevaba chaqueta y corbata y formaban una atractiva pareja.

Se sentó junto a ella en la oscuridad, de forma que ambos pudieran observar la reducida clientela. El Tabard Inn parecía lo suficientemente antiguo como para haberle servido comida a Thomas Jefferson. Un grupo de alemanes reía y vociferaba en el patio del restaurante. Las ventanas estaban abiertas, el aire era fresco y, momentáneamente, resultó fácil olvidar la razón por la que se ocultaban.

–¿De dónde has sacado el vestido?

–¿Te gusta?

–Es muy bonito.

–He hecho unas pocas compras esta tarde. Al igual que la mayoría de mis prendas últimamente, son para usar y tirar. Probablemente lo abandonaré en la habitación cuando vuelva a huir para salvar la vida.

Llegó el camarero con la carta. Pidieron bebidas. El restaurante era tranquilo e inofensivo.

–¿Cómo has llegado hasta aquí? –preguntó Gray.

–Dando la vuelta al mundo.

–Me gustaría saberlo.

–Por tren hasta Newark, avión a Boston, avión a Detroit y avión a Dulles. No he dormido en toda la noche, y en un par de ocasiones he olvidado dónde estaba.

–¿Cómo pueden haberte seguido?

–No pueden. He pagado al contado, pero empiezo a andar escasa de dinero.

–¿Cuánto necesitas?

–Me gustaría hacer una transferencia, desde mi banco en Nueva Orleans.

–Lo haremos el lunes. Creo que estás a salvo, Darby.

–También lo he creído en otras ocasiones. A decir verdad, me sentía muy segura cuando estaba a punto de embarcarme con Verheek, pero no era Verheek. Y me sentía muy segura en Nueva York, hasta que vi a Tocón renqueando por la acera y no he podido comer desde entonces.

–Te veo delgada.

–Gracias. Supongo. ¿Has comido antes aquí? –preguntó, mientras consultaba la carta.

–No, pero tengo entendido que la comida es excelente. Te has cambiado nuevamente el cabello.

Era castaño claro, y llevaba un poco de rímel, colorete y los labios pintados.

–Voy a quedarme calva si sigo viendo a esa gente. Llegaron las bebidas y pidieron la comida.

–Suponemos que el Times publicará algo por la mañana –dijo, sin mencionar el periódico de Nueva Orleans, por las fotografías de Callahan y de Verheek, que suponía ya habría visto.

–¿Como qué? –preguntó desinteresadamente, mientras miraba a su alrededor.

–No estamos seguros. Nos sabría muy mal que el Times se nos adelantara. Es una antigua rivalidad.

–Eso a mí no me interesa. No sé nada de periodismo, ni quiero averiguarlo. Estoy aquí porque tengo una idea, y sólo una, en cuanto a cómo encontrar a García. Y si no funciona rápidamente, me largo.

–Discúlpame. ¿De qué te gustaría hablar?

–De Europa. ¿Cuál es tu lugar predilecto en Europa?

–Detesto Europa y a los europeos. De vez en cuando voy a Canadá, Australia y Nueva Zelanda. ¿Te gusta Europa?

Librodot

–Mi abuelo era un inmigrante escocés y tengo un montón de primos en Escocia. He estado dos veces.

Gray exprimió la lima en su ginebra con tónico. Un grupo de seis personas entró en el restaurante y Darby las observó atentamente. Cuando hablaba, su mirada se paseaba velozmente por la sala.

–Creo que necesitas un par de copas para relajarte –dijo Gray.

Darby asintió, sin decir palabra. Los seis se sentaron en una mesa cercana y empezaron a hablar en francés. Era agradable oírles.

–¿Has oído alguna vez el francés de los inmigrantes sureños? –preguntó Darby.

–No.

–Es un dialecto en vías de desaparición, al igual que las marismas. Dicen que los franceses son incapaces de comprenderlo.

–Me parece justo. Estoy seguro de que los inmigrantes sureños tampoco entienden a los franceses.

–¿Te he hablado de Chad Brunet? –preguntó Darby, después de tomar un buen trago de vino blanco.

–Creo que no.

–Era un pobre inmigrante francés de Eunice. Su familia sobrevivió cazando con trampas y pescando en las marismas. Era un chico muy inteligente que consiguió una beca para estudiar en la universidad estatal de Louisiana, luego ingresó en la facultad de Derecho de Stanford y se licenció con la nota más alta de la historia. Tenía veintiún años cuando se colegió en California. Podía haber trabajado para cualquier bufete del país, pero aceptó un empleo en una organización destinada a la defensa del medio ambiente, en San Francisco. Era brillante, un verdadero genio jurídico que trabajaba muy duro y pronto empezó a ganar pleitos importantes contra empresas químicas y petrolíferas. A los veintiocho años había adquirido una buena experiencia en los juzgados. Era temido por las grandes compañías petrolíferas y demás empresas contaminadoras –dijo, antes de hacer una pausa para tomar un trago de vino–. Ganó mucho dinero y fundó una asociación, para la conservación de las marismas de Louisiana. Quería participar en el caso conocido como de los pelícanos, pero tenía demasiados compromisos. Entregó mucho dinero a Green Fund para gastos jurídicos. Poco antes de que empezara a celebrarse el juicio en Lafayette, anunció que vendría para ayudar a los abogados de Green Fund. Se publicaron un par de artículos sobre él en el periódico de Nueva Orleans.

–¿Qué le ocurrió?

–Se suicidó.

–¿Cómo?

–Una semana antes del juicio, le encontraron en un coche con el motor en marcha. Había una manguera en el interior del vehículo, conectada al tubo de escape. Uno de tantos suicidios por envenenamiento con monóxido de carbono.

–¿Dónde estaba el coche?

–En un pequeño bosque junto a Bayou Lafourche, cerca de la ciudad de Galliano. Conocía muy bien la zona. Llevaba material para acampar y pescar en el maletero. Ninguna nota sobre una presunta intención de suicidio. La policía investigó, pero no encontró nada sospechoso. Se cerró el caso.

–Es increíble.

–Había tenido algunos problemas con el alcohol y recibido tratamiento psicoanalítico en San Francisco. Pero el suicidio fue una sorpresa.

–¿Crees que le asesinaron?

–Mucha gente lo cree. Su muerte supuso un duro golpe para Green Fund. Su pasión por las marismas habría tenido mucho peso en el juzgado.

Gray vació el vaso y sacudió los cubitos de hielo. Darby se le acercó. Llegó el camarero y pidieron la comida.

TREINTA Y CINCO

El vestíbulo del hotel Marbury estaba vacío a las seis de la madrugada del domingo, cuando Gray recogió un ejemplar del Times. Medía quince centímetros de grueso, pesaba cinco kilos, y se preguntaba hasta cuándo pensaban seguir ampliando su volumen. Regresó inmediatamente a la habitación en el octavo piso, abrió el periódico sobre la cama y empezó a examinarlo atentamente. En primera plana no había nada y eso era fundamental. Si hubieran descubierto algo, estaría evidentemente ahí. Temía ver grandes fotografías de Rosenberg, Jensen, Callahan, Verheek, tal vez de Darby y de Khamel, quién sabe, quizá una bella foto de Mattiece, todas ellas en primera plana como un elenco teatral, y una vez más el Times se les habría adelantado. Había soñado con ello durante el poco rato que había dormido.

Pero no había nada. Y cuanto menos encontraba con mayor rapidez hojeaba, hasta llegar a los deportes y los anuncios, cuando dejó de leer para acercarse alegremente al teléfono y llamar a Smith Keen, que estaba ya despierto.

–¿Lo ha visto? –preguntó Gray.

–Es maravilloso –respondió Keen–. Me pregunto qué habrá ocurrido.

–No lo tienen, Smith. Buscan como locos, pero no lo tienen. ¿Con quién habló Feldman?

–Nunca lo dice. Pero se suponía que era fiable.

Keen estaba divorciado y vivía solo en un piso, no lejos de Marbury.

–¿Está ocupado? –preguntó Gray.

–No exactamente. Son casi las seis y media de un domingo por la mañana.

–Hemos de hablar. ¿Puede recogerme frente al hotel Marbury dentro de quince minutos?

–¿El hotel Marbury?

–Es una larga historia. Ya se lo explicaré.

–Ah, la chica. Afortunado bribón.

–Ojalá. Ella se hospeda en otro hotel.

–¿Aquí? ¿En Washington?

–Sí. Dentro de quince minutos.

–Ahí estaré.

Gray esperaba nervioso en el vestíbulo, mientras tomaba café en una taza de plástico. Darby le había convertido en un paranoico y estaba medio a la expectativa de que aparecieran unos pistoleros en la acera con armas automáticas. Eso hacía que se sintiera frustrado. Vio que el Toyota de Keen llegaba lentamente por la calle M y se acercó rápidamente al vehículo.

–¿Qué le apetece ver? –preguntó Keen, mientras se alejaba de la acera.

–No lo sé. Hace un día maravilloso. ¿Qué le parece Virginia?

–Como quiera. ¿Le han echado de su casa?

–No exactamente. Sigo órdenes de la chica. Piensa como un mariscal de campo y estoy aquí porque ella me lo ha ordenado. Debo quedarme aquí hasta el martes, o hasta que se ponga nerviosa y vuelva a trasladarme. Estoy en la habitación ochocientos treinta y tres, por si me necesita, pero no se lo diga a nadie.

–Supongo que querrá que el Post le pague los gastos –sonrió Keen.

–En estos momentos no es el dinero lo que me preocupa. La misma gente que intentó matarla en Nueva Orleans apareció el viernes en Nueva York, o eso cree ella. Tienen mucho talento para seguir a la gente y ella es dolorosamente cautelosa.

–Si le siguen a usted y la siguen a ella, puede que sepa lo que se hace.

–No le quepa la menor duda, Smith, sabe exactamente lo que se hace. Es tan eficaz que da miedo y piensa marcharse definitivamente el miércoles. De modo que disponemos de dos días para encontrar a García.

–¿Qué ocurrirá si García ha sido sobrevalorado? ¿Si cuando le encuentren se niega a hablar, o resulta que no sabe nada? ¿Ha pensado en eso?

–He tenido pesadillas pensando en ello. Creo que sabe algo importante. Hay algún papel o documento, algo tangible, que él tiene. Lo mencionó un par de veces, pero cuando lo presioné no quiso admitirlo. No obstante, el día en que íbamos a encontrarnos, se proponía mostrármelo. Estoy convencido de ello. Tiene algo, Smith.

–¿Y si se niega á mostrárselo?

–Le partiré la cara.

Cruzaron el Potomac y circularon junto al cementerio de Arlington. Keen encendió su pipa y abrió un poco la ventana.

–¿Y si no logran encontrar a García?

–Plan B. La chica se marchará y nuestro convenio quedará anulado. Cuando haya abandonado el país, cuento con su permiso para hacer lo que se me antoje con el informe, a excepción de utilizar su nombre como fuente. La pobre chica está convencida de que acabarán con ella, logremos o no resolver el caso, pero quiere la mayor protección posible. No puedo utilizar jamás su nombre, ni siquiera como autora del informe.

–¿Habla mucho del informe?

–No de su redacción. Fue una locura que se le metió en la cabeza y que había casi desechado, cuando empezaron a estallar bombas. Lamenta haber escrito ese maldito documento. Ella y Callahan estaban realmente enamorados, y ahora se siente culpable y está enormemente afligida.

–¿Y cuál es el plan B?

–Atacaremos a los abogados. Mattiece es demasiado astuto y escurridizo para alcanzarle sin órdenes judiciales y documentos que no podemos conseguir, pero conocemos a sus abogados. Aquí en la capital hay dos grandes bufetes que le representan y nos dirigiremos contra ellos. Algún abogado o grupo de letrados analizó cuidadosamente el Tribunal Supremo, y sugirió los nombres de Rosenberg y Jensen. Mattiece no habría sabido a quién matar. De modo que sus abogados se lo dijeron. Lo enfocaremos desde el punto de vista de una conspiración.

–Pero no podrá obligarles a que hablen.

–No acerca de un cliente. Pero si los abogados son culpables y empezamos a formular preguntas, algo cederá. Necesitaremos una docena de periodistas que hagan un millón de llamadas telefónicas a abogados, pasantes, administrativos, secretarias, ayudantes, etcétera. Asediaremos a esos cabrones.

–¿De qué bufetes se trata? –preguntó Keen, con cierta indiferencia.

–White & Blazevich y Brim, Stearns & Kidlow. Compruebe qué información tenemos sobre ellos en nuestros archivos.

–He oído hablar de White & Blazevich. Es una gran organización republicana.

Gray asintió, mientras se tomaba el último sorbo de café.

–¿Y si se tratara de otro bufete? –preguntó Keen–. ¿Y si el bufete en cuestión no estuviera en Washington? ¿Y si los conspiradores no se dan por vencidos? ¿Y si es todo producto de una sola mente jurídica, que pertenece a un pasante eventual de Shreveport? ¿Y si el proyecto es obra de algún abogado que trabaja directamente para Mattiece?

–¿Sabe que a veces me resulta muy molesto?

–Son preguntas válidas. ¿Qué ocurre en cualquiera de esos casos?

–Entonces pasaremos al plan C.

–¿En qué consiste?

–Todavía no lo sé. La chica no ha llegado tan lejos.

Le había ordenado que no circulara por las calles y que comiera en su habitación. Con un bocadillo y una bolsa de patatas fritas en la mano, se dirigía obedientemente a su habitación en el octavo piso del Marbury. Una camarera asiática empujaba su carrito por el pasillo. Gray se detuvo frente a la puerta y se sacó la llave del bolsillo.

–¿Ha olvidado algo, señor? –preguntó la camarera.

–¿Cómo dice? –exclamó Gray extrañado.

–¿Que si ha olvidado algo?

–Pues... no. ¿Por qué?

La camarera se le acercó un poco.

–Porque acaba de marcharse y ya ha regresado.

–Me marché hace cuatro horas.

Ella movió la cabeza y se le acercó un poco más, para verle mejor.

–No, señor. Un caballero ha salido de su habitación hace diez minutos –titubeó, mientras le observaba atentamente–. Pero ahora que le veo bien, creo que era otro caballero.

Gray miró el número de la puerta. Ochocientos treinta y tres.

–¿Está segura de que ha visto a otro hombre en esta habitación? –preguntó Gray, con la mirada fija en los ojos de la camarera.

–Sí, señor. Hace sólo diez minutos.

Le entró pánico. Se dirigió rápidamente a la escalera y bajó corriendo los ocho pisos. ¿Qué había en la habitación? Sólo ropa. Nada relacionado con Darby. Paró y se llevó la mano al bolsillo. El papel con la dirección del Tabard Inn y su número de teléfono estaban en el bolsillo. Descansó un momento y entró en el vestíbulo.

Tenía que encontrarla rápidamente.

Darby encontró una mesa vacía en la sala de lectura del segundo piso de la biblioteca jurídica Edward Bennet William, en Georgetown. En su nueva afición, como crítico ambulante de bibliotecas jurídicas, la de Georgetown le resultó la más atractiva que había visitado. Estaba situada en un edificio independiente de cinco plantas, separada por un pequeño patio del edificio llamado McDonough Hall, que albergaba la facultad de Derecho. La biblioteca era nueva, moderna y elegante, pero biblioteca jurídica a pesar de todo, que se iba llenando gradualmente de estudiantes domingueros preocupados ahora por los exámenes de fin de curso.

Abrió el quinto tomo de Martindale Hubbell y encontró la sección de bufetes de Washington. White & Blazevich ocupaba veintiocho páginas. Nombres, lugares y fechas de nacimiento, estudios, organizaciones profesionales, distinciones, premios, juntas y publicaciones de cuatrocientos doce abogados, empezando por los socios y siguiendo por los miembros asociados. Tomó notas en su cuaderno.

Librodot

En el bufete había ochenta y un socios, y los demás eran miembros asociados. Después de colocarlos por orden alfabético, tomó nota de todos sus nombres. Era como cualquier otro estudiante de Derecho, en busca desesperada de empleo.

El trabajo era aburrido y su mente divagaba. Thomas había estudiado allí, hacía veinte años. Había sido un excelente estudiante y aseguraba haber pasado muchas horas en la biblioteca. Escribía para la revista jurídica, labor que ella también desempeñaría en circunstancias normales.

La muerte era un tema que había analizado desde distintos ángulos, durante los últimos diez días. A excepción de la muerte discreta durante el sueño, no había decidido cuál era la preferible. La defunción precedida de una agonía lenta provocada por una enfermedad suponía una pesadilla para la víctima y los seres queridos, pero por lo menos brindaba la oportunidad de prepararse y despedirse. La muerte violenta e inesperada, que se producía en un segundo, probablemente era preferible para el difunto. Pero el disgusto era terrible para los demás. Había tantas preguntas dolorosas. ¿Había sufrido? ¿Cuál había sido su último pensamiento? ¿Por qué había ocurrido? Y presenciar la muerte instantánea de un ser querido era algo indescriptible.

Le quería todavía más por haberlo visto morir y se repetía a sí misma que debía dejar de oír la explosión, oler el humo, presenciar su muerte. Si sobrevivía otros tres días, estaría en algún lugar donde pudiera cerrar la puerta, llorar y patalear hasta superar su aflicción. Estaba decidida a lograrlo. Estaba decidida a sufrir y sanar. Era lo mínimo que merecía.

Memorizó nombres hasta saber más acerca de White & Blazevich que cualquier otra persona ajena a la organización. Salió cautelosamente al amparo de la oscuridad y cogió un taxi a su hotel.

Matthew Barr se trasladó a Nueva Orleans, donde le recibió un abogado que le ordenó coger un avión, para dirigirse a cierto hotel de Fort Lauderdale. El abogado no le aclaró lo que ocurriría en el mismo, pero cuando Barr llegó el domingo por la noche, se encontró con una habitación reservada para él. Una nota en la recepción le comunicaba que recibiría una llamada telefónica por la madrugada.

A las diez llamó a Fletcher Coal a su casa y le resumió el viaje hasta entonces.

A Coal le preocupaban otras cosas.

–Grantham se ha vuelto loco –dijo–. Él y un individuo llamado Rifkin, del Times, no paran de llamar a todas partes. Podría ser muy grave.

–¿Han visto el informe?

–No sé si lo han visto, pero han oído hablar del mismo. Ayer Rifkin llamó a uno de mis ayudantes a su casa y le preguntó qué sabía acerca del informe pelícano. Mi ayudante no sabía nada y tuvo la impresión de que Rifkin sabía todavía menos que él. No creo que lo haya visto, pero no podemos estar seguros de ello.

–Maldita sea, Fletcher. No podemos controlar a un puñado de periodistas. Esos tipos hacen un centenar de llamadas telefónicas por minuto.

–Son sólo dos. Grantham y Rifkin. Los teléfonos de Grantham ya están pinchados. Haga lo mismo con Rifkin.

–Los teléfonos de Grantham están intervenidos, pero no utiliza los de su casa ni el del coche. He llamado a Bailey desde el aeropuerto de Nueva Orleans. Grantham no está en su casa desde hace veinticuatro horas, pero su coche sigue allí. Han llamado por teléfono y a la puerta. O bien está muerto en su casa, o se escabulló anoche.

–Puede que esté muerto.

–No lo creo. Nosotros le seguíamos y también los federales. Sospecho que se lo ha olido.

–Es preciso que le encuentre.

–Aparecerá. No puede alejarse mucho de la redacción en el quinto piso.

–Quiero que intervengan los teléfonos de Rifkin. Llame a Bailey esta noche y dígale que lo haga, ¿de acuerdo? .

–Sí señor –respondió Barr.

–¿Cómo cree que reaccionaría Mattiece si creyera que Grantham está al corriente de todo y va a publicarlo en la primera plana del Washington Post? –preguntó Coal.

Barr se tumbó en la cama de su habitación y cerró los ojos. Meses atrás había tomado la decisión de no antagonizar nunca a Fletcher Coal. Era un animal.

–No tiene ningún reparo en matar, ¿no es cierto? –respondió Barr.

–¿Cree que verá a Mattiece mañana?

–No lo sé. Estos individuos son muy reservados. Hablan en voz baja tras puertas cerradas. No me han dicho casi nada.

–¿Por qué le han mandado a Fort Lauderdale?

–No lo sé, pero está mucho más cerca de las Bahamas.

Creo que mañana iré a las islas, o puede que él venga aquí.

La verdad es que no lo sé.

–Tal vez debería exagerar la situación de Grantham. Mattiece desenmascarará la historia.

–Lo pensaré.

–Llámame por la mañana.

Pisó la nota al abrir la puerta. Decía: «Darby, estoy en el patio. Es urgente, Gray. » Respiró hondo y se guardó la nota arrugada en el bolsillo. Cerró la puerta con llave, avanzó por los estrechos y tortuosos pasillos hasta el vestíbulo, cruzó el oscuro salón junto al bar, atravesó el restaurante y salió al patio. Le encontró en una pequeña mesa, parcialmente oculto tras el muro de ladrillos.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó en un susurro, después de sentarse cerca de él.

–¿Dónde has estado? –respondió Gray, con aspecto cansado y preocupado.

–Eso no tiene tanta importancia como el hecho de que tú estés aquí. No debías haber venido, a no ser que te llamara. ¿Qué ocurre?

Le resumió brevemente lo ocurrido por la mañana, desde su primera llamada a Smith Keen hasta lo de la camarera del hotel. Había pasado el resto del día dando vueltas por la ciudad, en diversos taxis, que le habían costado casi ochenta dólares, y había esperado a que oscureciera para entrar a hurtadillas en el Tabard Inn. Estaba seguro de que no le habían seguido.

Ella le escuchaba sin perder palabra, mientras vigilaba el restaurante y la entrada del patio.

–No comprendo cómo alguien puede haber encontrado mi habitación –dijo Gray.

–¿Le has dado a alguien el número de tu habitación?

–Sólo a Smith Keen –respondió después de reflexionar unos instantes–. Pero él no se lo repetiría a nadie.

–¿Dónde estabais cuando le diste el número de tu habitación? –preguntó Darby, sin mirarle.

–En su coche.

–Te dije claramente que no se lo dijeras a nadie, ¿no es cierto? –dijo Darby, mientras movía lentamente la cabeza.

Grantham no respondió.

–Para ti es todo como un juego, ¿verdad, Gray? Como un día de playa. Eres el periodista intrépido que ha recibido amenazas de muerte, pero a quien nada le asusta. Las balas no lograrán penetrar en tu cuerpo. Tú y yo podemos pasar unos días divirtiéndonos por la ciudad, jugando a detectives, a fin de que tú puedas ganar un Pulitzer y hacerte rico y famoso, y después de todo los malos no son tan malos, porque tú eres Gray Grantham del Washington Post y eso te convierte en un tipo peligroso.

–Por favor, Darby.

–He intentado hacerte comprender lo peligrosa que es esa gente. He visto lo que son capaces de hacer. Sé lo que harán conmigo si me encuentran. Pero para ti, Gray, es todo como un juego. Guardias y ladrones. El juego del escondite.

–Me has convencido, ¿de acuerdo?

–Eso espero, campeón. Si vuelves a meter la pata perderemos la vida. Presiento que se me ha acabado la suerte. ¿Comprendes?

–¡Sí! Te juro que lo comprendo.

–Coge una habitación aquí. Mañana, si seguimos vivos, te encontraré otro pequeño hotel.

–¿Y si está lleno?

–Dormirás en mi cuarto de baño, con la puerta cerrada.

Darby hablaba muy en serio. Gray se sentía como un alumno de primer curso, que acaba de recibir su primera reprimenda. Durante cinco minutos no dijeron palabra.

–¿Cómo se las han arreglado para encontrarme? –preguntó finalmente.

–Supongo que los teléfonos de tu casa están intervenidos y que han instalado micrófonos en tu coche. Y supongo que también lo han hecho en el coche de Smith Keen. Esos individuos no son aficionados.

TREINTA Y SEIS

Pasó la noche en la habitación catorce del último piso, pero durmió poco. El restaurante abría a las seis y bajó a hurtadillas para tomar un café, antes de regresar discretamente a su habitación. El hotelito era antiguo y singular, formado por tres casas unidas entre sí. Había pequeñas puertas y estrechos pasillos por todas partes. Su ambiente era atemporal.

Sería un día largo y pesado, pero estaría siempre junto a ella y lo esperaba con ilusión. Había cometido un error, grave, pero ella le había perdonado. A las ocho y media en punto, llamó a la puerta de la habitación número uno. Darby la abrió y cerró rápidamente, después de que entrara.

Vestía de nuevo como una estudiante de Derecho, con vaqueros y camisa de franela. Después de servirle un café, se sentó junto a la mesilla, donde el teléfono estaba rodeado de notas.

–¿Has dormido bien? –preguntó Darby, pero no por cortesía.

–No.

Gray arrojó un ejemplar del Times sobre la cama, que él ya había hojeado sin encontrar nada.

Darby cogió el teléfono y marcó el número de la facultad de Derecho de Georgetown. Escuchó y, sin dejar de mirar a Gray, dijo:

–Con la oficina de empleo, por favor. Sí, soy Sandra Jernigan –agregó después de una prolongada pausa–, uno de los socios de White & Blazevich, y tenemos problemas con nuestros ordenadores. Estamos intentando reconstruir una lista de pagos y el departamento de contabilidad me ha pedido que les pregunte por los nombres de sus estudiantes que trabajaron

para nosotros como pasantes el verano pasado, creo que fueron cuatro. Sí, Jernigan, Sandra Jernigan –repitió al cabo de unos segundos–. Comprendo. ¿Cuánto tardarán? Y su nombre es Joan. Gracias, Joan.

Darby cubrió el auricular y respiró hondo. Gray la miraba atentamente, con una sonrisa de admiración.

–Sí, Joan. Eran siete. Nuestros ficheros son un lío. ¿Tiene sus nombres y números de la seguridad social? Los necesitamos por cuestiones de impuestos. Por supuesto. ¿Cuánto tardarán? De acuerdo. Uno de nuestros mensajeros está en su zona. Se llama Snowden y pasará dentro de treinta minutos.

Gracias, Joan.

Darby colgó y cerró los ojos.

–¿Sandra Jernigan? –preguntó Gray.

–Soy muy mala mintiendo.

–Eres maravillosa. Supongo que el mensajero soy yo.

–Puedes pasar por mensajero de un bufete. Tienes aspecto de un ex estudiante de Derecho que ha colgado la toga.

Y en cierto modo bastante atractivo, pensó para sus adentros.

–Me gusta la camisa de franela. .

–Hoy podría ser un día muy largo –dijo Darby, después de tomar un largo trago de café.

–De momento todo va bien. Recojo la lista y me reúno contigo en la biblioteca. ¿No es eso?

–Sí. La oficina de empleo está en el quinto piso de la facultad. Yo estaré en la sala trescientos treinta y seis. Es una pequeña sala de conferencias en el tercer piso. Sal tú primero y coge un taxi. Me reuniré allí contigo dentro de quince minutos.

–Sí señora –dijo Gray de camino a la puerta.

Darby esperó cinco minutos y salió con su bolsa de lona. El camino en taxi era corto, pero lento con el tráfico de la mañana. Vivir como una fugitiva era penoso, pero actuar al mismo tiempo como detective era ya demasiado. Hacía cinco minutos que viajaba en taxi, cuando se le ocurrió que talvez pudieran seguirla. Y quizá era preferible. Puede que una jornada intensa como periodista investigadora le ayudaría a olvidar a Tocón y a los demás esbirros. Trabajaría hoy, mañana, y el miércoles por la noche estaría en alguna playa. Empezaría por la facultad de Derecho de Georgetown. Si resultaba ser un callejón sin salida, probaría la de George Washington. Si el tiempo lo permitía, probaría la American University. Tres intentos y se largaría.

El taxi paró frente a McDonough Hall, al pie de la mugrienta colina del Capitolio. Con su bolsa y su camisa de franela, parecía uno de tantos estudiantes que iban a sus clases. Subió por la escalera hasta el tercer piso y cerró la puerta de la sala de conferencias a su espalda. Aquella sala se utilizaba de vez en cuando para alguna clase y para celebrar entrevistas de trabajo. Desparramó sus notas sobre la mesa y cualquiera la habría tomado por una estudiante más, enfrascada en sus tareas.

A los pocos minutos, entró Gray en la estancia.

–Joan es una dama encantadora –dijo, después de dejar la lista sobre la mesa–. Nombres, direcciones y números de la seguridad social. ¿No es maravilloso?

Darby contempló la lista y sacó una guía telefónica de la bolsa. Encontraron cinco de aquellos nombres en la guía. Consultó su reloj.

–Son las nueve y cinco. Apuesto a que sólo la mitad están en clase a estas horas. Algunos irán más tarde. Llamaré a estos cinco para comprobar quién está en casa. Tú ocúpate de los dos que no tienen teléfono y consigue su horario de clases en la secretaría.

Librodot

–Podemos reunirnos de nuevo aquí, dentro de quince minutos –dijo Gray, después de consultar su reloj.

Él salió primero, seguido de Darby. Ella se dirigió a las cabinas telefónicas de la planta baja y marcó el número de James Maylor.

–Diga –respondió una voz masculina.

–¿Hablo con Dannis Maylor? –preguntó Darby.

–No. Yo me llamo James Maylor.

–Usted perdone –dijo y colgó.

Su casa estaba a diez minutos de la facultad. No tenía clase a las nueve y si tenía una a las diez, no saldría hasta dentro de cuarenta minutos. Quizá.

Llamó a los otros cuatro. Dos contestaron e hizo la comprobación, y no obtuvo respuesta de los otros dos.

Gray esperaba impaciente en la secretaría, situada en el tercer piso. Una estudiante que trabajaba como oficinista a horas intentaba localizar a la secretaria, que estaba al fondo en algún lugar. La estudiante le había dicho que no estaba segura de que estuvieran autorizados a facilitar el horario de clases. Gray respondió que estaba convencido de que podían hacerlo, si lo deseaban.

–¿Puedo servirle en algo? –preguntó con suspicacia la secretaria, que acababa de asomarse por una esquina.

–Sí, soy Gray Grantham del Washington Post, e intento localizar a dos de sus estudiantes: Laura Kaas y Michael Akers.

–¿Hay algún problema?

–No, ninguno. Sólo deseo formularles unas preguntas. ¿Tienen clase esta mañana? –preguntó con una sonrisa tierna y cariñosa, que reservaba habitualmente para las mujeres mayores y casi nunca le fallaba.

–¿Tiene algún documento de identificación?

–Por supuesto –respondió al tiempo que abría la cartera y le mostraba lentamente su documento de identidad, con la confianza de un policía que sabe que lo es y no le importa deletrearlo.

–En realidad tendría que hablar con el decano, pero...

–De acuerdo. ¿Dónde está su despacho?

–No está aquí. Ha salido de la ciudad.

–Sólo necesito su horario de clases, para poder localizarlos. No le pido sus direcciones, sus notas, ni ningún documento reservado. Nada personal ni confidencial.

La secretaria miró a la oficinista; que se encogió de hombros como diciendo: «¿qué hay de malo en ello?»

–Un momento –dijo, antes de retirarse.

Darby esperaba en la pequeña sala de conferencias, cuando Gray colocó el horario sobre la mesa.

–Según parece, Akers y Kaas deberían estar en clase ahora –declaró.

–Akers tiene clase de Procedimiento criminal y Kaas de Derecho administrativo –dijo Darby, después de consultar el horario–. Ambos de nueve a diez. Intentaré localizarlos –agregó, antes de mostrarle a Gray sus notas–. Maylor, Reinhart y Wilson están en casa. No he logrado localizar a Ratliff ni a Linney.

–Maylor es el más cercano. Puedo estar en su casa dentro de unos minutos.

–Estás sin coche –dijo Darby.

Librodot

–He llamado a Hertz. Han dicho que me traerían uno al aparcamiento del Post, dentro de quince minutos.

El piso de Maylor estaba en la tercera planta de un almacén, convertido en alojamiento de estudiantes y personas de escasos medios. Abrió la puerta poco después de la primera llamada, sin quitar la cadena.

–Estoy buscando a James Maylor –dijo Gray como un viejo amigo.

–Soy yo.

–Me llamo Gray Grantham y trabajo para el Washington Post. Me gustaría hacerte un par de preguntas rápidas. Retiró la cadena y abrió la puerta. Gray entró en el piso de dos habitaciones. En el centro había una bicicleta, que ocupaba la mayor parte del espacio.

–¿Qué ocurre? –preguntó Maylor intrigado, perfectamente dispuesto a contestar a sus preguntas.

–Tengo entendido que trabajaste como pasante para White & Blazevich el verano pasado.

–Correcto. Durante tres meses.

–¿En qué sección trabajabas? –preguntó Gray, mientras tomaba notas.

–Internacional. Casi todo trabajo pesado. Nada interesante. Mucha investigación y redacción de borradores de contratos.

¿Quién era tu supervisor?

–Nadie en particular. Tres miembros asociados me mantenían ocupado. El socio que estaba por encima de ellos era Stanley Coopman.

Gray se sacó una fotografía del bolsillo. Era la de García en la acera.

–¿Reconoces este rostro?

Maylor cogió la foto, la examinó atentamente y movió negativamente la cabeza.

–Me parece que no. ¿Quién es?

–Un abogado. Creo que trabaja para White & Blazevich.

–Es un bufete muy grande. Yo no me moví del rincón de uno de sus departamentos. ¿Sabe que allí trabajan más de cuatrocientos abogados?

–Sí, eso tengo entendido. ¿Estás seguro de que no le reconoces?

–Absolutamente. Las oficinas ocupan doce pisos, la mayoría de los cuales no llegué a visitar.

–¿Conociste a otros pasantes? –preguntó Gray, después de guardarse la fotografía en el bolsillo.

–Por supuesto. Dos de Georgetown que ya conocía, Laura Kaas y JoAnne Ratliff. Dos individuos de George Washington, Patrick Franks y un tipo llamado Vanlandingham. Una chica de Harvard llamada Elizabeth Larson, otra de Michigan llamada Amy MacGregor, y un individuo de Emeroy llamado Moke, a quien creo que despidieron. En verano hay siempre muchos pasantes.

–¿Piensas trabajar allí cuando termines?

–No lo sé. No estoy seguro de que los grandes bufetes sean lo mío.

Gray sonrió y se guardó el cuaderno en el bolsillo trasero.

–Habiendo trabajado allí, ¿qué me aconsejarías para encontrar a ese individuo?

–Supongo que ir a formular preguntas en el bufete está descartado –dijo Maylor, después de unos segundos de reflexión.

–Efectivamente.

–¿Y la única pista es la fotografía?

Librodot

–Así es.

–Entonces creo que éste es el mejor método. Algún pasante le reconocerá.

–Gracias.

–¿Está metido en algún lío?

–No. Puede que haya sido testigo de algo. Una posibilidad entre mil –dijo Gray desde la puerta–. Repito, gracias.

Darby examinó los horarios lectivos de otoño, en el tablón de anuncios del vestíbulo, frente a las cabinas telefónicas. No estaba exactamente segura de lo que haría cuando acabaran las clases de las nueve, pero hacía un enorme esfuerzo para pensar en algo. El tablón de anuncios era igual al de Tulane: el horario lectivo meticulosamente ordenado, avisos de empleos, anuncios de libros, bicicletas, habitaciones, compañeros de alojamiento y otro sinfín de comunicados desparramados por el tablón, invitaciones a fiestas, juegos y reuniones. Una joven con mochila y botas de montaña se acercó al tablón de anuncios. Se trataba indudablemente de una estudiante.

–Discúlpame –sonrió Darby–. ¿Conoces por casualidad a Laura Kaas?

–Desde luego.

–He de darle un recado. ¿Podrías decirme quién es?

–Sí, ahora tiene clase de Derecho administrativo con Ship, en el aula dos cero siete.

Caminaron juntas y charlaron, en dirección al aula en cuestión. De pronto se llenó el pasillo cuando terminó la clase, y la montañista señaló a una chica alta y robusta que venía hacia ellas. Darby le dio las gracias y siguió a Laura Kaas hasta que empezó a dispersarse la muchedumbre.

–Disculpa, Laura. ¿Eres Laura Kaas?

–Sí –respondió la corpulenta chica, después de detenerse y mirarla fijamente.

Ahora venía la parte que no le gustaba, la de mentir.

–Me llamo Sara Jacobs y preparo un artículo para el Washington Post. ¿Me permites que te formule unas preguntas? Había elegido a Laura Kaas en primer lugar, porque no tenía clase a las diez, al contrario de Michael Akers, con quien procuraría hablar a las once.

–¿Sobre qué?

–Sólo será un minuto. ¿Podemos entrar aquí? –preguntó Darby, al tiempo que entraba en una clase vacía, seguida lentamente de Laura.

–El verano pasado trabajaste como pasante para White & Blazevich.

–Así es –respondió con lentitud y suspicacia.

Sara Jacobs se esforzaba para controlar los nervios. Aquello era terrible.

–¿En qué sección?

–Impuestos.

–De modo que te gustan los impuestos, ¿eh? –intentó bromear.

–Me gustaban. Ahora los odio.

Darby sonrió, como si aquello fuera lo más gracioso que había oído en mucho tiempo. Se sacó una fotografía del bolsillo y se la ofreció a Laura Kaas. –Le reconoces?

–No.

–Creo que trabaja como abogado en White & Blazevich.

–Allí trabajan muchos abogados.

–¿Estás segura?

–Sí –respondió, después de devolverle la foto–. No salí nunca del quinto piso. Se necesitan años para reconocer a todo el mundo y cambian de personal con mucha frecuencia. Ya sabes cómo son los abogados.

Laura miró a su alrededor y la conversación había concluido.

–Te estoy muy agradecida –dijo Darby.

–Encantada –respondió Laura, de camino hacia la puerta.

A las diez y media en punto, se reunieron de nuevo en la sala trescientos treinta y seis. Gray había encontrado a Ellen Reinhart en la puerta de su casa, cuando se dirigía a clase. Había trabajado en la sección de litigación, a las órdenes de un socio llamado Daniel O'Malley y había pasado la mayor parte del verano en un juicio en Miami. Había estado ausente dos meses y había pasado muy poco tiempo en la oficina de Washington. White & Blazevich tenía oficinas en cuatro ciudades, incluida Tampa. No reconoció a García y tenía prisa.

Judith Wilson no estaba en su casa, pero la chica con la que compartía el piso dijo que volvería a eso de la una.

Tacharon los nombres de Maylor, Kaas y Reinhart. Confirmaron sus planes en un susurro y volvieron a separarse. Gray fue en busca de Edward Linney, que según la lista había trabajado como pasante en White & Blazevich los dos últimos veranos. No estaba en la guía telefónica, pero vivía en Wesley Heights, al norte del campus principal de Georgetown.

A las once menos cuarto, Darby deambulaba de nuevo frente al tablón de anuncios, a la espera de otro milagro. Akers era varón y había diferentes formas de acercarse a él. Esperaba que estuviera donde se suponía que debía estar, en la clase de Procedimiento criminal en el aula dos cero uno. Se acercó a la misma, las puertas se abrieron, y una cincuentena de estudiantes salieron al pasillo. Nunca podría ser periodista. Era incapaz de acercarse a un desconocido y formularle un montón de preguntas. Le resultaba incómodo y desagradable. No obstante, se acercó a un joven de aspecto tímido, mirada triste y gafas, y le dijo:

–Discúlpame. ¿Conoces por casualidad a Michael Akers? Creo que está en esta clase.

El muchacho sonrió. Era agradable que alguien se percatara de su existencia. –

–Es aquél –respondió, mientras señalaba a un grupo de chicos que se dirigía a la puerta principal–. El del jersey gris.

–Gracias –dijo Darby y le dejó plantado.

El grupo se dispersó al salir del edificio y Akers permaneció en la acera con un amigo.

–Señor Akers –exclamó Darby.

Ambos volvieron la cabeza y sonrieron cuando ella se les acercaba.

–¿Eres Michael Akers? –preguntó.

–Efectivamente. ¿Y tú quién eres?

–Me llamo Sara Jacobs y estoy preparando un artículo para el Washington Post. ¿Puedo hablar contigo a solas?

–Desde luego.

Su amigo captó la indirecta y se retiró.

–¿Sobre qué? –preguntó Akers.

–¿Trabajaste como pasante para White & Blazevich el verano pasado?

–Sí –respondió amablemente Akers.

Aquello le gustaba.

–¿En qué sección?

Librodot

–Transacciones inmobiliarias. Terriblemente aburrido, pero era un trabajo. ¿Por qué te interesa?

–¿Reconoces a este hombre? –preguntó Darby, después de darle la fotografía–. Trabaja para White & Blazevich.

Akers quería reconocerle. Deseaba cooperar y mantener una larga conversación con ella, pero aquel rostro no le decía nada.

–Parece una foto bastante sospechosa, ¿verdad?

–Supongo. ¿Le reconoces?

–No. Nunca le he visto. Es un bufete muy grande. Los socios llevan etiquetas con su nombre cuando acuden a una reunión. ¿No te parece increíble? Los propietarios de la empresa no se conocen entre sí. Debe haber un centenar de socios. Ochenta y uno para ser exactos.

–¿Tenías algún supervisor?

–Sí, un socio llamado Walter Welch. Un verdadero bribón.

A decir verdad, no me gustó la empresa.

–¿Recuerdas a algún otro pasante?

–Por supuesto. El bufete estaba lleno de pasantes eventuales.

–Si necesitara sus nombres, ¿te importaría que volviera a ponerme en contacto contigo?

–Estoy a tu disposición. ¿Se ha metido en algún lío ese individuo?

–Creo que no. Puede que sepa algo.

–Espero que los expulsen a todos del Colegio de abogados. No son más que un puñado de ladrones. Es un lugar horrible. Todo gira en torno a la política.

–Gracias –sonrió Darby, antes de dar media vuelta para retirarse.

–Llámame cuando quieras –dijo Akers, mientras admiraba su trasero.

–Gracias.

Darby, en su capacidad de periodista investigadora, entró en la biblioteca situada en el edificio adjunto, y subió por la escalera hasta el quinto piso, donde se encontraban las abigarradas oficinas del Georgetown Law Journal. Había visto el último ejemplar, de la revista en la biblioteca y se había percatado de que JoAnne Ratliff era ayudante de redacción. Suponía que la mayoría de las revistas y periódicos jurídicos eran muy parecidos; lugares frecuentados por los mejores estudiantes, donde preparan sus eruditos artículos y comentarios. Se consideraban superiores a los demás estudiantes y formaban un círculo cerrado en el que admiraban sus mentes privilegiadas. Solían pulular por las salas de la redacción. Era como su segundo domicilio.

Darby entró y le preguntó al primero que vio por JoAnne Ratliff. Indicó que se dirigiera a la vuelta de la esquina, segunda puerta a la derecha. La puerta daba a un despacho repleto de estanterías de libros, donde había dos mujeres inmersas en su trabajo.

–JoAnne Ratliff –dijo Darby.

–Soy yo –respondió la mayor; tal vez de unos cuarenta años.

–Hola. Me llamo Sara Jacobs y preparo un artículo para el Washington Post. ¿Puedo hacerte unas preguntas?

Dejó lentamente la pluma sobre la mesa y miró a la otra mujer con el entrecejo fruncido. Lo que estuvieran haciendo era terriblemente importante y aquella interrupción les causaba una verdadera molestia. Eran estudiantes de élite.

A Darby le habría gustado mofarse y hacer algún comentario ingenioso. ¡Maldita sea, ella ocupaba el segundo lugar en su promoción! No tenía por qué tolerar que la trataran con desdén.

–¿De qué trata el artículo? –preguntó Ratliff.

–¿Podemos hablar en privado?

Volvieron a mirarse entre sí con el entrecejo fruncido.

–Estoy muy ocupada –dijo Ratliff.

También yo, pensó Darby. Vosotras estáis ahí verificando citas para algún artículo insignificante y yo intento atrapar al individuo que asesinó a dos jueces del Tribunal Supremo.

–Lo siento –dijo Darby–. Te prometo que sólo tardaremos un minuto. Lamento mucho molestarte –agregó cuando salieron juntas al pasillo–, pero tengo bastante prisa.

–¿Y eres periodista del Post –dijo, más en tono de reto que de pregunta, obligando a Darby a seguir mintiendo.

Se había prometido a sí misma que mentiría, engañaría y robaría durante dos días, pero a continuación se iría al Caribe y lo dejaría todo en manos de Grantham.

–Sí. ¿Trabajaste para White & Blazevich el verano pasado?

–Sí, ¿por qué?

Le mostró rápidamente la fotografía. Ratcliff la tomó para examinarla detenidamente.

–¿Le reconoces?

–Creo que no –respondió, mientras movía lentamente la cabeza–. ¿Quién es?

Esa zorra se convertiría en un buen abogado. Tantas preguntas. Si supiera quién era, no estaría en ese diminuto pasillo fingiendo ser periodista y soportando a ese presuntuoso buitre.

–Es un abogado de White & Blazevich –respondió Darby, con toda la sinceridad de la que fue capaz–. Creí que le reconocerías.

–No –dijo, al tiempo que le devolvía la foto. Basta.

–Bien, gracias. Lamento haberte molestado.

–De nada –dijo Ratliff, cuando Darby desaparecía por la puerta.

Se subió al nuevo Pontiac de Hertz cuando paró en la esquina y se perdieron en el tráfico. Estaba harta de la facultad de Derecho de Georgetown.

–No ha habido suerte –dijo Gray–. Linney no estaba en casa.

–Yo he hablado con Akers y con Ratliff, y ambos han dicho que no. Cinco de los siete no han reconocido a García.

–Tengo hambre. ¿Te apetece comer algo?

–Desde luego.

–¿Es posible que cinco pasantes que hayan trabajado tres meses en un bufete no reconozcan a un joven asociado?

–Sí. No sólo es posible, sino muy probable. No olvides que esto es un palo a tientas. Cuatrocientos abogados significa un millar de personas, si uno incluye a las secretarias, los ayudantes, los pasantes, oficinistas, multicopistas, encargados de la correspondencia, empleados diversos y personal de apoyo. Los abogados suelen mantenerse aislados en sus propios despachos.

–¿Las distintas secciones están físicamente separadas?

–Sí. Es perfectamente posible que un abogado bancario del tercer piso pase varias semanas sin ver a un compañero de litigación que trabaje en el décimo piso. No olvides que están muy ocupados.

¿Crees que nos hemos equivocado de bufete?

–Tal vez de bufete y tal vez de facultad.

Librodot

–El primer individuo, Maylor, me ha dado los nombres de dos estudiantes de George Washington que trabajaron allí como pasantes el verano pasado. Vayamos a por ellos después del almuerzo.

Redujo la velocidad y aparcó en zona prohibida, tras una hilera de pequeños edificios.

–¿Dónde estamos? –preguntó Darby.

–A una manzana de Mount Vernon Square, en el centro de la ciudad. El Post está a seis manzanas de aquí. Mi banco a cuatro manzanas. Y hay un pequeño restaurante a la vuelta de la esquina.

Anduvieron hasta el restaurante, al que llegaba bastante gente para almorzar. Darby se dirigió a una mesa junto a la ventana, mientras Gray pedía unos bocadillos en la barra. La mitad del día había volado y, aunque no le gustaba aquel tipo de trabajo, era agradable estar ocupada y olvidar los duendes. No quería ser periodista y, en aquellos momentos, parecía dudoso que se dedicara a la abogacía. Hacía poco había pensado en llegar a juez, después de ejercer unos años como abogado. Olvídalo. Era demasiado peligroso.

Gray llegó con una bandeja llena de comida y té helado, y empezaron a comer.

–¿Es éste un día normal para ti? –preguntó Darby.

–Así es como me gano la vida. Paso todo el día husmeando, escribo mis artículos ya avanzada la tarde, e investigo hasta la noche.

–¿Cuántos artículos por semana?

–A veces tres o cuatro, a veces ninguno. Yo elijo, con muy poca supervisión. Pero esto es distinto. No he publicado nada desde hace diez días.

–¿Qué ocurrirá si no logras implicar a Mattiece? ¿Qué escribirás sobre el caso?

–Depende de dónde llegue. Podíamos haber publicado un artículo sobre Verheek y Callahan, pero para qué molestarse. Fue un gran artículo, pero sin nada para sustanciarlo. Sólo escarbaba la superficie.

–Y tú vas a por todas.

–Eso espero. Si logramos verificar tu pequeño informe, publicaremos una historia fabulosa.

–Ya ves los titulares, ¿no es cierto?

–Efectivamente. Circula la adrenalina. Ésta será la historia más sensacional desde...

–¿Watergate?

–No. Watergate fueron una serie de artículos, modestos al principio pero que fueron creciendo. Aquellos individuos siguieron pistas durante muchos meses y no dejaron de hurgar hasta componer el rompecabezas. Mucha gente conocía distintas partes de la historia. Esto, querida, es muy diferente. Es una historia de mucho más peso y la verdad la conoce sólo un pequeño grupo de gente. Watergate fue un robo estúpido y una torpe tapadera. Éstos son crímenes magistralmente organizados, por personas muy ricas e inteligentes.

–¿Y la tapadera?

–Eso viene a continuación. Cuando logremos vincular a Mattiece con "los asesinatos, publicaremos la gran historia. Una vez revelado el secreto, se desencadenarán media docena de investigaciones de un día para otro. Habrá una enorme conmoción, particularmente ante la noticia de que el presidente y Mattiece son viejos amigos. Cuando empiecen a calmarse los ánimos, iremos a por la administración, e intentaremos determinar quién sabía qué y cuándo.

–Pero lo primero es García.

–Sí, claro. Sé que está ahí. Es uno de los abogados de esta ciudad y sabe algo muy importante.

–¿Qué ocurrirá si le encontramos y se niega a hablar?

–Tenemos medios de obligarle a que lo haga.

–¿Por ejemplo?

–La tortura, el secuestro, la extorsión, toda clase de amenazas.

–¡Dense prisa! –exclamó de pronto un tipo corpulento junto a su mesa–. Hablan demasiado.

–Gracias, Pete –dijo Gray, sin levantar la mirada.

Pete se retiró y se le oyó chillar junto a otra mesa. A Darby se le cayó el bocadillo de las manos.

–Es el propietario –aclaró Gray–. Forma parte de la ambivalencia del lugar.

–Encantador. ¿Hay que pagar algún suplemento?

–Todo lo contrario. La comida es barata y, por consiguiente, depende del volumen de ventas. Se niega a servir café, para que los clientes no se entretengan. Espera que comamos como refugiados y nos larguemos.

–He terminado.

–Son las doce y cuarto –dijo Gray, después de consultar su reloj–. Tenemos que estar en el piso de Judith Wilson a la una. ¿Quieres ocuparte ahora de tu transferencia?

–¿Cuánto tardará?

–Podemos iniciarla ahora y recoger el dinero más tarde.

–Vamos.

¿Cuánto quieres transferir?

–Quince mil.

Judith Wilson vivía en el segundo piso de un edificio viejo y decrépito, lleno de pisos de dos habitaciones para estudiantes. A la una no había llegado y pasaron una hora dando vueltas en el coche. Gray hacía de guía de la ciudad. Condujo lentamente hasta el cine Montrose, todavía en ruinas y rodeado de andamios. Le mostró el espectáculo cotidiano de Dupont Circle.

Estaban aparcados en la calle a las dos y cuarto, cuando un Mazda rojo paró frente a la casa.

–Ahí está –dijo Gray, al tiempo que se apeaba.

Darby se quedó en el coche. Gray alcanzó a Judith, que resultó ser bastante amable, junto a la puerta principal. Charlaron, le mostró la fotografía, la contempló unos segundos y empezó a mover la cabeza. Al cabo de unos momentos, estaba de nuevo en el coche.

–Cero entre seis –dijo.

–Ya sólo nos queda Edward Linney, que seguramente es nuestra mejor probabilidad, porque ha trabajado allí dos veranos.

Encontraron un teléfono público a tres manzanas en unos almacenes y Gray marcó el número de Linney. Nada. Colgó el teléfono y regresó al coche.

–No estaba en su casa a las diez de esta mañana y ahora tampoco está.

–Podría estar en clase –dijo Darby–. Necesitamos su horario. Debías haberlo recogido junto con los demás.

–Entonces no me lo sugeriste.

–¿Quién es el detective? ¿Quién es el famoso periodista investigador del Washington Post? Yo no soy más que una modesta ex estudiante de Derecho, emocionada de estar aquí sentada y verte actuar.

Podrías instalarte en el asiento trasero, estuvo a punto de decir.

–Lo que tú digas. ¿Y ahora adónde?

Librodot

–De nuevo a la facultad –respondió Darby–. Esperaré en el coche, mientras tú entras en la secretaría y consigues el horario de Linney.

–Sí señora.

En esta ocasión había otro estudiante tras el mostrador de la secretaria. Gray le pidió el horario de Edward Linney y él fue en busca de la secretaria. Al cabo de cinco minutos ésta se asomó y le miró fijamente.

–Hola, ¿me recuerda? –sonrió–. Soy Gray Grantham, del Post. Necesito otro horario.

–El decano dice que no.

–Creí que el decano había salido de la ciudad.

–Así es. El decano adjunto es quien dice que no. No más horarios. Ha logrado ya meterme en un buen lío.

–No comprendo. No le he pedido nada confidencial.

–El decano adjunto dice que no.

–¿Dónde está el decano adjunto?

–Está ocupado.

–Esperaré. ¿Dónde está su despacho?

–Estará ocupado durante mucho rato.

–Esperaré el tiempo que sea necesario.

–No le facilitará ningún otro horario –afirmó categóricamente la secretaria, después de cruzarse de brazos–. Nuestros estudiantes tienen derecho a que se respete su intimidad.

–Por supuesto. ¿Qué clase de problemas he causado?

–Bien, se lo diré.

–Se lo ruego.

–El estudiante que trabajaba como ayudante desapareció.

–Uno de los estudiantes con los que he hablado esta mañana ha llamado a White & Blazevich, ellos han llamado al decano adjunto, el decano adjunto me ha llamado a mí y me ha ordenado que no vuelva a facilitar horarios a ningún periodista.

–¿Por qué les preocupa?

–Les preocupa y basta. Hace mucho tiempo que mantenemos relaciones con White & Blazevich. Contratan a muchos de nuestros estudiantes.

–Lo único que me propongo es encontrar a Edward Linney –dijo Gray, procurando inspirar lástima y compasión–. Le juro que no está metido en ningún lío. Sólo deseo hacerle unas preguntas.

La secretaria empezó a sentirse victoriosa. Había logrado dominar a un periodista del Post y se sentía bastante orgullosa. ¿Por qué no ofrecerle unas migajas?

–El señor Linney ya no está matriculado en esta facultad. Eso es todo lo que puedo decirle.

–Gracias –farfulló de camino a la puerta.

Casi había llegado al coche, cuando alguien le llamó por su nombre. Era el estudiante de la secretaría.

–Señor Grantham –dijo, mientras se acercaba corriendo–. Yo conozco a Edward. Más o menos ha abandonado los estudios por algún tiempo. Problemas personales.

–¿Dónde está?

–Sus padres le han ingresado en una clínica privada. Se está desintoxicando.

–¿Dónde?

–En Silver Spring. En una clínica llamada Parklane.

–¿Cuánto hace que está allí?

–Aproximadamente un mes.

–Gracias –dijo Grantham, al tiempo que le estrechaba la mano–. No le diré a nadie que me lo has contado.

–¿No se habrá metido en algún lío?

–No. Te lo prometo.

Pararon en el banco y Darby salió con quince mil al contado. Llevar el dinero encima le daba miedo. Linney le daba miedo. White & Blazevich de pronto le daba miedo.

Parklane era un centro de desintoxicación para los ricos, o para quienes tuvieran un seguro caro. Estaba en un pequeño edificio, rodeado de árboles, a un kilómetro de la carretera. Aquello podría ser difícil, pensaron.

Gray entró primero en el vestíbulo y le preguntó a la recepcionista por Edward Linney.

–Es uno de nuestros pacientes –respondió en un tono bastante formal.

–Sí, lo sé –dijo Gray, con su mejor sonrisa–. Me lo han dicho en la facultad. ¿Cuál es el número de su habitación? Darby entró entonces en el vestíbulo y se acercó lentamente a la fuente, para tomar un largo trago de agua.

–Está en la habitación veintidós, pero no puede verle.

–En la facultad me han dicho que podría verle.

–¿Quién es usted?

–Gray Grantham, del Washington Post. En la facultad me han dicho que podría formularle un par de preguntas –declaró con suma dulzura.

–Lamento que se lo hayan dicho, señor Grantham. Verá usted, la clínica la dirigimos nosotros, ellos dirigen la facultad. Darby cogió una revista y se sentó en un sofá.

–Comprendo –dijo todavía con cortesía, pero con la sonrisa considerablemente menguada–.

–¿Puedo hablar con el administrador?

–¿Para qué?

–Porque éste es un asunto sumamente importante y es preciso que vea al señor Linney esta tarde. No me marcharé sin haber hablado con el administrador.

La recepcionista le brindó su mejor sonrisa de «váyase a freír espárragos» y se retiró del mostrador.

–Un momento. Tome asiento.

–Gracias.

Cuando se ausentó la recepcionista, Gray volvió la cabeza para mirar a Darby y señalar una doble puerta, que parecía conducir al único pasillo. Respiró hondo y la cruzó. Daba a un recibidor, del que salían tres estériles pasillos. Una placa de bronce indicaba la dirección de las habitaciones dieciocho a la treinta. Era el ala central de la clínica, con un pasillo oscuro y silencioso, con una gruesa moqueta industrial y papel pintado con un motivo floral en las paredes.

Acabaría en manos de la policía. Se encontraría de pronto con un robusto guardia de seguridad o un fornido enfermero que la encerraría bajo llave en una habitación hasta que llegara la policía para maltratarla y luego llevársela encadenada, ante la mirada impotente de su

Librodot

compañero. Su nombre aparecería en el periódico, el Post, y Tocón, si no era analfabeto, lo vería y la capturarían.

Mientras avanzaba entre puertas cerradas, las playas y las piñas coladas parecían inalcanzables. La puerta número veintidós estaba cerrada, y sobre la misma figuraban los nombres de Edward. Linney y del doctor Wayne McLatchee. Llamó.

El administrador era más imbécil que la recepcionista. Pero también era superior su sueldo. Explicó que tenían una política muy rigurosa en cuanto a las visitas. Sus pacientes eran personas muy enfermas y vulnerables, a las que debían proteger. Y sus médicos, que eran los mejores de su especialidad, eran muy particulares en cuanto a quién podía visitar a los pacientes.. Sólo los sábados y domingos eran días de visita, e incluso entonces se permitía exclusivamente la entrada a un grupo cuidadosamente seleccionado de personas, por regla general parientes y amigos, que podían pasar sólo treinta minutos con los pacientes. Tenían que ser muy rigurosos.

Eran personas muy vulnerables, indudablemente incapaces de soportar un interrogatorio por parte de un periodista, por graves que fueran las circunstancias.

El señor Grantham preguntó cuándo esperaban dar de alta al señor Linney. Absolutamente confidencial, afirmó el administrador. Probablemente cuando el seguro dejara de pagar, sugirió el señor Grantham, que hablaba para ganar tiempo, medio a la expectativa de oír ruidos y voces del otro lado de la doble puerta.

La mención del seguro perturbó realmente al administrador. El señor Grantham le preguntó si estaría dispuesto a decirle al señor Linney que el señor Grantham deseaba formularle un par de preguntas, y que tardarían menos de treinta segundos.

Ni soñarlo, replicó el administrador. Su política era muy rigurosa.

Una voz respondió suavemente y Darby entró en la habitación. La moqueta era todavía más gruesa y el mobiliario de madera. Estaba sentado en la cama, con vaqueros, sin camisa, y una gruesa novela en las manos. Le asombró ver lo atractivo que era.

–Discúlpame –dijo cariñosamente Darby, después de cerrar la puerta a su espalda.

–Pasa –sonrió con ternura.

Era el primer rostro no médico que veía en dos días. Y era hermoso. Cerró el libro.

–Me llamo Sara Jacobs y preparo un artículo para el Washington Post –dijo, mientras se acercaba a los pies de la cama.

–¿Cómo has logrado entrar aquí? –preguntó, evidente mente contento de que lo hubiera conseguido.

–Andando. ¿Trabajaste como pasante el verano pasado para White & Blazevich?

–Sí, y el verano anterior. Me han ofrecido trabajo para cuando me licencie. Si acabo la carrera.

–¿Reconoces a este hombre? –preguntó, después de entregarle la fotografía.

–Sí –sonrió–. Se llama... espera un momento. Trabaja en la sección de gas y petróleo del noveno piso. ¿Cómo se llama? Darby se aguantaba la respiración. Linney cerró los ojos e intentó recordar.

–Morgan –dijo después de volver a mirar la foto–. Sí.

Creo que se llama Morgan.

–¿Morgan de apellido?

–Efectivamente. No recuerdo su primer nombre. Es algo parecido a Charles, pero distinto. Creo que empieza por C.

–¿Y estás seguro de que trabaja en la sección de gas y petróleo?

Aunque no recordaba exactamente cuántos, estaba segura de que había más de un Morgan en White & Blazevich.

–Sí.

–¿En el noveno piso?

–Sí. Yo trabajé en la sección de quiebras, en el octavo piso, y gas y petróleo ocupa la mitad del octavo y la totalidad del noveno.

Le devolvió la fotografía.

–¿Cuándo te darán de alta? –preguntó, para no marcharse sin decir nada.

–Espero que la próxima semana. ¿Qué ha hecho ese tipo?

–Nada. Sólo queremos hablar con él –respondió ya cerca de la puerta–. Debo marcharme. Gracias. Y buena suerte.

–No hay de qué.

Cerró silenciosamente la puerta y empezó a dirigirse hacia el vestíbulo, cuando oyó una voz a su espalda.

–¡Eh! ¡Oiga! ¿Qué hace aquí?

Darby se dio la vuelta, para encontrarse frente a un robusto guardia de seguridad negro, con una pistola al cinto. Tenía el aspecto de ser completamente culpable.

–¿Qué hace aquí? –repitió, al tiempo que la acorralaba contra la pared.

–He venido a ver a mi hermano –respondió–. Y no vuelva a chillarme.

–¿Quién es su hermano?

–Está en la habitación veintidós.

–Ahora no es hora de visita. Está prohibido estar aquí.

–Era importante y ya me voy, ¿de acuerdo? Se abrió la puerta de la habitación veintidós y Linney asomó la cabeza.

–¿Es ésta su hermana? –preguntó el guardia. Darby le suplicó con la mirada.

–Sí, no la moleste –respondió Linney–. Ya se va.

Darby suspiró y le sonrió a Linney.

–Mamá vendrá el fin de semana.

–Me alegro –dijo Linney.

El guardia se retiró y Darby casi corrió hasta la doble puerta. Grantham sermoneaba al administrador sobre el coste de la atención sanitaria. Cruzó rápidamente la puerta, avanzó por el vestíbulo y había llegado casi a la puerta principal, cuando la llamó el administrador.

–¡Señorita! ¡Oiga, señorita! ¿Puede darme su nombre? Darby salió directamente al coche. Grantham se encogió de hombros y abandonó el edificio. Subieron al coche y salieron a toda velocidad.

–El apellido de García es Morgan. Linney le ha reconocido inmediatamente, pero no lograba recordar su nombre de pila. Empieza por C –dijo mientras buscaba las notas de Martindale Hubbell–. Dice que trabaja en la sección de gas y petróleo en el noveno piso.

–¡Gas y petróleo! –exclamó Grantham, mientras se alejaban velozmente de Parklane.

–Eso ha dicho. Curtis D. Morgan, sección de gas y petróleo, edad veintinueve años –dijo Darby, después de encontrar la nota–. Hay otro Morgan en litigación, pero es uno de los socios y tiene, vamos a ver, cincuenta y un años.

–García es Curtis Morgan –dijo Gray aliviado, antes de consultar su reloj–. Son las cuatro menos cuarto. Hemos de darnos prisa.

–Me muero de impaciencia.

Rupert los había localizado al salir del portal de Parklane. El Pontiac alquilado avanzaba como un rayo y se vio obligado a conducir como un loco para no perderlos. Llamó por radio.

TREINTA Y SIETE

Matthew Barr nunca había viajado en una lancha rápida y, después de cinco horas de ajetreada travesía por el océano, estaba empapado y dolorido. Le había quedado el cuerpo adormecido y cuando vio tierra rezó, por primera vez en muchas décadas. A continuación, siguió maldiciendo incesantemente a Fletcher Coal.

Atracaron en un pequeño embarcadero cerca de una ciudad, que en su opinión debía ser Freeport. El capitán le había dicho algo sobre Freeport a un individuo llamado Larry, al salir de Florida. No se había pronunciado otra palabra durante toda la epopeya. El papel de Larry en el viaje no estaba claro. Medía por lo menos metro ochenta y cinco, con un cuello tan grueso como un poste de teléfonos, y no hacía otra cosa más que vigilar a Barr, lo cual no le había importado al principio, pero al cabo de cinco horas empezaba a ser molesto.

Se levantaron con dificultad cuando paró la embarcación. Larry fue el primero en desembarcar y le hizo una seña a Barr para que le siguiera. Otro voluminoso individuo se les acercó por el muelle y ambos escoltaron a Barr a una furgoneta que esperaba. El vehículo se caracterizaba por una sospechosa ausencia de ventanas.

En aquel momento Barr habría preferido despedirse de sus nuevos amigos y limitarse a desaparecer en dirección a Freeport. Cogería un avión a Washington y se ensañaría con Coal cuando vislumbrara su reluciente calva. Pero debía actuar con naturalidad. No se atreverían a hacerle ningún daño.

Al cabo de unos momentos, la furgoneta paró en un pequeño aeródromo, y condujeron a Barr a un Lear negro. Lo admiró brevemente antes de seguir a Larry por la escalerilla. Estaba relajado y tranquilo; no era más que otro trabajo. Después de todo, en otra época había sido uno de los mejores agentes de la CIA en Europa. Había sido infante de marina. Sabía cuidar de sí mismo.

Se sentó a solas en la cabina. Las ventanas estaban cubiertas y eso le molestó. Pero lo comprendió. El señor Mattiece protegía celosamente su intimidad y Barr lo respetaba. Larry y su corpulento compañero estaban en la parte delantera de la cabina, hojeando revistas y sin hacerle ningún caso.

Treinta minutos después de despegar, el Lear inició su descenso y Larry se le acercó.

–Póngase esto –ordenó, al tiempo que le entregaba una gruesa venda para cubrirse los ojos.

En aquel momento, un novato se habría dejado llevar por el pánico. Un aficionado empezaría a formular preguntas. Pero a Barr no era la primera vez que le vendaban los ojos y, a pesar de que tenía serias dudas acerca de aquella misión, cogió tranquilamente la venda y se cubrió los ojos.

El individuo que le retiró la venda dijo llamarse Emil, uno de los ayudantes del señor Mattiece. Era un tipo bajo y delgado, de cabello oscuro, con un pequeño bigote pegado al labio. Se instaló en una silla a poco más de un metro y encendió un cigarrillo.

–Nuestra gente nos informa de que usted es, más o menos, legal –dijo con una amable sonrisa.

Barr miró a su alrededor. No había paredes, sólo pequeñas ventanas. Brillaba el sol y le molestaba a la vista. En el exterior, un elegante jardín rodeaba una serie de fuentes y estanques. Estaban en la parte posterior de una enorme mansión.

–He venido en nombre del presidente –dijo Barr.

–Le creemos –asintió Emil, que era evidentemente un sureño de descendencia francesa.

–¿Le importaría decirme quién es usted? –preguntó Barr.

–Me llamo Emil y eso basta. El señor Mattiece está indispuesto. Tal vez debería darme a mí el mensaje.

–Tengo órdenes de hablar directamente con él.

–órdenes del señor Coal, por lo que tengo entendido –dijo Emil, sin dejar de sonreír.

–Exactamente.

–Comprendo. El señor Mattiece prefiere no verle. Desea que hable usted conmigo.

Barr movió la cabeza. Si la presión llegaba a ser excesiva, si las cosas se salían de quicio, hablaría gustoso con Emil. Pero de momento se mantendría firme en su actitud.

–Sólo estoy autorizado a hablar con el señor Mattiece –dijo correctamente Barr.

Casi desapareció la sonrisa. Emil señaló más allá de las fuentes y estanques, a un gran edificio en forma de glorieta, con grandes ventanales desde el suelo hasta el techo. Varias hileras de impecables setos y flores lo rodeaban.

–El señor Mattiece está en ese edificio. Sígame.

Salieron del solario y avanzaron lentamente alrededor de un serpenteante estanque. Barr tenía un nudo en el estómago, pero siguió a su pequeño amigó como si se tratara simplemente de un día cualquiera en la oficina. El sonido de agua que caía impregnaba el ambiente. Una estrecha pasarela conducía al edificio. Se detuvieron junto a la puerta.

–Me temo que debe quitarse los zapatos –sonrió Emil, que iba descalzo.

Barr se desató los cordones y dejó los zapatos junto a la puerta.

–No pise las toallas –dijo seriamente Emil.

–¿Las toallas?

Emil le abrió la puerta y Barr entró solo. La sala formaba un círculo perfecto, de unos dieciséis metros de diámetro. Había tres sillones y un sofá, todos cubiertos con sábanas blancas. En el suelo había gruesas toallas de algodón, perfectamente alineadas alrededor de la sala. El sol brillaba con fuerza a través de las claraboyas. Se abrió una puerta y apareció Victor Mattiece de un pequeño cuarto.

Barr permaneció inmóvil, con la mirada fija en aquel individuo. Estaba delgado y demacrado, con una larga cabellera canosa y una sucia barba. Llevaba sólo un pantalón corto blanco y caminaba cautelosamente sobre las toallas, sin mirar a Barr.

–Siéntese ahí –dijo, señalando un sillón–. No pise las toallas.

Barr obedeció. Mattiece se volvió de espaldas y miró por las ventanas. Su piel era apergaminada y oscura como el bronce. Sus pies desnudos estaban llenos de horribles venas. Las uñas de sus pies eran largas y amarillas. Estaba como un cencerro.

–¿Qué quiere? –preguntó en voz baja frente a la ventana.

–Me ha mandado el presidente.

–No es cierto. Le ha mandado Coal. Dudo que el presidente sepa que está aquí.

Tal vez no estaba loco. Hablaba sin mover un solo músculo.

–Fletcher Coal es el jefe del gabinete. Él me ha mandado.

–Sé quien es Coal. Y también sé quién es usted. Y conozco su pequeña unidad. Y ahora, ¿qué quiere?

Librodot

–Información.

–No juegue conmigo. ¿Qué quiere?

–¿Ha leído el informe pelícano? –preguntó Bárr.

–¿Lo ha leído usted? –replicó, sin alterarse en absoluto.

–Sí –respondió inmediatamente Barr.

–¿Cree que es cierto?

–Tal vez. Ésa es la razón de mi visita.

–¿Por qué está el señor Coal tan preocupado por el informe pelícano?

–Porque ha llegado a oídos de un par de periodistas. Y si es cierto, debemos saberlo inmediatamente.

–¿Quiénes son esos periodistas?

–Gray Grantham, del Washington Post, ha sido el primero en enterarse y el que está mejor informado. Investiga con mucho ahínco. Coal cree que está a punto de publicar algo.

–Podemos ocuparnos de él, ¿no es cierto? –dijo Mattiece, sin dejar de mirar por la ventana–. ¿Quién es el otro?

–Rifkin, del Times.

Mattiece todavía no se había movido en absoluto. Barr contempló las sábanas y las toallas. Sí, tenía que estar loco. El lugar había sido desinfectado y olía a alcohol. Puede que estuviera enfermo.

–¿Cree el señor Coal que es cierto?

–No lo sé. Le preocupa muchísimo. Ésa es la razón de mi visita, señor Mattiece. Debemos saberlo.

–¿Qué ocurre si es cierto?

–Tenemos problemas.

Por fin Mattiece se movió. Trasladó el peso de su cuerpo a la pierna derecha y cruzó los brazos sobre su estrechó tórax. Pero sus ojos permanecieron inmóviles. A lo lejos se vislumbraban dunas y algas, pero no el océano.

–¿Sabe lo que pienso? –dijo lentamente.

–¿Qué?

–Creo que Coal es el problema. Le dio el informe a demasiada gente. Se lo entregó a la CIA. Permitió que usted lo viera. Esto realmente me preocupa.

Barr no sabía qué decir. Era absurdo sugerir que Coal quería divulgar el informe. El problema es usted, señor Mattiece. Asesinó a dos jueces. Arrastrado por el pánico, asesinó a Callahan. No es más que un cabrón avaricioso, que no se contenta con sus meros cincuenta millones.

Mattiece se volvió lentamente, para mirar a Barr. Tenía los ojos oscuros e irritados. No se parecía en nada a la fotografía con el vicepresidente, pero desde entonces habían transcurrido siete años. Había envejecido veinte años en los últimos siete y, tal vez, había perdido los caballes por el camino.

–Ustedes en Washington son unos payasos y tienen la culpa de todo esto –dijo, levantando un poco la voz.

–¿Es cierto, señor Mattiece? Es lo único que deseo saber –preguntó Barr, sin poder mirarle.

A la espalda de Barr, se abrió silenciosamente una puerta. Larry, con calcetines y sin pisar las toallas, dio un par de pasos antes de detenerse.

Mattiece caminó por las toallas hasta una puerta de cristal y la abrió.

–Claro que es cierto –dijo en un tono muy suave, mientras miraba al exterior.

Salió y cerró lentamente la puerta a su espalda. Barr contempló a aquel imbécil, que avanzaba lentamente por una acera hacia las dunas.

¿Y ahora qué?, pensó. Tal vez Emil vendría a buscarle. Tal vez.

Larry avanzó sigilosamente con una cuerda y Barr no oyó ni sintió nada, hasta que era demasiado tarde. Mattiece no quería sangre en su glorieta, de modo que Larry se limitó a desnucarlo y estrangularlo hasta dejarlo sin vida.

TREINTA Y OCHO

Su plan de juego exigía que ella estuviera en el ascensor en este momento de la investigación, pero Darby consideraba que habían ocurrido suficientes imprevistos para justificar un cambio de planes. Él no lo creía así. Habían discutido extensamente la subida en el ascensor y ahí estaba. Gray tenía razón, aquélla era la ruta más rápida para llegar hasta Curtis Morgan. Y Darby también tenía razón, era la más peligrosa. Pero las demás también podían serlo. El conjunto de su plan de juego era mortífero.

Llevaba puesto su único vestido y sus únicos zapatos de tacón. Gray dijo que estaba muy atractiva, pero eso era de esperar. Cuando el ascensor paró en el noveno piso y Darby se apeó, le dolía el estómago y apenas podía respirar.

La recepcionista estaba al otro lado de un elegante vestíbulo. Unas gruesas letras de bronce que formaban las palabras White & Blazevich cubrían la pared a su espalda. A pesar de que le temblaban las rodillas, se acercó a la recepcionista, que la recibió con la debida sonrisa. Eran las cinco menos diez.

–¿En qué puedo servirla? –preguntó Peggy Young, según proclamaba su placa de identidad.

–Tengo una cita con Curtis Morgan a las cinco –logró decir Darby, después de aclararse la garganta–. Mi nombre es Dorothy Blythe.

La recepcionista estaba desconcertada. Miró fijamente a Darby, convertida ahora en Dorothy, con la boca abierta e incapaz de pronunciar una palabra.

–¿Algún problema? –preguntó Darby, cuyo corazón había dejado de latir.

–No. Lo siento. Un momento, por favor –respondió Peggy Young antes de levantarse y desaparecer rápidamente.

¡Corre! Su corazón latía como un tambor. ¡Corre! Intentó controlar su respiración, pero tenía que esforzarse para evitar la hiperventilación. Sus piernas parecían de goma. ¡Corre!

Miró tranquilamente a su alrededor, procurando parecerse a cualquier cliente en espera de su abogado. No se atreverían a abatirla a balazos en el vestíbulo de un bufete.

Él entró primero, seguido de la recepcionista. Tenía unos cincuenta años, con una frondosa cabellera canosa y un terrible ceño.

–Hola –dijo, sólo por obligación–. Me llamo Jarreld Schwabe y soy socio de la empresa. Dice usted que tiene una cita con Curtis Morgan.

–Sí, a las cinco –insistió–. ¿Algún problema?

–¿Y su nombre es Dorothy Blythe?

Sí, pero llámeme Dot, pensó.

–Efectivamente. Eso he dicho. ¿Qué ocurre? –exclamó auténticamente enojada.

–¿Cuándo concertó la cita? –preguntó, después de acercarse.

–No lo sé. Hace un par de semanas. Conocí a Curtis en una fiesta en Georgetown. Me dijo que trabajaba en gas y petróleo, y precisamente necesitaba un abogado de dicha especialidad. Llamé a sus oficinas y concerté una cita. ¿Y ahora tendrá la bondad de decirme qué ocurre?

Le sorprendía la facilidad con que fluían las palabras de su boca seca.

–¿Para qué necesita a un especialista en gas y petróleo?

–No veo por qué tendría que darle a usted explicaciones –exclamó, verdaderamente enojada.

Se abrió la puerta del ascensor y un individuo con un traje barato se unió a la conversación. Darby le echó una mala mirada. Estaban a punto de doblársele las rodillas.

–No hay constancia alguna de que se haya concertado dicha cita –insistía Schwabe.

–Entonces sugiero que despidan a la secretaria. ¿Es así como reciben a sus nuevos clientes? –dijo indignada, ante la persistencia de Schwabe.

–No puede ver a Curtis Morgan –afirmó.

–¿Por qué no?

–Está muerto.

Sus piernas parecían de goma y estaban a punto de ceder.

Un doloroso calambre le recorría el vientre. Pero pensó con rapidez y era normal que estuviera trastornada. Después de todo, se suponía que el difunto era su nuevo abogado.

–Lo siento. ¿Por qué no me lo han comunicado?

–Ya le he dicho que no existe constancia alguna de Dorothy Blythe –respondió Schwabe, todavía con suspicacia.

–¿Qué le ha ocurrido? –preguntó, aturdida.

–Fue víctima de un ataque callejero hace una semana. Tenemos entendido que tres gamberros le dispararon.

El individuo del traje barato se acercó un paso.

–¿Tiene algún documento de identidad?

–¿Quién diablos es usted? –exclamó Darby.

–Un agente de seguridad –respondió Schwabe.

–¿Seguridad para qué? –preguntó, levantando la voz. ¿Es esto un bufete o una cárcel?

El abogado miró al individuo del traje barato, y era evidente que ninguno de ellos sabía qué hacer en aquellas circunstancias. Era una mujer muy atractiva, a la que habían incordiado, y su versión era en cierto modo plausible. Se relajaron un poco.

–¿Por qué no se marcha, señora Blythe? –sugirió Schwabe.

–¡Inmediatamente!

–Acompáñeme –dijo el agente de seguridad, al tiempo que extendía el brazo.

–Si me toca, lo primero que haré por la mañana será denunciarle –exclamó Darby, después de golpearle la mano¡Aléjese de mí!

Esto les desconcertó ligeramente. Estaba loca y golpeaba. Tal vez habían sido demasiado duros con ella.

–La acompañaré al vestíbulo –insistió el agente de seguridad.

–Conozco el camino. Me asombra que unos payasos como ustedes tengan algún cliente –exclamó mientras retrocedía con el rostro encendido, pero no de ira sino de miedo–. Tengo abogados en cuatro estados y nunca me han tratado de ese modo –chilló, desde el centro del vestíbulo. El año pasado pagué medio millón en gastos jurídicos y para el año próximo tengo previsto un millón, pero ustedes, por idiotas, no recibirán ni un centavo.

Cuanto más cerca estaba del ascensor, mayor era el volumen de su voz. Estaba loca. La observaron hasta que se cerraron las puertas y desapareció.

Gray paseaba al pie de la cama, con el teléfono en la mano, a la espera de Smith Keen. Darby estaba tumbada sobre la cama, con los ojos cerrados.

–Hola, Smith –dijo Gray, parado–. Necesito que verifiquen algo rápidamente.

–¿Dónde está? –preguntó Keen.

–En un hotel. Busquen las necrológicas de hace seis o siete días. Necesito la de Curtis D. Morgan.

–¿Quién es?

–García.

–¡García! ¿Qué le ha ocurrido?

–Evidentemente está muerto. Le dispararon unos gamberros.

–Ahora lo recuerdo. Publicamos un artículo la semana pasada sobre un joven abogado al que habían robado y matado a tiros.

–Probablemente era él. ¿Puede verificarlo? Necesito el nombre y dirección de su esposa, si lo tenemos.

–¿Cómo lo ha encontrado?

–Sería largo de contar. Esta noche intentaremos hablar con su viuda.

–García muerto. Esto huele a chamusquina, amigo.

–Peor que chamusquina. El muchacho sabía algo y lo han eliminado.

–¿Cree que está a salvo?

–¿Quién sabe?

–¿Dónde está la chica?

–Conmigo.

–¿Y si vigilan su casa?

A Gray no se le había ocurrido.

–Tendremos que tomar ese riesgo. Volveré a llamar dentro de quince minutos.

Dejó el teléfono en el suelo y se sentó en una antigua mecedora. Había una cerveza caliente sobre la mesa y tomó un buen trago, mientras contemplaba a Darby, que se cubría los ojos con el antebrazo. Llevaba puesto un jersey y unos vaqueros. El vestido estaba tirado en un rincón y los zapatos de tacón al otro lado de la habitación.

–¿Estás bien? –preguntó con ternura.

–Estupendamente.

Era una listilla y eso le encantaba en una mujer. Claro que era casi abogado y, probablemente, les enseñaban a los alumnos a ser listillos en la facultad. Sorbía su cerveza y admiraba sus vaqueros. Disfrutaba de la contemplación ininterrumpida, sin ser descubierto.

–¿Me estás mirando? –preguntó Darby.

–Sí.

–El sexo es lo más remoto de mi mente.

–¿Entonces por qué lo mencionas?

–Porque percibo el deseo lujurioso que despiertan en ti las uñas rojas de mis pies.

–Cierto.

–Tengo jaqueca. Una molesta y persistente jaqueca.

–Te la has ganado a pulso. ¿Puedo traerte algo?

Librodot

–Sí. Un billete para Jamaica.

–Puedes salir esta noche. Te llevaré al aeropuerto ahora mismo.

Retiró el antebrazo que le cubría los ojos y se frotó suavemente las sienes.

–Siento haber llorado.

–Te has ganado el derecho a hacerlo –respondió Gray, después de vaciar la cerveza de un trago.

Le saltaban las lágrimas al salir del ascensor. Él la esperaba como un padre en la sala de maternidad, con la diferencia de que llevaba un revólver del calibre treinta y ocho en el bolsillo, del que ella no sabía absolutamente nada.

–¿Qué te parece la investigación periodística? –preguntó.

–Prefiero la matanza de cerdos.

–Para ser sinceros, no todos los días son tan accidentados como hoy. A veces paso el día en la redacción y me limito a hacer centenares de llamadas, a burócratas que no tienen nada que decir.

–Parece maravilloso. Eso es lo que haremos mañana.

Gray se quitó los zapatos y puso los pies sobre la cama. Darby cerró los ojos y respiró hondo. Durante varios minutos no dijeron palabra.

–¿Sabías que Lousiana era conocida como el estado de los pelícanos? –preguntó Darby, sin abrir los ojos.

–No. No lo sabía.

–Es realmente una pena, porque los pelícanos llegaron casi a desaparecer a principios de los años sesenta.

–¿Qué les ocurrió?

–Pesticidas. Comen sólo pescado y el pescado vive en las aguas del río, saturadas de hidrocarburos dorados de los pesticidas. Las lluvias arrastran los pesticidas de la tierra a los torrentes, que desembocan en los ríos y que a su vez acaban en el Mississippi. Cuando los pelícanos de Louisiana comen el pescado; está saturado de DDT y otros productos químicos que se concentran en los tejidos grasos de las aves. Raramente mueren de un modo inmediato, pero en condiciones difíciles de hambre o mal tiempo, los pelícanos, las águilas y los cormoranes se ven obligados a utilizar sus reservas, y se envenenan literalmente con su propia grasa. Si no llega a provocarles la muerte, generalmente no pueden reproducirse. Sus huevos son tan frágiles y delicados, que se rompen durante la incubación. ¿Lo sabías?

–¿Por qué tendría que saberlo?

–A finales de los años sesenta, Louisiana empezó a ser repoblada con pelícanos castaños del sur de Florida y, a lo largo de diez años, empezaron a recuperarse dichas aves. Pero todavía corren mucho peligro. Hace cuarenta años, había millares de pelícanos. Las marismas de los cipreses que Mattiece pretende destruir albergan sólo unas docenas.

Gray reflexionó sobre el tema y Darby guardó silencio un buen rato.

–¿Qué día es hoy? –preguntó, sin abrir los ojos.

–Lunes.

–Hoy hace una semana que salí de Nueva Orleans. Thomas y Verheek cenaron juntos hace exactamente dos semanas. Y aquel fue, evidentemente, el maldito momento en que el informe pelícano cambió de manos.

–Mañana se cumplirán tres semanas del asesinato de Rosenberg y Jensen.

–Yo era entonces una ingenua estudiante de Derecho que no se metía con nadie, y mantenía una maravillosa relación amorosa con mi profesor. Supongo que esos días ya nunca volverán.

La facultad y el profesor puede que no vuelvan, pensó Gray.

–¿Qué planes tienes?

–Ninguno. Sólo pretendo salir de este maldito lío y seguir viviendo. Huiré a algún lugar y me ocultaré algunos meses, tal vez años. Tengo bastante dinero para vivir mucho tiempo.

Si llega el día en que no tenga que mirar por encima del hombro, puede que regrese.

–¿A la facultad de Derecho?

–No lo creo. El Derecho ha perdido su atractivo.

–¿Por qué querías ser abogado?

–Por idealismo y dinero. Creía poder cambiar el mundo y cobrar por ello.

–Pero el mundo está ya lleno de malditos abogados.

–¿Qué atractivo tiene para esos jóvenes inteligentes la facultad de Derecho?

–Muy sencillo. La avaricia. Quieren un BMW y una tarjeta de crédito ilimitada. Si estudias Derecho, te licencias entre el diez por ciento de los mejores y consigues un trabajo en un gran bufete, en pocos años estarás ganando cifras con seis ceros, que sólo van en aumento. Está garantizado. A los treinta y cinco años habrás alcanzado el rango de socio, con unos ingresos no inferiores a los doscientos mil dólares anuales. Algunos ganan mucho más.

–¿Qué ocurre con el otro noventa por ciento?

–No les van tan bien las cosas. Reciben las sobras.

–La mayoría de los abogados a los que conozco odian la profesión. Preferirían hacer cualquier otra cosa.

–Pero no pueden dejarlo debido al dinero. Incluso un abogaducho en un pequeño bufete puede ganar cien mil dólares anuales, con diez años de experiencia, y puede que deteste su trabajo, ¿pero dónde podría ir para ganar una suma parecida?

–Odio a los abogados.

–Y supongo que crees que la gente adora a los periodistas.

Tenía razón. Gray consultó su reloj y levantó el teléfono para marcar el número de Keen. Keen le leyó la necrológica y el artículo publicado en el Post, sobre el absurdo asesinato de aquel joven abogado. Gray tomaba notas.

–Un par de cosas más –dijo Keen–. A Feldman le preocupa su seguridad. Esperaba un informe hoy en su despacho y le ha molestado no recibirlo. Procure hablar con él mañana, antes del mediodía. ¿Comprendido?

–Lo procuraré.

–No basta con procurarlo. Hágalo, Gray. Aquí estamos muy nerviosos.

–¿Es el Times lo que les inquieta?

–En estos momentos el Times no me preocupa. Me interesa mucho más su seguridad y la de la chica.

–Estamos bien. Todo es encantador. ¿Hay algo más?

–Se han recibido tres mensajes para usted en las últimas dos horas, de un individuo llamado Cleve. Dice que es policía.

¿Le conoce?

–Sí.

–Quiere hablar con usted esta noche. Dice que es urgente.

–Luego le llamaré.

–De acuerdo. Tengan cuidado. Estaremos aquí hasta tarde, póngase en contacto.

Gray colgó y examinó las notas. Eran casi las siete.

–Voy a visitar a la señora Morgan. Quiero que te quedes aquí.

Darby se sentó entre las almohadas y cruzó los brazos sobre las rodillas.

–Prefiero acompañarte.

–¿Y si vigilan la casa?

–¿Por qué tendrían que hacerlo? Está muerto.

–Puede que ahora sospechen algo, después de la aparición de una cliente misteriosa que preguntaba por él. A pesar de estar muerto, todavía llama la atención.

–No. Voy contigo –declaró, después de reflexionar unos instantes.

–Es demasiado arriesgado, Darby.

–No me hables de riesgos. He sobrevivido doce días en los campos minados. Esto es fácil.

–Por cierto –dijo Gray, cuando la esperaba junto a la puerta–¿dónde voy a dormir esta noche?

–En el hotel Jefferson.

–¿Tienes el número de teléfono?

–¿Tú qué crees?

–Que es una pregunta estúpida.

El reactor privado en el que viajaba Edwin Sneller aterrizó en el aeropuerto National de Washington, pocos minutos después de las siete. Estaba encantado de haber abandonado Nueva York. Había pasado allí seis días, volviéndose loco, en sus habitaciones del Plaza. Durante casi una semana sus hombres habían comprobado hoteles, vigilado aeropuertos y caminado por las calles, convencidos de que perdían el tiempo, pero obedecían órdenes. Se les había dicho que no se movieran de allí hasta que ocurriera algo y pudieran actuar. Era absurdo intentar encontrar a la chica en Manhattan, pero tenían que estar cerca por si cometía un error como llamar por teléfono o efectuar alguna transacción con tarjeta de crédito que fuera localizable, y de pronto se necesitaran sus servicios.

No había cometido ningún error hasta las dos y media de esta tarde, cuando necesitó dinero y lo sacó de su cuenta. Sabían que ocurriría, especialmente si se proponía abandonar el país y tenía miedo de utilizar tarjetas de crédito. En algún momento necesitaría dinero y tendría que hacer una transferencia, porque su banco estaba en Nueva Orleans, pero ella no. El cliente de Sneller era propietario del ocho por ciento del banco; no era mucho, una pequeña inversión de doce millones de dólares, con la que se podían conseguir ciertas cosas. Poco después de las tres había recibido una llamada de Freeport.

No sospechaban que estuviera en Washington. Era una chica inteligente que huía de los problemas, no hacia ellos. Tampoco esperaban que se relacionara con un periodista. No se les había ocurrido, pero ahora parecía perfectamente lógico. Y era sumamente grave.

Quince mil dólares pasaron de la cuenta de la chica a la del periodista y Sneller entró de nuevo en acción. Dos hombres le acompañaban. Otro reactor privado estaba en camino desde Miami. Había pedido una docena de hombres inmediatamente. El trabajo se efectuaría con rapidez, o no se llevaría a cabo. No podían perder ni un segundo.

Sneller no tenía demasiadas esperanzas. Cuando Khamel formaba parte del equipo, todo parecía posible. Había asesinado con toda pulcritud a Rosenberg y Jensen, para luego desaparecer sin dejar rastro. Pero ahora estaba muerto, de un disparo en la nuca, a causa de una inocente estudiante de derecho.

La casa de Morgan estaba en una agradable zona residencial de Alexandria. Sus habitantes eran jóvenes y ricos, con bicicletas y triciclos en todos los jardines.

Había tres coches frente a la casa. Uno con matrícula de Ohio. Gray llamó a la puerta y observó desde la calle. Nada sospechoso.

Un hombre mayor entreabrió la puerta. Su voz era suave.

–Diga.

–Soy Gray Grantham, del Washington Post, y ésta es mi ayudante, Sara Jacobs –dijo Gray, mientras Darby forzaba una sonrisa–. Desearíamos hablar con la señora Morgan.

–Me parece que no se va a poder.

–Se lo ruego. Es muy importante.

–Esperen un momento –dijo después de mirarles atentamente.

Cerró la puerta y desapareció.

La casa tenía un estrecho pórtico de madera, con una pequeña terraza encima del mismo. Estaban a oscuras y se les podía ver desde la calle. Un coche pasó lentamente frente a la casa.

–Soy Tom Kupcheck, su padre –dijo el anciano, después de abrir nuevamente la puerta–. Mi hija no quiere hablar con ustedes.

Gray asintió, como si lo comprendiera.

–Tardaremos menos de cinco minutos. Se lo prometo.

Cerró la puerta y se les acercó.

–Parece usted duro de oído. Acabo de decirle que no quiere hablar.

–Le he oído, señor Kupcheck. Respeto su voluntad y comprendo por lo que ha pasado.

–¿Desde cuándo respetan ustedes la voluntad de alguien?

Evidentemente al señor Kupcheck le costaba poco perder los estribos. Estaba a punto de ocurrir.

Gray conservó la serenidad. Darby se echó atrás. Había estado metida en suficientes altercados por un día.

–Su marido me llamó tres veces antes de morir. Hablé con él por teléfono y no creo que su muerte haya sido accidental.

–Está muerto. Mi hija está afligida. No quiere hablar con ustedes. Y ahora lárguense.

–Señor Kupcheck –dijo Darby con ternura–. Tenemos razones para creer que su yerno fue testigo de ciertas actividades criminales, sumamente organizadas.

Esto le tranquilizó un poco y miró fijamente a Darby.

–¿En serio? Pues ahora no podrán preguntárselo, ¿no le parece? Mi hija no sabe nada. Ha pasado muy mal día y tomado algunos medicamentos. Y ahora márchense.

–¿Podremos verla mañana? –preguntó Darby.

–Lo dudo. Llamen antes por teléfono. Gray le entregó su tarjeta de visita.

–Si decide hablar, que llame al número del reverso. Me hospedo en un hotel. Llamaré mañana alrededor de las doce.

–Hágalo. Pero ahora márchense. Ya la han disgustado bastante.

–Lo siento –dijo Gray cuando ya se marchaban, bajo la atenta mirada del señor Kupcheck desde el umbral de la puerta–Por cierto –agregó, después de volver la cabeza–, ¿ha venido algún otro periodista?

–Un montón al día siguiente del asesinato. Querían conocer toda clase de detalles. Eran unos impertinentes.

–¿Pero ninguno en los últimos días?

–No. Y ahora márchense.

–¿Alguno del New York Times?

Librodot

–No.

Entró y dio un portazo.

Regresaron apresuradamente al coche, aparcado cuatro puertas más allá. No circulaba ningún vehículo por la calle. Gray zigzagueó por las pequeñas calles de la urbanización, hasta abandonar aquella zona residencial, sin dejar de mirar por el retrovisor para convencerse de que no les seguía nadie.

–Éste es el fin de García –dijo Darby, cuando entraron en la carretera trescientos noventa y cinco, en dirección a la ciudad.

–No necesariamente. Volveremos a intentarlo mañana y puede que hable con nosotros.

–Si ella supiera algo, también lo sabría su padre. Y si su padre lo supiera, ¿por qué no cooperaría? No saben nada, Gray.

Era perfectamente lógico. Condujeron en silencio unos minutos. Empezaba a dominarles la fatiga.

–Podemos estar en el aeropuerto en quince minutos –dijo Gray–. Puedo llevarte y dentro de media hora habrás abandonado el país. Puedes subirte a cualquier avión, desaparecer.

–Me iré mañana. Necesito descansar y quiero pensar adónde ir. Gracias.

–¿Te sientes segura?

–En este momento sí. Pero puede cambiar en cualquier momento.

–Estaré encantado de dormir en tu habitación esta noche. Igual que en Nueva York.

–En Nueva York no dormiste en mi habitación, sino en el sofá de la salita –sonrió, lo cual era una buena señal.

–De acuerdo –sonrió también Gray–. Esta noche dormiré en la salita.

–No tengo salita.

–Pues entonces... ¿Dónde dormiré?

De pronto Darby dejó de sonreír. Se mordió el labio y se le llenaron los ojos de lágrimas. Había ido demasiado lejos.

Pensaba nuevamente en Callahan.

–No estoy en condiciones –dijo Darby.

–¿Cuándo lo estarás?

–Por favor, Gray. Déjalo.

Darby contempló el tráfico, sin decir palabra.

–Lo siento –dijo Gray.

Darby se tumbó lentamente sobre el asiento y apoyó la cabeza en sus rodillas. Él le acarició suavemente el hombro y ella le cogió la mano.

–Estoy muerta de miedo –susurró.

TREINTA Y NUEVE

Salió de la habitación de Darby alrededor de las diez, después de una botella de vino y unos huevos empanados. Había llamado a Mason Paypur, corresponsal nocturno de asuntos policíacos del Post, para pedirle que se informara a través de sus contactos acerca del asesinato callejero de Morgan. Había ocurrido en el centro de la ciudad, donde se daba algún atraco violento, pero no asesinatos.

Estaba cansado y desalentado. Y disgustado porque Darby pensaba marcharse al día siguiente. El Post le debía seis semanas de vacaciones y tenía la tentación de irse con ella. Mattiece podía quedarse con su petróleo. Pero temía que nunca volvería, lo cual no sería el fin del

mundo, a no ser por el hecho preocupante de que ella tenía dinero y él no. Podrían tumbarse en la playa y disfrutar del sol durante un par de meses con su dinero, pero luego dependería de ella. Además, lo más importante era que no le había invitado a huir con ella. Estaba afligida. Cuando mencionaba a Thomas Callahan, incluso él sentía su dolor.

Ahora estaba en el hotel Jefferson en la calle Dieciséis, si guiendo evidentemente las instrucciones de Darby. Llamó a Cleve a su casa.

–¿Dónde estás? –preguntó Cleve enojado.

–En un hotel. Sería muy largo de contar. ¿Qué ocurre?

–Han dado a Sarge noventa días de baja, por razones médicas.

–¿Qué le ocurre?

–Nada. Dice que quieren deshacerse de él una temporada. Aquello es como una fortaleza. Se le ha ordenado a todo el mundo que cierre la boca y no hable con nadie. Están muertos de miedo. Han obligado a Sarge a marcharse hoy al mediodía. Cree que tal vez corras mucho peligro. Ha oído tu nombre un millar de veces esta semana. Están obsesionados contigo y lo que puedas saber.

–¿Quiénes?

–Coal, por supuesto, y su ayudante Birchfield. Dirigen el ala oeste como la Gestapo. A veces incluyen a esa pequeña ardilla de pajarita, ¿cómo se llama? ¿El de asuntos interiores?

–Emmitt Waycross. .

–Exactamente. Pero son principalmente Coal y Birchfield los que amenazan y urden la estrategia.

–¿Qué clase de amenazas?

–Nadie en la Casa Blanca, a excepción del presidente, puede hablar con la prensa, oficial o extraoficialmente, sin la autorización de Coal. Incluido el secretario de prensa. Todo pasa por las manos de Coal.

–Es increíble.

–Están aterrorizados. Y Sarge cree que son peligrosos.

–De acuerdo. Estoy escondido.

–Pasé por tu casa anoche. Me gustaría que me lo dijeras cuando desapareces.

–Mañana echaré un vistazo.

–¿Qué coche conduces?

–Un Pontiac alquilado de cuatro puertas. Muy deportivo.

–Esta tarde le he echado una ojeada al Volvo. Está bien.

–Gracias, Cleve.

–¿Estás bien tú?

–Creo que sí. Díselo a Sarge.

–Llámame mañana. Estoy preocupado.

Durmió cuatro horas y despertó cuando sonó el teléfono. Estaba oscuro en la calle y así seguiría durante, por lo menos, un par de horas. Miró el teléfono y lo levantó a la quinta llamada.

–Diga –respondió con desconfianza.

–¿Hablo con Gray Grantham? –preguntó una tímida voz femenina.

–Sí. ¿Quién es usted?

–Beverly Morgan. Usted pasó por mi casa anoche.

Librodot

Gray se puso inmediatamente de pie y empezó a escuchar con atención, completamente despierto.

–Sí. Lamento haberla disgustado.

–No se preocupe. Mi padre es muy protector. E iracundo. Los periodistas fueron muy impertinentes después de la muerte de Curtis. Llamaron de todas partes. Querían antiguas fotografías suyas y nuevas fotos mías y de la niña. Llamaban a todas horas. Fue terrible y mi padre se hartó. Sacó a dos de ellos a empujones.

–Supongo que tuvimos suerte.

–Espero que no les haya ofendido –decía aquella voz vacía y lejana, que intentaba ser fuerte.

–En absoluto.

–Ahora está dormido abajo, en el sofá, de modo que podemos hablar.

–¿Por qué no está usted durmiendo? –preguntó Gray.

–Tomo pastillas para dormir y he perdido la sincronización. Ahora duermo durante el día y circulo de noche.

Era evidente que estaba despierta y deseaba hablar. Gray se sentó en la cama y procuró relajarse.

–No puedo imaginar el disgusto de lo sucedido.

–Se necesitan días para asimilarlo. Al principio el dolor es terrible. Realmente insoportable. No podía mover el cuerpo sin que me doliera. Era incapaz de pensar, debido al espanto y la incredulidad. Asistí como una autómata al funeral, que ahora parece una pesadilla. ¿Le aburro?

–En absoluto.

–Debo dejar de tomar esas pastillas. Duermo tanto, que no llego a hablar con personas adultas. Además, mi padre tiende a mantenerme aislada de la gente. ¿Está usted grabando esta conversación?

–No. Sólo la escucho.

–Hoy hace una semana que fue asesinado. Creí que se había quedado hasta muy tarde en el despacho, lo cual no era inusual. Le dispararon y le robaron la cartera, de modo que la policía no pudo identificarlo. Vi en las noticias de la noche donde habían asesinado a un joven abogado y supe que se trataba de Curtis. No me pregunte cómo sabían que era abogado, sin conocer su nombre. Es extraño, todos los detalles curiosos que rodean un crimen.

–¿Por qué trabajaba tarde?

–Trabajaba ochenta horas semanales, a veces más. En White & Blazevich son unos negreros. Intentan matar a los jóvenes asociados durante siete años y si no lo logran, los convierten en socios. Curtís odiaba aquel lugar. Estaba harto de ser abogado.

–¿Cuánto tiempo estuvo en la empresa?

–Cinco años. Ganaba noventa mil anuales y se aguantaba las molestias.

–¿Sabía usted que me había llamado?

–No. Mi padre lo ha mencionado y he pensado en ello toda la noche. ¿Qué le dijo?

–No se identificó. Utilizó el sobrenombre de García. No me pregunte cómo he averiguado su identidad, tardaría horas en contárselo. Me dijo que tal vez sabía algo relacionado con el asesinato de los jueces Rosenberg y Jensen, y quería contarme lo que sabía.

–Randy García era su mejor amigo en la escuela.

–Me dio la impresión de que había visto algo en la oficina y tal vez alguien de la empresa sabía que lo había visto. Estaba muy nervioso y llamaba siempre desde una cabina telefónica. Creía que le seguían. Habíamos quedado en vernos el sábado de la semana pasada, pero me

llamó por la mañana para anular la cita. Tenía miedo y dijo que debía proteger a su familia. ¿Sabía usted algo de todo esto?

–No. Sabía que estaba muy intranquilo, pero eso ocurría desde hacía cinco años. Nunca hablaba del trabajo en casa. En realidad, detestaba aquel lugar.

–¿Por qué lo detestaba?

–Trabajaba para un puñado de sanguijuelas, un montón de bandidos capaces de ver cómo se desangra alguien por un dólar. Gastan un montón de dinero en su maravillosa fachada de respetabilidad, pero son pura escoria. Curtís fue un estudiante excelente y pudo elegir entre muchos trabajos. Eran unos tipos maravillosos cuando le reclutaron y unos auténticos monstruos a la hora de trabajar con ellos. Muy inmorales.

–¿Por qué permaneció en la empresa?

–Cada vez ganaba más dinero. Estuvo a punto de marcharse hace un año, pero el trabajo que le habían ofrecido no se materializó. Se sentía muy desgraciado, pero procuraba disimularlo. Creo que se sentía culpable de haber cometido un error tan descomunal. Aquí teníamos cierta rutina. Cuando llegaba a casa, le preguntaba cómo le había ido el día en la oficina. A veces esto ocurría a las diez de la noche y, por consiguiente, sabía que había tenido un mal día. Pero siempre respondía que había sido provechoso: ésa era la palabra que utilizaba: provechoso. A continuación hablábamos de nuestra hija. A él no le apetecía hablar del trabajo y yo no quería enterarme.

Vaya con el pobre García. Estaba muerto y no le había contado nada a su mujer.

–¿Quién recogió las cosas de su despacho?

–Alguien de la oficina. Lo trajeron todo el viernes, cuidadosamente empaquetado y precintado en cajas de cartón. Está a su disposición si desea examinarlo.

–No, gracias. Estoy seguro de que ha sido meticulosamente inspeccionado. ¿En cuánto tenía asegurada la vida?

–Es usted muy astuto, señor Grantham –respondió, después de una pausa momentánea–. Hace dos semanas que contrató una póliza de un millón de dólares, con doble indemnización en el caso de muerte accidental.

–Eso son dos millones de dólares.

–Sí señor. Creo que está en lo cierto. Supongo que algo sospechaba.

–Creo que no fueron gamberros los que le asesinaron, señora Morgan.

–No puedo creerlo –dijo con la respiración entrecortada, pero esforzándose para no llorar.

–¿Le ha formulado la policía muchas preguntas?

–No. Lo han tratado como uno de tantos atracos callejeros de Washington, que ha ido un poco más allá. Nada importante. Ocurre todos los días.

La cuestión del seguro era interesante, pero inútil. Gray empezaba a hartarse de la señora Morgan y de su parsimoniosa monotonía. Sentía compasión por ella, pero si no sabía nada, había llegado el momento de despedirse.

–¿Qué cree usted que sabía? –preguntó la señora Morgan.

–No lo sé –respondió Gray, al tiempo que consultaba su reloj y pensaba que aquello podía durar muchas horas–. Dijo que sabía algo acerca de los asesinatos, pero eso fue todo lo que me reveló. Yo estaba convencido de que nos reuniríamos en algún lugar, me contaría todo lo que sabía y me mostraría algo. Estaba equivocado.

–¿Cómo podía saber algo relacionado con la muerte de esos jueces?

–No lo sé. Me llamó inesperadamente.

–Si tenía algo que mostrarle, ¿de qué podía tratarse?

–preguntó la señora Morgan.

Él era el periodista. Las preguntas debería formularlas él.

–No tengo ni idea. No me dio ninguna pista.

–¿Dónde escondería lo que quisiera mostrarle?

La pregunta era sincera, pero irritante. De pronto se dio cuenta de que el interrogatorio no era en vano.

–No lo sé. ¿Dónde guardaba sus documentos importantes?

–Tenemos una caja en el banco para escrituras, testamentos y cosas por el estilo. Siempre he sabido que existía. Él se ocupaba de todos los aspectos legales, señor Grantham. El jueves pasado fui a ver la caja con mi padre y no había nada inusual en la misma.

–¿Esperaba usted que hubiera algo inusual?

–No. Luego, a primera hora del sábado por la mañana, antes del amanecer, me dediqué a repasar los documentos de su escritorio en el dormitorio. Tenemos un antiguo escritorio de persiana, que él utilizaba para su correspondencia y documentos personales, en el que encontré algo un poco inusual.

Gray se había puesto nuevamente de pie, con el teléfono en la mano y la mirada fija en el suelo. La señora Morgan le había llamado a las cuatro de la madrugada, había charlado durante veinte minutos, y había esperado hasta que estaba a punto de colgar el teléfono para soltar la bomba.

–¿De qué se trata? –preguntó Gray, con la mayor serenidad posible.

–De una llave.

–¿Qué tipo de llave? –preguntó, con un nudo en la garganta.

–De otra caja de seguridad.

–¿De qué banco?

–First Columbia. Nunca hemos trabajado con el mismo.

–Comprendo. ¿Y usted no sabía nada acerca de esta segunda caja?

–Desde luego que no. Hasta el sábado por la mañana. Me intrigó, y todavía siento curiosidad, pero como había encontrado todos nuestros documentos en la antigua caja, no tenía ninguna razón para inspeccionarla. Pensé que algún día, sin prisas, iría a verla.

–¿Le parece bien que vaya con usted?

–Supuse que me lo propondría. ¿Y si encuentra lo que anda buscando?

–No sé lo que busco. Pero supongamos que dejó algo, que resulta ser muy importante, digamos, como noticia.

–Utilícelo.

–¿Incondicionalmente?

–Con una condición. Si de algún modo desacredita a mi marido, no podrá utilizarlo.

–Trato hecho. Se lo juro.

–¿Cuándo quiere la llave?

–¿La tiene a mano?

–Sí.

–Vaya a la puerta, llegaré dentro de unos tres segundos.

El reactor privado de Miami había traído sólo a cinco hombres, de modo que Edwin Sneller disponía exclusivamente de siete para llevar a cabo sus planes. Siete hombres, poco tiempo y una carencia casi absoluta de instrumental. No había dormido el lunes por la noche. Sus habitaciones en el hotel eran un pequeño centro de mando, donde habían pasado la noche consultando planos, e intentando planificar las próximas veinticuatro horas. Algunas cosas eran

seguras. Grantham tenía un piso, pero no estaba allí. Tenía un coche que no utilizaba. Trabajaba en el Post y su despacho estaba en la calle Quince. White & Blazevich estaba en un edificio de la calle Diez, cerca de New York, pero la chica no volvería por allí. La viuda de Morgan vivía en Alexandria. Por otra parte, buscaban a dos personas entre tres millones de habitantes.

Sus hombres no eran de los que uno puede sacar de las trincheras y ordenarles que se lancen al campo de batalla. Primero había que encontrarlos, contratarlos y le habían prometido tantos como fueran posibles al final del día.

Sneller no era un novato en el campo del asesinato y aquello era imposible. Desesperante. Se hundía el firmamento. Haría todo lo posible dadas las circunstancias, pero Edwin Sneller estaba con un pie en la calle.

Pensaba en ella. Se había reunido con Khamel en condiciones aceptadas por él, y había huido. Había eludido balas, bombas, y burlado a los mejores profesionales. Le encantaría conocerla, no para matarla, sino para felicitarla. Una novata que andaba suelta y sobrevivía para contarlo.

Se concentrarían en el edificio del Post. Era el lugar al que tendría que regresar.

CUARENTA

El tráfico en el centro de la ciudad era muy denso y Darby estaba encantada. No tenía prisa. El banco abría a las nueve y media y, alrededor de las siete, mientras tomaban café sin probar los panecillos en su habitación, Gray la había convencido de que debía ser ella quien visitara la caja fuerte. A ella no acababa de convencerle la idea, pero debía hacerlo una mujer y no eran tantas las disponibles. Beverly Morgan le había dicho que su banco, el First Hamilton, había congelado su caja fuerte al conocer la noticia de la muerte de Curtis, y sólo le había permitido inspeccionar su contenido y hacer un inventario del mismo. También le habían permitido copiar el testamento, pero el original había quedado en la caja custodiada por el banco. Sólo se liberaría cuando los inspectores de hacienda terminaran su trabajo.

Por consiguiente, la primera pregunta era si el First Columbia estaba al corriente de su muerte. Los Morgan nunca habían trabajado con dicho banco y Beverly no tenía ni idea de la razón que le había impulsado a elegirlo. Era un banco enorme, con millones de clientes, y decidieron que era improbable que lo supieran.

Darby estaba harta de exponerse al juego de las probabilidades. Anoche había desperdiciado una oportunidad maravillosa de coger un avión, y ahora aquí estaba, a punto de suplantar a Beverly Morgan y medir su ingenio con los funcionarios del First Columbia, para robarle a un muerto. ¿Y qué haría entretanto su acompañante? Le protegería. Llevaba consigo su revólver que a ella le daba un miedo de muerte, y también a él, aunque no estaba dispuesto a reconocerlo, y se proponía actuar como guardaespaldas junto a la puerta, mientras ella desvalijaba la caja.

–¿Qué haremos si saben que está muerto y yo les digo que no lo está? –preguntó Darby.

–Le das un bofetón a esa bruja y echas a correr como el diablo. Yo te esperaré junto a la puerta. Voy armado y huiremos disparando.

–En serio, Gray. No sé si soy capaz de hacerlo.

–Lo eres, ¿de acuerdo? Conserva la serenidad. Manténte segura de ti misma. Actúa como una listilla. Compórtate con naturalidad.

–Muchas gracias. ¿Qué ocurrirá si llaman a los agentes de seguridad? De pronto siento fobia de esa gente.

–Yo te rescataré. Irrumpiré en el vestíbulo como un comando.

Librodot

–Acabaremos ambos muertos.

–Tranquilízate, Darby. Todo saldrá bien.

–¿Cómo puedes ser tan optimista?

–Porque puedo olerlo. Hay algo en esa caja, Darby. Y tú tienes que sacarlo. Todo depende de ti.

–Gracias por tranquilizarme.

Estaban en la calle E, cerca de la Nueve. Gray redujo la velocidad, para aparcar ilegalmente en una zona de carga y descarga, a quince metros de la puerta principal del First Columbia. Se apeó. Darby lo hizo más despacio. Caminaron rápidamente hasta la puerta. Eran casi las diez.

–Te esperaré aquí –dijo, al tiempo que señalaba una columna de mármol–. Adelante.

–Adelante –repitió ella para sus adentros, mientras entraba por la puerta giratoria.

Siempre era ella a quien se ofrecía como pasto a los leones. El vestíbulo era amplio como un campo de fútbol, con columnas, candelabros y alfombras persas falsas.

–¿Las cajas de seguridad? –le preguntó a una joven en el mostrador de recepción.

La chica señaló hacia el fondo a la derecha.

–Gracias –respondió Darby mientras empezaba a andar.

Había colas frente a todos los cajeros a su izquierda y, a su derecha, un centenar de vicepresidentes atareados hablaban por teléfono. Era el mayor banco de la ciudad y nadie le prestó atención alguna.

La caja fuerte estaba tras unas enormes puertas de bronce, tan bruñidas que parecían casi de oro, sin duda para dar la impresión de infinita seguridad e invulnerabilidad. Las puertas estaban entreabiertas, para permitir la entrada y salida de unos pocos elegidos.

A la izquierda había una señora de unos sesenta años y aspecto importante, con un letrero sobre su escritorio en el que se leía: «CAJAS DE SEGURIDAD.» Su nombre era Virginia Baskin.

Virginia Baskin miró fijamente a Darby, cuando se acercaba a su escritorio. No sonreía.

–Necesito acceder a una caja –dijo Darby sin respirar.

Hacía dos minutos y medio que se aguantaba la respiración.

–Número, por favor –dijo la señora Baskin, al tiempo que pulsaba su teclado y miraba el monitor.

–Efe. cinco seis seis.

Tecleó el número y esperó a que aparecieran instrucciones en pantalla. Frunció el entrecejo y se acercó a escasos centímetros del monitor. ¡Corre!, pensó Darby. Aumentó su ceño y se rascó la barbilla. Corre antes de que levante el teléfono y llame a los servicios de seguridad. Corre, antes de que empiece a sonar la alarma y el imbécil de mi acompañante entre disparando en el vestíbulo.

La señora Baskin retiró la cabeza del monitor.

–Esta caja fue alquilada hace sólo dos semanas –dijo, hablando casi consigo misma.

–Efectivamente –respondió Darby, como si la hubiera alquilado ella misma.

–Supongo que usted es la señora Morgan –agregó la señora Baskin, mientras escribía en su teclado.

–Sí, Berverly Anne Morgan. Sigue suponiendo, encanto.

–¿Y su dirección?

–Ochocientos noventa y uno, Pembroke, Alexandria. Asintió a la pantalla, como si pudiera verla y darle su conformidad.

–¿Teléfono? –preguntó, mientras pulsaba otras teclas.

–Siete cero tres, seis seis cuatro, cinco nueve ocho cero. A la señora Baskin también le gustó la respuesta, así como al ordenador.

–¿Quién alquiló la caja?

–Mi marido, Curtis D. Morgan.

–¿Y su número de la seguridad social?

Darby abrió tranquilamente su enorme bolso de cuero y sacó el monedero. ¿Cuántas esposas conocen de memoria el número de la seguridad social de su marido? Abrió el monedero.

–Cinco uno cero, nueve seis, ocho seis ocho seis.

–Muy bien –dijo con mucha corrección la señora Baskin, al tiempo que dejaba el teclado para abrir un cajón–. ¿Cuánto tiempo necesita?

–Sólo un minuto.

Colocó una tarjeta blanca sobre una carpeta en el escritorio y la señaló con el dedo.

–Firme aquí, señora Morgan.

Darby, muy nerviosa, firmó en la segunda casilla. El señor Morgan había firmado en la primera, al alquilar la caja.

La señora Baskin examinó la firma, mientras Darby se aguantaba la respiración.

–¿Tiene su llave? –preguntó.

–Por supuesto –respondió Darby con una cálida sonrisa.

La señora Baskin cogió una pequeña caja del cajón y dio la vuelta al escritorio.

–Sígame.

Entraron por la puerta de bronce. En el interior del edificio, cuya construcción recordaba la de un mausoleo y tan grande como una de las agencias del banco en los arrabales, había un laberinto de pasillos y pequeñas salas. Se cruzaron con dos individuos uniformados. Pasaron frente a cuatro salas idénticas, con las paredes cubiertas de hileras de cajas. En la quinta, evidentemente, se encontraba la efe cinco seis seis, porque allí entró la señora Baskin y abrió su pequeña caja negra. Darby miraba intranquila a su alrededor y a su espalda.

Virginia no perdía un segundo. Se dirigió a la caja en cuestión, que estaba a la altura del hombro, introdujo su llave en la misma y miró a Darby con los párpados caídos, como para decirle: «tu turno, imbécil». Darby se sacó la llave del bolsillo y la introdujo junto a la otra. Entonces Virginia hizo girar ambas llaves, dejó la caja entreabierta y retiró la llave del banco.

–Llévesela allí –dijo, mientras le señalaba un cubículo, con una puerta plegable de madera–. Cuando termine devuélvala a su lugar y venga a verme –agregó, cuando abandonaba la sala.

–Gracias –respondió Darby.

Esperó a que Virginia desapareciera, para retirar la caja de la pared. Pesaba poco. La parte frontal medía quince por veinticinco centímetros, y cuarenta y cinco centímetros de profundidad. En su interior había dos artículos: un fino sobre castaño y una cinta de vídeo sin etiqueta.

No necesitó utilizar el cubículo. Guardó el sobre y la cinta en el bolso, devolvió la caja a su lugar y abandonó la sala.

No había llegado Virginia todavía a su escritorio, cuando Darby se le acercó por la espalda.

–He terminado –dijo.

–Caramba, qué rapidez.

Y que lo diga. Todo va muy rápido cuando los nervios están a flor de piel.

Librodot

–He encontrado lo que buscaba –respondió Darby.

–Muy bien –dijo la señora Baskin, ahora con suma amabilidad–. En el periódico de la semana pasada había un artículo horrible sobre un abogado. ¿Lo recuerda? Al que mataron unos gamberros cerca de aquí. ¿No se llamaba también Curtis Morgan? Me parece que sí. Qué pena.

Menuda imbecilidad la de esa mujer.

–No, no lo vi –respondió Darby–. He estado en el extranjero. Gracias.

Ahora, por segunda vez, cruzó el vestíbulo con mayor rapidez. El banco estaba lleno de gente y no había ningún guardia de seguridad a la vista. Pan comido. Ya era hora de que lograra hacer algo, sin que le atraparan.

El pistolero custodiaba la columna de mármol. La puerta giratoria la dejó en la acera y había llegado ya casi al coche, cuando la alcanzó su compañero.

–¡Sube al coche! –ordenó.

–¿Qué has encontrado? –preguntó Gray.

–Larguémonos de aquí.

Abrió la puerta, subieron al coche, arrancó el motor y salieron a toda velocidad.

–Háblame –insistió Gray.

–He vaciado la caja –respondió Darby–. ¿Nos sigue alguien?

Gray miró por el retrovisor.

–¿Cómo quieres que lo sepa? ¿De qué se trata?

Darby abrió el bolso y sacó el sobre. Lo abrió. Gray dio un frenazo y casi chocó contra el coche que tenía delante.

–¡Mira por dónde vas! –exclamó Darby.

–¡De acuerdo! ¡De acuerdo! ¿Qué hay en el sobre?

–¡No lo sé! Todavía no lo he leído y si me matas, nunca lo leeré.

El coche estaba de nuevo en marcha. Gray respiró hondo.

–Mira, dejemos de chillar, ¿de acuerdo? Actuemos con serenidad.

–Sí. Tú conduce y yo actuaré con serenidad.

–De acuerdo. Ahora. ¿Estamos tranquilos?

–Sí. Tú tranquilízate. Y mira por dónde vas. ¿Dónde vamos?

–No lo sé. ¿Qué hay en el sobre?

Sacó algún tipo de documento.

–Mira por dónde vas.

–Limítate a leer este maldito papel.

–Me mareo. No puedo leer con el coche en marcha.

–¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

–Estás chillando otra vez.

Dio un golpe de volante a la derecha y paró en otra zona de aparcamiento prohibido en la calle E. Sonaron varias bocinas cuando frenó y miró fijamente a Darby.

–Gracias –respondió ella y empezó a leer en voz alta.

Se trataba de una declaración jurada de cuatro páginas, meticulosamente mecanografiada, y certificada por un notario. Había sido fechada el viernes, el día anterior a la última llamada a Grantham. Bajo juramento, Curtis Morgan declaraba que trabajaba en la sección de gas y petróleo de White & Blazevich, desde que, se había incorporado a la empresa hacía cinco años. Sus clientes eran empresas privadas de exploración petrolífera de muchos países, pero predo-

minantemente norteamericanas. Desde su incorporación a la empresa, había trabajado para un cliente involucrado en un enorme pleito en el sur de Louisiana. El cliente en cuestión era un individuo llamado Victor Mattiece, y el señor Mattiece, a quien nunca había tenido la oportunidad de conocer, pero que era muy conocido de los socios decanos de White & Blazevich, tenía muchísimo interés en ganar el pleito, para poder extraer millones de barriles de petróleo de las marismas de Terrebonne Parish, en Louisiana. En el mismo lugar había también centenares de millones de metros cúbicos de gas natural. El decano que supervisaba el caso en White & Blazevich era F. Sims Wakefield, íntimo amigo de Victor Mattiece, a quien visitaba a menudo en las Bahamas.

Estaban parados en una zona de aparcamiento prohibido, con el parachoques del Pontiac que invadía peligrosamente el carril derecho de la calzada y sin prestar atención a los coches que se veían obligados a maniobrar para eludirlo. Darby leía lentamente y Gray escuchaba con los ojos cerrados.

El pleito era muy importante para White & Blazevich. El bufete no participaba directamente en el juicio ni en la apelación, pero todo pasaba por las manos de Wakefield. Trabajaba exclusivamente en lo conocido como caso pelícano. Pasaba la mayor parte del tiempo al teléfono, hablando con Mattiece, o con alguno de los muchísimos abogados que trabajaban en el caso. Morgan dedicaba una media de diez horas semanales al caso, pero siempre a aspectos periféricos. Sus minutas iban directamente a Wakefield, lo cual era inusual, porque las demás pasaban al encargado de cuentas de gas y petróleo, que las mandaba al departamento de contabilidad. A lo largo de los años había oído rumores, en su opinión dignos de crédito, según los cuales Mattiece no pagaba a White & Blazevich por horas como era habitual. Estaba convencido de que el bufete había aceptado el caso, a cambio de un porcentaje de la extracción. Había oído mencionar la cifra del diez por ciento, de los beneficios netos de los pozos. Esto era algo inaudito en la industria petrolífera.

Se oyó un fuerte frenazo y se prepararon para el impacto, que no se produjo por los pelos.

–Aquí van a matarnos –exclamó Darby.

Gray puso el coche en marcha, giró el volante a la derecha y subió el vehículo a la acera. Ahora ya no molestaban al tráfico. El coche estaba aparcado en zona prohibida, con el parachoques delantero en plena acera y el trasero a escaso centímetros de la calzada.

–Sigue leyendo –insistió Gray.

El día veintiocho de setiembre aproximadamente, Morgan había estado en el despacho de Wakefield. Entró con dos sumarios y un montón de documentos, ajenos al caso pelícano. Wakefield hablaba por teléfono. Como de costumbre, las secretarias entraban y salían. Había siempre ajetreo en el despacho. Esperó unos minutos a que Wakefield acabara de hablar por teléfono, pero la conversación se prolongaba.

–Por último, después de esperar quince minutos, Morgan cogió los sumarios y demás documentos que había dejado sobre el escritorio de Wakefield, y se marchó. Regresó a su despacho, al otro extremo del edificio, y se puso a trabajar en su escritorio. Eran aproximadamente las dos de la tarde. Al ir a coger un sumario, encontró una nota escrita a mano, debajo de los documentos que acababa de recoger, traída inadvertidamente del escritorio de Wakefield. Se puso inmediatamente en pie, con la intención de devolverla. Entonces la leyó. Y la leyó de nuevo. Miró el teléfono. La línea de Wakefield seguía ocupada. Había una copia de dicha nota, junto a la declaración jurada.

–Lee la nota –exclamó Gray.

–No he acabado con la declaración jurada –replicó Darby.

De nada serviría discutir con ella. Era la mente jurídica, se trataba de un documento jurídico y lo leería exactamente como se le antojara.

La nota le había dejado atónito. Inmediatamente se sintió aterrorizado. Salió de su despacho, acudió a la fotocopiadora más cercana y sacó una copia. Regresó a su despacho y devolvió la nota a su posición inicial. Juraría no haberla visto.

La nota constaba de dos párrafos escritos a mano, en papel timbrado de White & Blazevich para aso interno. Era de M. Velmano, es decir Marty Velmano, socio decano del bufete. Fechada el veintiocho de setiembre, dirigida a Wakefield, y decía así: «Sims: comuníquele al cliente que la investigación ha terminado y que el tribunal será mucho más suave si se retira a Rosenberg. El segundo retiro es un poco inusual. Einstein ha encontrado un vínculo precisamente con Jensen. Ese muchacho, evidentemente, tiene otros problemas.

»Comuníquele también que el asunto pelícano debería llegar aquí dentro de cuatro años, teniendo en cuenta otros factores. »

No llevaba firma.

Gray se reía y fruncía el entrecejo simultáneamente. Tenía la boca abierta. Darby leía ahora con mayor rapidez.

Marty Velmano era un buitre despiadado, que trabajaba dieciocho horas diarias, y se sentía inútil si no tenía a alguien cerca de él que se desangrara. Era el alma y corazón de White & Blazevich. Para los poderosos de Washington, era un operador duro cargado de dinero. Almorzaba con congresistas y jugaba al golf con los miembros del gabinete. Hacía el trabajo sucio tras la puerta cerrada de su despacho.

Einstein era el apodo de Nathaniel Jones, un demencial genio jurídico, al que tenían encerrado en su propia biblioteca del sexto piso. Leía todos los casos fallados por el Tribunal Supremo, los once tribunales de apelación y los tribunales supremos de los cincuenta estados. Morgan no había visto nunca a Einstein. Los encuentros eran inusuales en la empresa.

Después de fotocopiar la nota, dobló la copia y la guardó en un cajón de su escritorio. Al cabo de diez minutos, Wakefield irrumpió en su despacho, muy pálido y trastornado. Buscaron sobre el escritorio de Morgan y encontraron la nota. Wakefield estaba furioso, lo cual no era inusual. Le preguntó a Morgan si la había leído. Insistió en que no lo había hecho. Evidentemente la había cogido por error, al salir de su despacho. ¿Qué importancia tenía? Wakefield estaba furioso. Sermoneó a Morgan sobre el respeto que se debe observar por los escritorios de los demás. Actuaba como un idiota, chillando y gesticulando en el despacho de Morgan. Por último se percató de que su reacción era desmesurada, e intentó calmarse; demasiado tarde para evitar el impacto causado. Se retiró con la nota.

Morgan escondió la fotocopia en un libro de la biblioteca del noveno piso. La paranoia e histeria de Wakefield le habían dejado atónito. Antes de abandonar su despacho, ordenó cuidadosamente los artículos de su escritorio y estanterías. Al día siguiente comprobó que alguien los había tocado durante la noche.

Morgan empezó a ser muy cauteloso. Dos días después encontró un pequeño destornillador, detrás de un libro en su escritorio. Más adelante vio un poco de cinta aislante en el cubo de la basura. Supuso que habían instalado micrófonos en su despacho, e intervenido sus teléfonos. Descubrió que Wakefield le miraba de un modo extraño. Vio a Velmano en el despacho de Wakefield con mayor frecuencia que antes.

Entonces los jueces Rosenberg y Jensen fueron asesinados. No le cabía ninguna duda de que era obra de Mattiece y sus colaboradores. La nota no mencionaba a Mattiece, pero se refería a un «cliente». Wakefield tenía un solo cliente. Además, ningún cliente se beneficiaria tanto de un nuevo tribunal como Mattiece.

El último párrafo de la declaración jurada era aterrador. En dos ocasiones después de los asesinatos, Morgan comprobó que le seguían. Le retiraron del caso pelícano. Le dieron más trabajo, más horas y más exigencias. Temía que le mataran. Si eran capaces de asesinar a dos jueces del Tribunal Supremo, no les importaría deshacerse de un joven abogado sin importancia.

Lo firmó bajo juramento ante Emily Stanford, notario público. La dirección de la señora Stanford figuraba bajo su firma.

–No te muevas, ahora vuelvo –exclamó Gray después de abrir la puerta del coche y apearse.

Sorteó los coches de la calle E. Había una cabina telefónica, junto a una panadería. Marcó el número de Smith Keen y observó su coche alquilado, aparcado precariamente al otro lado de la calle.

–Smith, soy Gray, Escúcheme atentamente y haga lo que le digo. Tengo otra fuente acerca del informe pelícano. Es descomunal, Smith, y necesito que usted y Krauthammer se reúnan conmigo en el despacho de Feldman, dentro de quince minutos.

–¿De qué se trata?

–García dejó un mensaje de despedida. Nos queda una sola cosa por hacer y venimos.

–¿En plural? ¿Viene también la chica?

–Sí. Asegúrese de que haya un televisor y un magnetoscopio en la sala de conferencias. Creo que García quiere hablarnos.

–¿Ha dejado una cinta?

–Sí. Dentro de quince minutos.

–¿Corren peligro?

–Creo que no. Sólo estoy muy nervioso, Smith. Colgó y regresó al coche.

La señora Stanford era propietaria de un servicio de información judicial en Vermont. Estaba sacando el polvo de las estanterías, cuando llegaron Gray y Darby. Tenían prisa.

–¿Es usted Emily Stanford? –preguntó Gray.

–Sí. ¿Por qué?

Gray le mostró la última página de la declaración jurada.

–¿Ha certificado usted este documento?

–¿Quién es usted?

–Soy Gray Grantham, del Washington Post. ¿Es ésta su firma?

–Sí. Yo lo he certificado.

Darby le entregó la fotografía de García, ahora Morgan, en la acera.

–¿Es éste el hombre que firmó la declaración? –preguntó.

–Sí. Éste es Curtis Morgan. Sí. Es él.

–Gracias –dijo Gray.

–Está muerto, ¿no es cierto? –preguntó la señora Stanford–. Lo leí en el periódico.

–Sí. Está muerto –respondió Gray–. ¿Tuvo usted oportunidad de leer esta declaración?

–Claro que no. Yo sólo presencié su firma. Pero supe que había algún problema.

–Gracias, señora Stanford.

Salieron tan rápido como habían llegado.

El hombre delgado ocultaba su despejada frente bajo un harapiento sombrero de fieltro. Sus pantalones eran trapos y llevaba los zapatos destrozados, sentado en una viejísima silla de ruedas frente al edificio del Post, con un cartel que le proclamaba «HAMBRIENTO Y SIN CASA». Movía la cabeza de hombro a hombro, como si su cuello hubiera colapsado de hambre. Un cuenco de cartón, con unos pocos dólares y algunas monedas, descansaba sobre sus rodillas, pero se trataba de su propio dinero. Tal vez le iría mejor el negocio, si fuera ciego.

Daba lástima, sentado ahí como un vegetal, con la cabeza dando tumbos de un lado para otro, y con sus gafas de Kermit, corresponsal de Barrio Sésamo. Observaba todo lo que ocurría en la calle.

Vio un coche que doblaba la esquina a toda velocidad y aparcaba en zona prohibida. Un hombre y una mujer saltaron del vehículo y corrieron hacia él. Tenía una pistola bajo la harapienta manta, pero se movían con excesiva rapidez. Además, había demasiada gente en la acera. Entraron en el edificio del Post.

Esperó un momento y empezó a alejarse en su silla de ruedas.

CUARENTA Y UNO

Smith Keen paseaba nervioso frente a la puerta del despacho de Feldman, mientras la secretaria vigilaba. Les vio llegar sorteando apresuradamente los escritorios de la redacción. Gray la llevaba de la mano. Era decididamente atractiva, pero eso lo apreciarían más adelante. Jadeaban.

–Smith Keen, le presento a Darby Shaw –dijo Gray entre suspiros.

Se dieron la mano.

–Hola –dijo Darby, mientras miraba a su alrededor.

–Encantado, Darby. Por lo que he oído decir, es usted una mujer extraordinaria.

–Exactamente –agregó Gray–. Después tendremos tiempo para charlar.

–Síganme –dijo Keen, al tiempo que se ponían de nuevo en marcha–. Feldman quiere que nos reunamos en la sala de conferencias.

Cruzaron la abigarrada sala de redacción y entraron en una elegante sala, con una larga mesa en el centro de la misma.

Estaba llena de hombres charlando, que guardaron inmediatamente silencio cuando ella entró. Feldman cerró la puerta y le tendió la mano.

–Soy Jackson Feldman, redactor ejecutivo –dijo–. Usted debe de ser Darby.

–¿Quién si no? –exclamó Gray, con la respiración todavía entrecortada.

Feldman le ignoró, miró a su alrededor y señaló a los presentes.

–Éste es Howard Krauthammer, director de redacción; Ernie DeBasio, subdirector de redacción, asuntos extranjeros; Elliot Cohen, subdirector de redacción, nacional; y Vince Litsky, nuestro abogado.

Darby asintió educadamente y olvidó todos los nombres después de oírlos. Todos tenían por lo menos cincuenta años, iban en mangas de camisa y parecían profundamente preocupados. Se respiraba la tensión en el ambiente.

–Dame la cinta –dijo Gray.

Darby la sacó del bolso y se la entregó. El televisor y el magnetoscopio estaban en unas estanterías móviles, al fondo de la sala. Gray introdujo la cinta en el magnetoscopio.

–Hemos conseguido esta cinta hace veinte minutos, de modo que no hemos tenido tiempo de verla todavía.

Darby se sentó en una silla junto a la pared. Los presentes se acercaron al televisor, a la espera de que apareciera la imagen.

Sobre la, pantalla en blanco apareció una fecha: doce de octubre. A continuación apareció Curtis Morgan, sentado junto a una mesa de cocina. Tenía un interruptor en la mano, evidentemente para operar la cámara.

«Me llamo Curtis Morgan y, puesto que están viendo esto, probablemente estoy muerto. »

Vaya forma de empezar. Los presentes hicieron una mueca y se acercaron a la pantalla.

«Hoy estamos a doce de octubre y estoy grabando esto en mi casa. Estoy solo. Mi esposa ha ido al médico. Yo debería estar en el despacho, pero he llamado para decir que estaba enfermo. Mi esposa no sabe nada de todo esto. No se lo he contado a nadie. Puesto que están viendo esta cinta, también han visto esto –dijo, al tiempo que mostraba a la cámara la declaración jurada–. Se trata de una declaración jurada que he firmado y que tengo el propósito de dejar, junto con esta cinta, probablemente en una caja de seguridad de algún banco del centro de la ciudad. Leeré la declaración jurada y comentaré algunos puntos.»

–Tenemos la declaración jurada –dijo rápidamente Gray, apoyado contra la pared, junto a Darby.

Nadie le miró. Estaban todos pendientes de la pantalla. Morgan leyó lentamente la declaración jurada. Su mirada subía y bajaba repetidamente, entre el objetivo y el documento.

Tardó diez minutos. Cada vez que oía la palabra «pelícano», Darby cerraba los ojos y movía lentamente la cabeza. En eso se resumía todo. Era una pesadilla. Procuraba prestar atención.

Cuando Morgan acabó de leer la declaración jurada, dejó el documento sobre la mesa y consultó unas notas. Estaba cómodo y relajado. Era un joven apuesto, que aparentaba menos de veintinueve años. Estaba en su casa y, por consiguiente, no llevaba corbata. Sólo camisa blanca almidonada. White & Blazevich no era el lugar ideal donde trabajar, decía, pero la mayoría de sus cuatrocientos abogados eran honrados y probablemente no sabían nada acerca de Mattiece. A decir verdad, dudaba de que muchos de ellos, a excepción de Wakefield, Velmano y Einstein, formaran parte de la conspiración. Había un socio llamado Jarreld Schwabe, que era lo suficientemente siniestro para estar involucrado, pero Morgan no tenía prueba de ello. (Darby le recordaba perfectamente.) Una ex secretaria había abandonado inesperadamente la empresa, unos días después de los asesinatos. Su nombre era Miriam LaRue, y había trabajado en la sección de gas y petróleo dieciocho años. Puede que supiera algo. Vivía en Falls Church. Otra secretaria, cuyo nombre no estaba dispuesto a revelar, le había dicho que había oído una conversación entre Wakefield y Velmano, en la que discutían si él, Morgan, era digno de confianza. Pero sólo había oído fragmentos de lo que decían. Empezaron a tratarle de otro modo, después de que la nota apareciera en su escritorio. Especialmente Schwabe y Wakefield. Era como si pretendieran acorralarlo contra la pared y amenazarlo de muerte si mencionaba la nota, pero no podían hacerlo porque no estaban seguros de que la hubiera visto. Y si habían conspirado para asesinar a Rosenberg y Jensen. Santo cielo, él no era más que un joven abogado. Podían reemplazarle en pocos segundos.

Litsky, el abogado, movía la cabeza con incredulidad. El embeleso empezaba a desaparecer y comenzaron a moverse en sus asientos.

Morgan iba y venía del despacho en coche, y en dos ocasiones le habían seguido. En una ocasión durante el almuerzo, vio a un individuo que le vigilaba. Habló un poco del tema y empezó a divagar. Era evidente que ya había revelado todo lo importante. Gray le entregó la declaración jurada y la nota a Feldman, quien a su vez las pasó a Krauthammer después de leerlas, y así sucesivamente.

Morgan concluyó con una escalofriante despedida:

–No sé quién verá esta cinta. Entonces estaré muerto, de modo que supongo que no importa. Espero que la utilicen para atrapar a Mattiece y a los granujas que tiene como abogados. Pero si son los granujas los que ven esta cinta, pueden irse todos al infierno.

Gray paró la cinta. Se frotó las manos y miró a los presentes.

–Bien, caballeros, ¿les hemos traído suficientes pruebas, o quieren más?

–Conozco a esos individuos –declaró Litsky aturdido. El año pasado jugué al tenis con Wakefield.

–¿Cómo encontró a Morgan? –preguntó Feldman, que se había puesto de pie y caminaba por la sala.

–Es una larga historia –respondió Gray.

–Déme una versión resumida.

–Encontramos a un estudiante de derecho de Georgetown, que el verano pasado había trabajado como pasante en White & Blazevich. Él identificó la fotografía de Morgan.

–¿Cómo consiguió la fotografía? –preguntó Litsky.

–No me lo pregunte. No forma parte de la historia.

–Creo que debemos publicarlo –declaró Krauthammer.

–Publiquémoslo –agregó Elliot Cohen.

–¿Cómo descubrió que estaba muerto? –preguntó Feldman.

–Darby fue a White & Blazevich ayer. Ellos le dieron la noticia.

–¿Dónde estaban el vídeo y la declaración jurada?

–En una caja de seguridad del First Columbia. La esposa de Morgan me ha entregado la llave a las cinco de esta madrugada. No he hecho nada indebido. El informe pelícano ha sido plenamente comprobado por una fuente independiente.

–Publiquémoslo –dijo Ernie DeBasio–. Publiquémoslo con los mayores titulares, desde «NIXON DIMITE».

Feldman se detuvo cerca de Smith Keen. Los compañeros se observaron atentamente.

–Publiquémoslo –dijo Keen.

–¿Vine? –le preguntó Feldman al abogado.

–Legalmente no hay nada que objetar. Pero me gustaría ver el artículo cuando esté escrito.

–¿Cuánto tardará en escribirlo? –preguntó el redactor, dirigiéndose a Gray.

–Lo que hace referencia al informe ya está esbozado. Puedo terminarlo en un par de horas. Denme dos horas para Morgan. Tres a lo sumo.

Feldman no había sonreído desde que había estrechado la mano de Darby. Se dirigió al otro lado de la sala, para acercarse a Gray.

–¿Y si la cinta fuera falsa?

–¿Falsa? Hablamos de cadáveres, Jackson. He visto a la viuda. Es una viuda verdadera. Este periódico publicó la noticia de su muerte. Está muerto. Incluso su bufete confirma su muerte. Y éste es él, en la cinta, hablando de muerte. Sé que es él. Y hemos hablado con el notario que certificó su firma en la declaración jurada. Le ha identificado –decía Gray, levantando la voz–. Todo lo que dice confirma el informe pelícano. Todo. Mattiece, el pleito, los asesinatos. Además tenemos a Darby, autora del informe. Y más cadáveres. Y la han perseguido por todo el país. Lo tenemos todo, Jackson. La historia está completa.

–Es más que una historia –sonrió finalmente Feldman–. Termine de escribirla antes de las dos. Ahora son las once. Utilice la sala de conferencias y cierre la puerta –agregó, mientras paseaba de nuevo–. Nos reuniremos aquí exactamente a las dos y leeremos el borrador. Ni una palabra a nadie.

Los presentes se pusieron de pie y salieron de la estancia, pero no sin antes estrechar la mano de Darby Shaw. No estaban seguros de si debían felicitarla o darle las gracias, y se limitaron a sonreírle. Ella permaneció sentada.

Cuando todos se hubieron marchado, Gray se sentó junto a ella y se cogieron de la mano. Tenían ante sí la mesa despejada de conferencias. Las sillas estaban perfectamente ordenadas a su alrededor. Las paredes eran blancas y la sala estaba iluminada por luces fluorescentes y dos estrechas ventanas.

–¿Cómo te sientes? –preguntó Gray.

–No lo sé. Supongo que éste es el fin de la epopeya. Lo hemos logrado.

–No pareces muy contenta.

–He tenido meses mejores. Me alegro por ti.

Gray la miró.

–¿Por qué te alegras por mí?

–Tú has atado los cabos sueltos y se publicará mañana.

Tiene todo lo necesario para ser un Pulitzer.

–No se me había ocurrido.

–Mentiroso.

–De acuerdo, puede que lo haya pensado una vez. Pero cuando saliste ayer del ascensor y me dijiste que García estaba muerto, dejé de pensar en el Pulitzer.

–No es justo. Yo hago todo el trabajo. Utilizamos mi cerebro, mi belleza y mis piernas, y tú eres quien se lleva la fama.

–Me encantará utilizar tu nombre. Te reconoceré como autora del informe. Publicaremos tu fotografía en primera plana, junto a las de Rosenberg, Jensen, Mattiece y el presidente, Verheek y...

–¿Thomas? ¿Publicaréis también su fotografía?

–Depende de Feldman. En este caso él tiene la última palabra.

Darby reflexionó, pero no dijo nada.

–Bien, señorita Shaw, dispongo de tres horas para escribir la historia más importante de mi vida. Una historia que conmocionará al mundo. Una historia que podría derrocar al presidente. Una historia que resolverá los asesinatos. Una historia que me hará rico y famoso.

–Será mejor que dejes que yo la escriba.

–¿Lo harías? Estoy cansado.

–Trae tus notas. Y un poco de café.

Cerraron la puerta y despejaron la mesa. Un ayudante de la redacción trajo un PC, con una impresora. Le mandaron por una cafetera. Y luego por fruta. Diagramaron la historia por secciones, empezando por los asesinatos, luego el caso pelícano en el sur de Louisiana, a continuación Mattiece y su vínculo con el presidente, seguido del informe pelícano y todos los trastornos que había causado, Callahan, Verheek, acto seguido Curtis Morgan y sus agresores, White & Blazevich y Wakefield, Velmano y Einstein. Darby prefería escribir a mano. Resumió el pleito, el informe y lo conocido acerca de Mattiece. Gray se ocupó de lo demás y escribió borradores a máquina.

Darby era un modelo de organización, con notas cuidadosamente ordenadas sobre la mesa y palabras meticulosamente escritas sobre papel. Él era un torbellino desordenado: papeles en el suelo, charlas con el ordenador, y párrafos descartados apenas acababan de ser impresos. Ella no dejaba de pedirle que guardara silencio. Esto no es la biblioteca de una facultad de Derecho, respondió Gray. Sino un periódico. Aquí se trabaja con un teléfono en cada oreja y alguien dando voces.

A las doce y media, Smith Keen les mandó algo de comer. Darby comió un bocadillo frío y contempló el tráfico de la calle. Gray examinaba informes electorales.

Darby le vio. Estaba apoyado contra un edificio al otro lado de la calle Quince, y no habría tenido nada de sospechoso, a no ser porque una hora antes estaba apoyado junto al hotel Madison. Tomaba algo en un gran vaso de plástico y vigilaba la entrada principal del Post. Llevaba una gorra negra, chaqueta de lona y tejanos. Tenía menos de treinta años. Y

permanecía ahí inmóvil, vigilando. Darby mordisqueó su bocadillo y le observó durante diez minutos. Tomaba sorbos de su taza, pero no se movía.

–Gray, ven aquí, por favor.

–¿Qué ocurre? –preguntó después de acercarse.

Darby señaló al individuo de la gorra negra.

–Obsérvale atentamente –dijo Darby–. Dime lo que está haciendo.

–Bebe algo, probablemente café. Está apoyado contra la pared y observa este edificio.

–¿Qué lleva puesto?

–Lona azul de pies a cabeza y una gorra negra. Parece que lleva botas. ¿Qué tiene de particular?

–Hace una hora le vi allí, junto al hotel. Estaba más o me nos oculto tras esa furgoneta del servicio telefónico, pero sé que era él. Ahora ha cambiado de posición.

–¿Y bien?

–Desde hace por lo menos una hora está ahí sin hacer nada, aparte de vigilar este edificio.

Gray asintió. Aquél no era el momento para elucubraciones. El tipo parecía sospechoso y Darby estaba preocupada. Hacía ahora dos semanas que la seguían, desde Nueva Orleans a Nueva York, ahora tal vez en Washington, y conocía el tema mucho mejor que él.

–¿Qué me estás diciendo, Darby?

–Dame una buena razón por la que ese individuo, que evidentemente no es un pordiosero, se comporta de ese modo.

El individuo en cuestión consultó su reloj y se alejó por la acera. Darby consultó su reloj.

–Es la una en punto –dijo–. Vigilemos cada quince minutos, ¿de acuerdo?

–De acuerdo. Dudo que sea algo importante –dijo, procurando tranquilizarla, sin lograrlo.

Darby se sentó junto a la mesa y examinó las notas. Gray la observó antes de concentrarse de nuevo en el ordenador. Después de escribir afanosamente durante quince minutos, volvió a la ventana. Darby le observaba atentamente.

–No le veo –dijo.

Pero le vio a la una y media.

–Darby –exclamó, al tiempo que señalaba el lugar donde ella le había visto por primera vez Darby miró por la ventana y fijó lentamente la mirada en el individuo de gorra negra. Ahora llevaba una chaqueta verde oscuro y no estaba de cara al Post. Se contemplaba las botas y, cada diez segundos más o menos, echaba una ojeada a la puerta principal. Esto le convertía todavía en más sospechoso, pero estaba parcialmente oculto tras una camioneta de reparto. La taza de plástico había desaparecido. Encendió un cigarrillo. Echó una mirada al Post y luego contempló la acera.

–¿Por qué tengo un nudo en el estómago? –preguntó Darby.

–¿Cómo pueden haberte seguido? Es imposible.

–Sabían que estaba en Nueva York. Eso también parecía imposible en aquellos momentos.

–Puede que me sigan a mí. Me han advertido que me vigilaban. Eso debe ser lo que hace ese individuo. ¿Cómo podría saber que estás tú aquí? El individuo me sigue a mí.

–Tal vez –respondió lentamente Darby.

–¿Le has visto antes?

–No suelen presentarse.

–Escúchame. Disponemos de treinta minutos, antes de que lleguen con sus dagas a descuartizar nuestra historia. Acabemos de escribirla y luego vigilaremos a ese individuo.

Regresaron a su trabajo. A las dos menos cuarto, Gray se acercó de nuevo a la ventana y el individuo había desaparecido. De la impresora salía el primer borrador y ella lo corregía.

Los redactores leyeron lápiz en mano. Litsky, el abogado, leía por puro placer. Parecía disfrutar más que los demás.

Era un artículo muy largo y Feldman se ocupaba de amputarlo como un cirujano. Smith Keen escribía notas al margen. A Krauthammer le gustaba lo que veía.

Leían atentamente y en silencio. Gray volvió a corregirlo. Darby miraba por la ventana. El individuo había regresado, ahora con una chaqueta azul y tejanos. Estaba nublado, con una temperatura de unos dieciséis grados, y tenía una taza en la mano. La acariciaba para ahuyentar el frío. Tomó un sorbo, miró hacia el Post, de nuevo a la calle y luego a la taza. Ahora estaba frente a otro edificio y, a las dos y cuarto en punto, empezó a mirar hacia el norte por la calle Quince.

Paró un coche junto a él. Se abrió la puerta posterior y ahí estaba. El coche se alejó y miró a su alrededor. Con una ligera renquera, Tocón se acercó al individuo de la gorra negra. Hablaron unos segundos, luego Tocón se dirigió hacia la intersección de las calles L y Quince, y el individuo permaneció en el mismo lugar.

Darby miró a su alrededor. Estaban todos sumergidos en la historia. Tocón había desaparecido, de modo que no podía mostrárselo a Gray, que leía y sonreía. No, no vigilaban al periodista. Querían apresar a la chica.

Y debían estar desesperados. Estaban en la calle a la espera de que ocurriera algún milagro, la chica saliera de algún modo del edificio y pudieran deshacerse de ella. Estaban asustados. Ella estaba dentro del edificio, contando todo lo que sabía y distribuyendo copias del maldito informe. Mañana por la mañana el juego habría acabado. De algún modo tenían que detenerla. Habían recibido órdenes.

Estaba en una habitación llena de hombres y, de pronto, dejó de sentirse segura.

Feldman fue el último en terminar y le entregó su copia a Gray.

–Pocas modificaciones. Debería estar listo dentro de aproximadamente una hora. Hablemos de llamadas telefónicas.

–Creo que sólo tres –dijo Gray–. La Casa Blanca, el FBI y White & Blazevich.

–Sólo menciona a Sims Wakefield del bufete. ¿Por qué?

–preguntó Krauthammer.

–Morgan habla de él más que de los demás.

–Pero la nota es de Velmano. Creo que habría que mencionarlo.

–Estoy de acuerdo –dijo Smith Keen.

–Yo también –agregó DeBasio.

–He introducido su nombre –dijo Feldman–. Más adelante nos ocuparemos de Einstein. Espere a las cuatro y media o las cinco antes de llamar a la Casa Blanca y a White & Blazevich. Si lo hace antes, puede que se suban por las paredes y acudan al juzgado.

–Estoy de acuerdo –dijo Litsky, el abogado–. No pueden impedir que lo publiquemos, pero podrían intentarlo. Yo esperaría hasta las cinco para llamarles.

–De acuerdo –respondió Gray–. Lo habré redactado de nuevo a las tres y media. Luego llamaré al FBI, por si tienen algo que decir. A continuación a la Casa Blanca y por último a White & Blazevich.

–Nos reuniremos aquí de nuevo a las tres y media –dijo Feldman casi desde la puerta–. No se alejen de sus teléfonos.

Cuando la sala quedó de nuevo vacía, Darby cerró la puerta y señaló la ventana.

–¿Te he mencionado a Tocón?

–No me lo digas.

Observaron la calle.

–Eso me temo. Habló con nuestro amigo y desapareció. Sé que era él..

–Supongo que quedo eliminado.

–Eso creo. Quiero largarme de aquí.

–Algo se nos ocurrirá. Avisaré al servicio de seguridad. ¿Quieres que hable con Feldman?

–No. Todavía no.

–Conozco a algunos policías.

–Maravilloso. Y crees que podrán venir y pegarle una paliza a ese individuo.

–Los policías que yo conozco sí.

–No pueden meterse con esa gente. ¿Qué hacen de malo?

–Sólo piensan en asesinar a alguien.

–¿Estamos a salvo en este edificio?

–Deja que hable con Feldman –respondió Gray, después de reflexionar unos instantes–. Pondrán dos guardias de seguridad en la puerta.

–De acuerdo.

Feldman dio el visto bueno al segundo borrador a las tres y media, y concedió permiso a Gray para que llamara al FBI. Se trajeron cuatro teléfonos a las salas de conferencias y conectaron un magnetófono. Feldman, Smith Keen y Krauthammer escuchaban por los teléfonos supletorios.

Gray llamó a Phil Norvell, buen amigo y a veces contacto en el FBI, si tal cosa existía. Norvell tenía su propia línea.

–Phil, soy Gray Grantham, del Post.

–Creo que sé quien eres, Gray.

–Estoy grabando la conversación.

–Debe de ser grave. ¿De qué se trata?

–Vamos a publicar un artículo por la mañana, en el que se detalla una conspiración en los asesinatos de Rosenberg y Jensen. Mencionamos a Victor Mattiece, un especulador petrolífero, y a dos de sus abogados aquí en la capital. También mencionamos a Verheek, evidentemente no como conspirador. Creemos que el FBI tenía conocimiento de Mattiece en los primeros momentos, pero se negó a investigar a instancias de la Casa Blanca. Deseamos brindaros la oportunidad de hacer algún comentario.

El silencio era absoluto al otro extremo de la línea.

–¿Phil, estás ahí?

–Sí. Creo que sí.

–¿Algún comentario?

–Seguro que tendremos algo que decir, pero tendré que llamarte luego.

–No tardaremos en empezar a imprimir, de modo que debes darte prisa.

–Bueno, Gray, esto es como una puñalada por la espalda.

¿Podéis esperar un día?

–De ningún modo.

–De acuerdo –dijo Norvell, después de una pausa–. Déjame hablar con el señor Voyles y te volveré a llamar.

–Esperamos tu llamada –respondió Gray, antes de pulsar un botón para cerrar la línea.

Keen paró el magnetófono.

Al cabo de ocho minutos, el propio Voyles estaba al teléfono. Insistió en hablar con Jackson Feldman. El magnetófono estaba de nuevo en funcionamiento.

–¿Señor Voyles? –dijo calurosamente Feldman.

Se habían visto muchas veces y, por consiguiente, el «señor» era innecesario.

–Llámame Denton, maldita sea. Dime, Jackson, ¿qué ha descubierto tu muchacho? Esto es una locura. Os estáis arrojando a un precipicio. Nosotros hemos investigado a Mattiece, todavía le investigamos, y es demasiado pronto para actuar. Dime, ¿con qué pruebas cuenta tu muchacho?

–¿Te suena el nombre de Darby Shaw? –dijo Feldman con una sonrisa a Darby, que estaba de pie junto a la pared, mientras formulaba la pregunta.

–Sí –se limitó a responder, después de una pausa.

–Mi muchacho tiene el informe pelícano, Denton, y en estos momentos Darby Shaw está junto a mí.

–Temía que estuviera muerta.

–No. Está muy viva. Ella y Grantham han confirmado a través de otra fuente los hechos descritos en el informe. Es una historia monumental, Denton.

Voyles emitió un profundo suspiro y arrojó la toalla.

–Investigamos a Mattiece como sospechoso –dijo.

–El magnetófono está grabando, Denton, ten cuidado.

–Tenemos que hablar. Me refiero cara a cara. Tengo cosas muy importantes que contarte.

–Me encantará que vengas a mi despacho.

–De acuerdo. Estaré ahí dentro de veinte minutos.

A los redactores les divirtió muchísimo la idea de que el gran F. Denton Voyles cogiera su limusina para acudir a toda prisa al Post. Hacía muchos años que le observaban y sabían que era un maestro en el arte de nadar y guardar la ropa. Odiaba la prensa, y el hecho de que estuviera dispuesto a hablar en su campo y bajo sus condiciones sólo podía justificar una cosa: se proponía inculpar a otras personas. Y el objetivo más probable era la Casa Blanca.

Darby no sentía deseo alguno de conocerle. En lo que pensaba era en huir. Podía mostrarle al individuo de la gorra negra, pero ahora hacía treinta minutos que había desaparecido. Además, ¿qué podía hacer el FBI? Primero tendrían que encontrarle, ¿y luego qué? ¿Acusarle de vagabundear y de planificar una emboscada? ¿Torturarle y obligarle a hablar? Con toda probabilidad, no la creerían.

No sentía deseo alguno de tener tratos con el FBI. No quería su protección. Estaba a punto de emprender un viaje y nadie sabría adónde. A excepción tal vez de Gray. O tal vez no.

Gray marcó el número de la Casa Blanca y los demás levantaron sus supletorios. Keen puso el magnetófono en funcionamiento.

–Con Fletcher Coal, por favor. Habla Gray Grantham del Washington Post y es muy urgente.

–¿Por qué Coal? –preguntó Keen, mientras esperaba.

–Todo tiene que pasar por sus manos –respondió Gray, con la mano sobre el auricular.

–¿Quién lo dice?

–Un contacto.

La secretaria regresó al teléfono, para decir que Coal se pondría dentro de un momento. No cuelgue. Gray sonrió. Le subía la adrenalina.

–Fletcher Coal –se oyó finalmente por la línea.

Librodot

–Oiga, señor Coal, le habla Gray Grantham del Post. Estoy grabando la conversación. ¿Me comprende?

–Sí.

–¿Es cierto que ha ordenado a todo el personal de la Casa Blanca, a excepción del presidente, que obtengan su aprobación antes de hablar con la prensa?

–Completamente falso. Esto es competencia del secretario de prensa.

–Comprendo. Vamos a publicar un artículo por la mañana que, en resumen, confirma los hechos descritos en el informe pelícano. ¿Está usted familiarizado con dicho informe?

–Sí –respondió lentamente.

–Hemos comprobado que el señor Mattiece aportó más de cuatro millones de dólares a la campaña presidencial, hace tres años.

–Cuatro millones doscientos mil dólares, por conductos perfectamente legales.

–También creemos que la Casa Blanca intervino e intentó entorpecer la investigación del FBI respecto al señor Mattiece, y nos gustaría oír su comentario.

–¿Es esto algo que creen o que van a imprimir?.

–Intentamos confirmarlo en estos momentos.

–¿Y quién cree que se lo confirmará?

–Tenemos nuestras fuentes, señor Coal.

–Qué duda cabe. La Casa Blanca niega rotundamente todo contacto con dicha investigación. El presidente expresó su deseo de ser informado del progreso de la misma, después de la muerte de los jueces Rosenberg y Jensen, pero no ha habido ninguna participación directa o indirecta por parte de la Casa Blanca en ningún aspecto de la investigación. Le han informado mal.

–¿Considera el presidente a Victor Mattiece como amigo?

–No. Hablaron en una ocasión y, como ya le he dicho, el señor Mattiece ha aportado una cantidad significativa, pero no es amigo del presidente.

–¿No es cierto que la suya fue la mayor de todas las aportaciones?

–No puedo confirmárselo.

–¿Algún otro comentario?

–No. Estoy seguro de que el secretario de prensa se ocupará de este asunto por la mañana.

Colgaron y Keen paró el magnetófono. Feldman estaba de pie y se frotaba las manos.

–Daría un año de mi sueldo por estar ahora en la Casa Blanca –dijo.

–Menuda frialdad la suya, ¿no les parece? –exclamó Gray con admiración.

–Sí, pero su frío trasero está ahora en una olla de agua hirviendo.

CUARENTA Y DOS

Para alguien acostumbrado a salirse con la suya y ver cómo los demás temblaban ante su presencia, no le resultaba fácil acercarse humildemente, sombrero en mano, en busca de clemencia. Fanfarroneaba con la mayor modestia de la que era capaz, al cruzar la sala de redacción, acompañado de K. O. Lewis y dos agentes que les seguían. Vestía su acostumbrada gabardina arrugada, con el cinturón ligeramente sujeto alrededor del centro de su rechoncho cuerpo. No era un personaje imponente, pero su manera de andar y comportarse delataban que estaba acostumbrado a salirse con la suya. Con todos sus acompañantes de chaqueta oscura, parecía un capo mafioso rodeado de guardaespaldas. Cundió el silencio en la atareada redac-

ción cuando cruzaron. Sin llegar a imponente, la presencia de F. Denton Voyles era impresionante, con o sin humildad.

En el pequeño pasillo frente al despacho de Feldman esperaban nerviosos los redactores. Howard Krauthammer conocía a Voyles y le saludó a su llegada. Se dieron la mano y hablaron en un susurro. Feldman hablaba por teléfono con el señor Ludwig, el director del periódico, que estaba en China. Smith Keen se unió a la conversación y estrechó las manos de Voyles y Lewis. Los dos agentes guardaban una distancia prudencial.

Feldman abrió la puerta, miró hacia la redacción y vio a Denton Voyles. Le invitó a entrar en su despacho y K. O. Lewis le siguió. Intercambiaron cumplidos hasta que Smith Keen cerró la puerta y se sentaron.

–Supongo que tenéis confirmación irrefutable del informe pelícano –dijo Voyles.

–Efectivamente –respondió Feldman–. ¿Por qué no leéis, tú y el señor Lewis, el borrador de nuestro artículo? Creo que os aclarará las cosas. Se empezará a imprimir aproximadamente dentro de una hora y el periodista, el señor Grantham, desea brindarte la oportunidad de que hagas algún comentario.

–Muy agradecido.

Feldman cogió una copia del borrador y se la entregó a Voyles, que la recibió con cautela. Lewis se le acercó y empezaron a leer inmediatamente.

–Os dejaremos solos –dijo Feldman–. No hay ninguna prisa.

Él y Keen salieron del despacho, cerraron la puerta y los agentes se acercaron.

Feldman y Keen cruzaron la redacción, para dirigirse a la sala de conferencias. Dos corpulentos guardias custodiaban la puerta. Gray y Darby estaban solos en la estancia cuando entraron.

–Tiene que llamar a White & Blazevich –dijo Feldman.

–Le esperaba a usted.

Levantaron sus supletorios. Krauthammer se había ausentado un momento y Keen le ofreció su teléfono a Darby. Gray marcó el número.

–Con Marty Velmano, por favor –dijo Gray–. Sí, soy Gray Grantham del Washington Post y necesito hablar con él. Es muy urgente.

–Un momento, por favor –respondió la secretaria.

Al cabo de un instante, apareció otra secretaria en la línea.

–Despacho del señor Velmano. Gray se identificó de nuevo y preguntó por su jefe.

–Está reunido –respondió la secretaria.

–También yo –dijo Gray–. Interrumpa la reunión, dígale quién soy y comuníquele que su fotografía aparecerá en primera plana del Post, hoy a medianoche.

–Bien, señor.

–Sí, ¿qué ocurre? –dijo Velmano, al cabo de unos segundos.

Gray se identificó por tercera vez y explicó que grababa la conversación.

–Comprendo –respondió Velmano.

–Publicaremos un artículo por la mañana acerca de su cliente, Victor Mattiece, y su participación en los asesinatos de los jueces Rosenberg y Jensen.

–¡Magnífico! No saldrán de los juzgados en los próximos veinte años. Se mete usted en un berenjenal, amigo. Acabaremos siendo propietarios del Post.

–Sí señor. Le recuerdo que estoy grabando.

–¡Grabe lo que se le antoje! Usted será uno de los demandados. ¡Será estupendo! ¡Victor Mattiece será propietario del Washington Post! ¡Es fabuloso!

Gray miró a Darby y movió la cabeza con incredulidad. Los redactores sonreían. La conversación iba a ser muy divertida.

–Sí señor. ¿Ha oído usted hablar del informe pelícano?

Tenemos una copia del mismo.

Se hizo un profundo silencio. A continuación se le oyó refunfuñar en la lejanía, como si se tratara del último suspiro de un perro moribundo. Más silencio.

–Señor Velmano. ¿Está usted ahí?

–Sí.

–También tenemos una copia de una nota que usted le mandó a Sims Wakefield, con fecha del veintiocho de setiembre, en la que usted sugiere que la situación de su cliente mejorará enormemente si se elimina a Rosenberg y Jensen del Tribunal. Una de nuestras fuentes asegura que dicha idea fue investigada por alguien conocido como Einstein, que según tengo entendido está habitualmente en una biblioteca del sexto piso.

Silencio.

–El artículo está a punto de ir a imprenta –prosiguió Gray–, pero hemos querido brindarle la oportunidad de hacer algún comentario. ¿Desea declarar algo, señor Velmano?

–Me duele la cabeza.

–Tomo nota. ¿Algo más?

–¿Publicarán la nota palabra por palabra?

–Sí.

–¿Publicarán mi fotografía?

–Sí. Es una foto antigua de una vista del Senado.

–Hijo de puta.

–Gracias. ¿Algo más?

–Veo que han esperado hasta las cinco. Una hora antes habríamos tenido la oportunidad de acudir al juzgado y detener esa infamia.

–Sí señor. Estaba previsto.

–Hijo de puta.

–Muy bien.

–¿No le importa destrozar a la gente?

Su voz, convertida casi en un lamento, se perdió en la lejanía. Qué cita tan maravillosa. Gray había mencionado dos veces el magnetófono, pero estaba demasiado trastornado para recordarlo.

–No señor. ¿Algo más?

–Dígale a Jackson Feldman que el pleito se iniciará a las nueve de la mañana, cuando se abran las puertas del juzgado.

–Se lo diré. ¿Niega haber escrito la nota?

–Por supuesto.

–¿Niega la existencia de dicha nota?

–Es un invento.

–No habrá pleito, señor Velmano, y creo que usted lo sabe. Silencio.

–Hijo de puta.

Se oyó un clic y la línea quedó interrumpida. Sonrieron con incredulidad.

–¿No le gustaría ser periodista, Darby? –preguntó Smith Keen.

–Esto es divertido –respondió Pero ayer estuve apunto de recibir dos palizas. No, gracias.

–Yo no utilizaría nada de todo eso –dijo Feldman señalando el magnetófono, después de ponerse de pie.

–El caso es que me ha gustado eso de destrozar a la gente. ¿Y qué me dice de sus amenazas?

–No lo necesita, Gray. El artículo ocupa ahora la totalidad de la primera plana. Tal vez más adelante. Alguien llamó a la puerta. Era Krauthammer.

–Voyles quiere verte –le dijo a Feldman.

–Que venga aquí.

Gray se puso inmediatamente de pie y Darby se dirigió a la ventana. El sol se apagaba y las sombras se apoderaban del paisaje. El tráfico avanzaba penosamente por la calle. No había rastro de Tocón y su banda de confederados, pero estaban ahí, esperando sin dudó a que oscureciera, confabulándose para intentar por última vez asesinarla, por precaución o por venganza. Gray dijo que tenía un plan para salir del edificio sin tiroteos, cuando empezaran a girar las rotativas. No había aclarado de qué se trataba.

Voyles entró en compañía de K. O. Lewis. Feldman les presentó a Gray Grantham y a Darby Shaw. Voyles se acercó a la chica con una sonrisa y la cabeza levantada.

–De modo que usted es la que empezó todo este lío –dijo, en un tono que pretendía ser admirativo.

Darby no lo interpretó como tal y sintió un desprecio inmediato por aquel individuo.

–Creo que fue Mattiece quien lo empezó.

–¿Podemos sentarnos? –preguntó Voyles en general, después de quitarse la gabardina.

Voyles, Lewis, Feldman, Keen, Grantham y Krauthammer se instalaron alrededor de la mesa. Darby se quedó junto a la ventana.

–Deseo hacer algunos comentarios a nivel oficial –declaró Voyles, al tiempo que recogía un papel que le entregaba Lewis y Gray se disponía a tomar notas–. En primer lugar, recibimos una copia del informe pelícano hoy hace dos semanas y la entregamos a la Casa Blanca aquel mismo día. Fue entregada por el propio subdirector, K. O. Lewis, al señor Fletcher Coal, que la recibió junto a nuestro informe cotidiano a la Casa Blanca. El agente especial Eric East estaba presente durante la reunión. A nuestro parecer planteaba suficientes incógnitas para ser investigado, pero no lo hicimos hasta seis días más tarde, cuando el señor Gavin Verheek, asesor especial del director, fue hallado asesinado en Nueva Orleans. A partir de aquel momento, el FBI inició inmediatamente una investigación a gran escala sobre Victor Mattiece. Más de cuatrocientos agentes de veintisiete dependencias han tomado parte en la investigación, con un total de más de once mil horas de trabajo, durante las que se han interrogado a más de seiscientas personas y se han visitado cinco países extranjeros. La investigación sigue a pleno ritmo en estos momentos. Creemos que Victor Mattiece es el principal sospechoso de los asesinatos de los jueces Rosenberg y Jensen, y en estos momentos intentamos localizar su paradero.

Voyles dobló el papel y se lo devolvió a Lewis.

–¿Qué piensa hacer cuando encuentre a Mattiece? –preguntó Grantham.

–Detenerle.

–¿Tiene una orden de detención contra él?

–Pronto la tendremos.

–¿Tiene alguna idea de su paradero?

–Francamente, no. Hace una semana que le buscamos en vano.

–¿Se ha entrometido la Casa Blanca en su investigación sobre Mattiece?

–Lo comentaré extraoficialmente. ¿De acuerdo?

Librodot

Gray miró al director ejecutivo.

–De acuerdo –respondió Feldman.

Voyles miró sucesivamente a Feldman, Keen, Krauthammer y finalmente a Grantham.

–Ahora hablamos extraoficialmente, ¿de acuerdo? No pueden utilizar esto bajo ninguna circunstancia. ¿Lo comprendemos todos?

Asintieron y le miraron atentamente. Darby también observaba.

Voyles miró con suspicacia a Lewis.

–Hace doce días, en el despacho ovalado, el presidente de Estados Unidos me pidió que ignorara a Victor Mattiece como sospechoso. En sus propias palabras, me pidió que le olvidara.

–¿Le dio alguna razón para ello? –preguntó Grantham.

–La evidente. Dijo que sería muy embarazoso y que perjudicaría gravemente sus perspectivas para la reelección. No creía que el informe pelícano fuera digno de crédito, pero si se investigaba llegaría a oídos de la prensa y él saldría políticamente perjudicado.

Krauthammer escuchaba con la boca abierta. Keen tenía la mirada fija en la mesa. Feldman no se perdía palabra.

–¿Está usted seguro? –preguntó Gray.

–Grabé la conversación. Tengo una cinta, que no dejaré escuchar a nadie, a no ser que el presidente antes lo niegue. Se hizo un prolongado silencio, mientras admiraban a aquel pequeño cabrón y su magnetófono. ¡Una cinta!

–Acabas de leer nuestro artículo –dijo Feldman, después de aclararse la garganta–. Hubo un retraso por parte de FBI desde el momento en que recibió el informe hasta el de iniciar la investigación. Esto debe explicarse en el artículo.

–He hecho mi declaración, eso es todo.

–¿Quién asesinó a Gavin Verheek? –preguntó Gray.

–No hablaré de los detalles de la investigación.

–¿Pero usted lo sabe?

–Tenemos una idea. Pero no diré nada más.

Gray miró a su alrededor. Era evidente que Voyles no tenía nada más que decir por ahora y todo el mundo se relajó al mismo tiempo. Los redactores paladearon el momento.

Voyles se aflojó la corbata y casi sonrió.

–Esto es extraoficial, por supuesto, ¿pero cómo se las arreglaron para descubrir lo de Morgan, el abogado muerto?

–No hablaré de los detalles de la investigación –respondió Gray, con una pícara sonrisa.

Todos se rieron.

–¿Y ahora qué pensáis hacer? –preguntó Krauthammer.

–Habrá un gran jurado mañana al mediodía. Se extenderán rápidamente autos de procesamiento. Intentaremos encontrar a Mattiece, pero no será fácil. No tenemos ni idea de su paradero. Ha pasado la mayor parte de los últimos cinco años en las Bahamas, pero tiene domicilios en México, Panamá y Paraguay –respondió Voyles, mientras miraba por segunda vez a Darby, que escuchaba atentamente apoyada contra la pared, junto a la ventana–. ¿A qué hora sale de la imprenta la primera edición? –preguntó.

–Imprimen toda la noche, a partir de las diez y media –respondió Keen.

–¿En qué edición saldrá este artículo?

–La última de la ciudad, poco antes de la medianoche. Es la de mayor tirada.

–¿Aparecerá la fotografía de Coal en primera plana?

Keen miró a Krauthammer, quien a su vez miró a Feldman.

–Supongo que sí. Te citaremos diciendo que el informe se entregó personalmente a Fletcher Coal, y le citaremos a él diciendo que Mattiece le dio al presidente cuatro coma dos millones. Sí, creo que el rostro del señor Coal debe aparecer en primera plana, junto a los demás.

–Yo también lo creo –agregó Voyles–. Si mando a alguien a medianoche, ¿podrá recoger unos cuantos ejemplares?

–Por supuesto –respondió Feldman–. ¿Por qué?

–Porque quiero entregárselo personalmente a Coal. A medianoche quiero llamar a la puerta de su casa, verle en pijama y mostrarle el periódico. Entonces quiero decirle que volveré con la orden del gran jurado y poco después con el auto de procesamiento. Y poco después con unas esposas.

Era aterrador ver el placer con que se expresaba.

–Me alegra comprobar que no es usted vengativo –dijo Gray.

Sólo a Smith Keen le hizo gracia.

–¿Crees que se dictará auto de procesamiento contra él? –preguntó ingenuamente Krauthammer.

–Hará de cabeza de turco para el presidente –respondió Voyles, al tiempo que miraba nuevamente a Darby–. Se ofrecería a aparecer ante un pelotón de ejecución para salvar a su jefe.

Feldman consultó su reloj y se levantó de la mesa.

–¿Puedo pediros un favor? –preguntó Voyles.

–Por supuesto. ¿De qué se trata?

–Me gustaría pasar unos minutos a solas con la señorita Shaw. En el supuesto, claro está, de que a ella no le importe.

Todos miraron a Darby, que manifestó su aprobación encogiéndose de hombros. Los redactores y K. O. Lewis se levantaron simultáneamente y abandonaron la sala. Darby cogió a Gray de la mano y le pidió que se quedará. Se sentaron frente a Voyles.

–Deseaba hablar en privado –dijo Voyles, mirando a Gray.

–Él se queda –dijo Darby–. Lo que se diga es extraoficial.

–Muy bien.

Darby le tomó la delantera.

–Si va a interrogarme, exijo que lo haga en presencia de un abogado.

Voyles movía la cabeza.

–En absoluto. Sólo me preguntaba que haría usted a partir de ahora.

–¿Por qué debería contárselo?

–Porque nosotros podríamos ayudarla.

–¿Quién asesinó a Gavin?

–Extraoficialmente –titubeó Voyles.

–Extraoficialmente –afirmó Gray.

–Les diré quién creemos que le asesinó, pero antes dígame cuánto habló con él antes de su muerte.

–Hablamos varias veces durante el fin de semana. Habíamos decidido reunirnos el lunes pasado y salir de Nueva Orleans.

–¿Cuándo habló con él por última vez?

–El domingo por la noche.

Librodot

–¿Y él dónde estaba?

–En su habitación del Hilton.

Voyles respiró hondo y levantó la mirada al techo.

–¿Y usted habló con él de su encuentro previsto para el lunes?

–¿Le había visto antes?

–No.

–El hombre que le mató es el mismo con el que iba cogida de la mano cuando le volaron la tapa de los sesos.

Darby no se atrevía a formular la pregunta. Gray lo hizo en su lugar.

–¿Quién era?

–El gran Khamel.

Se le agarrotó la garganta, se cubrió los ojos, e intentó hablar. Pero no pudo.

–Esto es bastante confuso –dijo Gray, en honor a la razón.

–Sí, bastante. El individuo que mató a Khamel es un profesional independiente contratado por la CIA. Estaba presente cuando Callahan fue asesinado y creo que estuvo en contacto con Darby.

–Rupert –susurró Darby.

–Evidentemente, éste no es su nombre verdadero, pero llamémosle Rupert. Probablemente tiene unos veinte nombres. Si es quien yo supongo, es un británico digno de toda confianza.

–¿Se da usted cuenta de lo confuso que es todo esto? –preguntó Darby.

–Me lo imagino.

–¿Qué hacía Rupert en Nueva Orleans? ¿Por qué seguía a Darby? –preguntó Gray.

–Es muy largo de contar y no conozco todos los detalles. Procuro mantenerme alejado de la CIA, créanme. Ya tengo bastantes dolores de cabeza. Todo va relacionado con Mattiece. Hace algunos años necesitó dinero para avanzar en su grandioso proyecto, y vendió una participación al gobierno libio. No sé si la operación fue legal, pero intervino la CIA. Evidentemente, observaban a Mattiece y a los libios con un enorme interés, y cuando se inició el pleito, la CIA pasó a inspeccionarlo. No creo que considerara a Mattiece sospechoso de los asesinatos de los jueces, pero Bob Gminski recibió una copia de su pequeño informe, a las pocas horas de que nosotros entregáramos un ejemplar del mismo a la Casa Blanca. Fletcher Coal se lo dio. No tengo ni idea a quién se lo mencionó Gmiski, pero la información llegó a quien no debía haberla recibido, y al cabo de veinticuatro horas el señor Callahan estaba muerto. Y usted, señorita, tuvo mucha suerte.

–¿Por qué será que no me siento afortunada?

–Esto no explica lo de Rupert –dijo Gray.

–Sí.

–No lo sé con seguridad, pero sospecho que Gminski mandó inmediatamente a Rupert para que siguiera a Darby. Creo que inicialmente el informe asustó a Gminski más que a los demás. Probablemente le ordenó a Rupert que la siguiera, en parte para vigilarla y en parte para protegerla. Entonces estalló el coche y de pronto Mattiece acababa de ratificar la veracidad del informe. ¿Qué otra razón podía haber para asesinar a Callahan y a Darby? Tengo buenas razones para creer que, a las pocas horas de la explosión del coche, había docenas de agentes de la CIA en Nueva Orleans.

–Pero, ¿por qué? –preguntó Gray.

–El informe había sido legitimizado y Mattiece estaba matando gente. La mayor parte de su negocio está en Nueva Orleans. Y creo que la CIA estaba muy preocupada por Darby. Afortunadamente para ella. Intervinieron en el momento preciso.

–Si la CIA fue capaz de movilizarse con tanta rapidez, ¿por qué no lo hicieron ustedes? –preguntó Darby.

–Buena pregunta. No le habíamos dado tanta importancia al informe, ni sabíamos la mitad de lo que sabía la CIA. Le juro que me pareció un palo a ciegas y teníamos ya una docena de sospechosos. Lo subestimamos. Así de simple. Además, el presidente nos había pedido que no investigáramos, lo cual no resultó difícil, porque nunca había oído hablar de Mattiece. No tenía por qué haberlo hecho. Entonces mi amigo Gavin cayó asesinado y mandé la tropa.

–¿Por qué le entregaría Coal el informe a Gminski? –preguntó Gray.

–Le dio miedo. Y a decir verdad, ésa fue una de las razones para mandárselo. Pero Gminski es Gminski, y a veces hace cosas sin demasiada consideración por los pequeños obstáculos, por ejemplo la ley. Coal pretendía que se verificara el informe, y calculó que Gminski lo haría con rapidez y discreción.

–De modo que Gminski no habló sinceramente con Coal.

–Detesta a Coal, lo cual es perfectamente comprensible. Gminski trató con el presidente y no, no le habló con toda franqueza. Todo ocurrió con mucha rapidez. Recuerden que Gminski, Coal, el presidente y yo vimos el informe por primera vez hoy hace sólo dos semanas. Gminski probablemente iba a contarle parte de la historia al presidente, pero no ha tenido oportunidad de hacerlo.

Darby se levantó de la mesa, para dirigirse de nuevo a la ventana. Ahora había oscurecido, pero el tráfico era todavía lento y denso. Era agradable que le revelaran aquellos misterios, pero sólo servía para abrir otras incógnitas. Lo único que deseaba era marcharse. Estaba cansada de huir y de que la persiguieran, cansada de jugar a periodistas con Gray, cansada de preguntarse quién hacía qué y por qué, cansada de comprar un cepillo de dientes cada tres días. Sentía anhelo de una pequeña casa en una playa desierta, sin teléfonos ni gente, especialmente de la que se oculta detrás de los vehículos y los edificios. Quería pasar tres días en la cama sin pesadillas y sin duendes. Había llegado el momento de marcharse.

Gray la observaba atentamente.

–La siguieron a Nueva York y luego la han seguido hasta aquí –le dijo a Voyles–. ¿De quién se trata?

–¿Están seguros? –preguntó Voyles.

–Han estado todo el día en la calle, vigilando este edificio –respondió Darby, indicando la ventana.

–Les hemos visto –agregó Gray–. Estaban ahí.

–¿Los había visto antes? –preguntó Voyles con cierto escepticismo, dirigiéndose a Darby.

–A uno de ellos. Vi cómo vigilaba el funeral de Thomas en Nueva Orleans. Me persiguió por el barrio francés. Casi me descubrió en Manhattan, y le he visto hablando con otro individuo, hace unas cinco horas. Sé que es él.

–¿De quién se trata? –preguntó nuevamente Gray.

–No creo que la CIA la persiga.

–No le quepa duda de que me persiguió.

–¿Pueden verlos ahora?

–No. Desaparecieron hace un par de horas. Pero estaban ahí.

Voyles se levantó y estiró sus gruesos brazos. Rodeó lentamente la mesa, mientras abría el envoltorio de un cigarro.

–¿Les importa que fume?

–Sí, me importa –respondió Darby sin mirarle, y Voyles dejó el cigarro sobre la mesa.

–Podemos ayudarla –dijo.

–No quiero su ayuda –respondió, como si hablara con la ventana.

–¿Qué es lo que quiere?

–Quiero marcharme del país. Pero cuando lo hago, asegurarme de que nadie me sigue. Ni ustedes ni ellos, ni Rupert, ni ninguno de sus amigos.

–Tendrá que volver para declarar ante el gran jurado.

–Sólo si logran encontrarme. Voy a ir a un lugar donde no simpatizan con las órdenes judiciales.

–¿Qué me dice del juicio? Su presencia será necesaria entonces.

–Para eso tiene que transcurrir por lo menos un año. Me lo pensaré.

Voyles se llevó el cigarro a la boca, pero sin encenderlo. Caminaba y pensaba mejor con un cigarro entre los dientes.

–Le haré un trato.

–No estoy de humor para tratos –respondió, apoyada ahora contra la pared, sin dejar de mirar alternativamente a ambos hombres.

–Es un buen trato. Tengo aviones, helicópteros y un montón de hombres armados que no les tienen ningún miedo a esos muchachos que juegan al escondite. En primer lugar, la sacaremos del edificio sin que nadie lo sepa. En segundo lugar, la instalaremos en mi avión para que la lleve donde usted quiera. En tercer lugar, puede desaparecer a partir de allí. Le doy mi palabra de que no la seguiremos. Pero, en cuarto lugar, me permitirá que me ponga en contacto con usted a través del señor Grantham aquí presente, en caso de extrema necesidad.

Miraba a Gray mientras se le hacía la oferta, y era evidente que a él le gustaba. No cambió la expresión de su rostro pero, maldita sea, parecía una buena oferta. Si hubiera confiado en Gavin después de la primera llamada telefónica, hoy seguiría vivo y ella nunca habría ido cogida de la mano de Khamel. Si se hubiera limitado a abandonar Nueva Orleans con él cuando se lo sugirió, no le habrían asesinado. Había pensado en ello cada cinco minutos durante los siete últimos días.

Aquello era superior a sus fuerzas. Llega un momento en el que una persona se da por vencida y empieza a confiar en los demás. Aquel hombre no le gustaba, pero durante los diez últimos minutos había sido enormemente sincero con ella.

–¿Es su avión y sus pilotos?

–Sí.

–¿Dónde está?

–En la base aérea de Andrews.

–Hagámoslo de la forma siguiente. Subo al avión y despega con dirección a Denver. Sin que haya nadie a bordo, a excepción de Gray, yo y los pilotos. Y media hora después de despegar, les digo a los pilotos que me lleven, por ejemplo, a Chicago. ¿Es factible?

–El piloto debe entregar un plan de vuelo antes de despegar.

–Lo sé. Pero usted es el director del FBI y tiene numerosos medios a su disposición.

–De acuerdo. ¿Qué hará cuando llegue a Chicago?

–Me apearé del avión sola y el aparato regresará a Andrews con Gray.

–¿Y qué piensa hacer en Chicago?

–Perderme en un ajetreado aeropuerto y coger el primer avión.

–Puede hacerse, pero le he dado mi palabra de que no la seguiremos.

–Lo sé. Disculpe mi cautela.

–Trato hecho. ¿Cuándo quiere marcharse?

–¿Cuándo? –repitió Darby, mirando a Gray.

–Tardaré una hora en revisarlo de nuevo y agregar los comentarios del señor Voyles.

–Dentro de una hora –dijo Darby.

–Esperaré.

–¿Le importaría dejarnos un momento a solas? –le preguntó Darby a Voyles, al tiempo que señalaba a Gray con la cabeza.

–Por supuesto –respondió de camino ya hacia la puerta, con la gabardina en la mano–. Es usted una mujer extraordinaria, señorita Shaw –sonrió desde el umbral–. Su cerebro y su valentía han provocado la caída de uno de los hombres más siniestros de este país. La admiro. Y le prometo que siempre seré sincero con usted.

Introdujo el cigarro en medio de su rechoncha sonrisa y abandonó la estancia.

–¿Crees que estaré a salvo? –preguntó Darby, después de ver como se cerraba la puerta.

–Sí. Creo que es sincero. Además, dispone de hombres armados que pueden sacarte de aquí. Puedes estar tranquila, Darby.

–¿Vendrás conmigo, verdad?

–Desde luego.

Se le acercó y le rodeó la cintura con sus brazos. Gray la abrazó y cerró los ojos.

A las siete, los redactores se reunieron alrededor de la mesa, por última vez el martes por la noche. Leyeron rápidamente la sección que Gray había agregado, que incluía los comentarios de Voyles. Feldman llegó tarde, con una enorme sonrisa en los labios.

–Les parecerá increíble –declaró–. Acabo de recibir dos llamadas telefónicas. Ludwig ha llamado desde China. El presidente le ha localizado y le ha suplicado que postergue la publicación del artículo veinticuatro horas. Ludwig dice que al presidente estaban a punto de saltarle las lágrimas. Como corresponde a un caballero, le ha escuchado con atención y se ha negado respetuosamente. La segunda llamada ha sido del juez Roland, un viejo amigo mío. Al parecer los muchachos de White & Blazevich le han obligado a levantarse de la mesa cuando estaba cenando para solicitar la presentación de un interdicto esta misma noche, seguido de una vista inmediata. El juez Roland les ha escuchado de mala gana y ha denegado sin contemplaciones su solicitud.

–¡Publiquémoslo! –exclamó Krauthammer.

CUARENTA Y TRES

El despegue fue suave y el reactor emprendió rumbo oeste, supuestamente hacia Denver. El avión era adecuado pero sin lujos, lo cual era comprensible teniendo en cuenta que era propiedad de los contribuyentes y a su usufructuario no le importaban en absoluto los refinamientos. Cuando Gray abrió los armarios, descubrió que el buen whisky brillaba por su ausencia. Voyles era abstemio y, en aquel momento, Gray se sintió molesto por el hecho de ser un invitado y de estar muerto de sed. Encontró dos Sprites semifríos en la nevera y le ofreció uno a Darby, quien abrió inmediatamente la lata.

El reactor parecía volar horizontal cuando apareció el copiloto en la puerta de la cabina y se presentó con muy buenos modales.

–Se nos ha dicho que se nos comunicaría un nuevo punto de destino, poco después de despegar.

–Es cierto –respondió Darby.

–Pues... Necesitaremos saber algo dentro de unos diez minutos.

–De acuerdo.

–¿Hay algo de alcohol en este cacharro? –preguntó Gray.

–Lo siento –sonrió el copiloto, antes de regresar a la cabina de vuelo.

Darby y sus largas piernas ocupaban la mayor parte del sofá, pero Gray estaba decidido a sentarse junto a ella. Le levantó los pies y se acomodó en el extremo del sofá. Estaban ahora sobre sus rodillas. Con sus uñas rojas. Le frotó los tobillos y pensó sólo en aquel primer gran acontecimiento: acariciarle los pies. Era muy emocionante para él, pero ella parecía imperturbable. En sus labios se dibujó una pequeña sonrisa, empezaba a relajarse. Había terminado.

–¿Tenías miedo? –preguntó Gray.

–Sí. ¿Y tú?

–También, pero me sentía seguro. Es difícil sentirse vulnerable, cuando te rodean seis individuos armados que te protegen con sus cuerpos. Y es fácil no mirar a tu espalda, cuando viajas en una furgoneta sin ventanas.

–¿No crees que Voyles estaba encantado?

–Parecía Napoleón, haciendo planes y dirigiendo la tropa. Es un gran momento para él. Recibirá un golpe por la mañana, pero se recuperará. La única persona que puede obligarle a dimitir es el propio presidente y yo diría que, en estos momentos, Voyles lo controla.

–Y los asesinatos están resueltos. Eso debe satisfacerle.

–Creo que hemos prolongado en una década su carrera. ¡Qué hemos hecho!

–Parece simpático –dijo Darby–. Al principio no me gustaba, pero de algún modo resulta más agradable cuando se le va conociendo. Y es humanitario. Cuando mencionó a Verheek, vi que se le humedecían los ojos.

–Un verdadero encanto. Estoy seguro de que Fletcher Coal se alegrará de ver a ese amable pequeño caballero dentro de unas horas.

Los pies de Darby eran largos y delgados. A decir verdad, perfectos. Gray le acarició los tobillos y se sintió como un adolescente, que se atreve a subir más arriba de la rodilla en su segunda cita. Estaban pálidos, necesitaban tomar el sol, y sabía que dentro de unos días estarían morenos y con arena permanentemente entre los dedos. No le había invitado a visitarla más adelante y eso le preocupaba. No tenía ni idea de su destino, y eso no era intencional. Tampoco estaba seguro de que ella lo supiera.

A Darby, el juego de pies le recordaba a Thomas. Solía emborracharse y embadurnar sus uñas con esmalte rojo. Con el zumbido del reactor y su suave traqueteo, de pronto se sintió muy alejada de él. Hacía dos semanas que había fallecido, pero parecía haber transcurrido mucho más tiempo. Habían ocurrido tantas cosas. Así era preferible. Si estuviera en Tulane, caminando frente a su despacho, viendo su aula, hablando con los demás profesores, contemplando su casa desde la calle, sería terriblemente doloroso. Los pequeños recuerdos son agradables a la larga, pero durante el período de luto son un estorbo. Ahora se había convertido en otra persona, con otra vida en otro lugar.

Y otro hombre le acariciaba los pies. Al principio era un imbécil, soberbio y corrosivo, como un típico periodista. Pero no había tardado en descongelarse y, bajo su coraza, descubría a un hombre cálido que evidentemente sentía mucho afecto por ella.

–Mañana es un gran día para ti –dijo Darby.

Gray tomó un trago de Sprite. Habría pagado cualquier cosa por una cerveza helada de importación, en una botella verde.

–Un gran día –repitió Gray, mientras admiraba los dedos de los pies de su compañera.

Sería más que un gran día, pero se sentía obligado a no darle importancia. Ahora era a ella a quien dirigía toda su atención y no al caos del día siguiente.

–¿Qué ocurrirá? –preguntó Darby.

–Probablemente regresaré a la redacción y esperaré a que estalle la bomba. Smith Keen ha dicho que pasaría allí la noche. Mucha gente vendrá temprano. Nos reuniremos en la sala de conferencias y traerán más aparatos de televisión. Pasaremos la ñapa viendo cómo se divulga la noticia. Será muy divertido ver la reacción oficial de la Casa Blanca. White & Blazevich también hará alguna declaración. Quién sabe si Mattiece reaccionará. El presidente Runyan tendrá algo que decir. Voyles estará en la candilejas. Los abogados reunirán un gran jurado. Y los políicos andarán como locos. Durante todo el día celebrarán conferencias de prensa en el Capitolio. Las noticias de hoy serán bastante significativas. Siento que te las pierdas.

–¿De qué tratará tu próximo artículo? –preguntó Darby, con una risita sarcástica.

–Probablemente de Voyles y su cinta. Cabe anticipar que la Casa Blanca negará toda intromisión en el caso y, si el asunto se pone demasiado feo para el gusto de Voyles, atacará con virulencia. Me encantaría tener su cinta.

–¿Y luego?

–Depende de muchas incógnitas. Después de las seis de la mañana, la competencia es mucho más fuerte. Habrá un millar de rumores y un sinfín de historias, pero todos los periódicos del país tocarán el tema.

–Pero tú serás la estrella –dijo, no con sarcasmo, sino admiración.

–Sí, tendré mis quince minutos.

El copiloto asomó la cabeza por la puerta y miró a Darby.

–Atlanta –dijo, antes de que el copiloto volviera a retirarse.

–¿Por qué Atlanta? –preguntó Gray.

–¿Has hecho algún transbordo en Atlanta?

–Creo que sí.

–Entonces no tengo nada más que decir. Es un aeropuerto enorme y muy ajetreado.

Gray vació la lata y la dejó en el suelo.

–¿Y luego dónde?

Sabía que no debía preguntárselo, puesto que ella no se lo había dicho por iniciativa propia. Pero deseaba saberlo.

–Cogeré un vuelo rápido a algún lugar. Pondré en práctica mi acostumbrado truco de cuatro aeropuertos en una noche. Probablemente no sea necesario, pero me sentiré más segura. Y por último acabaré en algún lugar del Caribe.

Algún lugar del Caribe. Esto lo limitaba a un millar de islas. ¿Por qué era tan imprecisa? ¿No confiaba en él? Estaba ahí, acariciándole los pies, y no estaba dispuesta a revelarle su destino.

–¿Qué le digo a Voyles? –preguntó Gray.

–Te llamaré cuando llegue. O puede que te escriba.

¡Estupendo! Podrían ser amigos por correspondencia. Él podría mandarle sus artículos y ella le mandaría postales de la playa.

–¿Te ocultarás de mí? –preguntó, mirándola a los ojos.

–No sé cuál será mi destino, Gray. Lo sabré cuando llegue.

–¿Pero me llamarás?

–Tarde o temprano, sí. Te lo prometo.

A las once de la noche sólo quedaban cinco abogados en las oficinas de White & Blazevich, reunidos en el despacho de Marty Velmano, en el décimo piso. Eran el propio Velmano, Sims Wakefield, Jarreld Schwabe, Nathaniel (Einstein) Jones, y un socio retirado, llamado

Frank Cortz. Sobre el escritorio de Velmano había dos botellas de whisky escocés. Una estaba vacía y la otra casi. Einstein estaba sentado solo, en un rincón, farfullando para sus adentros. Tenía una cabellera rizada y despeinada, llena de canas, la nariz puntiaguda y parecía estar realmente loco. Especialmente ahora. Sims Wakefield y Jarreld Schwabe estaban sentados frente al escritorio, sin corbata, y con las mangas arremangadas.

Cortz acabó de hablar por teléfono con un ayudante de Víctor Mattiece, le entregó el auricular a Velmano y éste lo dejó sobre la mesa.

–Acabo de hablar con Strider –dijo Cortz–. Están en El Cairo, hospedados en algún hotel. Mattiece no desea hablar con nosotros. Strider dice que se ha trastocado y actúa de un modo muy peculiar. Se ha encerrado en una habitación y, por supuesto, no tiene intención alguna de viajar a este lado del océano. Strider dice que les han ordenado a sus pistoleros que abandonen inmediatamente la ciudad. La persecución ha terminado. La orquesta ha empezado a sonar.

–¿Entonces, qué se supone que debemos hacer? –preguntó Wakefield.

–Estamos solos –respondió Cortz–; Mattiece se ha desentendido de nosotros.

Hablaban con lentitud y precisión. Las voces habían terminado hacía unas horas. Wakefield había culpado a Velmano de la nota. Velmano culpaba a Cortz por haber traído al bufete a un cliente tan corrupto como Mattiece. Esto había ocurrido hacía doce años, respondía a voces Cortz, y desde entonces se habían aprovechado de sus dilatadas minutas. Schwabe culpaba a Velmano y Wakefield, por ser tan descuidados con la nota. Se ensañaron contra Morgan una y mil veces. Había sido él. Einstein les observaba desde su rincón. Pero ahora todo había concluido.

–Grantham sólo nos a mencionado a mí y a Sims –dijo Velmano–. Puede que lo demás no corráis ningún peligro.

–¿Por qué tú y Sims o abandonáis el país? –sugirió Schwabe.

–Yo estaré en Nueva York a las seis de la madrugada –respondió Velmano–. Y de allí a Europa, para pasar un mes viajando en tren.

–Yo no puedo huir –decía Wakefield–. Tengo mujer y seis hijos.

Hacía horas que se quejaba de sus seis hijos. Como si los demás no tuvieran también una familia. Velmano estaba divorciado y sus dos hijos eran mayores. Sabrían defenderse.

Tenía mucho dinero escondido y le encantaba Europa, particularmente España, y por tanto para él aquello era un adiós.

En cierto modo sentía compasión por Wakefield, que tenía sólo cuarenta y dos años y su fortuna era escasa. Ganaba mucho, pero tenía una esposa derrochadora con debilidad por los niños. Wakefield estaba ahora trastornado.

–No sé qué haré –decía Wakefield por duodécima vez. Simplemente no lo sé.

Schwabe intentaba ayudarle.

–Creo que deberías ir a tu casa y contárselo a tu mujer.

Yo no tengo esposa, pero si la tuviera procuraría prepararla para el golpe.

–No puedo hacerlo –se lamentaba Wakefield.

–Claro que puedes. Puedes contárselo ahora, o esperar seis horas a que vea tu fotografía en primera plana. Debes ir a contárselo, Sims.

–No puedo hacerlo –respondió, una vez más, casi llorando.

Schwabe miró a Velmano y a Cortz.

–¿Y mis hijos? –exclamó otra vez–. El mayor tiene trece años –agregó, al tiempo que se frotaba los ojos.

–Vamos, Sims, contrólate –dijo Cortz. Einstein se puso de pie y se dirigió a la puerta.

–Estaré en mi casa de Florida. No me llaméis si no es urgente –dijo antes de salir y dar un portazo a su espalda. Wakefield se levantó lentamente y empezó a dirigirse a la puerta.

–¿Dónde vas, Sims? –preguntó Schwabe.

–A mi despacho.

–¿Para qué?

–Quiero descansar un poco. Estoy bien.

–Deja que te lleve a casa –dijo Schwabe.

Todos le observaron atentamente mientras abría la puerta.

–Estoy bien –repitió, con la voz un poco más fuerte, antes de salir y cerrar la puerta.

–¿Crees que está bien? –le preguntó Schwabe a Velmano–. Me preocupa.

–Yo no diría que estuviera bien –respondió Velmano–.

Todos hemos tenido días mejores. ¿Por qué no vas a verle dentro de unos minutos?

Wakefield avanzó decididamente hacia la escalera y descendió al noveno piso. Aceleró al acercarse a su despacho. Estaba llorando cuando cerró la puerta con llave a su espalda.

¡Hazlo rápido! Olvídate de la nota. Si empiezas a escribir, te convencerás a ti mismo de no hacerlo. Tienes un seguro de vida por un millón de dólares. Abrió un cajón de su escritorio. No pienses en los hijos. Sería igual que morir en un accidente de aviación. Sacó una arma corta calibre treinta y ocho de debajo de un sumario. ¡Hazlo rápido! No mires las fotografías de la pared.

Puede que algún día lo comprendan. Introdujo el cañón en la boca y apretó el gatillo.

La limusina paró de pronto frente a una casa de dos plantas en Dumbarton Oaks, en la zona alta de Georgetown. Estaba en medio de la calle, pero eso no importaba, porque eran las doce y veinte de la madrugada y no había tráfico. Voyles y dos agentes se apearon del vehículo y se dirigieron apresuradamente a la puerta principal de la casa. Voyles llevaba un periódico en la mano. Golpeó la puerta con el puño.

Coal no dormía. Estaba sentado en su estudio, a oscuras, con pijama y albornoz, y Voyles se alegró de verle cuando abrió la puerta.

–Bonito pijama –exclamó Voyles, admirando su pantalón. Coal salió al pequeño recibidor, mientras los agentes vigilaban desde la acera.

–¿Qué diablos desea? –preguntó lentamente.

–Sólo he venido para traerle esto –respondió Voyles, al tiempo que levantaba el periódico ante sus narices–. Hay una bonita foto suya, junto a la del presidente abrazado a Mattiece. Sé lo mucho que le gustan los periódicos y he querido traérselo personalmente.

–Mañana será su fotografía la que aparecerá –dijo Coal, como si ya hubiera escrito el artículo.

Voyles arrojó el periódico a sus pies y empezó a retirarse.

–Tengo unas cintas, Coal. Si empieza a mentir, le bajaré los pantalones en público.

Coal le miró fijamente, pero sin decir palabra.

–Volveré dentro de dos días con una orden del gran jurado –agregó Voyles, casi desde la calle–. Vendré a eso de las dos de la madrugada, para entregársela personalmente –exclamó desde el coche–. Luego volveré con el auto de procesamiento. Claro que para entonces ya formará parte de la historia, y el presidente tendrá un nuevo puñado de imbéciles que le digan lo que debe hacer.

Subió a su limusina y se alejó a toda velocidad.

Coal cogió el periódico y entró en su casa.

CUARENTA Y CUATRO

Gray y Smith Keen estaban solos en la sala de conferencias, leyendo el artículo impreso. Hacía muchos años que había dejado de emocionarle ver sus trabajos en primera plana, pero éste era distinto. No había habido otro más sensacional. Los rostros estaban alineados en la parte superior: Mattiece abrazado al presidente, Coal ostentosamente al teléfono en una fotografía oficial de la Casa Blanca, Velmano ante una subcomisión del Senado, Wakefield extraído de una foto de una convención de abogados, Verheek sonriente ante la cámara en una fotografía facilitada por el FBI, Callahan sacado del anuario de la universidad y Morgan en una fotografía obtenida del vídeo. La señora Morgan había otorgado su consentimiento. Paypur, el corresponsal de noche de asuntos policíacos, hacía una hora que les había comunicado lo de Wakefield. A Gray le deprimía lo sucedido, pero no se responsabilizaba de ello.

Los demás empezaron a llegar a las tres de la madrugada. Krauthammer trajo una docena de buñuelos y se comió inmediatamente cuatro, mientras admiraba la primera plana. Ernie DeBasio estaba junto a él. Dijo que no había pegado ojo. Feldman llegó alegre y animado. A las cuatro y media la sala estaba llena y había cuatro televisores en funcionamiento. La CNN fue la primera en dar la noticia y, a los pocos minutos, las cadenas nacionales transmitían en directo desde la Casa Blanca, que en aquel momento no tenía nada que decir, pero Zikman haría una declaración a las siete.

A excepción de la muerte de Wakefield, de momento no había nada nuevo. Las cadenas de televisión alternaban sus transmisiones entre la Casa Blanca, el Tribunal Supremo y sus estudios. Esperaban en el edificio Hoover, que de momento estaba muy tranquilo. Transmitían fotografías del periódico. No lograban encontrar a Velmano. Especulaban acerca de Mattiece. La CNN transmitió en directo desde la casa de los Morgan en Alexandria, pero el suegro de Morgan ordenó a los cámaras que abandonaran su propiedad. La NBC tenía a un periodista frente al edificio donde estaban situadas las oficinas de White & Blazevich, pero no había descubierto nada nuevo. Y a pesar de que no se mencionaba su nombre en el artículo, la identidad de la autora del informe no era un secreto para nadie. Se especulaba mucho acerca de Darby Shaw.

A las siete la sala estaba abarrotada y silenciosa. La imagen en las cuatro pantallas era idéntica, cuando Zikman se acercó con nerviosismo al estrado, en la sala de prensa de la Casa Blanca. Estaba cansado y macilento. Leyó un breve comunicado, en el que la Casa Blanca admitía haber recibido fondos para la campaña electoral de diversas fuentes controladas por Victor Mattiece, pero negaba categóricamente que el dinero fuera sucio. El presidente había hablado con el señor Mattiece una sola vez en su vida, cuando ocupaba la vicepresidencia. No había hablado con él desde su elección a la presidencia, ni le consideraba amigo suyo, a pesar de sus aportaciones económicas. Se habían recibido más de cincuenta millones para la campaña, de los que el presidente no había administrado un solo centavo. Disponía de una junta que se ocupaba de ello. Ningún miembro de la Casa Blanca había intentado entorpecer la investigación de Victor Mattiece como sospechoso y cualquier alegación a dicho efecto era completamente falsa. A juzgar por su limitado conocimiento del caso, el señor Mattiece había dejado de residir en Estados Unidos. El presidente deseaba que se llevara a cabo una investigación a fondo, en cuanto a las alegaciones publicadas en el artículo del Post y si el señor Mattiece había perpetrado aquellos repugnantes crímenes, debía responder de ellos ante los tribunales. Eso fue todo por el momento. Más adelante se celebraría una conferencia de prensa. Zikman abandonó apresuradamente el estrado.

Fue una actuación pobre, por parte de un secretario de prensa trastornado, y Gray se sentía aliviado. De pronto sintió claustrofobia y decidió salir la calle. En la puerta se encontró con Smith Keen.

–Vamos a desayunar –susurró.

–Claro.

–También he de pasar por mi casa, si no le importa. Hace cuatro días que no voy por allí.

Llamaron un taxi en la calle Quince y paladearon el aire fresco otoñal que entraba por las ventanas abiertas.

–¿Dónde está la chica? –preguntó Keen.

–No tengo ni idea. La vi por última vez en Atlanta, hace aproximadamente nueve horas. Dijo que se dirigía al Caribe.

–Supongo que querrá tomarse unas largas vacaciones, –sonrió Keen.

–¿Cómo lo sabe?

–Hay mucho que hacer, Gray. Ahora estamos en plena explosión y pronto empezarán a caer residuos. Usted es el hombre del momento, debe seguir presionando. Ha de recoger las piezas sueltas.

–Conozco mi trabajo, Smith.

–Sí, pero tiene una mirada lejana en los ojos. Me preocupa.

–Usted es redactor. Le pagan para que se preocupe. Pararon en el cruce de la avenida de Pennsylvania. Ante ellos se levantaba el majestuoso edificio de la Casa Blanca.

Era casi noviembre y el viento arrastraba las hojas secas por el césped.

CUARENTA Y CINCO

Después de ocho días al sol, tenía la piel bastante morena y su cabello empezaba a recuperar su color natural. Tal vez no lo había estropeado. Caminaba varios kilómetros por la playa y se alimentaba exclusivamente de pescado asado y fruta fresca de la isla. Durmió muchísimo los primeros días, pero pronto se hartó de hacerlo.

Había pasado la primera noche en San Juan, donde encontró a un agente de viajes que se consideraba experto en las Islas Vírgenes. Se instaló en la pequeña habitación de una pensión del centro de Charlotte Amalie, en la isla de Santo Thomé. Durante por lo menos un par de días, a Darby le apetecía un lugar abigarrado, con mucho tráfico y lleno de callejuelas. Charlotte Amalie era el lugar perfecto. La pensión estaba en la ladera de una colina, a cuatro manzanas del puerto, y su pequeña habitación se encontraba en el tercer piso. No tenía persianas ni cortinas que cubrieran los cristales rotos de la ventana y el sol la despertó el primer día, un despertar sensual que la obligó a acercarse a la ventana y contemplar la majestuosa vista del puerto. Era asombroso. Una docena de cruceros de tamaños varios descansaba cómodamente sobre sus relucientes aguas. Caprichosamente ordenada, su formación se extendía casi hasta el horizonte. En primer plano, cerca del muelle, había un centenar de veleros que parecían mantener alejados a los voluminosos buques turísticos. El agua en la que reposaban los yates era clara, de un azul suave, y su superficie lisa como la de un cristal. Abrazaba con ternura la ajetreada isla, para adquirir un tono azul intenso, que se convertía luego en violeta al llegar al horizonte. Una hilera perfecta de cúmulos marcaba la línea de encuentro entre el cielo y el agua.

Su reloj estaba en el bolso y no se proponía usarlo durante por lo menos seis meses. Pero a pesar de todo se miró la muñeca. La ventana se abrió con un crujido y los ruidos de la zona comercial retumbaban por las calles. El calor penetraba en la habitación como en una sauna.

Pasó la primera mañana en la isla junto a la pequeña ventana, viendo cómo el puerto cobraba vida. No tenía ninguna prisa. Despertaba con suavidad, con los grandes buques avanzando lentamente sobre las aguas y las voces lejanas de las cubiertas de los veleros. La prime-

ra persona a la que vio aparecer en uno de los yates se lanzó al agua para tomar un baño matutino.

Le sería fácil acostumbrarse a aquel estilo de vida. Su habitación era pequeña, pero limpia. No tenía aire acondicionado, pero el ventilador funcionaba perfectamente y no era desagradable. Casi siempre había agua. Decidió quedarse un par de días, tal vez una semana. El edificio era uno de los muchos construidos, unos junto a otros, a lo largo de las calles que rodeaban el puerto. De momento le tranquilizaba la seguridad de la gente y las calles. Con sólo andar un poco, podía encontrar todo lo que necesitara. Santo Thomé era un conocido centro comercial y le encantaba la idea de comprar ropa que pudiera conservar.

Había habitaciones más lujosas, pero aquella era adecuada por el momento. Al salir de San Juan, se había prometido a sí misma dejar de mirar por encima del hombro.

Había visto el periódico en Miami y el frenesí por televisión en el aeropuerto, y sabía que Mattiece había desaparecido. Si todavía la acechaban, debía ser por pura venganza. Y si lograban encontrarla después de su zigzagueante viaje, es que no eran seres humanos y nunca se desprendería de ellos.

Habían desaparecido, estaba convencida de ello. Pasó dos días cerca de su pequeña habitación, sin alejarse demasiado.

El centro comercial estaba a cuatro pasos. Cubría una zona de cuatro manzanas de longitud, por dos de anchura, con un laberinto de centenares de pequeñas e inusuales tiendas, donde se vendía de todo. Las aceras y los callejones estaban llenos de norteamericanos, que viajaban en los grandes buques. Ella no era más que una de tantos turistas, con su ancho sombrero de paja y pantalón corto estampado.

Compró su primera novela desde hacía un año y medio, y la leyó en dos días tumbada en su pequeña cama, acariciada por la suave brisa del ventilador del techo. Se prometió no volver a leer un libro de leyes hasta que cumpliera los cincuenta años. Por lo menos una vez por hora, se acercaba a la ventana para contemplar el puerto. En una ocasión contó veinte cruceros a la espera de atracar.

La habitación surtió su propósito. Pasó tiempo con Thomas, lloró, y decidió que aquella sería la última vez. Quería dejar la culpa y el dolor en aquel diminuto rincón de Charlotte Amalie, para emerger con los buenos recuerdos y una conciencia tranquila. No era tan difícil como suponía y al tercer día dejó de llorar. Sólo en una ocasión había arrojado el libro al suelo.

Por la mañana del cuarto día empaquetó sus nuevas maletas y se embarcó en el transbordador a Cruz Bay, a veinte minutos en la isla de Saint John. Cogió un taxi a lo largo de North Shore Road. Las ventanas estaban abiertas y el viento acariciaba el asiento posterior. La música era una mezcla rítmica de blues y reggae. El taxista acompañaba a la orquesta con la voz y unos golpecitos en el volante. Ella llevaba el ritmo con el pie y se dejaba acariciar por la brisa con los ojos cerrados. Era embriagador.

Abandonaron la carretera al llegar a Maho Bay y avanzaron lentamente hacia el mar. Darby había elegido aquel lugar, entre un centenar de islas, porque no era turístico. En aquella bahía sólo se había permitido construir un puñado de cabañas y chalets. El chofer paró en un pequeño camino arbolado y Darby le pagó.

La casa estaba casi en el punto donde la montaña se encontraba con el mar. La arquitectura era típicamente caribeña, con paredes de madera blanca y tejado de tejas rojas, construida en la pendiente para que tuviera mejor vista. Bajó por un pequeño sendero desde el camino y subió unos peldaños hasta la casa. Era un edificio de una sola planta, con dos habitaciones y una terraza frente al mar. Costaba dos mil semanales y la había alquilado por un mes.

Dejó su equipaje en el vestíbulo y se dirigió a la terraza. La playa empezaba diez metros a sus pies. Las olas rodaban silenciosamente hacia la orilla. Dos veleros permanecían inmóviles

en la bahía, rodeada de montañas. Un bote de goma lleno de niños que chapoteaban vagaba sin rumbo fijo entre las embarcaciones.

La vivienda más cercana estaba a lo largo de la playa. Apenas veía su tejado entre los árboles. Unos pocos cuerpos descansaban en la arena. Se puso rápidamente un diminuto biquini y se dirigió al agua.

Había casi oscurecido cuando el taxi paró finalmente junto al sendero. Se apeó, pagó al taxista, y contempló las luces mientras el vehículo se alejaba hasta desaparecer. Con su única bolsa, bajó por el sendero hacia la casa, que estaba abierta. Las luces estaban encendidas. La encontró en la terraza, con un refresco en la mano y morena como una indígena.

Ella le esperaba y eso era muy importante. No deseaba que le tratara como a un invitado. Le sonrió inmediatamente y dejó el vaso sobre la mesa.

Se besaron en la entrada durante un largo minuto.

–Has llegado tarde –dijo Darby, sin dejar de abrazarle.

–No ha sido fácil encontrar el lugar –respondió Gray, al tiempo que le acariciaba la espalda, desnuda hasta la cintura.

Una larga falda le cubría las piernas casi por completo. Las vería más tarde.

–¿No te parece hermoso? –preguntó Darby, admirando la bahía.

–Es magnífico –respondió Gray a su espalda, mientras contemplaban un velero que se hacía a la mar–. Eres maravillosa –agregó, con las manos sobre sus hombros.

–Vamos a dar un paseo.

Se puso rápidamente un pantalón corto y descubrió que ella le esperaba ya junto a la orilla. Caminaron despacio cogidos de la mano.

–Has de ejercitar esas piernas –dijo Darby.

–Están bastante pálidas, ¿no es cierto?

Sí, pensó Darby, pálidas pero no están mal. No están nada mal. Barriga plana. Después de una semana en la playa con ella, parecería un atleta. Salpicaban con los pies en el agua.

–No has tardado en marcharte –dijo Darby.

–Me he hartado. He escrito un artículo diario desde el bombazo y todavía no están satisfechos. Keen quería esto y Feldman aquello, y yo trabajaba dieciocho horas diarias. Ayer les dije adiós.

–Hace una semana que no leo un periódico –dijo Darby.

–Coal ha dimitido. Lo han utilizado como cabeza de turco, pero los autos de procesamiento parecen dudosos. A decir verdad, no creo que el presidente hiciera gran cosa. Es sencillamente estúpido y no puede remediarlo. ¿Te enteraste de lo de Wakefield?

–Sí.

–Se ha dictado auto de procesamiento contra Schwabe, Velmano y Einstein, pero no logran encontrar a Velmano. Evidentemente, se ha dictado auto de procesamiento contra Mattiece y cuatro de sus hombres. Más adelante habrá otros procesados. Hace unos días se me ocurrió que no había habido ninguna gran tapadera en la Casa Blanca y perdí entusiasmo. Me parece que esto ha destruido sus posibilidades de ser reelegido, pero no creo que sea un delincuente. La capital es como un circo.

Caminaron en silencio conforme oscurecía. A ella ya no le interesaba el tema y él también estaba harto. Había media luna, que se reflejaba en el agua tranquila. Ella le cogió por la cintura y él la abrazó. Estaban en la arena, lejos del agua. La casa se encontraba un kilómetro a su espalda.

–Te he echado de menos –dijo Darby con ternura.

Gray suspiró, sin decir palabra.

–¿Cuánto tiempo piensas quedarte? –preguntó Darby.

–No lo sé. Un par de semanas. Tal vez un año. Depende de ti.

–¿Qué te parece un mes?

–Puedo permitírmelo.

Ella le sonrió y a él le flaquearon las rodillas.

Darby contempló la bahía, con la luna reflejada en las aguas que surcaba un velero.

–¿Qué te parece, Gray, si lo hacemos por meses prorrogables?

–Perfecto.

FIN